

REBECA BYLER

Cielo estrellado



Cielo
estrellado

Rebeca Byler

Copyright © 2013 Rebeca Byler

Colección VITAE ESSENTIA, 2013

Rebeca Byler se reserva todos los derechos de la obra.

Diseño de cubierta: copyright © 2013 Gloria Byler

ISBN-13: 978-1483959603

ISBN-10: 1483959600

*A mis hermanas
y cuñadas,
mis chicas favoritas.*

Índice

Índice

NOVIEMBRE

Domingo «Tengo un plan»

Lunes «Paparazzi»

Martes «Dani Carreras»

Miércoles «Sobreviviré»

Jueves «Un secreto y una misión»

Viernes «No puedo contar nada»

Sábado «El gran día»

Domingo «Vamos a jugar»

Lunes «¡Las fotos no engañan!»

Martes «Que te vaya bien»

Una semana después «La vida normal»

DICIEMBRE

Un mes más tarde «Beso de amor verdadero»

Nochevieja «Una hoja en blanco»

Año nuevo «Promesas»

NOTA DE LA AUTORA:

TAMBIÉN POR REBECA BYLER: «Más Allá de las Montañas del Norte»

Capítulo 1 MONTAÑAS Y NIEVE

Cielo estrellado



Rebeca Byler

NOVIEMBRE



Domingo «Tengo un plan»

Uní mi suave voz de soprano al impreciso coro de voces variopintas que entonaban con más o menos fervor y atino el antiguo himno «*Amor que no me dejarás*».

Yo lo cantaba con bastante pasión por dos razones. La primera era que, como siempre, me causaba asombro saberme amada de una manera tan perfecta. La segunda razón era porque despertaba en mí la vena romántica, pues se trataba de un antiguo himno del siglo diecinueve. Las canciones modernas podían ser bonitas o no, inspiradas o no, pero carecían de ese «no sé qué» que yo atribuía al himno tradicional. A algunas personas les resultan tediosas, repetitivas e interminables, pero a mí la cuadrículada estructura y el rico lenguaje junto con las (muchas veces) terriblemente dramáticas historias que las habían hecho nacer tocaban de manera rotunda mi vena sensible.

Otra razón por la que cantaba con brío era porque ya eran las dos y cuarto. Se supone que la reunión (así es como llamamos a nuestros oficios religiosos, aunque hay gente que le gusta decir «el culto») tenía que acabar a las dos. ¡En punto! Pero eso casi nunca sucedía, y la explicación más lógica era porque rara vez empezaba a tiempo (a causa de todos los que llegaban tarde).

Eché una ojeada al local. Techos altos iluminados por lámparas fluorescentes, paredes primorosamente pintadas de color crema, «decorados» con unos versos de la Biblia pintados en letra grande. Los suelos de terrazo desgastados y de un color horrible (¿pues quién puede decir con sinceridad que el



lavanda es un color aceptable para un suelo?), y las ciento cincuenta personas en pie, dejando al descubierto las enclenques sillas de color amarillo canario que fielmente habían sostenido nuestros cuerpos durante más de quince años. Las sillas eran viejas y atroces, pero acompañaban mis recuerdos de la pequeña iglesia desde mi niñez. Me era inimaginable visualizar la iglesia sin sus asientos amarillos. Desde luego ocurría lo mismo con el suelo, aunque por alguna razón éste no gozaba de mi cariño. Esta línea de pensamiento me hizo recordar que había oído rumores de que las sillas por fin iban a ser sustituidas. Fruncí el ceño. Desconfiaba de las ideas revolucionarias.

A mi derecha, por supuesto, estaba mi mejor amiga: Eva. ¿Qué podía decir de Eva? Si yo tendía a ser dramática (y solamente en ocasiones contadas) me pregunto qué adjetivo podía ser usado para describir a mi amiga. Intensa, trágica, vital. Alegre, impulsiva, bocazas. Sensible, atolondrada, divertida. Drama, drama, drama.

Tenía una figura hermosa. Ella decía que era gorda, pero no lo era. Lo que ocurría es que Dios le había dotado de curvas generosas. Buen trasero y buenas delanteras. Y en cualquier caso daba igual, porque uno se perdía irremediabilmente en su rostro. Era muy guapa. Llamativamente guapa, quiero decir. Yo, por ejemplo (y sé que no está bien comparar) era guapa, o eso me decían, pero no *llamativamente* guapa. Era discretamente guapa. A esas alturas de mi vida era capaz de decirlo sin rencor. Ella, sin embargo, tenía un rostro perfecto, y no era la belleza típica tampoco, porque tenía buenos mofletes y usaba la talla L, pero tenía la piel perfecta, los ojos verdes esmeralda y un pelo rubio dorado que nunca se encrespaba y que todas envidiábamos. Para completar su fulminante atractivo, tenía un tono de voz grave y aterciopelado que siempre se vestía de risa. Y su risa era contagiosa. ¿Qué más se podía pedir, le decía yo? Poseía una personalidad única que atraía a los hombres y mujeres por igual, como lo hace la luz con los insectos.

Y no estoy diciendo que ella fuera «la luz» y todos los demás fuéramos insectos. No quiero exagerar. Pero ella era la protagonista de una situación de lo más ridícula y trágica: sufría baja autoestima cuando podría estar volando libre y alto como las águilas.

Este quizás sea un buen momento para decir que yo me consideraba una persona equilibrada y sensata, y que gozaba de un amor propio razonable.



Algunos se quejaban de que era orgullosa. Puede que sí y puede que no. ¿Dónde estaba el límite? Supongo que puede ser fácil confundir a una persona segura de sí misma con una que padece de orgullo desmesurado. Dios conocía mi corazón y sabía que intentaba ser honesta y humilde, pero que no podía resistirme a gozar de la inteligencia y capacidades que Él me había dado.

Me llamo Carla, por cierto. Me encanta mi nombre, lo considero muy elegante. Por aquel entonces tenía veinticinco años, al igual que mi mejor amiga. Las dos vivíamos juntas en un piso en el centro de Burgos, muy cerca de la estatua del Cid. Nosotras siempre decíamos que el Cid debió de ser un hombre impresionante, de esos que conoces y nunca olvidas. Un hombre que comenzó siendo un noble de poca monta, pero que terminó reconquistando amplios territorios y gobernándolos de forma autónoma, sin someterse a rey alguno. Incluso sus enemigos le llamaban «prodigio de Dios» por su destreza, resolución e intrepidez... A veces fantaseaba con aquella época, imaginándome que coincidía con él. Hay muchas estatuas con hombres a caballo, pero ninguna como las del Cid.

Yo era delgaducha. Creo que Eva se comparaba conmigo y por eso decía que era gorda. Yo, sin embargo, intentaba no fijarme en que mis pechos eran mucho menores que los de ella, pues no quería ofender al Creador. Si Él consideró que yo debía subsistir con una insignificante ochenta y cinco, ¿quién era yo para protestar? También me dotó de piel pálida, labios carnosos y rojos (y digo igualmente, aunque con más alegría esta vez: ¿quién soy yo para protestar?), pelo castaño y ondulado que llevaba a media melena (lo suficientemente largo como para poder recogerlo en una coleta) y mi rasgo preferido, mis ojos. Son grandes y grises (y no azules, como piensa la gente que me ve de lejos), coronados con largas pestañas negras que se ondulan a la perfección. Mido un metro setenta y cuatro.

A diferencia de mi amiga, yo no poseía una personalidad devastadoramente atrayente. No era muy habladora ni muy graciosa, pero creo que mi inteligencia y mi punzante sentido del humor compensaban esas carencias.

Es significativo notar que he comenzado el relato con una canción, porque si hay algo que se puede decir de mí es que siempre estoy cantando, pues ¿qué puede definir mejor un sentimiento o una situación que la música? ¿Qué expresa la vida mejor que las notas unidas entre sí formando una armonía, y la armonía, el ritmo y las palabras adecuadas fundiéndose creando magia?

Sea cual sea las circunstancias que me rodean, siempre hay una canción que



le viene al dedillo y entonces yo la canto. A veces a pleno pulmón (si se dan las circunstancias adecuadas), a veces un disimulado susurro. Pero en mi mente, una orquesta perfectamente conjuntada siempre me acompaña, llenando de magia y romanticismo mi ya de por sí emocionante vida.

Cuando la reunión llegó a su fin, Eva y yo nos miramos, dispuestas a salir pitando de allí. Agarré mi desgastada cazadora, luché con la silla para recuperar mi bolso y me di la vuelta con agilidad, estampándome de lleno contra una figura vestida de rojo.

—¡Ay! —grité sobresaltada—. ¡No te había visto!

Obviamente.

Isabel, la mujer del pastor, me sonrió con nerviosismo.

—Perdona Carla... —ojeó a Eva con prudencia—. Quería hablar contigo a solas un momento.

Se me encendió una lucecita roja.

¿Había ofendido a alguien? Yo creía que no, pero nunca se podía estar segura. De vez en cuando ofendo a alguien por mi manera abrupta de decir las cosas. ¿Querría hablarme de la escuela dominical? La verdad es que yo tenía unas ganas terribles de dejarlo, y eso que sólo lo había hecho un par de veces. Definitivamente cuidar a esas chicas una hora entera mientras el pastor predicaba no encajaba con mi manera serena de vivir la vida. Las adolescentes están desquiciadas.

Todas esas estupideces y otras que no vienen a cuento pasaron en un instante por mi cabeza, mientras decidía si ponerme a la defensiva, nerviosa, o simplemente solícita. Por cosas como éstas Eva se ríe de mí constantemente. Dice que lo quiero controlar todo y que soy demasiado complicada.

—Sí claro, ¿pasa algo?

Por la manera en que la querida mujer se retorció las manos deduje que no era un tema agradable para ella. Definitivamente era algo malo.

—Ayer te vi en el cine.



Ah, pues no podía ser nada malo.

—Pues sí...

—¿Te importaría decirme cuál fuiste a ver?

—Fui a ver la última de Dani Carreras, no me acuerdo cómo se titula...

—«Ocaso» —dijo ella con tono de derrota.

—Eso.

Por más que lo intentara, no sabía a dónde quería ir a parar.

—Ahora que estás en la escuela dominical eres un ejemplo para las adolescentes. Ellas te admiran muchísimo, como sabrás...

¡Pues no lo sabía!

—...se está montando un revuelo con esta película y algunos padres están prohibiendo a sus hijas ir a verla, eso que ya sabes cómo le adoran todos a Dani Carreras, pero vamos, no quieren que la vean porque ensalza el pecado, o algo así me han dicho, y bueno, en resumen te cuento que sería más fácil que no supieran que has ido a verla... —Isabel suspiró haciendo ver que ella no estaba del todo de acuerdo con eso.

En ese sorprendente punto yo me quedé callada sin saber qué decir. *¿De qué narices me estaba hablando?*

—¿Perdón? —dije. La conversación me superaba.

—Bueno, esa película gira en torno al sexo, ¿no?

—No exactamente...—dije. *No del todo*, pensé—. Pero aunque así fuera, no veo qué importancia tiene.

—¿No hace ese Dani Carreras el papel de libertino?

—Sí.

—¿Entonces?

—Sí, pero no va de eso. Y vamos, que aunque sí tratara de eso, no veo por qué tengo que ocultar que he ido a verla—. Fruncí el ceño con extrañeza y se me empezaron a subir los colores. La libertad de una persona es algo muy sagrado.

—Bah, tienes razón... —dijo haciendo un gesto con la mano—. Me han comido la cabeza esta mañana y quería ahorrarte el disgusto de discutir con ellos.



Pero es ridículo, ya lo sé.

Absolutamente ridículo, pensé, mientras entrecerraba los ojos.

—Pero debo decir que este Dani Carreras me ha decepcionado.

Ese comentario me crispó. Inspiré hondo y observé con toda la calma que pude hallar en los recovecos de mi apacible espíritu a la mujer que tenía delante de mí. Intenté sonar respetuosa al decirle (y como veis, sé aprovechar con inteligencia las situaciones que se me presentan):

—Si por estar en la escuela dominical voy a tener que darte cuentas de lo que veo, de lo que leo, o de cualquier otra cosa que haga... prefiero dejarlo. ¡No más escuela dominical! Será un pequeño sacrificio a favor de mi libertad.

Más que respetuosa, había sonado teatral.

—Las cuentas sólo se las tienes que dar a Dios, faltaría más... —replicó Isabel, echándose a reír. Seguramente se daba cuenta de que yo preferiría hacer cualquier cosa con tal de no volver con esas chicas—. Pero entre tú y yo, esta película me parece una burla.

—¿Pero por qué?

—Pues porque siempre hemos tenido a Dani Carreras por un fiel cristiano, dando un buen testimonio al mundo entero... y ahora nos hace esto. ¡Con lo orgullosos que estábamos todos de su fe!

Madre mía. Yo, Carla, siempre, ¡siempre!, había tenido manía a Dani Carreras, ese actor tan famoso que todos conocéis, que daba la casualidad que era cristiano evangélico. Sólo por ello todos los evangélicos le adoraban. Qué estupidez. Eva estaba completamente enamorada de él. Perdidamente. Era un amor obsesivo, y hablaba de él a todas horas. Yo tenía la desgracia de conocer *toda* su vida, sus gustos musicales, los libros que se había leído, sus viajes, y cientos de otras cosas ridículas, gracias a la incansable cháchara de mi adorable amiga. A veces no sabía cómo la soportaba.

Por eso, sentir que tenía que defender al intragable de Dani Carreras se me antojaba una ironía cruel del destino.

—Te aseguro que la película no tiene nada de malo. Quizás deberías ir a verla para juzgar por ti misma.

—No sé si quiero verla. Ya he leído varios artículos que aseguran que nos ha dejado por los suelos.



—¿A quién?

—A los cristianos.

Abrí los ojos, incrédula.

—Eso es una tontería.

Isabel alzó una ceja, pero suavizó el tono.

—Pues es lo que dicen los artículos, que han sido escritos por personas a las que admiro y respeto mucho.

—Pues hace unas semanas también respetabas y admirabas a Dani Carreras.

Isabel sacudió la cabeza, exasperada.

—¡Vosotras chiquillas es que estáis todas enamoradas de él! ¡No admitís que pueda tener ninguna falta!

Espera un momento, pensé, completamente a la defensiva. ¿Cómo que chiquillas? Yo tenía veinticinco años, no quince. Que estuviera soltera y sin novio era otra (muy) triste realidad que no venía al caso, pero no era una chiquilla. Y desde luego no estaba enamorada de ese actor engreído.

—Mira, te voy a explicar la película tal y como yo la veo: Dani interpreta a un joven que vive en los suburbios de Madrid del siglo XIX. Es verdad que tiene muchas amantes, y hay alguna que otra escena picante, pero la película gira en torno a su vida artística. Es un pintor que tiene que luchar contra muchos prejuicios sociales y clasistas para lograr el éxito. De eso es de lo que va. De pintar, de conseguir tus sueños. Una película bastante mala, por cierto.

—Pues si es tan mala, ¿por qué te empeñas en defenderla?

—No es que me empeñe. Si hubiera sabido que era tan mala no habría ido a verla, ¡aunque cualquiera le dice eso a Eva! Pero por *esa* razón y no porque gire en torno al sexo.

—Eres cabezota —dijo Isabel, sin malicia, con una sonrisa en el rostro.

Asentí con efusividad.

—Sí, lo soy. Pero es que siento que tengo razón. Si llegara el caso y quisiera, me siento totalmente libre de ver una película que ensalce el pecado. Eso no me convierte en más pecadora de lo que ya soy —declaré.

Isabel no pudo menos que reírse un poco.



—Bueno, yo sólo quería aconsejarte. Y sobre todo para ahorrarte la regañina de algunos de los padres... si alguno te aborda, recuerda que ya te avisé. Se vuelven irracionales con cualquier asunto que pueda afectar a sus hijas. ¡Brrr! — hizo un gesto de escalofrío.

Solté una carcajada.

—Isabel, de verdad que no es para tanto...

Isabel meneó la cabeza.

—¡Cuéntamelo después de hablar con ellos! Ahora, entre tú y yo, me siento un poco decepcionada con ese chico. ¡Me parecía tan majo!

En Burgos, «majo» es un adjetivo recurrente.

Isabel me dio un abrazo, me preguntó por mis padres, y al final nos despedimos como si nada.

Eva me estaba esperando impacientemente.

—Pues sí que has tardado —protestó, mientras salíamos.

—¿Qué quería Isabel?

—Nada... me ha dado las gracias por cuidar a las pequeñas adolescentes. Preferiría que me hubiese dicho que no valgo para cuidar de esas granujillas... pero por lo visto me admiran.

Yo no podía contarle la verdad a Eva. Ella no era tan pacífica como yo... y a saber qué le haría a la pobre mujer por meterse con el amor de su vida.

—Pues sí que le has caído en gracia ahora. ¡Te admiran! Josué, ¿vienes o nos vamos sin ti? —vociferó.

Eran las dos y media y la calle estaba desierta a excepción del gentío que salía de la iglesia y que adornaba el barrio con el juego emocionado de los niños y la cháchara incansable de los mayores. Todos los domingos era igual, hiciera frío o calor. Algunos incluso se quedarían hablando hasta las tres. Siempre sucedía así. Pero Eva no estaba dispuesta a quedarse ni un minuto más. Tenía un hambre voraz y habíamos quedado en comer los tres juntos en uno de nuestros restaurantes preferidos, cuya cocina, por cierto, cerraba a las tres. Llegar tarde no era una



opción.

Josué era un joven atractivo, de metro ochenta, pelo castaño indefinido, ojos marrones e inteligentes y un corazón generoso. Se había licenciado en pedagogía con sobresalientes y matrículas de honor y había aprobado las oposiciones con unas notas tan altas que había conseguido un puesto en un instituto en el mismo Burgos y era la envidia de todos sus compañeros de carrera.

Eva agarró a Josué del brazo, arrancándole de una conversación trivial con su mejor amigo, y le obligó a caminar junto a ella.

—¿Pero qué os pasa hoy? ¿No veis que me estoy muriendo de hambre? — dijo Eva entre risas. Josué la miró divertido pero no dijo nada. Se dejó llevar.

Josué era dos años mayor que nosotras, y la mayor parte de sus amigos se habían casado, empleando ahora su tiempo en sus preciosas mujercitas y dejando a nuestro amigo solo ante las tediosas horas libres que tenían sus largos días. Por eso últimamente salía mucho con nosotras, las dos chicas más divertidas del universo. Él refunfuñaba a menudo, diciendo que debería emplear su preciado tiempo en asuntos más serios y no con un par de «cabezas locas», que era como más le gustaba definirnos. Era un personaje serio, cuya misión en la vida, últimamente, consistía en protegernos de nosotras mismas. Yo sabía que tenía otra misión secreta, una misión que hacía arder su voluble corazón y que se materializaba en la forma de mi querida amiga Eva, pero ella era absolutamente ciega a las atenciones que él le dispensaba.

Eva y yo éramos bastante atractivas (me siento en la obligación de decirlo, puesto que me he propuesto narrar esta historia con absoluta sinceridad). Por eso era un misterio para muchos que no estuviéramos casadas. ¡Peor! No teníamos (ni habíamos tenido) novio. ¡Qué barbaridad! En una España donde la gente no se casa hasta bien pasados los treinta, el misterio sería que para algunos fuera misterioso que nosotras no lo estuviéramos, pero es necesario recordar que nosotras pertenecíamos a la pequeña comunidad evangélica. Y en esa micro-sociedad la gente se casa pronto. Yo, que siempre hablo sin tapujos, encuentro una única explicación, y es que, por lo general, la gente se casa virgen. Oh, y también, supongo, que tenemos menos miedo al compromiso, ya que estamos convencidos de los finales felices.



Sea como fuere, nosotras éramos vírgenes en todo. ¡Ni siquiera sabíamos lo que era un beso en condiciones! Los besos robados en nuestra época adolescente no contaban ni para hacernos una idea, y para unas mujeres de veinticinco años, eso era, a veces (¡no siempre!), una carga difícil de llevar. La virginidad no nos importaba, de hecho la llevábamos con orgullo. En un mundo donde el sexo está tan usado, ser inocente era una cualidad admirable y nosotras lo sabíamos. Teníamos mucho que ofrecer al hombre de nuestras vidas (cuando lo encontráramos). ¡Pero no haber tenido ni un triste romance! ¡Al menos un par de morreos pasajeros! ¡Nada! Las dos meneábamos tristemente la cabeza cuando hablábamos del tema. Qué par de tontas. Incluso en nuestra iglesia no todas las personas se comportaban con la misma estoicidad que nosotras. Ahora había un grupo de quinceañeras que (estábamos convencidas) habían experimentado muchísimo más que nosotras. Suspirábamos. Lo cierto es que no las envidiábamos porque hacía años habíamos tomado la decisión de no entregarnos a nadie que no fuera el amor de nuestras vidas. Sabíamos que valíamos demasiado para estar tonteando con chicos que no valían la pena, y la verdad sea dicha, pocos hombres nos habían llamado la atención. Nosotras, sin embargo, habíamos hecho suspirar a más de uno. Éramos el fruto prohibido, la misión imposible. Las chicas duras e independientes. Pero, como decía Eva, si hubiera conocido a alguno que le diera la impresión (por mínima que fuera) de poder llegar a ser importante para ella, al menos habría intentado lo del beso, que no era para tanto. ¡Pero es que ni eso! Y por eso suspirábamos. Porque el amor parecía estar muy lejos de nuestro alcance.

—¿Qué queréis hacer ahora? —dijo Josué. Habíamos comido hacía una hora y acabábamos de salir de una cafetería cutre que apestaba a cerveza rancia y a sudor. No volveríamos a esa.

—A mí no me apetece hacer nada con este frío —dije. Era un noviembre inclemente, el de ese año. Aunque no llovía, soplaba un viento frío y cortante, y la luz del día ya se estaba apagando. Había muy poca gente paseando por las calles.

Eva, con la espontaneidad que la caracterizaba, se aferró al brazo de Josué mientras se apretujaba contra él en busca de calor.

—Yo tengo planes muy importantes.



Josué y yo nos miramos divertidos. Eva era impredecible.

—¿Y nos los vas a contar? —dijo Josué, mirándola con una sonrisa en la boca.

Eva alzó el mentón para marcar la dignidad que quería reflejar.

—Solamente si me prometéis que no os reiréis de mí.

—Si no nos reímos seguramente te ofenderías.

—Voy a ir a un hotel.

Yo entrecerré los ojos, sospechosa.

—¿Para?

—Para ver si consigo posar mis ojos en el amor de mi vida.

Josué bufó.

—No me digas que el pelele está aquí.

Eva se puso a la defensiva:

—No sé de ningún pelele que esté aquí. Ahora, te informo de que el mejor actor del mundo, mi futuro marido, va a venir a Burgos esta noche.

Yo hice una mueca que dejaba claro lo que pensaba.

—¿Y qué piensas hacer?

—Ir a verle.

—¿Tienes una cita con él? —se burló Josué.

Eva se volvió hacia él, y con expresión ofendida le dijo:

—Que tú seas un cínico y no creas en el amor no significa que el resto de las personas lo seamos.

—¡Espera un momento! —de repente ya no estaban bromeando—. ¿Quién dice que yo soy un cínico?

Eva no tardó en dirigirse a mí.

—Díselo.

Yo no quería líos. Levanté las manos en señal de rendición. ¡Me declaraba neutral! Aunque no soy ninguna cobarde, hacía tiempo había aprendido a no meterme en sus peleas. Era muy difícil salir indemne.



—A mí no me metáis en vuestras discusiones.

Pero Josué ya estaba enfadado.

—¿Pensáis que no creo en el amor? ¡Mira quién lo dice, las dos mujeres más «no-necesito-a-nadie», «nadie-es-lo-bastante-bueno-para-mí» del mundo!

—¡Conmigo no te metas que yo no he dicho nada! —dije, empezando a sentirme levemente irritada, pero guardando mis sentimientos bajo control. Me congratulé por mi férreo dominio propio.

—¡Yo jamás he dicho que nadie es lo bastante bueno para mí! ¡Sé perfectamente bien que Dani Carreras *es* lo bastante bueno!

Josué entornó los ojos.

—Eva, ¡estoy hablando en serio!

Eva lo miró con determinación.

—Yo también.

Los dos se miraron en silencio por lo que pareció una eternidad, mientras yo meneaba la cabeza con pesar. Ya estaban peleándose otra vez. Normalmente se llevaban genial, pero cuando discutían, la paz no regresaba en semanas.

—En serio crees que tienes una oportunidad con ese Dani Carreras —afirmó Josué a modo de pregunta.

Oh, no, pensé. Ojalá no hubiese dicho eso.

Eva lo miró desafiante.

—¿Qué pasa? ¿Crees que no lo valgo? ¿Crees que no doy la talla? —se estaba refiriendo al delicado tema de su figura rellena, y Josué suspiró con impaciencia.

—Por supuesto que lo vales.

—¿Entonces no crees que el único problema está en que no nos conocemos personalmente?

Josué la miró con incredulidad. Al principio (hacía unos años) se había tomado a broma su obsesión con el actor. Es más que normal que la gente se enamore de las estrellas del cine o de la música, decía, pero la gente normalmente *sabía* que no era más que un sueño tonto. Eva actuaba como si de verdad creyese que acabaría casándose con él.

—*Eso* me parece un problema.



Eva sonrió triunfalmente.

—Pues es un problema que se puede resolver fácilmente.

—¿Ah, sí? —preguntó Josué con ironía.

—Sí. Solamente tenemos que conocernos.

Josué alzó las manos a modo de rendición y me miró pidiendo ayuda.

—¿Te parece normal?

Yo ya había pasado por todo eso. Sabía que Josué tenía razón. Sabía que mi amiga se había obsesionado de una manera poco sana y nada realista. Yo misma había luchado por quitarle la idea de la cabeza, pero había resultado del todo imposible. Al final lo único que me quedaba por hacer como mejor amiga suya que era, era apoyarla. Si Eva se empeñaba en que su única felicidad era junto a Dani Carreras, yo optaba por no señalarle lo improbable que resultaba, y rogaba a Dios que pronto, ¡pronto!, conociera a alguien que le quitara al actor de la cabeza.

—No me parece normal, pero es lo que hay —dije sonriendo—. ¿Cuál es el plan? —le pregunté.

Eva me sonrió agradecida.

—Según tengo entendido, Dani Carreras llega esta noche. ¡A Burgos! No es un destino muy normal y no creo que se repita, pero este fin de semana hay un festival de cine independiente. ¡Carla, pero si te ya te lo había dicho! Por lo tanto, es ahora o nunca. Mi gran oportunidad ha llegado... ¡Por fin!

Eva estaba profundamente emocionada. Se le notaba en el brillo de los ojos y en el temblor de la voz. Empecé a preocuparme mientras ella seguía hablando:

—Me he enterado de que llegará al hotel entre las siete y las diez de la noche. Lo que haré será plantarme frente a la puerta de la entrada, a la espera.

—¿Y piensas quedarte tres o más horas, con este frío, esperando a que llegue? —preguntó Josué, cada vez más exasperado.

Eva lo ignoró y siguió mirándome.

—Llegará en uno de esos coches negros con las lunas tintadas. Cuando veamos a uno de esos coches parar en la entrada, me acercaré.

Josué sacudió la cabeza, riéndose de lo ridículo que le resultaba todo. No podía creerse que Eva *de verdad* creía que era el amor de su vida. De verdad lo



creía.

—¿Y qué harás entonces? —le preguntó.

—Pues no lo sé.

Josué se la quedó mirando y le dio una palmadita en la espalda.

—Sí, señor... un buen plan.

Eva entornó los ojos.

—No puedo confeccionar un plan. Una vez que lo vea... sabré lo que tengo que hacer. Soy muy buena improvisando.

Ante esa gran verdad sonreí. Las dos éramos muy buenas improvisando. Una de nuestras mejores bromas consistía en fingir una situación completamente ficticia y hacer que la gente se lo creyera. Quizás sea buen momento para decir que las dos nos consideramos muy buenas actrices. Observé a mi amiga con afecto.

—O sea que hoy nos toca pasar frío —dije, divertida.

Eva se volvió a mí con gratitud.

—¿Vendrás conmigo?

—¿Y perderme el momento más importante de tu vida? ¡Ni hablar!

Josué me miró con enfado.

—¡Estás alimentando la ilusión de una loca! ¿No te parece irresponsable?

—Que es una loca, estoy de acuerdo. Pero no la puedo dejar sola en un momento tan importante como éste. Ni siquiera con este frío.

Josué se encogió de hombros, sabiéndose perdedor.

—Pues venga, vamos.

Decir que en Burgos hace frío es quedarse corto. Los extranjeros siempre tienen la fantasiosa idea de que toda España es un baño de sol, música flamenca y toros. Cuando vienen a Burgos descubren que ni las mujeres se visten con vestidos de lunares ni llevan peineta en el pelo, y que los toros sólo aparecen la última semana de junio. Y por encima de todo eso, que su destino inevitable es pasar frío.



Incluso en el mes de agosto. Todo burgalés ha aprendido a llevar una chaqueta a mano aunque sea en pleno verano.

Pero no estábamos en verano. Era noviembre y hacía mucho frío. El mercurio marcaba apenas tres grados, aunque quizás deba especificar que lo peor era el viento gélido que azotaba nuestros desnudos rostros sin clemencia. El viento burgalés siempre encuentra un hueco donde meterse y «acariciar» el cuerpo de una persona. El cuello, la cintura, los tobillos, ¡los pies!, el rostro, los oídos... todos son sus víctimas.

Y allí estábamos nosotros, apretujados unos contra otros, temblando de frío, esperando la llegada del grandioso actor (esto lo pensaba yo con sarcasmo) Dani Carreras. Habíamos esperado durante tres arduas horas y yo no aguantaba más. Por alguna razón Eva había conseguido meterse entre nosotros dos y estaba más protegida del viento. No me parecía justo, puesto que a ella, además de nuestros involuntarios cuerpos, le calentaba la emoción de ver a su adorado futuro marido.

—¡Ahí llega! —gritó Eva con entusiasmo.

Josué entornó los ojos, temiendo los acontecimientos futuros. Yo me di cuenta de que había empezado a considerar la posibilidad de irse y dejarnos plantadas, no fuera a ser que la vergüenza de encontrarse junto a nosotras en semejante berenjenal le condicionara de por vida, pero supongo que la curiosidad venció al miedo, o quizás la lealtad, porque no se movió de su sitio.

Dos coches negros con cristales tintados se acercaron lentamente a la entrada del hotel. Nosotros habíamos estado esperando estoicamente en la esquina del edificio, a unos treinta metros de la puerta principal del hotel, y ahora que el coche se aproximaba, Eva, como en un trance del que era imposible escapar, se dirigió rápidamente a la entrada sin fijarse en nada más que en el coche que acogía a su amor. Yo la seguía a la zaga, de repente consciente de lo que iba a ocurrir, pero, a diferencia de Josué (que se quedó mucho más atrás) no sentía vergüenza, sino una divertida emoción y nerviosismo. Mientras canturreaba «*It's now or never*» (*ahora o nunca*), me preguntaba si realmente saldría Dani Carreras del coche y si Eva conseguiría siquiera hablar con él, pues era bien sabido que los actores de su calaña solían contar con guardaespaldas para protegerse de frikis como mi amiga.

Como leyendo mis pensamientos, dos matones salieron de uno de los coches y desfilaron hasta la puerta del otro coche. Y de repente, como por arte de magia,



la calle se llenó de mujeres histéricas que corrían hacia él (Eva siendo una de ellas) y de periodistas ávidos por una buena foto. Yo me pregunté si habían estado escondidos en los árboles o debajo de los coches, pues la calle había estado vacía hacía tan sólo unos segundos. Dani Carreras salió del coche, y los guardaespaldas, enormes como dos «king kones», lo rodearon por los dos lados protegiéndole de la voraz muchedumbre. Por eso para mí los siguientes acontecimientos resultaron del todo inexplicables:

Eva no vio a los guardaespaldas. Cuando por fin vislumbró a Dani Carreras saliendo del coche, se quedó como hipnotizada. Perdió conciencia de su cuerpo y de todo lo que la rodeaba. Lo único que notaba es que, como flotando, se acercaba cada vez más a su amor, hasta que de repente se estampó contra algo duro e impenetrable. El golpe fue tan fuerte que cayó cuan larga era hacia atrás, golpeándose la cabeza contra el suelo y con la desgracia de caer en un enorme charco y salpicar al guardaespaldas y al mismísimo Dani Carreras. A este último no le hizo ni pizca de gracia ver sus pantalones favoritos ensuciados de barro por culpa de una neurótica sin dignidad, pero, seguramente siguiendo el sabio consejo de su mánager, esbozó una sonrisa condescendiente a la culpable mientras el guardaespaldas la intentaba levantar del suelo. No fue una tarea fácil porque Eva no comprendía que estaba tirada en el suelo cubierta de agua y barro. Todavía no había apartado la vista de Dani Carreras, ¡que ahora le estaba sonriendo!, y no fue hasta que una voz familiar (la mía) le llamó con insistencia, que salió del trance.

—¡Eva! ¡Eva! ¿Estás bien? —Yo tenía ganas de reírme a carcajadas, pero comprendía demasiado bien el drama que este inesperado accidente supondría para mi amiga como para atreverme a dar rienda suelta a mis impulsos más básicos.

Sin todavía entender qué estaba sucediendo, Eva se dejó levantar por el guardaespaldas y por mí, hasta que la realidad de lo que había acontecido le caló más hondo que el propio charco.

—Dime que no estoy recubierta de agua y barro —susurró Eva, aterrada.

Yo la miré con cariño. Mi amiga a veces me despierta una ternura contra la que no soy capaz de luchar.

—No puedo.

Eva se miró los pies y las piernas con asombro, y luego me dedicó una mirada perpleja.



—¿Qué ha ocurrido?

—Chocaste contra el guardaespaldas.

Eva sacudió la cabeza, perpleja.

—¿Qué guardaespaldas?

—¿No viste al guardaespaldas? —pregunté con pena—. Claro que no lo viste, de lo contrario no te habrías chocado contra él...

Eva empezó a decir algo cuando de repente se dio cuenta de lo más horrible de todo. ¡Dani Carreras estaba entrando en el hotel!

—¡Dani! ¡No te vayas! ¡Te quiero! ¡Dani! ¡Dani!

Pero su declaración desesperada se había mezclado con el de otras tantas enamoradas, y Dani Carreras entró, sin inmutarse, al hotel.

Josué había observado la escena con el corazón encogido y yo sé que una parte de él quería marcharse a casa para ahorrarle a Eva la humillación, pero eso no podía ser. Siguió caminando hasta alcanzarnos, sin decir nada.

—¿Vamos a casa? —dijo al fin, ya que ninguna de las dos mujeres éramos capaces de decir nada.

—Sí, vamos, Eva. Que vas a pillar una pulmonía con este frío —dije.

Eva nos miró con expresión soñadora por un instante, hasta que, disimulando su decepción, consiguió esbozar una gran sonrisa.

—Morir de pulmonía es un mal menor... ¡Me ha sonreído! ¡Eso es definitivamente el primer paso! ¡Ya no soy una extraña para él!

—¡Exacto! ¿Quién olvidaría a una mujer que se lanza a un charco en semejante frío? —dije alegremente.

Josué entornó los ojos, pero se rió junto con nosotras. Era mejor fingir que estábamos contentos.

Una persona sensata quizás se hubiese dado por vencida. Pero Eva no era ninguna sensata, y nadie podía imaginar los sorprendentes acontecimientos que nos sucederían a causa de su insensatez.



Esa noche nos acostamos pronto. Eva y yo vivíamos juntas desde hacía más de tres años. Nuestros padres (y madres, por supuesto —a veces el castellano tiende a dar por sentado y por lo tanto omitir a los sujetos más valiosos) se habían marchado juntos, de misioneros a Benín. Los cuatro trabajaban en un hogar para niños en un pueblo llamado Allada. Benín es un pequeño país que está entre Togo y Nigeria. Hacía tres veranos nuestros padres habían ido a ese hogar para niños para pasar el mes de Julio. Cuando regresaron, nos miraron con ternura y un inesperado brillo de emoción en sus ojos, y nos dijeron que nuestro mundo había cambiado irreversiblemente, pues ellos habían decidido dejarlo todo y vivir indefinidamente en los verdes bosques de Allada, junto con los niños necesitados de la aldea.

Lamento decir que no me lo tomé demasiado bien. Como si yo no fuese (por aquel entonces) una niña necesitada. Vale, tenía veintiún años, pero todavía me sentía inmadura en muchos aspectos. Una jovencita de esa edad necesita saber que el hombro de una madre o el sabio consejo de un padre están disponibles para cualquier situación que surja. Cuando se lo dije a mis padres, me dijeron que jamás había prestado ni la más mínima atención a uno de los sabios consejos de mi padre, y que cada vez que mi madre intentaba abrazarme yo me tensaba como un palo.

—¡Eso no tiene nada que ver! —respondí sintiéndome levemente ofendida. De todas formas ellos deberían estar *disponibles* para mí, ofreciéndome consejos y abrazos. Esa era la labor de los padres. Lo que una hija decida hacer con ellos era irrelevante.

Ellos me dijeron que ya era hora de que me independizase.

En cosa de tres meses mis padres habían dejado trabajos, casa e hija, y se habían marchado a vivir al África. Los padres de Eva hicieron otro tanto de lo mismo, aunque Eva se lo tomó todo con muchísimo más entusiasmo y euforia que yo.

—¡Viviremos juntas! ¡Seremos totalmente independientes! ¡No habrá nada ni nadie que nos pare!



Poco a poco su euforia me llegó a contagiar. Vivíamos en el piso de los padres de Eva (los míos no tenían piso propio... siempre habíamos vivido de alquiler), montamos fiestas los fines de semana, comíamos lo que queríamos, dormíamos hasta cuando queríamos (por lo menos hasta que encontramos trabajo y tuvimos que vivir bajo *ese* yugo) y no respondíamos ante nadie.

¡Oh, el dulce sabor de la libertad! ¡La tierna emoción de lo desconocido! ¡Echamos nuestras alas al vuelo entre risas y despreocupación sin pensar hacia dónde nos llevaría el viento! Tan sólo importaba volar...

Poco a poco la libertad dejó de ser emocionante y nos hicimos a un ritmo de vida más llevadero. Descubrimos que comer «lo que quisiéramos» bien podría ser alimentos sanos y sin conservantes que no te revolvieran el estómago por la noche, que trasnochar está *muy* sobrevalorado, y que las cosas ni se recogen ni se limpian solas.

Cuando llegamos a casa, Eva se desvistió al instante y se metió a la ducha. Yo no tenía hambre, así que me acosté en mi cama para leer un rato. Leo siempre que puedo. Escuché cómo Eva se metía en su dormitorio sin decir absolutamente nada, y sentí pesar. Eva siempre habla por los codos menos cuando se siente afligida, que es cuando simplemente habla mucho. Su silencio dejaba claro que ésta era una de sus peores crisis. Mi amiga vivía el drama mucho más intensamente que yo, que ya es decir... yo intentaba dominar mis emociones mientras que ella se dejaba llevar, sin más, por ellas.

Mi dormitorio era muy espacioso. Había sido un cuarto para los invitados cuando los padres de Eva aún vivían allí, pero yo lo había pintado y redecorado a mi gusto. Las paredes estaban pintadas de un suave color marrón-verde. En realidad nadie se ponía de acuerdo (cuando elegí el color a mí me parecía un marrón clarísimo, pero dependiendo de la luz era un verde innegable). Me gustaba. Dormía en una cama de uno treinta y cinco, bajo la acogedora protección de uno de los mejores inventos del hombre: la funda nórdica. Las paredes estaban repletas de marcos de todos los tamaños con fotos de mis padres, mis amigos y mías. Parte del suelo estaba cubierto por una cálida alfombra de color fucsia oscuro



y, en estos momentos, puesto que yo estaba en la cama, por unos cuántos cojines desparramados al azar. Una de las paredes albergaba al armario empotrado, otra tenía dos grandes estanterías repletas de libros (¡mis tesoros!), y la otra daba a un precioso ventanal que se abría a un estrecho balcón, por el cual yo tenía la costumbre de asomarme cuando no hacía demasiado frío. Me parece innecesario decir (aunque lo estoy haciendo) que la otra pared tenía una puerta por la cual yo entraba y salía.

Eran las dos de la mañana y todavía no había logrado conciliar el sueño. Hacía rato que había dejado de leer porque las palabras del libro parecían dar vueltas delante de mí, pero aun así, me sentía intranquila. Decidí encender la radio.

Estaban echando el programa ese en que la gente cuenta sus problemas y luego, si tenías suerte, alguien llamaba para ayudarte o para decir que le había ocurrido algo parecido, o para lo que fuera:

<<...me invitó a su casa a cenar y le dije que sí... y bueno, nos acostamos juntos... pero ahora él no quiere saber nada de mí, y no sé qué hacer.

— ¿Y tú qué es lo que quieres?

— Pues no sé...

— ¿Quieres mantener una relación más seria con él?

— No lo sé... a lo mejor sí.

— Pero antes has dicho que tienes novio.

— Sí, por eso estoy confundida.

— Bueno, pues ahí queda tu experiencia. Gracias por llamarnos. Quizás, alguien que esté en tu misma situación quiera llamar para darte algún consejo, así que estate atenta al programa, ¿vale?

— Vale...

— Venga, un besito. Hasta luego. (Pausa). Y ahora vamos a escuchar esta canción, que dedico a todas las mujeres enamoradas: «Enamorada» de Amaral.

Me estaba quedando dormida mientras escuchaba la canción y analizaba los acordes (algo que hago de manera inconsciente cada vez que escucho una canción), así que cuando escuché lo siguiente, lógicamente pensé que estaba soñando:



—*Hola de nuevo a todos. Soy Lucía Delgado y estamos justo en la mitad de nuestro programa, «Hablamos». Espero que os haya gustado esta última canción. Seguro que todos nos identificamos con alguna parte de ella. Y sin más preámbulos, vamos a ir a una de nuestras llamadas. ¿Hola, buenas noches?*

Una voz decidida contestó:

— *Hola Lucía.*

— *Buenas noches. ¿Te llamas Eva, no?*

— *Sí.*

¡A estas alturas me di cuenta de que no estaba soñando, y que esa Eva era *mi* Eva!

— *Bueno, cuéntanos eso que nos tienes que decir a todos* —dijo Lucía alegremente.

— *Pues llamaba para declarar que me tengo que casar con Dani Carreras.*

Oh-Dios-Mío, fue lo único que pude pensar.

— *¿Y eso?*

— *Verás. Estoy perdidamente enamorada de Dani Carreras, y también resulta que estoy completamente convencida de que soy la mujer perfecta para él.*

— *Y lo dices sin ningún reparo, por lo que veo.*

— *Pues tienes razón. No me corto ni un pelo, pero es que llevo mil años enamora de él, y estoy harta de esperar.*

Noté cómo la locutora titubeó.

— *¿Pero os conocéis?*

— *Pues más o menos...*

— *¿Cómo que más o menos?*

— *En realidad no creo que él me conozca... aunque sí que nos hemos visto una vez.*

Pude «sentir» a través de las ondas radiofónicas el sarcasmo que amenazaba por salir de la boca de Lucía. Sin embargo, preguntó educadamente:

— *¿Dónde os habéis visto?*

— *En un hotel. Fue un encuentro fortuito.*

— *¿Y por qué has decidido llamarnos, Eva?*



—Porque ya no puedo esperar más. No puedo dormir bien pensando en que se me está acabando el tiempo y Dani Carreras puede conocer en cualquier momento a cualquier otra mujer que NO es la mujer de su vida (porque esa soy yo), y estropearlo todo.

—Y dime una cosa... ¿por qué piensas que eres la mujer perfecta para él? —se notaba que se estaba divirtiendo.

—No sabría por dónde empezar. Yo encajo muy bien con su personalidad... soy de carácter fuerte y aventurero igual que él, tengo la edad ideal (veinticinco —cuatro menos que él, pero esa es una buena diferencia), soy cristiana evangélica (como él), cosa que es muy importante para nosotros... y bueno... sobre todo está el hecho de que le amo con locura, y eso, te lo aseguro, es algo por lo que cualquier hombre moriría.

—Pues muy bien, Eva. Ya has dejado claro lo que piensas. ¿Quieres añadir algo más?

Eva dudó un instante.

—No... sólo quiero decir esto: Dani, si me estás escuchando quiero decirte que no estoy loca. Sólo loca por ti. Deberías conocerme. No sabes lo que te estás perdiendo.

Lucía rió agradablemente.

—Pues ahí queda tu declaración de amor, Eva. Si alguien quiere llamar para decirle algo a Eva, o para contar una experiencia similar... o si Dani Carreras quiere contestarnos, llama al 002—002—002 o escribe un email a hablamos@radioradio.com. Esperamos vuestras llamadas. Y ahora, mientras esperamos a nuestra siguiente llamada, vamos a escuchar una canción que también nos habla de amores imposibles: «You're beautiful», de James Blunt.

Yo me quedé blanca, inmóvil en la cama. Mi querida amiga, mi Eva del alma, estaba absolutamente chiflada.



Lunes «Paparazzi»

Me levanté tarde (aunque supongo que para muchos las diez no es tan tarde) porque los lunes por la mañana no trabajaba. Agarré la Biblia que tenía al lado de mi cama y fui arrastrando los pies hasta la cocina, donde suponía que me esperaba un café con leche sin azúcar, y donde, con suerte, sería capaz de leer algún capítulo de Jeremías, un libro del antiguo testamento en el que llevaba atascada más de dos meses. Por más que quisiera, el profeta y las calamidades que el pueblo de Israel se merecía no acababan de engancharme.

Aún arrastrando los pies y sintiendo mi cerebro a veinte centímetros por encima de mi cabeza, llegué hasta la puerta. Para mi total asombro (y eso que mis emociones estaban aún obnubiladas por el sueño) vislumbré a Eva, sentada y contemplando una taza de té medio vacía entre las manos. Ella no *debía* estar allí porque trabajaba los lunes por la mañana, así que tuve que mirarla dos veces para asegurarme de que no estaba soñando. A veces, cuando me despierto así de mal, me suceden cosas extrañas, como por ejemplo que el zumo de naranja aparece en la misma taza que mi café, o la cucharilla termina en la basura en vez de en el fregadero. Tras unos instantes de profunda confusión me convencí de que Eva era real y empecé a sentir verdadero pánico porque, como es lógico, supuse que no era lunes, sino martes, y que *yo* era la que debería estar trabajando. Aturdida, me quedé inmóvil sin saber qué hacer.

Durante unos insólitos segundos, permanecemos quietas.

—Cualquiera que nos viera fliparía —comentó Eva, después de un rato, pero



sin apartar los ojos de la taza.

—Dime que no es martes —dije, nerviosa.

—No es martes.

—¿Es lunes?

—En efecto.

Al instante me tranquilicé. Ya empezaba a pensar con normalidad.

—¿Qué haces aquí?

—He llamado al trabajo para decir que estoy enferma.

—¿Estás enferma? —pregunté preocupada. La verdad es que la pobrecita tenía muy mala pinta—. ¿Qué te duele?

Eva por fin me miró.

—Me duele el corazón. Me duele el orgullo. Me duele mi vida.

Vale. La cosa estaba bastante peor de lo que parecía. Para ganar un poco de tiempo, cogí una taza y empecé a echarme el café del día anterior.

—¿Estás mal por lo de ayer? No fue para tanto...

—Ja. Si tú supieras...

Los ojos de Eva empezaron a llenarse de lágrimas. En ese preciso punto de nuestra conversación yo empecé a ponerme nerviosa. Eva a menudo gritaba como una loca, reía sin sentido o se enfurruñaba por minucias... pero no solía llorar. Quise animarla.

—Vamos a ver. Tal y como yo lo veo, ayer no pasó nada. Bueno, sí. Pasó algo muy especial, y es que Dani Carreras te vio por primera vez.

—Y última.

Suspiré. En el fondo eso mismo es lo que yo creía, pero intuí que ese no era el momento para decir la verdad. Además, presenciar el naufragio de un adorado sueño no es en absoluto agradable, por mucho que lo hubiera deseado en incontables ocasiones. Rebusqué entre los recodos de mi adormilado cerebro en busca de inspiración, hasta que me acordé de algo muy cursi que había leído hacía tiempo.

—Muchas veces ser realistas no es otra cosa que no atreverse a soñar, o peor,



es no tener fe —para los evangélicos no tener fe es una de las peores catástrofes—. Es verdad que no parece muy posible lo tuyo con Dani Carreras, pero...

Eva me interrumpió:

—No sigas, Carla. En el fondo nunca me he creído que me fuera a casar con él. Ya sé que es una chorrada, no estoy tan loca.

Yo me di la vuelta para que no me viera y puse los ojos como platos. Eso sí que era una noticia. ¿Eva *no* estaba tan loca?

—¿Entonces qué te ocurre?

—Que ayer me odiaba por ser tan estúpida y me humillé aún más.

Yo fruncí el ceño.

—¿Te humillaste? Ahora no me vayas a contar un rollo sexual raro, eh... — dije en broma.

Eva sonrió con tristeza.

—Ja, ja. Cuando te lo cuente vas a flipar.

—A ver, ¿qué hiciste que fuera tan horroroso?

Yo sabía lo que me iba a decir, pero no quise robarle la oportunidad de contármelo. Eva carraspeó. Aunque estaba muy deprimida y lo que iba a contar a continuación iba a humillarla aún más, no podía evitar darse cuenta de la oportunidad dramática que revelarme su última tontería suponía. Inspiró aire ceremoniosamente y, como dirigiéndose a un auditorio lleno de gente, dijo:

—Ayer por la noche, en concreto, a las dos de la mañana, me declaré por la radio.

—¿Qué hiciste qué? —exclamé. ¡A veces soy tan buena actriz!

—Llamé al programa ése donde cuentas tus movidas y dije que amaba a Dani Carreras, que me quería casar con él y que yo era la mujer perfecta para él.

En ese punto yo no sabía si exclamar con sorpresa o decirle que Dios, en su infinita sabiduría y sentido de humor, me había permitido escucharlo todo. Como mi amiga no obtuvo ninguna respuesta inmediata, se quedó un poco desilusionada.

—No te has reído.

Hice una mueca.



—Pero quería hacerlo.

Eva me miró con intensidad. De repente se le escaparon más lágrimas.

—Ahora dime la verdad. ¿Crees que he tocado fondo o aún puedo llegar más bajo?

—Yo no creo que hayas tocado fondo... —dije para confortarla.

—¿No? —exclamó Eva, llorando un poco más—. ¿Así que dices que todavía me quedan estupideces que cometer?

Sabía lo que tenía que hacer. Me dejé de tonterías y la abracé. Ese era un acto heroico viniendo de mí. Normalmente el contacto físico me pone nerviosa. Cuando la gente me abraza o me coge del brazo me pongo tiesa como una tabla sin saber qué hacer, demasiado consciente de mí misma como para actuar con naturalidad. Eva lo sabía perfectamente y me solía dejar tranquila, aunque a veces me «tocaba» para hacerme de rabiar. No me cabe duda de que por esa razón se sintió doblemente emocionada cuando me acerqué a ella. Cerró los ojos y se intentó calmar en los tiernos brazos de su fiel amiga.

—Gracias, *tía*. Eres una buena amiga.

Yo sonreí mientras deshacía el abrazo. Tampoco había que abusar.

—Ya lo sé —dije, burlona.

¡He de confesar que en ese instante yo me sentía tan satisfecha conmigo misma! No podía menos que compararme con mi querida amiga (a quien yo quería con locura, pero cuyas motivaciones y sueños rozaban —o traspasaban— los límites de la racionalidad) y me sentía muy equilibrada y madura... Yo era una joven mujer de veinticinco años, con dignidad, aplomo, inteligencia y carácter. Me había independizado prematuramente, como dirían algunos, pero eso sólo era una consecuencia de mi marcada personalidad aventurera y mi seguridad en mí misma. Era estable y justa. Era una roca firme en la que una amiga en apuros se podía apoyar.

Qué gran sensación, la de estar contenta con una misma.

De repente llamaron al timbre.

—¿Quién será? —nos preguntamos, extrañadas.

—Propaganda —aseguró Eva, que no se movió de su silla. Me levanté perezosamente y, con mi taza de café con leche humeante en mano, fui a abrir la



puerta.

Muchas veces Eva y yo habíamos desdeñado a las mujeres que se gastaban el dinero en ropa para ir a dormir. Es decir, en pijamas. Las dos asegurábamos con vehemencia que gastarse el dinero en cualquier otra cosa era mucho más inteligente. Porque quién puede decir que gastarse treinta euros en un pijama que *nadie* iba a ver (recordad que no teníamos novio y cuando lo tuviéramos íbamos a permanecer estoicamente vírgenes) es una hazaña razonable. Siempre había algo más importante para comprar, por ejemplo cajas de té, chocolate, cremas hidratantes, zapatos, libros o música. Y por encima de todos estos razonamientos, está el hecho de que una mujer termina acumulando mucha ropa que jamás llevaría en público. ¿Qué hacer con toda esa ropa que sobra? ¿Llevarlo a una ONG? No, desde luego que no. Una *duerme* con ella.

Pero me tragué todas esas aseveraciones cuando abrí la puerta y cinco flashes iluminaron mi sorprendido rostro a modo de bienvenida. Los fotógrafos ni siquiera pidieron permiso ni dieron explicación alguna. Eva, curiosa por naturaleza, también se acercó a la puerta y recibió la misma cantidad de flashes y de explicaciones.

—Hasta luego —dijo una mujer pelirroja.

Las dos nos habíamos quedado tan sorprendidas que no se nos ocurrió otra cosa que decir más que un educado:

—Hasta luego.

Cerramos la puerta sin saber qué pensar del asunto. ¿Lo habíamos soñado, o de verdad acabábamos de ser fotografiadas por un grupo de (parecían) paparazzis? Volvimos a la cocina preguntándonos a qué podía deberse aquello.

—A lo mejor es una broma de Josué —dijo Eva, sin convencimiento.

Yo la miré con los ojos entrecerrados, como pensando algo. En realidad poco ocupaba mi mente.

—¿Y qué crees que hará con las fotos?

Eva de repente abrió los ojos, espantada.

—¡Seguro que lo publica en el boletín de la iglesia!

Yo me llevé las manos a la cabeza.



—Si lo hace, lo mato.

—¿Qué pondría en los titulares? ¿«Las últimas dos solteras evangélicas de la ciudad ya no son lo que eran»?

—Lo mato —murmuré.

Eva fue corriendo al teléfono para llamarle, pero no recibió respuesta. Estaría trabajando. Yo empecé a imaginarme diferentes formas de tortura y sufrimiento para nuestro amigo.

No sé en qué estábamos pensando, la verdad. Si Josué hubiera querido hacernos unas fotos humillantes podría haberlas hecho él mismo en infinidad de ocasiones. Además, esa mañana habían aparecido al menos tres fotografías (no sé el número exacto porque no poseo memoria fotográfica) y eran personas que no habíamos visto en la vida. En último lugar, si de verdad quisiera humillarnos en el boletín de la iglesia (aquí debería aclarar que hasta ahora el boletín jamás ha sido usado para humillar a nadie), habría venido algún asiduo de la iglesia a sacar las fotos.

Pero no estábamos pensando con claridad, y si creíamos que sería horrible que nuestra foto matutina fuera publicada en un boletín que leían menos de ciento cincuenta evangélicos (que de todas formas tenían la obligación de no reírse de nosotras porque «Jesús nunca habría hecho eso»), mucho peor fue ver nuestra foto a las cuatro de la tarde en la televisión, cuando todo católico, ateo, y evangélico (por mucho que lo negaran algunos santurriones), estaría viéndola.

Las dos estábamos tranquilamente tomándonos un té earl grey sin azúcar pero con leche en el sofá, y habíamos encendido la tele para relajarnos. Habíamos dejado de comernos la cabeza en cuanto a las fotos, seguras de que Josué tendría una buena explicación, y tranquilas porque sabíamos que teníamos poder suficiente como para disuadirle de cometer cualquier injuria contra nosotras.

A menudo he oído a la gente hacer comentarios sobre algo que han visto en la televisión y acto seguido aclarar que ellos *nunca* suelen ver la televisión, o por lo menos *nunca ven* ese programa que acaban de mencionar. Yo nunca me lo he tragado. No sé cómo es para el resto de la sociedad, pero los evangélicos tenemos la romántica idea de que estamos por encima del cotilleo y programas mediocres que tanto abundan en televisión, y algunos incluso pueden llegar a sentirse culpables si disfrutaban de ellos. En general, los documentales, telediarios y series o



películas americanas son aceptables. Los programas de cotilleos (o de corazón, como los llaman algunos aunque sería más correcto decir *sin-corazón*), tele-realidad, y series o películas españolas no.

Por eso, quizás, dudaréis de mí cuando os diga que *de verdad* nosotras jamás veíamos los canales de «cotilleo» que emiten por las tardes (¡ja!). Pero, coincidencias del destino, ese preciso día habíamos dejado la tele puesta y nos habíamos olvidado de ella mientras hablábamos efusivamente sobre qué chocolate era el mejor: chocolate con leche o puro. Es un tema realmente fascinante y en el que nos entreteníamos a menudo. Hubo un segundo en que las dos nos quedamos calladas y sorbimos el té a la vez. Y fue en ese preciso instante que sus ojos y los míos se posaron brevemente en la televisión... y fue entonces cuando vimos la foto:

Yo, Carla, con unos pantalones XXL color naranja con rebordes rojos y blancos, a cuadros. Una camiseta verde tan ajustada y desgastada que se me marcaba el sujetador y los pezones. Mi pelo, recogido en una coleta altísima, estaba completamente desordenado, y mi rostro asquerosamente brillante por el sudor de la noche, pues ni siquiera me había lavado la cara.

Eva aparecía con unas mallas rosa fosforito tan apretadas que se le notaba la celulitis, con unos calcetines verdes subidos casi hasta las rodillas y una camiseta que decía «deja a Jesús entrar en tu corazón», y que era tan corta que se le asomaba un poco la barriguita.

Era una visión espeluznante.

Las dos, al vernos, nos quedamos paralizadas, con los labios pegados en las tazas. Yo empecé a gemir y Eva murmuró con derrota que jamás se casaría.

—¡A Josué lo mato! —chilló Eva, después de un rato, con ira.

—Josué no tiene nada que ver con esto, me temo —dije con amargura.

De repente aparecieron unas imágenes de Dani Carreras saludando a sus fans, de Dani Carreras en diferentes películas, y luego del actor acompañado de diferentes mujeres.

—¿Qué están diciendo? —preguntó Eva por fin, incapaz de concentrarse.

—*Chist*, déjame oír.

Y así fue cómo nos enteramos de que Dani Carreras había escuchado la original declaración de amor de Eva y le había entrado curiosidad por conocerla. En esos momentos estaban diciendo algo acerca de una cita.



—¿Una cita? —chilló Eva casi entre lágrimas, de repente saltando encima del sofá. Al verla, sinceramente, no pude decir si lloraba de alegría o de pena.

—¿Estás bien? —pregunté, al fin.

Eva me miró como si hubiera preguntado una estupidez.

—¿Que si estoy bien?, ¿que si estoy bien? —siguió chillando a la vez que saltaba y lloraba sin un orden concreto.

—Eva, por el amor de Dios. Estate quieta. Te va a dar un ataque.

Eva se dejó caer en el sofá.

—Dios me ama.

—Pues claro que te ama.

—Me ama más de lo que jamás sospeché. ¿Te acuerdas antes cuando te dije que en realidad nunca me había creído realmente que me casaría con Dani Carreras? Pues te mentí. *Siempre* lo he sabido.

Ya empezamos, pensé.

—Eva, no sabemos si esto es verdad o no. A lo mejor es una movida que se han inventado al escucharte por la radio para crear algo de publicidad... lo cierto es que a ti nadie te ha dicho nada de ninguna cita. Nosotras no sabemos nada de nada.

Y como si todo hubiera estado planeado, sonó el teléfono. Eva me lanzó una mirada triunfal.

—Es para mí —dijo con convicción.

Agarró el teléfono:

—¿Sí?... sí.... no.... sí..... ¡Sí, sí! —suspiro emocionado—...sí, sí. Vale. ¡Hasta luego!

Como los monosílabos no revelaron nada interesante, pedí una explicación.

—¡Era el manager de Dani Carreras! ¡Tengo una cita con él el martes a las ocho de la tarde!

Yo la miré estupefacta.

—¡Me voy a casar! ¡Me voy a casar!



¿Supe yo en ese instante que lo que sucedería como consecuencia de esta llamada sacudiría los cimientos de nuestra preciada amistad? ¿Qué cambiaría nuestras vidas por completo? No. ¿Pude intuir la relevancia de ese momento? ¿La sucesión de acontecimientos que sobrevendrían a esta imprevisible llamada? No, no pude.

Yo me precie de tener un sexto sentido para las cosas que son importantes, pero he de reconocer que permanecí en la más completa ignorancia mientras que con una media sonrisa me recostaba en el pedazo de sofá que no estaba siendo pisoteado por mi amiga y dejé mis ojos vagar por el salón de nuestra casa. El sol de Burgos amarillea por las tardes, y había iluminado la pequeña estancia, alegrándola más de lo que ya era. Observé los cuadros impresionistas de mis artistas favoritos, las cortinas de gasa de color marfil, la gran mesa de nogal con sus ocho sillas a juego, la televisión en frente rodeado del típico (y anticuado) mueble de salón español. Dediqué un rato a observar a las numerosas plantas que se arremolinaban en torno a los dos grandes ventanales que daban a la calle principal. Un pequeño calanchoe de tono anaranjado, un par de dracenas, el exuberante cóleo de matices purpúreos que por alguna razón estaba verdeando, y mis eternas favoritas, mis cinco frágiles orquídeas phalaenopsis. Sorbí un poco más del té. No quedaba mucho. Observé a mi adorado Petrof, un hermoso piano vertical cuyas 88 teclas habían sido mi deleite en los momentos más relevantes de mi vida. Había sido un regalo de mis padres para mi decimosexto cumpleaños, y aunque mi formación clásica dejaba mucho que desear, yo sabía aporrear o acariciar sus teclas (según el humor del momento) para acompañar mi voz en mis diarios «musicales». Tocaba de oído. Si uno sabe encontrar los básicos acordes de la tónica, dominante y subdominante, y sus terceras menores, está todo hecho, prácticamente. Seguí posando mis ojos en prácticamente cada objeto de la habitación, intentando ignorar al único objeto animado presente aparte de mí (Eva).

Empleé esta técnica de metódica observación para conseguir serenar mis azorados sentimientos. Había dos asuntos que perturbaban mi paz interior.

El primer asunto (y quizás me llaméis egocéntrica por exponer éste en primer lugar, pero lo hago para centrarme en el segundo, que considero que es más importante): mi vanidad herida. No sé cómo explicar lo que sentí en el momento de ver mi bochornosa imagen en la pantalla de nuestro pequeño televisor. Supongo que algunos pueden decir que valoro demasiado la imagen que proyecto a los demás. Puesto que doy muchísima importancia a las primeras



impresiones y soy muy consciente de mí misma cuando estoy con otra gente, sentí un hundimiento en mi alma cuando contemplé esa atroz imagen mía hecha pública. Fue como si una daga inclemente traspasara las corazas que protegen mi corazón, dejándome vulnerable e indefensa. Sentirse vulnerable e indefensa no es agradable. Fue como contemplar el desmoronamiento de un imperio. El quebrantamiento de una fortaleza cuidadosamente erigida. Ya sé que suena dramático, pero sin embargo, así es tal y como me sentí.

El segundo asunto tenía todo que ver con mi estimada amiga. Llevaba ya diez minutos saltando en el sofá gritando «me voy a casar». No pude menos que empezar a temer por su cordura. Ella poseía una ternura e inocencia que no debía ser pisoteada, ¡no de ese modo! Yo sabía que las experiencias futuras terminarían enseñándole que no vivimos en un cuento de hadas, pero me parecía horrorosamente cruel lanzar sus sueños al vuelo para luego hacerles estrellar contra el muro de un amor no correspondido. Mi pobre amiga iba a ser machacada. Su tierno corazón, inevitablemente lacerado.

Se me revolvió el estómago.

Por estas importantes razones, decidí llamar al trabajo para pedir el día libre (trabajaba de tarde). ¡Habría sido imposible concentrarme en un día como ese! Clamé a Dios con mucha intensidad porque nadie que me conociera nos hubiera visto por la tele. Me parecía que tampoco era pedir demasiado. A Eva se le había olvidado la humillación porque el premio lo compensaba con creces, pero yo no tenía ningún premio de consolación.

—¿«How-Do-You-Do-School», *hello?* —contestó una mujer, con un acento español irremediable.

—Laura, soy yo, Carla... No me encuentro nada bien hoy... me preguntaba si sería mucha faena no ir esta tarde.

Laura tardó en contestar. Cuando lo hizo, su tono lo decía todo:

—Pues hombre, sí que sería una faena, pero si estás muy mal...

Ahora fui yo la que tardé en contestar. Lo normal era que me hubiera dicho con sentida preocupación: «No te preocupes, cariño. Tómate el día libre», pero no, tenía que jugar a hacerme sentir culpable. Y ahora tenía un dilema: Sería mentira decir que nunca había mentido, pero hacerlo siempre me había creado tanto malestar que evitaba hacerlo a toda costa.



—Pues no estoy muy, muy mal... pero he tenido un día horrible—. Me sentí ridícula por haber llamado. ¿En qué estaba pensando?

Laura no respondió, pero estaba claro que le importaba un comino el día que hubiera pasado. Su propia vida estaba llena de días malos y no por eso dejaba de trabajar.

—Pues chica... —hizo una pausa esperando que yo dijera algo. Desde luego, pillé la indirecta. Con fastidio le dije:

—Olvidalo, no te preocupes. Estaré allí.

—Ok, pues. Nos vemos luego.

Colgué el teléfono. Había descubierto dos cosas: una, que Laura me empezaba a caer mal, y dos, que si una quiere un día libre, nunca debe preguntar si puede tomárselo.

Sea como fuere, a las seis y media de la tarde yo estaba dando una clase de inglés para principiantes. Sólo había venido una mujer de unos cuarenta años que intentaba aprender inglés para que sus hijos no se rieran de ella. La pobrecita llevaba dos meses yendo a la academia, sin resultados visibles.

—I like books —dije muy lentamente.

—Ai laip fus.

Silencio.

—I like books.

—Ai laip fus.

Soy una mujer muy paciente.

—A ver, repite conmigo: Laik.

—Laip.

—¿Por qué terminas en «p»? —pregunté, sonriendo, sin ningún reproche. Me enorgullezco de nunca ridiculizar a mis alumnos (mis alumnos, como resultado, me adoran).

La mujer rió con nerviosismo.

—¡Y a mí qué me cuentas! Es que esto es muy difícil.



—No es difícil... venga, otra vez. Pero no digas «laip», que no es una «p» lo que quiero oír... quiero una «k» al final, ok?

—Ok.

—LaiK—. Por supuesto, me aseguré de pronunciar bien fuerte la última «k».

—LaiK.

—¡Perfecto! —sonreí.

—Ai laik.

—Ai laik.

—Very good. Ai laik buks.

—Ai laip fus.

En la siguiente clase, un chico de unos treinta años me preguntó que si, cuando hablaba en inglés, se parecía a la forma de hablar de Toño Jiménez, el famoso locutor de radio. Fruncí el ceño.

—¿A Toño Jiménez?

—Sí —dijo mi alumno con entusiasmo—. Es que me han dicho que se me parece la voz cuando hablo en inglés.

Yo me encogí de hombros.

—Pues no sé... no lo había notado, pero quizás sí que te das un aire—. No había nada de malo en hacerle feliz, total...

El chico sonrió, complacido.

—Ya lo sabía yo. Además, yo también me llamo Toño.

Algunas veces dar clases era muy aburrido, pero en general me lo pasaba muy bien. Mi madre era inglesa y yo me había criado hablando los dos idiomas, así que, como bilingüe que era, tenía trabajo asegurado. Todo el mundo necesitaba aprender inglés. Era una suerte que a mí me gustara enseñarlo. Me encantaba estar en contacto con gente tan diversa: escuchar sus historias, conocer sus gustos, etc., y la verdad es que me llevaba muy bien con mis alumnos, aunque alguna que otra vez tenía encontronazos con alguno.



Por ejemplo la vez en que una mujer empezó a chillarme porque no entendía por qué había dos palabras en inglés para la misma palabra en español. La mujer estaba completamente equivocada:

—¿Me estás diciendo que «yes» es «sí»? —me dijo, ofuscada.

—Sí.

—¿Entonces por qué coño me dices ahora que «if» es si? ¡A ver si te aclaras!

La mujer siempre había desconfiado de mí porque yo hablaba perfecto español y ella estaba pagando por una profesora nativa. Yo no lograba hacerla entender el concepto de «bilingüismo».

—Pero son dos palabras completamente diferentes en español también —respondí calmadamente.

—¿Cómo que diferentes? —exclamó, enfadada.

—«Sí» con acento es muy diferente a «si» sin acento. El primero sirve para afirmar, y el segundo es para hacer un condicional. Son homónimos, pero no tienen nada que ver...

La mujer hizo un aspaviento.

—¡Y ahora me vas a enseñar español!

Contuve las ganas de poner los ojos en blanco. Ahí estaba otra vez ese concepto incomprendido.

A las ocho y media estaba libre. Mi última clase había sido cancelada a última hora, y, muy a pesar de mi querida compañera Laura, no encontraron a nadie para remplazarla. Así que, dando gracias a Dios por ello y porque nadie me había hecho ningún comentario de mi desafortunado debut en la televisión, salí de la academia sin rumbo fijo. Empecé a caminar por las semi-desiertas calles de la ciudad, esquivando a los pocos transeúntes que caminaban como posesos, intentando huir del frío.

Caminé lentamente por las calles inhalando profundamente el aire gélido, sumida en mis pensamientos. Sobre todo pensaba en Eva y en su próxima cita con Dani Carreras. Meneé la cabeza, sonriendo... Había mucho material cómico en lo que nos acababa de ocurrir, no lo negaba. Y al final la chica lo había conseguido. Eva iba a conocer a su querido Dani Carreras. Pero la cosa no saldría bien, y ahí era



donde terminaba la comedia. ¿Cómo podría algo así salir bien? Que Dios me perdonase por dudar de los sueños de mi mejor amiga, pero ¿cómo iba a salir bien esa absurda cita entre una mujer locamente enamorada que soñaba con matrimonio e hijos, y un hombre famoso que sólo pensaba en su imagen y su publicidad? Lo peor de todo, y era lo que verdaderamente me preocupaba, era que Eva acabaría asumiendo que ella no era lo suficientemente buena para él, cuando él no le llegaba ni a la suela de sus zapatos.

Empecé a ponerme de mala leche y sin saber cómo, estaba frente al hotel. No había planeado llegar hasta allí, me dije mientras contemplaba la renovada fachada iluminada por luces potentes.

Y entonces, como si me hubiera sido revelado, supe lo que iba a hacer. Me entró la risa nerviosa, no me lo podía creer. ¡Al carajo con mis miedos! (No suelo decir «carajo», pero no quiero escribir palabras malsonantes.) Iba a coger al toro por los cuernos. Caminé con decisión. No tenía ni idea de qué iba a hacer cuando estuviese dentro, pero desde luego quedarme con los brazos cruzados no era una opción. Me obligué a recordar la expresión de esperanza e ilusión en el rostro de Eva mientras saltaba una y otra vez encima del sofá. El recuerdo me infundió valor. No podía dejar que jugaran con sus sentimientos de esa manera. Alguien debía hablar con ese sinvergüenza antes de que destruyera a mi amiga. Ese alguien era yo, por supuesto. Era imprescindible, me dije. Había que pararle los pies a ese egoísta.

Avancé con premura hasta llegar a la entrada del hotel. Allí me paré en seco. No era probable que me dejaran entrar sin más. Me imaginé la escena: «*Buenos días, venía a hablar con Dani Carreras...*». «*Oh sí, cómo no, pase... le encanta recibir visitas*», me dirían, seguramente.

Torcí el gesto.

Necesitaba un plan.

Justo en ese momento una limusina se acercó lentamente hasta estacionar enfrente de la entrada. De ella salieron ocho jóvenes: cinco chicos y tres chicas, todos ellos vestidos de etiqueta y con ganas de juerga. Las puertas del hotel se abrieron de par en par, dejándoles entrar con sus risas y escándalo.

Lo tuve claro. Dios me enviaba una oportunidad.



Entré justo detrás de ellos y sonreí al portero con descaro. El recepcionista detrás del escritorio levantó la vista y nos saludó con una ancha sonrisa. Yo simplemente seguí a los jóvenes por el vestíbulo y torcí con ellos a la izquierda. El portero ya no podía verme. Uno de los chicos percibió mi presencia y se me quedó mirando extrañado, pero yo, con el corazón desbocado, conseguí devolverle la mirada como si tal cosa. Le debí hacer gracia porque me sonrió con afabilidad. El alegre grupo siguió avanzando por un pasillo interminable, pero yo me detuve frente a los ascensores. Pulsé.

¿En qué planta se alojaría? ¿Qué se considera lo mejor de lo mejor? Tenía que pensar deprisa. Si yo tuviera todo el dinero que quisiera, me alojaría siempre en la última planta. Tendría las mejores vistas.

Entré en el ascensor, que olía a un ambientador dulzón. El hotel tenía nueve plantas. Mientras subía, por supuesto, me eché un vistazo en el espejo. Hice una mueca mientras intentaba desesperadamente arreglarme el pelo alborotado por el viento. Los espejos en el ascensor me resultan irresistibles. Nunca puedo evitar mirarme y retocarme.

Mientras jugueteaba con mi pelo, el corazón me latía cada vez con más fuerza, pero inspiré cerrando los ojos y recordando el agravio que venía a vengar. Otra vez compuse una imagen mental de Eva, con sus ojos soñadores y vulnerables, con todas sus expectativas en las manos de ese actor egocéntrico y manipulador.

Las puertas del ascensor se abrieron y me encontré caminando en un pasillo silencioso, amplio y suavemente iluminado. Las paredes de color hueso estaban adornadas con cuadros de paisajes postmodernistas. Las puertas eran de un color más claro que las paredes, y los suelos lustrosos eran de un mármol pálido.

No estoy haciendo nada malo, me dije. Simplemente le diré que tenga cuidado con los sentimientos de Eva. Le diré eso y me marcharé.

Como siempre que me ponía nerviosa, empecé a canturrear una canción. Me vino a la mente una que siempre me provocaba la risa cuando veía *Chicago*, el musical, porque cuenta la historia de cómo cada mujer asesina a su pareja y por qué motivos: «*He had it coming!*» (*¡se lo ha buscado!*).

Una mujer muy alta y corpulenta apareció al fondo del pasillo empujando un gran carro para la ropa sucia. La mujer al principio no notó mi presencia y yo



no sabía si debía esconderme o no. Ese momento de indecisión fue todo lo que hizo falta para ser descubierta.

—¿Puedo ayudarla, señorita? —preguntó, respetuosa y sospechosa a la vez.

Sentí que me ruborizaba mientras me acercaba a ella. Dejé de cantar, aunque la música seguía sonando en mi mente.

—Verás, he venido a ver a Dani —me mordí la lengua justo cuando iba a pronunciar «Carreras». Dani-Carreras-*todo-junto* era como le llamaban todas sus fans, como si fuera un solo nombre, pero yo no quería rebajarme a parecer una de sus fans, y además suponía que sus amigos le llamarían Dani—. Tengo que hablar con él sobre la cita de mañana.

La mujer frunció el ceño mientras me examinaba y luego abrió los ojos con sorpresa.

—Ah claro... usted es la señorita de la tele.

Una rápida imagen de la ofensiva foto cruzó mi mente.

—Sí... —reprimí el deseo de especificar que yo era la amiga, no la desquiciada joven que hizo la llamada radiofónica—. Él me está esperando. Me dijeron que subiera a su habitación, pero he olvidado el número que me dieron... podría bajar otra vez a recepción a preguntar, pero... si usted me ayudara...

¡Oh, por favor! ¡Era una mentirosa patética!, pensé mientras me metía las manos en los bolsillos de la cazadora e intentaba sonreír como si nada. La mujer sin embargo no notó mi nerviosismo y, tras una breve pausa, me condujo hacia una puerta.

—Es aquí —dijo solamente, pero ella tenía la mirada perdida y había empezado a resoplar. Le di las gracias mientras pensaba que definitivamente se trataba de una mujer muy extraña. Me quedé unos instantes plantada frente a la puerta sin atreverme a llamar, pero la mujer empezó a fruncir el ceño y a resoplar más insistentemente, así que no tuve más remedio que armarme de valor y golpear la puerta.

Silencio.

Volví a llamar, esta vez con más brío.

—¡Pasa! —dijo una voz masculina.

Giré el pomo de la puerta mientras me despedía de la (muy) extraña mujer



con una sonrisa falsa. Ésta, por su parte, dejó el carrito donde estaba y echó a correr rápidamente hacia el fondo del pasillo, de donde había surgido.

Dani Carreras se encontraba de espaldas, apoyado con los dos brazos en el marco de la ventana, observando el tráfico pasar.

Mi corazón se desbocó. ¡Dani Carreras!

Yo siempre me había reído de Eva cuando, en sus ensoñaciones, ella declaraba lo hermoso que su Dani Carreras era, lo masculina que era su porte, lo perfecta que era su piel, lo brillante que era su pelo azabache. Había tomado como hábito responder con desdén a cualquier comentario sobre el magnetismo de su mirada oscura. Había ridiculizado esa pasión que tantas jovencitas sentían por (como ellas le llamaban) el hombre más atractivo de la gran pantalla.

Pero en un inesperado instante, durante esos segundos que tardó en darse la vuelta y clavar sus ojos en mí, sentí que quizás debía tragarme mis palabras.

Fue sólo un instante, porque luego el actor me miró de arriba abajo con lentitud, y sonrió con tal arrogancia que desdeñé esa equívoca primera impresión y volví a la realidad. Era un ser humano como cualquier otro.

El ordinario ser humano fue el primero en hablar:

—Eres una chica atrevida, no hay duda, pero será mejor que vuelvas por donde has venido o llamaré a la policía.

Ni siquiera se movió de donde estaba. Era arrogante hasta para eso, pensé. *Y no es tan guapo de cerca*, concluí con maldad. Intenté devolverle la misma mirada arrogante y creo que lo conseguí. Y luego, con gusto, descubrí que era más bajo de lo que me esperaba. ¡Pero si apenas era un poco más alto que yo!

—Eso no hará falta —¡ay, cómo me dolía tener que darle explicaciones!—. Me voy a ir enseguida, pero es que necesitaba hablar contigo sobre la cita de mañana.

Una risa engreída brotó de su garganta. Se me acercó un poco, de repente fijándose en mi cara. Hizo una mueca de fastidio.

—No me digas que eres la chica de la radio.

—¡Por supuesto que no! —exclamé más fuerte de lo que esperaba. Estaba demasiado nerviosa.

—No me lo puedo creer... —murmuró con exasperación. Cruzó la sala y



agarró un portátil que tenía sobre una mesa redonda cargada de flores. Rápidamente encontró lo que buscaba. Vino hacia mí enseñándome las temidas imágenes (¡ya las habían colgado en internet!). No pude evitar la tortura de volver a contemplarme en todo mi esplendor. Ahí estaba yo con mis enormes pantalones naranjas y esa indecente camiseta. Con mi pelo alborotado y la cara sin lavar. Qué asco y qué vergüenza.

No pude evitarlo. Me ruboricé.

Justo cuando iba a explicarle todo, llamaron a la puerta. Con insistencia.

—¡Pasa! —vociferó Dani, de mal humor—. Espero que sea mi condenado manager.

Sin embargo la que entró fue la corpulenta y muy extraña señora de la limpieza, cargando con una botella de champán abierta y dos copas rebosando de bebida chispeante.

—Discúlpeme, señor Carreras, pero me he tomado la libertad de traerle este refresco. Seguro que a su invitada le apetece.

Me miró con expectativa.

He de decir sin rodeos que no me gusta mucho el champán. Siempre escojo sidra si hay elección, pero estaba sofocada por la vergüenza y no me parecía que tenía otra opción, así que acepté. La mujer me alargó la copa, que estaba a rebosar, y dejó la bandeja con la otra copa en una mesa que había cerca de la ventana. Cuando empecé a beber, se dio por satisfecha y se despidió.

Dani Carreras agarró su copa y la vació de un trago.

—A tu salud —dijo con una sonrisa cínica—. ¿Me puedes decir qué quieres?

—Yo no fui quien llamó a la radio —dije, a la defensiva.

A juzgar por la mirada que me echó, no me creía y no le importaba. Echó otro vistazo al portátil.

—Te sienta bien el naranja.

¡Ese era un golpe bajo! Le lancé una mirada cargada de desprecio mientras bebía un poco más del champán. Sólo tres tragos, en realidad. No me gustaba.

—Mi amiga, Eva, esa *otra* chica, fue quien llamó, y es con ella con quien tienes una cita mañana. Yo solamente he venido a hablarte de ella, porque me preocupa que juegues con sus sentimientos...



Pero Dani Carreras no me estaba prestando atención. Era un hombre de lo más irritante. Había puesto el portátil encima de la mesa y seguía mirándolo con una media sonrisa burlona.

Del todo exasperada, me acerqué hasta él y coloqué mi copa encima del teclado, para llamar su atención. ¿Es que ni siquiera iba dignarse a escucharme?

El actor se negó a mirarme. Se rió por lo bajo, cogió mi copa y se la bebió de un solo trago, ignorándome.

Podréis entender que me lo tomé como un desafío. Quería gritarle que quién se creía que era, que no era más que un actor entre un millón que había tenido un poco de suerte, pero que la vida que llevaba era efímera y que un día se encontraría solo y sin amigos porque había sido un ególatra toda su vida, pero no pude pronunciar ni la primera de todo ese torrente de palabras, porque una extraña pesadez se estaba adueñando de mi cuerpo. Intenté espabilarme, pero cada vez me sentía más adormilada. Me entró pánico. En ese momento Dani me miró con sorpresa pero tampoco dijo nada. Entrecerró los ojos, como queriéndose dar cuenta de algo y se desplomó encima de mí.

Sobresaltada, quise gritar, pero mi cuerpo no me obedecía. Fue una sensación aterradora. Segundos después un manto oscuro envolvió mi mente.

El siguiente relato es una reconstrucción de lo que ocurrió a continuación. Se trata del testimonio que Rosario Martín García, la señora de la limpieza, relató (poco después) a la Guardia Civil:

Tan sólo dos minutos después, la puerta se abrió de golpe. Rosario corrió como loca hacia ellos cuando los vio tirados en el suelo.

— ¡Pero qué he hecho!, ¡qué he hecho! — gritó, asustada, llevándose ambas manos a la boca.

Se maldijo por dejarse llevar una vez más por la envidia. Sus celos nunca le habían traído nada bueno. ¡Pero en qué estaba pensando, por Dios!, se lamentó una y otra vez. Ni siquiera había pensado en qué iba a hacer con la chica una vez se durmiese, y desde luego no había contado con que Dani Carreras bebiese de la copa de ella. ¿Y si había puesto



demasiado en el champán?

Angustiada, su cuerpo empezó a temblar. No podía permitir ser descubierta. ¿Qué iba a hacer? Perdería su empleo, si es que no terminaba en la cárcel. Un sollozo angustiado recorrió su garganta.

En su desesperación, recurrió a otra idea tan descabellada como la primera.

Salió corriendo de la habitación.

Cuando regresó, introdujo un carro de la ropa sucia. Con mucha dificultad rodeó a Dani por encima del pecho y consiguió levantarlo. Inclino su cabeza hacia delante y haciendo palanca con sus piernas le dejó caer en el carro. El cuerpo inerte de Dani chocó contra el lateral del carro y así amortiguó la caída. Tenía una postura rara, pero ahora descansaba entre un montón de ropa de cama sucia.

Salió corriendo de la habitación otra vez y regresó con otro carro.

Hizo lo mismo con el cuerpo de Carla. El carrito en el que había metido a Carla tenía menos ropa y su cuerpo hizo un ruido más fuerte al caer. Rosario hizo una mueca de preocupación, pero pensó que ya nada importaba.

Los carritos de la ropa sucia en realidad eran unos contenedores de plástico blanco, muy resistentes, sobre grandes ruedas. Cuando estaban llenos de ropa se cerraban con una tapa de lona y se enviaban a un almacén, y desde allí eran transportados a la lavandería. Sacó los contenedores al pasillo, y después de un minuto dando vueltas, decidió dejarlos en el pasillo y salir pitando del lugar.

No tardó más de cinco minutos en regresar. Estaba temblorosa y sudando, pero se había tranquilizado un poco y sabía que dejarles en los carritos de la ropa sucia era, definitivamente, una mala idea. ¡Era, de hecho, la peor idea que una persona podía tener! ¡La mandarían a la cárcel por algo así! ¡Nunca volvería a encontrar un trabajo! ¡Acabaría viviendo en las calles, desahuciada y humillada! Había ideado un mejor plan: los desvestiría y colocaría en la cama de él. Cuando despertaran, no se acordarían de nada, pero imaginarían que había ocurrido «lo inevitable». Habían bebido la botella de champán y se les había subido a la cabeza. Eran jóvenes atractivos, blablablá. No era algo que le hiciera ni pizca de gracia, pero nadie podría culparla a ella de nada. Ellos se sentirían avergonzados y confundidos al no ser capaces de recordar nada, pero nada más. ¡Era un buen plan! Rosario gimió para sus adentros, aliviada, mientras corría hacia el final del pasillo.

Cuando torció la esquina y vio que allí no había ningún carrito de la ropa sucia cayó de rodillas, espantada.



Media hora después, con el corazón pesado, el pulso tembloroso y un sentimiento de fatalidad, llamó a la policía.

No le había contado nada a nadie en hotel, todavía.



Martes
«Dani Carreras»

Lo primero que sentí fue un dolor de cabeza fuerte e insistente, como un golpe de náusea que iba y venía. Todavía no había abierto los ojos y el continuo balanceo me invitaba a continuar durmiendo. ¿Dónde estaba? Me sentí terriblemente confusa y cuando abrí los ojos no pude ver nada. No lo entendía. Estaba demasiado oscuro.

Al intentar moverme, un dolor terrible en los hombros y en la mano me revelaron que había permanecido en una mala postura durante demasiado tiempo. El corazón me latió con fuerza, y quizás con más miedo que nunca, cuando descubrí que estaba metida en un espacio muy reducido, rodeada de tela y de toallas sucias (lo supe por el tacto y el olor) y que no era capaz de ponerme de pie. Asustada, alcé la mano y topé con un techo de lona. Lo atacé con insistencia hasta que cedió. Dando trompicones, salí de lo que resultó ser un carrito de la ropa sucia.

—¡El carrito del hotel! —me dije, aliviada por reconocer algo. Miré alrededor. El carrito en el que había estado metida era uno entre otros tantos, todos alineados en lo que parecía ser el interior de un camión. Estábamos en movimiento. Las piernas me temblaron mientras procuraba enderezarme. Al hacerlo, un frío glacial me saludó sin clemencia y di gracias por conservar mi abrigo. Me estremecí.

La poca luz que se filtraba me confirmó que ya había amanecido. ¿Había pasado toda la noche metida en ese carrito? ¡Eso era terrible! Dediqué un pensamiento preocupado a Eva. Estaría frenética. ¡Siempre dábamos cuentas de



dónde o con quién íbamos! Estaba segura de que mi amiga estaría al borde de la histeria. Suponía que ella, con el dramatismo e impulsividad que la caracterizaban, habría llamado a la policía. Realmente agradecí ese pensamiento reconfortante, porque estaba muerta de miedo, pero acto seguido pensé que la policía nunca sabría dónde buscarme porque Eva no tenía ni la más mínima idea de que yo había ido al hotel después de trabajar. Solamente dos personas lo sabían. Dani Carreras y la mujer de la limpieza.

—¡Dani Carreras! —pensé sobresaltada. Un primer instinto quiso culparle de lo que me había acontecido, pero al momento recordé que él había sido el primero en desmayarse. ¿Nos habrían drogado? La respuesta la hallé en el champán y en la extraña señora de la limpieza. En retrospectiva, se notaba que estaba planeando algo turbio. ¡Esa forma de mirarme y de resoplar! ¡Esa insistencia en que bebiera del champán que además había traído abierto y servido! ¡Agh, qué ingenua había sido! ¡Cómo no me había dado cuenta de que planeaba drogarnos?

Porque era del todo surrealista, me defendí.

¡Pero me estaba olvidando de algo fundamental!, me reprendí sobresaltada. Yo había visto cómo ese Dani Carreras se había desplomado... ¿estaría él también en uno de los carritos? ¡Debía averiguarlo!

He de confesar que encontré esa posibilidad altamente reconfortante, pues me parecía que era preferible estar mal acompañada que completamente sola. ¡No quería estar sola!

Decidí buscar en el resto de los carritos... era imperativo. ¡Necesitaba comprobar que yo no era la única persona que había dormido durante toda la noche en un carrito de ropa sucia y que ahora iba en un camión camino quién sabía dónde!

Abrí uno de los carritos. Sólo había ropa sucia. *¡No, espera! ¡Había algo!* Aparté la sábana enrollada y descubrí una cabeza de ángel que parecía muy antigua. Lo sostuve en alto. *¡Qué extraño!* Fruncí el ceño. Era como los de las iglesias antiguas. Metí mi propia cabeza otra vez en el carrito y encontré otra cabeza igual de antigua, pero ésta era una cabeza de santo: los ojos mirando al cielo y una expresión difícilmente definible: seria, dolorida, apasionada, sufrida o calmada. Lo coloqué encima del montón de sábanas y toallas.

Estaba a punto de abrir otro carrito cuando un inesperado ruido me hizo pegar un chillido agudo, acompañado del típico brinco indigno y un acelerado latir



del corazón.

Algo estaba sacudiendo uno de los carritos con violencia. Estaba siendo zarandeado (desde el interior) con tanto ímpetu que sin duda habría volcado de haber habido espacio suficiente. Mi corazón seguía desbocado y yo no sabía si debía esconderme o ayudar al pobre sujeto (sospechaba que sería Dani Carreras, pero sonaba más como un perro salvaje, un oso o un jabalí enfurecido). Lo que ocurrió fue que me quedé paralizada en el lugar en que me encontraba hasta que la cabeza de Dani Carreras salió disparada del carrito. Estaba totalmente despeinado, con los ojos desorbitados y la tez grisácea. Huelga decir que no tenía buena cara. (Me habría encantado que sus miles de fans lo vieran así, a ver qué tenían que decir a *eso*).

Hizo un rápido barrido visual con un gesto exagerado, mientras sus ojos se acostumbraban a la poca luz. Tardó varios segundos en reconocerme.

—¡Tú! —gritó, lleno de furia mientras me señalaba con el dedo índice—. ¡Tú!

Yo, sorprendida, no pude contestar. En realidad me sentí increíblemente feliz porque ya no estaba sola.

—¡Tú eres una mujer perturbada sin escrúpulos! —me espetó con rabia y en un tono de voz cinco veces superior al necesario—. ¡No puedo creer lo que has hecho! ¿Es así cómo piensas conquistarme? ¿Crees que secuestrándome conseguirás que caiga rendido a tus pies? ¡Maquinadora, obsesiva, criminal! ¿Estás desesperada porque nadie te quiere? ¡Pues te diré una cosa: yo no te quiero! ¡Nunca te querré! ¡Olvídame! ¡Empieza a vivir, por el amor de Dios, y déjame vivir mi vida! ¡Jamás en toda mi vida podría haberme imaginado algo así de disparatado...!

De verdad que pienso que el hombre habría seguido así indefinidamente, si se lo hubiera permitido. ¡Los hombres pueden ser tan irracionales cuando se sienten amenazados!

Conseguí hacerme oír:

—Creo que no me equivoco si digo que la mujer de la limpieza nos drogó a ambos con el champán que nos trajo y nos metió en los carritos de la ropa sucia. Por más que lo pienso no entiendo por qué haría algo así, pero si puedes conservar la calma, esperaremos a que el camión se detenga y nos lleven de vuelta a casa.

Él me miró con estupefacción.



—¡Si puedo conservar la calma! ¡Que si puedo conservar la calma...! —se llevó las manos a la cabeza y soltó una amarga carcajada. Me miró de reojo mientras intentaba serenarse.

—Supongo que en algún momento el camión se detendrá —dije, intentando ser de ayuda.

Dani me miró con fastidiosa curiosidad.

—¿Hace cuánto que estás despierta?

Encogí los hombros.

—Diez minutos...

Su ceño se frunció mientras se masajeaba el cuello.

—¡Me duele horrores!

No contesté. Miré otra vez a mi alrededor.

—He encontrado unas cabezas que parecen muy antiguas en uno de los carros ...

—¿Nos han drogado? ¿Nos han drogado y nos han metido en unos carritos llenos de ropa sucia, ropa usada y sobada por quién sabe qué personaje?

—¿Qué te duele más, lo de la droga o lo de la ropa sucia?

Me miró echando chispas.

—¿Pero se puede saber quién eres?

Me enderecé y carraspeé, feliz por poder emprender una conversación civilizada.

—Me llamo Carla Fernández y no quiero casarme contigo. Mi mejor amiga y compañera de piso, Eva, es quien quiere cometer esa equivocación. Yo simplemente quería hablar contigo para pedirte que no jugaras con sus sentimientos.

Puso cara de incredulidad.

—¿Que no jugaras con sus sentimientos? ¿Quién es tu amiga? ¿Blancanieves? No me vayas a decir ahora que la paparruchada que soltó tu amiga en la radio iba en serio... ¿Tu amiga está bien de la cabeza? Hay lugares para ese tipo de personas...



Involuntariamente me llevé la mano al pecho, absolutamente indignada. ¡Mi pobrecita Eva, menospreciada cruelmente por ese energúmeno! ¡No podía dejar que la insultara de esa manera! Mi voz sonó más aguda de lo que deseaba:

—¡Por supuesto que no! Mi amiga es... Ella sólo quería divertirse y soltó esa bobada en la radio... ¡Claro que no iba en serio!

Dani entrecerró los ojos.

—¡De eso nada! ¡Tu amiga iba totalmente en serio! ¡Se quiere casar conmigo, verdad? Está enamorada de mí, porque soy el hombre más guapo que hay en esta tierra, ¿no?

—¡Agh! —solté un grito de fastidio—. ¡Mi amiga es una mujer muy especial y tú no le llegas ni a la suela de los zapatos! Ella podría tener a quien quisiera, pero tiene la fantásica idea de que ese alguien eres tú... Es una persona sentimental con un corazón tierno y lleno de amor, y tú... ¡tú vas a pisoteárselo!

—Pues que se quite del medio... —murmuró él por lo bajo.

—¡Te he oído! —grité.

Dani me dedicó una sonrisa burlona.

Yo le di la espalda, todo mi cuerpo en tensión.

Pasaron unos cuantos minutos y el camión seguía moviéndose. Era una carretera bastante accidentada, con cantidad de curvas y baches. Nos costaba esfuerzo mantener el equilibrio.

De repente, Dani hizo un aspaviento y se tiró de cabeza al carrito que lo había acogido durante la noche. Después de unos cuantos gruñidos incoherentes soltó un grito de victoria y salió a la superficie. ¡Tenía un móvil en la mano!

—¡Eureka! —se pavoneó.

—¿Tu móvil? ¿Lo llevabas encima?

—¡Pues claro! ¿Tú no?

Me quedé absolutamente estupefacta por mi completa idiotez. ¡Ni siquiera había pensado en el móvil que llevaba en el bolso! Pero no podía dejar que él pensara que había pasado algo tan importante por alto (¡algo tan obvio!), así que dije:



—Lo llevaba en el bolso, pero no está aquí... —y mientras hablaba miré disimuladamente en el interior de «mi» carrito, pero entonces me di cuenta de que Dani ni me observaba ni me escuchaba, pues estaba concentrado en buscar cobertura moviendo el móvil de un lugar a otro, así que metí la cabeza en el carrito en busca de mi bolso. En efecto, no estaba.

—¡No hay ni una pizca de cobertura! ¿Para qué leches quiero un móvil si cuando lo necesito no puedo usarlo porque no hay cobertura? ¿No se supone que esta espectacular compañía de las narices tiene cobertura en todas partes?

El actor entonces recordó el afamado número 112, que no necesitaba cobertura. Tras marcarlo comprobó que en realidad sí que necesitaba «algo» de cobertura. Soltó una retahíla de tacos.

Como suponéis, me abstuve de comentar nada, pero me dediqué a observarle con disimulada curiosidad. Al fin y al cabo, era una celebridad y me resultaba intrigante estar tan cerca de él.

Después de varias intentonas fracasadas, Dani se quedó mirando a su móvil con mirada furibunda. Aparentaba creer que el móvil era el causante de todos sus males.

—¿Cuánto tiempo llevaremos en marcha? —preguntó al fin.

Todavía herida por sus maliciosos comentarios hacia mi mejor amiga, le miré con rencor, pero decidí contestarle. Era una mujer madura y sabía que no tenía ningún sentido continuar peleando con él.

—Ni idea... pero es extraño.

—¿Qué es extraño?

—Lo de los carros de la ropa sucia. ¿Es que no hay lavanderías en Burgos? La verdad es que yo no sé de ninguna, pero lo normal es que haya alguna en uno de los polígonos industriales, o como mucho en un pueblo cercano. Llevamos al menos una hora en el camión o quizás muchas más... ¡Incluso podríamos haber estado viajando toda la noche!

—Pero no lo sabemos.

—Pero es extraño.

—O no. Es posible que el hotel tenga contratada una lavandería en otra ciudad... en Madrid, por ejemplo. Quizás ofrezcan mejores precios.



—Sí... ¿pero no te parece extraño que llevemos tanto tiempo viajando en una carretera secundaria? Si fuéramos a Madrid, iríamos en autovía.

—La autovía Madrid-Burgos está llena de baches y curvas...

Le miré con impaciencia.

—No tantas.

Dani se quedó callado un rato. El camión frenó bruscamente y tomó una curva muy cerrada. Yo me tambaleé y estuve a punto de caerme, pero me agarré a uno de los carritos y conseguí evitarlo. He de especificar que íbamos de pie porque no había hueco donde sentarnos.

Dani suspiró y dijo:

—Tienes razón. Vamos en una carretera secundaria.

—Exacto.

—Es extraño...

—Y luego está lo de las cabezas.

—¿Adónde iremos? No puedo creer que la ropa sucia tenga que hacer un trayecto tan largo cada vez que necesite un lavado.

—¿Quieres ver las cabezas?

Me miró furioso. Mantuve la cara seria, pero sus constantes estallidos de furia empezaban a resultarme divertidos. El hombre no parecía poseer ni un poquito de dominio propio.

—¿De qué me estás hablando?! ¡¿Qué te pasa con las cabezas?! ¡¿Qué cabezas?! ¡¿Qué persona normal se preocupa por unas malditas cabezas cuando estamos atrapados en una mierda de camión tras haber pasado la noche en una mierda de carrito de la ropa sucia?! —gritó.

Yo, para irritarle aún más, le respondí con calma.

—Las cabezas que había en ese carrito. Parecen muy antiguas.

Dani levantó la ceja, extrañado. Le había entrado curiosidad.

—Enséñamelas.

Lo hice con mucho gusto y él estuvo de acuerdo en que parecían antiguas.

—¿Has mirado en el resto de los carritos?



—No... solamente había mirado en éste cuando apareciste tú.

Dani ya estaba abriendo otro carrito y no tardó en meter la mitad del cuerpo para alcanzar lo que resultó ser un crucifijo de unos treinta centímetros de largo de un material que podría ser oro, con joyas incrustadas. Ambos nos miramos con nerviosismo. No hizo falta que me dijera que buscara en otro de los carritos. Abrí uno y rebusqué en el fondo hasta tropezar con un retrato al óleo de algún santo que no reconocí. Dani había encontrado más joyas y algunas vasijas.

—¿Serán auténticos?

Yo abrí los ojos desmesuradamente mientras negaba con la cabeza.

—No tengo ni idea, pero...

—...pero lo parecen —repuso él.

Nos miramos con aprehensión.

No me importa admitir que en ese momento el corazón me latía a dos mil por hora y que la cabeza había empezado a darme vueltas. Me inclino a pensar que se debía a una fatal combinación del efecto secundario de la droga que nos habían administrado y a la falta de alimento (el día anterior había comido escasamente debido al disgusto por mi debut televisivo y obviamente no había cenado), pero también reconozco que pudo deberse al nerviosismo que todos esos presumiblemente valiosos objetos me causaron (y sus consecuencias añadidas).

—¿Qué hacen todas estas cosas escondidas en estos carritos? —pregunté sin saber disimular mi preocupación.

Dani me miró con burla. Otra vez. Parecía que sólo tenía dos expresiones: furia y burla.

—Me has dado la impresión de poseer un cerebro en extremo calculador. ¿Es que todavía no has sumado dos más dos?

Entrecerré los ojos.

—He sumado —repuse fríamente—. Son objetos robados.

—En efecto —dijo Dani—. Los objetos robados llegan de alguna manera al hotel, donde son escondidos en los carritos de ropa sucia. Sutil e ingenioso, hemos de reconocer. En estos momentos la mercancía robada está siendo transportada al escondrijo de los ladrones.

—Parece sacado de una de tus películas.



Dani no me respondió, sino que se volvió a llevar las manos a la cabeza mientras me daba la espalda. Le oí resoplar un par de veces y murmurar palabras groseras. Decidí no molestarle. Inconscientemente empecé a tararear: «*He had it coming*» (*se lo ha buscado*), supongo que por haber sido la última canción que había cantado.

—¿Se puede saber qué haces? —me preguntó, molesto. Abrí los ojos que instintivamente había cerrado al comenzar a cantar.

—Ah... canto.

—¿Te parece momento para cantar?

—Por supuesto. Cualquier momento es bueno para cantar, pero sobre todo, un momento como este: misterio, aventura, drama, tensión... son elementos perfectos para ponerse a cantar.

Frunció otra vez sus cejas. Estoy segura de que me iba a responder con un comentario sarcástico, pero se olvidó de hacerlo porque el camión de repente se detuvo.

—¡Escóndete! —me gritó entre susurros.

Pero yo, en lugar de esconderme, empecé a colocar los objetos en los contenedores tal y como los habíamos encontrado. Si los ladrones abrían la portezuela del camión y encontraban las cosas desordenadas, en seguida sabrían que llevaban polizones. Dani volvió a soltar improperios mientras me ayudaba a colocarlo todo. Antes de poder dejarlo todo como me habría gustado, me agarró del brazo y me arrastró detrás de uno de los carritos.

—Ay, me haces daño —protesté, aunque él no me soltó.

—Sshh, calla.

Nos quedamos quietos y tensos durante unos minutos, hasta que el camión retomó la marcha.

Al ver que volvíamos a estar en movimiento, Dani me liberó de su garra y se dejó caer sobre el suelo. Habíamos forzado un hueco donde sentarnos. Era un hueco muy pequeño y nuestras piernas se rozaban más de lo que queríamos, pero era mejor que hacer funambulismos para permanecer de pie. Me observó con su intensa mirada oscura.

—Ahora dime por qué supones que esos ladrones no saben que estamos aquí. Lo natural es pensar que nos han secuestrado.



Pausa estupefacta.

Lo increíble de todo es que hasta que él no lo dijo, la palabra «secuestro» no se me había pasado por la cabeza. Me quedé completamente petrificada.

—¿Qué dices? —conseguí susurrar. Lo dicho, me había quedado como tonta.

Dani soltó una de esas carcajadas que yo ya estaba aprendiendo a conocer tan bien.

—Hay tres opciones. La primera que se me ocurrió era que esto es uno de esos estúpidos programas de la cámara escondida y que esto es una broma de muy mal gusto...

Yo empecé a protestar, pero me obligó a permanecer callada.

—...pero administrarme drogas está muy por encima de lo permitido. Esto no es ninguna estúpida broma de mal gusto. La segunda opción y la más verosímil, por cierto, es que hemos sido secuestrados.

—¿Pero por qué querría alguien secuestrarnos?

Me miró sin disimular su superioridad.

—Por supuesto que nadie querría secuestrarte a *ti*, pero yo soy un personaje muy famoso que gana mucho dinero... quieren un rescate, está claro.

Tuve que reconocer que tenía cierto sentido. Aun así mi instinto no se quedaba conforme con esa explicación.

—¿Y cuál es tu tercera opción?

Dani se quedó callado un momento antes de contestar:

—La tercera opción es un tanto descabellada, pero creo que también deberíamos tenerla en cuenta. Es que los ladrones de arte no sepan que estamos aquí metidos. Que esto no sea un secuestro, sino un accidente estrafalario... aunque desde luego eso no explica cómo llegamos hasta aquí. Lo normal es pensar que la señora de la limpieza nos drogó para que nos metiesen en el camión, ¿no crees? ¡Es un secuestro!

—No sé por qué, pero... —dudé en contarle lo que realmente pensaba—. Tengo la sensación de que lo más inteligente es permanecer escondidos e intentar



huir sin ser vistos. Creo que tu segunda teoría es la más probable, la única que tiene algo de lógica, desde luego, pero... intuía que la tercera es la correcta.

Dani me dedicó una mirada inquisitiva.

—¿Intuyes?

Le miré como si tal cosa.

—Sí, ya sabes... una premonición, una sensación, una corazonada...

—Sé lo que quieres decir. Puedes ahorrarte los sinónimos.

Pero yo quería explicarme.

—Lo que quiero decir es que me siento «guiada»...

Me miró exasperado.

—Ahh... es cierto, lo olvidaba. Eres cristiana.

Ahora fui yo la que le miró con fastidio.

—¡Y qué! ¿Es que tú no lo eres?

Se rió.

—Lo soy, pero espero que tú no seas una persona rara...

—¿Te parece raro decir que Dios nos guía? ¿Qué clase de cristiano eres?

—No me parece raro... solamente quería fastidiarte un poquito. Hasta ahora te has mostrado demasiado fría para mi gusto.

—¡Cómo que fría! —al ver que sus ojos se llenaban de risa, quise cambiar al tema que me interesaba—. ¿No crees que si estuviéramos en verdadero peligro (y me parece que lo estamos), Dios se tomaría la molestia de guiarnos?

—Guárdate tus predicaciones, chica.

—De acuerdo, olvida lo que he dicho.

Pero le miré con curiosidad. No entendía su reticencia a hablar de Dios, puesto que para los evangélicos es algo de lo más normal, como hablar del tiempo (se debe a que sabemos que existe y que tiene que ver con todo). Yo sólo había querido decir que tenía una fuerte sensación de que esconderse era lo más sensato. Dios no se solía comunicar conmigo de formas más explícitas...

—Pero estoy de acuerdo contigo —me sonrió como si me estuviera ofreciendo un gran regalo—. Cuando el camión se detenga, nos esconderemos. Si



empiezan a descargar sin antes buscarnos, supongo que será porque no saben que estamos aquí —hizo una mueca extraña—. ¡Aunque cómo no van a saber que estamos aquí! ¡Esto es de locos!

Yo levanté las manos en señal de rendición.

—Estoy de acuerdo en que esto es de locos.

Me miró sin expresión alguna.

—Mira qué bien, estamos de acuerdo en algo.

Pasamos otros treinta incómodos minutos sentados uno al lado del otro, sin que nada sucediera. Mi pierna rozaba contra la de él, causándonos mutuo desagrado, pero no podía ser remediado. Yo dividía mis pensamientos entre lo irreal que me parecía todo y la necesidad de idear un plan de escape. Como suponéis, también conversé un rato con Dios (más bien yo hablé y él escuchó). Puesto que no era capaz de sentir ninguna conexión especial con Él, me limité a recordarnos que yo confiaba plenamente en Él y que Él había prometido cuidarme. Conseguí encontrar suficiente serenidad con eso en mente, pues sé de sobra que los sentimientos son engañosos. Con mi mente ocupada en estos y otros asuntos, la parada en seco del camión me sorprendió por completo. Un frío escalofrío recorrió mi cuerpo.

—Ha llegado la hora de la verdad —susurró Dani.

—Hmm —respondí.

Pasaron cinco minutos (¿o fueron quince?) sin que nada sucediera. Me fijé en que Dani tenía una colcha doblada de cualquier manera debajo del brazo. Le hice una seña para preguntar por ese extraño comportamiento.

—No querrás que salga a la calle sin nada con que abrigarme, ¿no? —susurró.

Lo miré con irritación. Pensé que a lo mejor a mí tampoco me vendría mal una colcha, pero tuve que desechar tal idea puesto que debíamos permanecer escondidos.



—Podrías haber dicho algo... —protesté.

—¡Baja la voz! —gritó en susurros—. ¿De qué te quejas si tienes abrigo?

—Ya, pero afuera hace mucho frío...

Seguimos discutiendo durante un rato más, porque él decía que de todas maneras lo más probable es que no pudiera llevárselo con él y mucho menos yo... ¿Es que no sabía que correr con una colcha debajo del brazo me ralentizaría bastante? Yo respondí que ni siquiera sabíamos si tendríamos que correr, a lo que respondió que si no corríamos, ¿para qué quería la colcha?...

Por fin, un ruido.

Alguien estaba abriendo la portezuela. Dani me agarró del brazo con fuerza para obligarme a permanecer quieta (¡como si *yo* necesitara contención!). Estábamos escondidos detrás del último de los carritos. Los carros estaban colocados tres de ancho por cinco de largo. Puede parecer exagerado, pero me sentí terriblemente expuesta cuando escuché el chirriar de la puerta al abrirse.

Silencio.

Ninguno de los dos podíamos ver nada y desde luego no íbamos a arriesgarnos a ser vistos aunque la curiosidad y la incertidumbre nos carcomieran los sentidos. Escuché un cierto movimiento que no pude reconocer y sentí el azote del frío invernal (literalmente otoñal, pero permitidme expresarme figuradamente), y tras unos instantes terroríficos, escuchamos la voz de un hombre:

—Dime, jefe... sí, estamos de camino. Sí... No, no creo que haga falta. ¿Qué? ¿La policía?... Está bien, me andaré con cuidado. ¿El flecos te ha dicho eso? ¿El flecos? ... De todas formas la carretera está vacía, no hay nadie. ... No... todo está en orden. Vale, vale, ahora se lo digo.

Dani y yo nos miramos. De repente le escuchamos hablar con otro hombre, presumiblemente con el que estaba dentro de la cabina, pero ya no podíamos comprender lo que decían.

Dani dijo con apremio:

—¡Ahora o nunca!

Y sin soltarme del brazo se levantó y dirigió a la puerta. El hombre del teléfono la había dejado abierta. Yo me zafé de su garra entre protestas, pues era casi imposible caminar entre los carritos y mucho menos enzarzados en un abrazo



sin sentido. Sorteamos con nerviosismo y sin ninguna elegancia la fila infinita de carritos hasta llegar al portón. Dani ni siquiera se paró para comprobar si había moros en la costa. Pegó un saltó y estaba fuera. Me esperó con impaciencia, alargando su brazo para mitigar mi impacto (aunque yo podría haber saltado sola...) y salió corriendo.

¡Mientras corría detrás de él pensé que no me esperaría! Por un instante creí que ese actor egoísta correría hasta el fin del mundo sin acordarse de la pobre chica que había estado atrapada en un camión con él, pero, antes de que el espacio que nos separaba se agrandara demasiado, se giró y con una mirada imperiosa me instó a que corriera con más velocidad.

Como si eso fuera posible, pensé, resentida.

Todo esto ocurrió mucho más rápido de lo que se tarda en leerlo. Resulta que el hombre que hablaba por el móvil (*¡Él sí que tenía cobertura!*, protestaría Dani más tarde) no se había metido en la cabina para hablar con su compañero, sino que simplemente se había acercado a él para hablarle. Al escuchar nuestras pisadas, dejó de hablar y corrió para ver de qué se trataba.

—¡Había alguien en el camión! —rugió con desconcierto y rabia—. ¡Había alguien en el camión!

El hombre empezó a escupir groserías contra Dios, el mar, su madre y mujeres de desgraciada profesión, y yo intenté correr aún más rápido mientras comprendía que no nos habían secuestrado a propósito.

Supongo que el factor sorpresa fue lo que nos dio ventaja. No pude evitar girar la cabeza para ver qué hacían (y cómo eran) los dos delincuentes. El del móvil seguía despotricando mientras corría con pesadez hacia nosotros. No miré más que tres segundos, pero pude verle a la perfección, quizás porque todos mis sentidos estaban alerta: era regordete, de un metro sesenta más o menos, calvo, y parecía tener unos cuarenta y cinco años. No lo he dicho antes, pero su voz era de un tenor fumador: una voz plana, descascarillada, fea, sin mucha resonancia. Tenía un acento de los barrios bajos de Madrid, una mezcla de chulería barata y paleta, con matices que a una burgalesa le recuerdan al sur.

Su compañero también nos seguía, aunque más de lejos. No pude verle bien, pero era más alto y más delgado. Corría rápido.

Por supuesto todo esto lo vi en menos de tres segundos, pues de haberme entretenido más en la observación, habría terminado de bruces contra el suelo.



Apenas me atreví a entretener mi mente con otra cosa que no fuera correr sin tropezar, pero no hacía falta pensar para comprender que estábamos en la montaña, lejos de la civilización. El suelo era pedregoso, con atisbos de hierba aquí y allá y lleno de pequeños matorrales que entorpecían nuestra huida. A unos cien metros había una zona arbolada. Dani se dirigía hacia allí.

Y de repente, algo inimaginable:

Un disparo.

Y luego otro.

Un escalofrío atroz recorrió mi cuerpo y tres segundos después, una pesadez se apropió de mis miembros, que instintivamente seguían en movimiento. *Nos están disparando*, pensé con asombro. *¡Nos están disparando!*

Al llegar a los árboles, experimenté cierto alivio, aunque duró apenas unos instantes porque todavía nos seguían. Ahora corríamos más despacio porque el suelo estaba aún más lleno de ramas, rocas y vegetación, y además debíamos esquivar todos los árboles que inconvenientemente se cruzaban en nuestro camino, pero, pensé para darme ánimos, si corríamos lo suficientemente rápido, al final conseguiríamos perderlos de vista.

Si corríamos lo suficientemente rápido.

Yo tenía veinticinco años y me sentía como una vieja. Maldije la falta de entusiasmo con la que, durante toda mi vida, había encarado el ejercicio físico. ¿Cuándo había sido la última vez que había *corrido*? Hmmm... déjame pensar: ¿en el instituto, durante la odiosa prueba del pitido? Estaba segura de que el color de mi rostro se asemejaba a una fruta del bosque (a elegir entre rojo o morado) y sentía una opresiva quemazón en mis pulmones. Si nuestros perseguidores nos perdían de vista, sin duda nos seguirían la pista con sólo aguzar el oído. Mi respiración altisonante nos delataría.

Dani Carreras, sin embargo, mantenía un buen ritmo que me resultaba irritante. De vez en cuando se daba la vuelta para comprobar si yo seguía ahí, para apartar alguna rama peligrosa... y continuaba corriendo. Ahora corríamos cuesta



arriba.

Yo no podía más.

Dani lo intuyó. Corrió hasta mí y me cogió de la mano.

—¡Venga, sólo un poco más! —me susurró, mientras tiraba de mí.

Yo giré la cabeza y esta vez no pude ver a nadie detrás de nosotros. Eso me dio fuerzas para continuar.

Seguimos subiendo durante otros diez minutos, hasta que ya no pudimos oírlos.

—Ahora podemos ir más despacio. La clave ahora es no hacer ruido.

Yo le miré con derrota.

—Lo que tú digas.

Dani se rió. ¡Y esta vez sin burla ni sarcasmo!

—¿Te diviertes? —dije entre espasmos. Intenté regular mi respiración, sin éxito. Mis pulmones estaban completamente saturados.

Creo que me estaba poniendo de un color morado intenso. Dani dejó de reír y me preguntó con pánico:

—¿Eres asmática?

Le miré a los ojos. *Asmática*, decía. De repente algo en mí se rompió y empecé a reírme a carcajadas. Mis ojos al instante se llenaron de lágrimas mientras mi cuerpo convulsionaba. La mezcla de carcajadas y resoplidos era patética. Parecía que estaba llorando.

—¿Estás llorando? —preguntó Dani con pánico. Recordé que algunos hombres sienten auténtico pavor ante el llanto de una mujer. Negué con la cabeza mientras intentaba serenarme. Estaba totalmente fuera de control.

Dani se mostró claramente incómodo ante mi estallido emocional, así que, al final, optó por ignorarme. Desdobló la colcha que había estado agarrando debajo del brazo izquierdo durante toda la huida y se la echó a los hombros. Yo estaba sudando pero aun así sentía muy presente el frío en el rostro. Me alegré de que se le hubiera ocurrido coger la colcha y hubiese aguantado con ella durante toda la huida. No sería igual que llevar un abrigo, pero mejoraría su situación. Tras probársela de diferentes maneras, quedó satisfecho. Oteó el terreno durante diez



segundos y decidió que deberíamos continuar yendo hacia arriba.

Yo no estaba en condiciones para hacer sugerencias, así que acepté. Continuamos la marcha a un paso muy rápido. Caminar rápido sí que era algo que yo hacía con frecuencia y en seguida mi respiración se regularizó y me sentí suficientemente cómoda como para pensar.

Piensa, piensa, piensa.

¿Dónde estábamos? ¡Las montañas eran majestuosas! El verde predominante era grisáceo, pardusco, diferente al verde brillante de las cordilleras cantábricas. Diferente también al verde intenso y oscuro de las montañas vascas. Por supuesto, en pleno mes de noviembre, la vegetación estaba en su mínimo apogeo y lo estaría también en las anteriormente mencionadas regiones, pero aun así, me sentía segura de que no me equivocaba al descartar Cantabria y País Vasco. Tampoco olía a mar. Por otra parte, añadí con espíritu detectivesco, las montañas que nos rodeaban eran muy altas y además eran muchas. En su parte más alta, sus picos rocosos apenas estaban cubiertos de vegetación. Predominaba el roble, la encina y el haya.

Tras sopesar todas las evidencias, deduje que nos encontrábamos en Los Picos de Europa, quizás en la parte de León o Palencia, aunque no podía descartar la zona de Asturias.

Quise contrastar opiniones.

—¿Dónde crees que estamos?

Dani no se dio la vuelta para contestar.

—Picos de Europa. Macizo Central. León, supongo.

Me asombró su agudo sentido de orientación.

—Estoy de acuerdo.

Entonces se giró y me dedicó una de sus miradas burlonas.

—¿Estás de acuerdo?

Me sentí inmediatamente ofendida. Intuí que no se creía que yo había llegado a la misma conclusión.

—He visitado esta zona en muchas ocasiones.

Como no se dignó a contestarme, le expliqué mi teoría acerca de los



diferentes olores y matices de verde de cada zona.

Se giró.

—Bien. Estoy de acuerdo.

Qué irritante.

Continuamos caminando durante otros quince minutos. Transcurrido ese tiempo yo creí justificadas algunas explicaciones, pues no iba a seguir su liderazgo así sin más.

—Tenemos que trazar un plan.

Dani se estiró cuán largo era.

—Tengo hambre.

¡Ay!, yo no había querido mencionar ese pequeño problema. Estaba completamente famélica.

—Pídeme un café con leche, un croissant a la plancha, zumo de naranja y dos o tres tostadas...

—Oh sí... Café con leche, por supuesto. Pero puestos a pedir, ¿qué tal unas tortitas americanas con sirope de arce por encima?

—¿Has probado el sirope de arce? —pregunté entusiasmada.

—¡Por supuesto!

—Claro, tú habrás ido a Norteamérica muchas veces.

—Pues sí, unas cuántas.

—*And you speak English?* —dije con un acento británico del que todos mis ascendientes maternos estarían orgullosos.

—*Of course I do* —repuso él con un bonito acento americano.

—*Nice accent* —dije, un tanto sorprendida.

Él levantó una ceja.

—Y tú hablas muy bien para ser española...

—¡Ja! ¡Mira quién habla!

—He vivido unas cuántas temporadas *in the States*. ¿Y tú a qué debes ese acento?



—A mi aguda inteligencia, mi oído musical... y a que mi madre es inglesa.

—¿Eres mitad inglesa? No lo pareces.

—¿Y por qué no? —no sé por qué, pero su afirmación me resultó ofensiva.

—Tienes color en la piel y no reprimes tus sentimientos.

—¿Que no reprimo mis sentimientos? ¿Pero cómo puedes decir eso?

—Yo sé lo que he visto hasta ahora.

—¡Pues habrás podido comprobar que tengo pleno control de mis sentimientos! ¡Dominio propio! ¡Nervios de acero! ¡Una mente pragmática!

Soltó una carcajada de lo más insultante.

—Así que esa es la imagen que tienes de ti misma... la chica que quieres ser... interesante.

No creí justificada una respuesta. Me limité a mirarle con impaciencia. Me había ofendido en lo profundo de mi alma.

—Volviendo al tema que nos atañe —dije—. Hay que trazar un plan.

—Ya lo he trazado.

Impaciencia.

Yo, que siempre conseguía mantener mis sentimientos bajo un férreo control, estaba a punto de perder los estribos.

—¿Vas a compartirlos conmigo? —dije, demasiado tranquila.

Dani Carreras, según su propia opinión, era un experto en montañismo. Me soltó una parrafada que parecía salida de un libro de supervivencia acerca de cómo tiene que actuar uno ante una situación como la nuestra, perdidos en una montaña, sin saber dónde hay un sendero. El montañero debe tomar una dirección y aferrarse a ella hasta encontrar una carretera o un sendero que inevitablemente conduciría a un pueblo. Si encontrábamos un río, seguiríamos el río. Por supuesto, podíamos considerar la carretera que habíamos abandonado al salir del camión, pero esa no era una opción. Los matones (como los llamaba él) sin duda regresarían a esa carretera y era muy posible que pidieran refuerzos. Había que encontrar la civilización por otra ruta.

Cuando hubo acabado con su discurso, me dirigió una mirada satisfecha.

—¿Estás de acuerdo?



Yo le miré con cierto rencor. Lo que más me fastidiaba era tener que reconocer que Dani no era el completo idiota que siempre había creído que era. Por lo menos tenía una cualidad, admití con generosidad: sabía qué hacer cuando se quedaba perdido en la montaña.

Anduvimos durante un par de horas sin pronunciar ni una sola palabra. Yo canturreaba de vez en cuando, pero lo hacía en un volumen muy bajito, por si mi dulce voz era accidentalmente arrastrada a los viles oídos de nuestros perseguidores.

Dani se detuvo delante de un arbusto que le llegaba a la altura del hombro.

—¡Por fin! —exclamó con entusiasmo.

Yo me acerqué sintiendo curiosidad. Era un arbusto con unas hojas ásperas, de un verde grisáceo. Dani había alargado la mano y estaba cogiendo unos pequeños frutos redondos de piel lisa y color morado con una veladura blanca.

—¡Arándanos! —exclamé. Me encantan los arándanos. Son dulces y carnosos, jugosos y absolutamente deliciosos.

Dani soltó una carcajada. Se metió uno en la boca e hizo un gesto extraño con los ojos. Vi que se le asomaba una lagrimilla. Yo, que ya había cogido tres, me los metí en la boca y mordí.

¡No eran arándanos! Eran extra ácidos, más incluso que los limones, y tenían una pepita leñosa en todo el centro. Mi lengua inmediatamente quedó envuelta en un indeseable tacto aterciopelado y al instante se quedó como pegada a los dientes. Estaba pensando en escupirlos cuando Dani habló:

—Ni se te ocurra escupirlos. Te darán energía.

Una vez que te acostumbrabas a la exagerada acidez, no estaban tan mal.

—¿Qué son?

—Endrinas.

Las endrinas, me dijo él, suelen aparecer al final del verano. Éstas que estábamos comiendo estaban muy fofas y era verdaderamente extraño que



hubieran soportado las heladas. Son unos frutos muy ácidos, pero si tras recogerlas, las dejabas un par de días al sol, perdían (parte de) la acidez.

—Nunca las había probado.

—¿Has probado el pacharán?

—Creo que sí... —dije. No tenía la costumbre de beber licores. Sólo lo hacía cuando iba a casa de ciertos amigos, en bodas y en los restaurantes que lo ofrecían al final de sus comidas. Pero normalmente pedía algo más «femenino», como crema de café, crema de orujo o crema de yo qué sé.

—Las endrinas le dan el sabor y el color. Mi padre solía hacer su propio stock de pacharán cada año. Recogía las endrinas y las metía en botellas de anís. También echaba una ramita de canela y unos granos de café.

—¿Así se hace el pacharán?

—Por lo menos así lo hacía mi padre. Hacía exactamente lo mismo con orujo, y el resultado era bastante más fuerte...

—¿Y rico?

—¡Buenísimo! —afirmó mientras se metía otra tanda de endrinas en la boca.

Pasamos otros quince minutos buscando frutos. Casi todas las bayas estaban resecas y fofas, por no decir asquerosas. Junto a las endrinas había un arbusto mucho más conocido. Me metí lo que quedaba de unas desafortunadas moras en la boca, intentando ignorar la falta de sabor.

Frutas. Cuando están en su punto son insuperables, pero cuando les falla algo, les falla todo.

Después de un rato también hallamos un pequeño riachuelo. Agua helada que parecía surgir de la nada. Bebimos con avidez.

—Espero que no nos siente mal —dije.

—Aunque nos siente mal, hay que beber.



A pesar de haber vivido una gran aventura y sentir que el día había sido completo, todavía era temprano. Yo tenía la impresión de que tenía que ser más tarde, pues había vivido cada momento con mucha intensidad (y ya estaba agotada), pero según el teléfono móvil del actor, solamente era la una y media. Nos habíamos despertado alrededor de las ocho y media, habíamos permanecido otras dos horas en el camión, habíamos huido en menos de veinte minutos (que se me antojaron eternos) y finalmente habíamos estado caminando durante otras dos horas.

Estaba exhausta y hambrienta. Esas frutas no habían rellenado ni las paredes de mi estómago, como diría mi buen amigo Josué, y el hambre me estaba poniendo de muy mal humor.

Dani había hecho todo el camino con el móvil en la mano, buscando cobertura. Me recordaba a esos cómics que leía de pequeña en que los protagonistas buscaban agua con un palo en forma de «Y» invertida. En cuanto tuviera la mínima, llamaría al 112. La policía nos encontraría sin problemas y seríamos rescatados como héroes nacionales, valientes supervivientes de un desafortunado secuestro. Junto con la policía, vendrían periodistas ávidos por una noticia levemente interesante y nuestra historia sería la sensación de la temporada.

Lo que Dani no me había dicho es que su batería estaba muy baja.

Por fin, a eso de las tres, nos topamos con un sendero. No era más que un estrecho camino de cabras, pero para mí fue como encontrarme con la autovía. Tras debatir unos instantes (medio segundo, diría yo) si era seguro o no, decidimos seguirlo. Como el sendero iba en descenso, yo me sentí muy optimista y sentí que mi energía se renovaba, pero después de unos minutos de bajada empecé a sentirme irritada de nuevo. Aunque sentía los pulmones y las piernas más descansados, la bajada era fatal para mis rodillas y tobillos.

El cansancio y la concentración que requería caminar por el sendero invitaban al silencio, así que en silencio caminamos. El sol ahora brillaba con suficiente fuerza como para calentarme el rostro, y eso consiguió sacarme una sonrisa. Hubo un rato en que incluso me quité el abrigo, pero de vez en cuando soplaba un viento traicionero que hizo que decidiera dejármelo puesto.



Tenía la cabeza llena de preocupaciones, estaba cansada y hambrienta, pero las montañas eran hermosas, el paisaje estaba lleno de belleza y mientras lo admiraba, una gran serenidad se adueñó de mi alma. Al fin y al cabo, Dios estaba con nosotros y enseguida seríamos rescatados.

Pero, de repente, Dani Carreras empezó a sufrir unos espasmos furiosos y una verborrea violenta que desde luego no casaba bien con la idea que yo tenía de vocabulario apropiado para un cristiano evangélico.

Su móvil se había quedado sin batería.

Yo había estado bastante serena hasta ese momento, pues estaba convencida de que en cualquier momento tendríamos cobertura y *todo* se solucionaría. Es difícil expresar cómo me sentí en ese momento, cuando a todo lo malo que me había ocurrido en ese día se sumó *ese* acontecimiento atroz: El hundimiento de todas mis esperanzas. Lo miré con ojos llenos de asombro y perplejidad y él me retó a decirle algo.

—¿Qué?!

—¡No digo nada! —dije, tragándome todos mis reproches aunque estuve a punto de vomitarlos. Le di la espalda para que no pudiese notar que estaba a punto de perder los nervios. Sin móvil no sabía qué es lo que haríamos. Inspiré hondo. Seguir caminando, supuse.

No tuve fuerzas ni para cantar un *blues*, que habría sido de lo más apropiado.

Después de caminar durante tres horas más, encontramos un refugio. Era una casita de piedra en un pequeño claro rodeado de árboles. Tenía el techo muy hundido y una única ventana sin cristal. Pensé que tendríamos que colarnos por ella puesto que la puerta estaba atrancada, pero al final se abrió ante un violento embiste de mi compañero de aventuras.

El interior del refugio era mejor de lo que me esperaba. Constaba de una única estancia. Tenía un banco de madera más largo que la mesa que lo precedía y una chimenea. El suelo era de tierra. En un rincón había una pila de cajas y trapos



dispuestos de cualquier manera. También había un pequeño montón de leña.

—Servirá, supongo.

No es que sea obtusa, pero había aguantado todo el día con la certeza de que terminaría bien. Me negaba a aceptar lo contrario.

—¿Servirá para qué? ¿No pensarás que pasemos la noche aquí, no? Seguro que si caminamos un poco más, llegaremos a una carretera. Y si encontramos una carretera, encontraremos coches... y alguien conducirá el coche, digo yo, y ese alguien seguro que tiene un móvil con cobertura y con batería y entonces podremos llamar a la policía, que se apresurará a rescatarnos y llevarnos de vuelta a casa, donde me espera un maravilloso baño de agua caliente y mucha comida. Mucha, mucha comida.

Dani se limitó a observarme con aburrimiento.

—Pronto oscurecerá. Yo no me muevo de aquí.

—¡Pero...! —empecé a protestar.

—Tú puedes irte si quieres.

—¡Ja! ¿Es que nunca has visto ninguna película? ¿No has leído ninguna novela? En cuanto el grupo se separa empiezan a suceder todas las desgracias. En una situación como la nuestra es imperativo seguir juntos.

—Pues entonces nos quedamos.

—Pero mi baño...

—Nos quedamos.

—Mi comida...

—Nos quedamos.

—Pero...

Me lanzó una mirada impaciente. Desde luego, tenía unos ojos la mar de expresivos.

—Pronto oscurecerá.

—Pero...

—Lobos.

—¡Está bien! —exclamé—. ¡Sé reconocer cuándo he perdido una batalla!



—Que todas tus batallas sean como ésta.

—Hmm —repuse, enfurruñada.

Dani Carreras, sin embargo, no me hizo ningún caso. Estaba buscando algo entre los montones de trapos y cajas que había al fondo de la pared.

—¡Eureka! —gritó con satisfacción.

Yo no me pude aguantar y le espeté con malicia:

—¿Sabes que es la segunda vez que gritas «eureka» hoy? ¿Quién utiliza esa expresión hoy día?

Me miró sin enfado.

—Lo empecé a usar en una peli de vaqueros. Me gusta.

Una peli de vaqueros. Por un instante había olvidado que era actor. Encogí los hombros.

—Pues si te gusta...

—¿No quieres saber lo que he encontrado? —me preguntó con picardía. Tenía algo escondido detrás de la espalda.

—¿Qué es? —pregunté sin demasiadas expectativas.

Sacó una caja de latón corroída por la humedad.

—¿Qué hay dentro?

—Una caja de galletas, cerillas y café instantáneo. Me imagino que algún pastor viene por aquí de vez en cuando.

—¡Wow! —dije con alegría.

—«*Gracias, Dios*», es lo que creí que ibas a decir.

Lo miré con curiosidad.

—¿Y tú?

—Yo también le doy gracias a Dios.

Me dedicó una sonrisa encantadora e igualmente inesperada.

—Ahí hay un cazo. Vete a por agua en el riachuelo mientras yo preparo el fuego. Vamos a prepararnos un café.

—Vale, pero dame unas galletas antes.



—¡Ni hablar! Tomaremos las galletas como Dios manda.

—No recuerdo haber leído ningún mandato acerca de cómo comer galletas... —protesté mientras salía del refugio con el cazo en la mano.

Quince minutos después estábamos tomando el café directamente del cazo, al calor del fuego. Estaba bastante asqueroso sin azúcar y sin leche, pero el calor era reconfortante, y las galletas, aunque caducadas, eran pasables. Nos turnábamos para sorber del cazo. Yo quise sumergir mis galletas en el café pero recibí una rotunda reprimenda. Aun así, cuando no miraba, metí un par de ellas.

—Voy a salir a buscar más leña, para que nos dure toda la noche, a ser posible.

—Yo creo que toda la madera ahí fuera estará mojada...

Frunció el ceño.

—No seas tan negativa.

Me sentí insultada. Nadie me había acusado de ser negativa antes, y lo cierto es que tras media hora de búsqueda trajo consigo bastante leña, pero la mayoría estaba húmeda (tal y como yo había predicho). Dani, sin embargo, no se desanimó. Me aseguró que terminaría secándose. Yo, como de negativa no tengo nada, me limite a asentir. Pensé que si teníamos frío también podíamos quemar el banco o la mesa...

Le pillé observándome.

—Vamos a disfrutar por lo menos otras doce horas de nuestra mutua compañía —soltó así, de repente.

—¿En eso estás pensando? —dije, nerviosa.

—¿Te extraña?

—¿Y qué te parece? —dije, ignorando su pregunta.

—Que tendrás que contarme cosas de ti para pasar el rato.

—¡Anda!, ¿y tú?

—Yo soy un actor famoso. Seguro que ya lo sabes todo sobre mí.

Me removí, incómoda, en el banco.



—Tampoco te creas... yo nunca te he prestado demasiada atención...

—¡Hmm! —dijo, como si no lo creyese.

—Bueno, es cierto que Eva, mi mejor amiga, me ha contado algunas cosas sobre ti...

—Y yo ni siquiera sé tu nombre.

En ese instante (y creo que justificadamente) me ofendí.

—¡Llevas 24 horas conmigo y no sabes mi nombre! ¡Te lo dije en cuanto despertaste en el camión!

—¡Lo siento, pero no estaba como para retener esa información!

—¡Me llamo Carla!

—Carla —dijo, como saboreando mi nombre.

Lo miré con desaprobación.

Se le escapó una risita.

—¿A qué te dedicas?

Yo respondí a sus numerosas preguntas con frases muy cortas y monosílabos cargados de mucha dignidad. Se dedicó a entrevistarme de manera fría y concisa, sin demostrar sentimientos de aprobación, regocijo o conmiseración. ¡A mí me pareció que mi vida bien podría haber provocado alguno de estos nobles sentimientos, pero si lo hizo se esforzó muy bien en enmascararlos! En seguida, sin pena ni gloria, supo todo lo relevante en mi vida. Cuando se dio por satisfecho se recostó en la tierra junto al fuego.

—Vamos a dormir.

Observé que su improvisada cama era el suelo de tierra cercano al fuego. ¿Dónde se suponía que iba a dormir yo? ¿A su lado? ¡Ni hablar! Pero no quería dormir lejos del fuego.

—No tengo sueño —mentí.

Soltó una carcajada, como si pudiese leer todo lo que pasaba por mi mente. Me sentí muy insultada.

—Buenas noches, Carla.



No conseguía dormirme. Al principio me resistí a tumbarme sobre el suelo de tierra, así que agarré el banco y lo acerqué hasta el fuego.

Me tumbé en el banco.

Tras unos segundos, comprendí que sería imposible dormir en el banco, que apenas medía cuarenta centímetros de ancho. En cuanto me quedara dormida me caería al suelo.

Me tumbé en el suelo.

Tenía frío.

Observé con fastidio a Dani Carreras, que estaba tumbado junto al fuego con los ojos cerrados, presumiblemente dormido. A estas alturas ya había comprendido que si quería disfrutar del calor de la hoguera, necesitaba acostarme muy cerca del actor.

Muy, muy cerca.

No me atrevía.

—No voy a violarte —dijo Dani de repente. Seguía sin abrir los ojos.

—Oficialmente nunca he dormido con un hombre... —dije en tono divertido, para aliviar mi incomodidad.

Dani, todavía con los ojos cerrados, sonrió.

—Eso está bien.

Como no me veía, le hice una mueca.

—Aunque ayer también dormimos juntos, ¿no te parece?

—Lo de los carritos no cuenta, te lo aseguro...

Dani se irguió y me observó de manera misteriosa (e irritante) durante un rato. Luego habló:

—Normalmente, según todas los libros que he leído y las películas que he visto y hecho, ésta es la típica situación de intimidad compartida que despierta sentimientos románticos entre los protagonistas.

Desde luego no me esperaba que dijera *eso*. Solté un bufido.



—Ya. No quiero ofenderte, pero...

Me cortó con un gesto con la mano.

—Eso no va a pasar.

¡Será engreído!

—¡Claro que no va a pasar!

Me echó una mirada paternalista, como si no se creyera eso de mí. Y luego, en tono grave, dijo:

—No puedo amar.

Le miré con guasa, pero descubrí dolor en sus ojos.

Me sentí ligeramente sorprendida y, por supuesto, muy curiosa.

—Aunque reitero mi negativa a caer rendida a tus encantos —dije—, debo advertirte que lo que acabas de decir es una bobada.

—No es una bobada.

Por alguna extraña razón, quise borrar esa expresión de sufrimiento en sus ojos.

—Lo es. «No puedo amar» es una frase demasiado dramática para un hombre como tú. No te pega. No pudo haber sido tan malo.

Observé que se ponía tenso, tratando de enmascarar sus sentimientos.

—O sí...—susurré al fin. La curiosidad pudo conmigo—. ¿Quién es ella?

Me miró con burla.

—¡No voy a hablarte de ella! —dijo, indignado.

—¡Háblame de ella! —supliqué con aire travieso—. Pero no me digas su nombre, si no quieres.

Dani se quedó mirando el vacío, durante unos segundos.

—La mujer más fascinante que he conocido jamás. Hermosa y divertida. Inteligente. Una sirena que me embruja, me convierte en un tonto que baila al son de su música... Íbamos a casarnos.

—¡Vaya!

Me quedé sin palabras. Eso sí que era drama. Sentí deseos de burlarme (sólo



un poquito) de él, pero intuí que sería cruel.

—No me suena que Eva supiera nada de eso... —dije.

Me miró con impaciencia.

—Nadie lo sabía.

—¿Y qué pasó con tu sirena?

—Pues que decidió que yo no era lo suficientemente bueno para ella, supongo. Dijo algo acerca de sentirse ahogada por mi fuerte personalidad... una estupidez.

¿Una estupidez? No tanto, pensé para mis adentros. Supuse que tenía que decir algo, pero me quedé en blanco.

—Quizás ella no sea la adecuada —dije al fin, arrepintiéndome nada más pronunciar las palabras.

Me miró con desprecio, como si él fuera un emperador y yo una insignificante hormiga. Tragué saliva.

—La recuperaré —dijo con determinación, la vista clavada en el suelo.

—Y eso que dijiste que no podías amar —dije entre dientes.

Me fulminó con la mirada y me entraron ganas de reír. No entendía por qué me resultaba tan divertido, pero fui incapaz de callarme la boca:

—Y sí que es verdad que tienes una personalidad un tanto fuerte.

Todo su abatimiento se disipó al instante. Le hice gracia. Me miró con risa en los ojos.

—Tú qué sabrás, marisabidilla...

Me sentí tan aliviada por su cambio de actitud que le devolví la sonrisa.

Él se volvió a recostar cerca del suelo y con gestos exagerados me instó a que me acercase a él. Sin pensar en lo que hacía me acurruqué a su lado, muy cerca, dándole la espalda y asegurándome de no tocarle. El fuego me acariciaba el cuerpo casi al completo. El calor era placentero.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó cuando ya pensé que dormía—. ¿No tienes novio?

Vaya.



—Podría estar casada... —dije.

—No lo estás. Me acabas de decir que nunca has dormido con un hombre.

—Cierto —dije con resignación—. Y no, tampoco hay un novio. Ni ha habido. Según mi mejor amigo, es porque me creo demasiado buena y soy demasiado fría.

Le escuché sonreír. Un suave cambio en su respiración. Pensé que continuaría con su interrogatorio pero su respiración empezó a tornarse más pesada y pausada, y en seguida supe que dormía.



Miércoles «Sobreviviré»

Cuando desperté, Dani ya se había levantado, y su lugar junto a mí, vacío. El fuego en el hogar todavía no se había apagado, por lo que deduje que se habría despertado varias veces durante la noche para alimentarlo. Me sorprendió no haberme percatado de nada, pues tengo un oído muy fino. Eva siempre se ríe de mí diciendo que quiero controlar y saberlo todo, incluso cuando duermo.

—¡Buenos días! El café está listo y aún quedan unas pocas galletas. Cuando estés preparada nos iremos de aquí.

Creo que ya he mencionado lo difícil que me resulta amanecer. No pronuncié palabra mientras me enderezaba y, sin ningún motivo aparente, observaba a Dani con rencor. Me estremecí de frío y dolor mientras intentaba concentrar mis pensamientos en algo coherente, y al final lo único que saqué en claro era que sería buena idea salir a aliviar la llamada de la naturaleza. Me gustaría decir que cuando regresé estaba de mejor humor, pero faltaría a la verdad. Tras tomarme el café más amargo de mi vida y obligarme a tragar las pocas galletas caducadas que quedaban, pude encarar el día. Sin embargo, era un día gris.

Quiero hacer una pausa en mi relato para explicar que siempre, desde mi más tierna infancia, había soñado despierta con vivir una aventura. Sería mi propia heroína, llena de coraje y determinación, enfrentándome a mis enemigos con tesón. En mis aventuras imaginarias, mi pelo siempre resplandecía, la ropa se me



ajustaba al cuerpo con elegancia y me envolvía un aire de misterio y sensualidad. Si fuera preciso dormir a la intemperie, lo haría sin prestar atención a las penurias e incomodidades, al hambre o al frío. Y siempre me imaginaba luchando por algo honorable e irremediabilmente romántico, en el sentido novelesco de la palabra. Pero muy por encima de todo, siempre había podido imaginar la canción que acompañaría a cada una de mis hazañas, la banda sonora de mis aventuras, la música inspirada en cada una de mis gestas. Sin embargo el día anterior apenas había podido cantar. La inspiración me había fallado. La falta de música en mi cabeza me había tomado por sorpresa. Nunca imaginé que podría ocurrir, sobre todo ante acontecimientos de tal magnitud... uno pensaría que, justamente viviendo una aventura, sería cuando más inspirada estaría. He de decir con mucho (mucho) pesar que tampoco me sentía ni misteriosa ni sensual, ni hallaba ni tan siquiera una pizca de honorabilidad o propósito en nuestra experiencia. Lo único que sentía era un fatalismo pesado y el deseo explícito de no estar viviendo aquello. Estaba segura de que Eva y miles de mujeres se morirían de celos cuando supieran que había pasado tanto tiempo, ni más ni menos que, con Dani Carreras (¡¡yuppie!!), pero yo constantemente olvidaba que era un tipo famoso y sólo veía al hombre (un hombre bastante atractivo, pero más bajito y con menos músculos de lo que se veía en pantalla. Un hombre refunfuñón y propenso a inesperados ataques de furia). No, no había nada de emocionante en mi aventura. No existía ningún romanticismo intrínseco. Lo que sí sentía con afilada nitidez era mi pelo sucio, el inclemente frío que parecía haberse instalado en mis huesos, el hambre debilitador y un continuo dolor en las sienes. Lo que sí sentía y echaba de menos con consternación, era mi falta de música.

Dani Carreras me observaba con impaciencia.

—Vámonos. ¡Tengo grandes expectativas para este día!

—Es un día gris...

—Dijo doña alegría. ¿No tienes una canción para un día gris?

Lo miré sobresaltada. ¿Habría estado escuchando mis pensamientos? ¿Intuiría mis pesares por haber perdido mis canciones? ¿Sospecharía que me encontraba absolutamente desconcertada ante mi falta de inspiración? Cerré los ojos con cierto aire de drama mientras me llevaba la mano a mi cabeza. Masajeé mis sienes con delicadeza. No podía permitirme perder la música. Tenía que centrarme en el núcleo de mi ser, tenía que encontrar ese lugar donde todo era paz



y serenidad y donde la música fluía. Respiré hondo haciendo memoria...

¡Bingo! Mi alma atribulada empezó a liberarse.

—De hecho, se me ocurre una canción para un día gris. «*A foggy day*» (*un día nublado*). Me gusta mucho cuando la canta Frank Sinatra, pero sobre todo cuando la canta el inigualable par de voces, mis favoritos, Ella y Louis...

Empecé a cantarla tímidamente, una tonada susurrada con tiento, pero no tardé en emocionarme y cantar a pleno pulmón. Me sentí eufórica. El jazz es de lo que mejor se me da.

En mi cabeza podía escuchar con total claridad al piano, el bajo y los violines que me acompañaban, así como la voz rota, mojada y sonriente de Louis Armstrong, que cantaba con entusiasmo una tercera mayor por encima de la mía. *Un día de niebla en la ciudad de Londres me tenía desalentado y triste. Pero de repente te vi ahí... Y, en un día gris y nublado, el sol brillaba por todas partes.* Hubo un momento en que miré por el rabillo del ojo a Dani, y me pareció que me miraba con cierta admiración, sin embargo, cuando terminé, no dijo nada más que un insustancial:

—No está mal.

Mi (en ocasiones) vulnerable sentido de confianza en mí misma se beneficiaría de comentarios más favorables y admiradores. A veces a una persona como yo le gusta que le digan: «qué voz más bonita», «qué bien cantas»... o «no está *nada* mal» (ese «nada» lo cambia todo). Pero ni siquiera la falta de admiradores pudo borrar la sonrisa que se había dibujado en mi rostro. En efecto, era un día gris, pero sería un día maravilloso porque sin duda iba a ser el día de nuestro rescate. No tardaríamos en encontrar a alguien que nos ayudara, y esa misma noche dormiría en mi casa tras haberme duchado y alimentado a conciencia.

Salimos de nuestro refugio con las ideas bien claras. Continuaríamos caminando en la dirección que empezamos el día anterior hasta dar con un sendero. El sendero estaba allí esperándonos, e incluso podría estar a menos de diez minutos y nosotros, pobres y estúpidos ignorantes, sin saberlo. Dani estaba envuelto en la absurda colcha sucia del hotel y yo arropada en mi muy apreciado abrigo. Emprendimos la marcha con un paso energético y optimista.

El aire que se respira en la alborada montañesa es vigorizante. Una no puede evitar cerrar los ojos y llenarse los pulmones de lo que parece ser el aire más limpio sobre la faz de la tierra. Se trata de un aire que tiene sabor a nuevo, a tierra, a verde



y a alegría. Los colores del bosque también tienen un brillo especial, cubiertos de rocío matinal (aunque supongo que decir *lluvia* matinal sería más correcto en este caso) y rozados por un sol tímido pero seguro. Por las mañanas, los sonidos de la naturaleza se escuchan con mayor claridad, como susurrados al oído. El viento rozando las hojas de los árboles, algún animal escabulléndose al advertir nuestra presencia, nuestras rítmicas pisadas sobre las ramas secas, un pájaro llamando a su compañero...

Sí, era un día gris y frío, pero aun así la montaña era hermosa. Mientras caminábamos, recreaba mis sentidos en lo que tenía a mi alrededor. Soy muy sensible ante la belleza de la creación. Dios es un artista. No sé cómo alguien puede creer que el mundo es fruto de una inexplicable serie de coincidencias aleatorias y no premeditadas. Hace falta tener mucha fe y una cabeza muy dura para creer que Dios no existe. Alcé mis ojos al cielo gris. Posé mi mirada en las altas cumbres. Todo lo que veía declaraba con obstinación que Dios *es*.

Después de dos horas caminando, mi euforia se había atenuado. A las tres horas se había esfumado del todo, y cuando creí que ya jamás encontraríamos señales del mundo civilizado, hallamos el anhelado sendero. Yo tenía las piernas doloridas y el estómago atormentado, pero olvidé todas mis penas al encontrar esa inequívoca señal de civilización. ¡Ya faltaba poco!

El sendero resultó ser mucho más largo de lo que creíamos y anduvimos durante otras tres horas hasta encontrar el puñetero pueblo. Cuando por fin vimos los tejados de las casas, me eché a correr.

—¡Quieta! ¿Dónde vas tan rápido? —me reprendió mi acompañante mientras me agarraba el brazo derecho con sus dos manos.

Yo intenté zafarme de su garra. ¡Qué manía tenía con apresarme el brazo de esa manera!

—¡Perdóname por mostrarme impaciente, pero no veo la hora de alcanzar la civilización! —dije sin ocultar mi irritación.

Le debí hacer gracia porque se le escapó una risita, pero cuando posó su mirada sobre la mía sólo pude leer impaciencia.



—Tenemos que ir con cuidado. *Esa* gente podría estar esperándonos.

Hice pucheros, dramatizando mi frustración.

—Pero... no creo que estén aquí. Sería demasiada coincidencia...

—Te recuerdo que ayer nos dispararon. Esto no es un juego.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo y se posó en mi estómago. Era verdad. ¡Nos habían disparado!

—Vale...

Me observó con sospecha.

—¿Puedo soltarte?

—Prometo comportarme —dije, sin poder evitar la burla.

Me soltó con reticencia.

—Tenemos que inspeccionar el pueblo sin ser vistos.

—¿Cuál es el plan? —pregunté con rencor. No me gustaba que fuera él quien tuviese todas las buenas ideas... no encajaba con la opinión que yo tenía de mí misma. Me parecía que yo aún no había tenido la oportunidad de hacerme justicia en esta aventura. Yo era una mujer inteligente y de recursos, poseedora de una gran fortaleza interior, poco dada a la impulsividad o a la estupidez.

Solo tenía que demostrarlo.

—Lo primero es observar sin ser vistos.

—De acuerdo —dije—. Por ejemplo, podríamos comprobar que el camión no se encuentra aquí.

Lo dicho. Una mujer inteligente.

—Exacto. Vigilaremos a las personas que haya por el pueblo, que tampoco serán tantas. Supongo que enseguida sabremos si se comportan de forma sospechosa.

Asentí, pero me preguntaba qué consideraría él «comportamiento sospechoso».



El trabajo de espionaje nos llevó dos horas. Dani era un hombre que hacía las cosas (irritantemente) bien. El pueblo era pequeño y tan solo tres casas aparentaban estar ocupadas. Las tres casas tenían coches en sus cercanías. Las tres casas tenían chimeneas humeantes que ensuciaban el cielo y aromatizaban el ambiente. Inspiré con deleite el olor a leña quemada.

—¡Sospechoso número uno! —susurró Dani con anticipación.

El sospechoso número uno era en realidad una mujer que acababa de salir de la casa habitada número dos. A mí me parecía que podía tener entre setenta y noventa años. Sé que es un amplio espectro de posibilidades, pero una nunca sabe con la gente mayor.

La mujer estaba envuelta en una vieja bata de color verde oscuro y llevaba cubierta la cabeza con un pañuelo atado bajo la barbilla. Llevaba puestos unos pantalones negros que llegaban hasta los tobillos, dejando a la vista los calcetines blancos y unas alpargatas rojas que inevitablemente se mojarían en el suelo encharcado.

—¿Se considera sospechoso portar un hacha? —susurré, con aire de misterio.

Dani soltó una de sus carcajadas abruptas.

—Irá a por leña.

—*Duh...*

(Eso es lo que se dice en inglés con entonación estúpida para expresar obviedad. Se escribe «duh» pero suena como «da». Si esta información os hace perder la paciencia, recordad que soy profesora de inglés y que así de puñetero es el idioma: uno nunca puede saber cómo se dice algo sin antes haberlo escuchado. La palabra escrita simplemente no contiene la información necesaria).

La mujer se introdujo en la cochera que había junto a su casa. Escuchamos al hacha rompiendo la madera y al poco vimos a la mujer resurgir de entre las sombras, caminando con vacilación, con el hacha y cuatro pequeños leños entre los brazos. El viento jugueteó con su bata mientras regresaba a su casa, y escuchamos a un gallo cantar.

El sospechoso número dos resultó ser el hombre que vivía con ella. Se oyeron unos gritos desagradables dentro de la casa y al poco salió un hombre



mayor (también de edad indefinida) con paso muy enérgico, encaminándose también a la cochera. Nunca lo vimos salir.

Sospechosas número tres y cuatro eran dos mujeres también mayores que aparecieron de la nada, hablando (a gritos) sin parar. Las acompañaban dos perros de raza difuminada y tamaño pequeño que ladraban incesantemente con un timbre agudo e irritante, haciendo eco de sus dueñas. Durante unos tensos minutos, ladraron en nuestra dirección, olfateándonos, pero al final, al ver que sus «humanas» no les prestaban atención, decidieron ignorarnos. Las dos mujeres fueron caminando por el sendero en que habíamos venido. Regresaron cuarenta minutos después, todavía hablándose a gritos.

Sospechoso número cinco salió de la casa habitada número tres. Era un hombre más joven, de unos cincuenta años. Era muy alto y fortachón, con piernas largas y fuertes y una panza considerable. Vestía vaqueros y botas negras, y una cazadora azul muy pasada de moda. Se subió en un BMW negro con llantas de aleación y asientos de cuero para ir a un almacén que no se encontraba a más de cien metros de donde estaba. La parte de atrás del coche estaba salpicada por pegatinas de índole agrícola.

—Dani, los sospechosos no son sospechosos.

Dani sonrió sin convicción.

—Supongo que no. ¿Nos dejamos ver, entonces?

—¡Por supuesto! —dije, hastiada. Estábamos exagerando. El peligro había pasado. Quiquiera que fuesen nuestros secuestradores/ladrones de arte, habrían huido lejos, no me cabía la menor duda.

Salimos de nuestro escondrijo y nos dirigimos a la casa habitada número dos, la de la señora mayor que partía leña.

Llamamos a la puerta. Un ligero toc, toc.

Silencio absoluto.

Llamé al timbre. Ding, dong.

—¡Pero qué...! —empezó a decir la querida señora mientras aparecía en el recibidor, pero se detuvo al vernos.

Nos miró con sorpresa primero y sospecha después.

—¿Quiénes sois?



Dani (cómo no) se hizo cargo de la situación. Me echó una mirada que sugería que él sabía tratar con las mujeres, y nos presentó:

—Hola, me llamo Dani y ella es Carla. Nos hemos perdido en la montaña y nos preguntábamos si podríamos usar su teléfono.

La mujer se puso nerviosa. Me pareció que al menos tendría ochenta años.

—¡Ay! ¡Pero cómo que os habéis perdido! —dijo con angustia—. ¡Y cómo habéis llegado hasta aquí! ¡Pasad, pasad!

Agachamos la cabeza para pasar por la puerta. El recibidor olía a leña quemada y estaba muy oscuro. Mis ojos tardaron en adaptarse. Era un lugar amplio, con unas escaleras a la izquierda que subirían a los dormitorios, un gran banco de madera que se apoyaba en la pared, una puerta al fondo, en frente, y otra puerta a la izquierda. Nos condujo hacia esa puerta y entramos en la cocina.

En la cocina hacía calor. Un fuego ardía a ras del suelo, en un anticuado horno de leña. A su lado, una antigua pila, como los que se veían en las nuevas casas rústicas, solo que éste estaba muy viejo y a una distancia muy corta del suelo. La estancia era pequeña, pero la luz entraba por ella y resultaba acogedora. Había un banco esquinero enmarcando una pequeña mesa redonda. Nos invitó a sentarnos.

—¿Queréis un café? —preguntó con amabilidad—. Mi marido ahora no se encuentra, y es él el que tiene el teléfono. No tenemos hijo.

Satisfechos con la explicación, aseguramos que nos encantaría tomar un café. La mujer lo sirvió en dos vasos de cristal de los de toda la vida.

Salió de la cocina con prisas y la vi meterse tras la puerta del fondo. No tardó en salir con algo en las manos.

—*Ale. Comed.*

Era una torta de azúcar y canela, de esas espesas y secas y tremendamente deliciosas tortas de manteca que hacen en los pueblos. La devoramos en cosa de segundos.

La pobre mujer, al ver que estábamos tan hambrientos, fue a buscar unos huevos para hacernos una tortilla francesa. Sacó queso y pan de hogaza, y debo decir que todavía recuerdo el intenso placer que sentí con cada bocado. Me temblaban las manos mientras comía.

—Muchísimas gracias —farfullé, con la boca medio llena—. Llevamos



perdidos desde ayer.

La mujer se espantó.

—¿Pasasteis la noche en la montaña?

—Sí, pero no estuvo tan mal. Encontramos un refugio. Una casa de piedra en un claro.

—Ah, me imagino que encontrasteis la casa del Chuchi.

—No sé, pero menos mal que la encontramos, de lo contrario lo hubiéramos pasado fatal.

La mujer se quedó callada.

—Voy a buscar a mi marido. Quedaos aquí mientras lo llamo.

Sacó un poco de chorizo y más pan, y nos llenó otros vasos con agua helada del grifo antes de salir disparada.

Dani y yo comimos en silencio durante unos minutos. El chorizo me supo a gloria. Tenía ese sabor ahumado tan auténtico. El calor de la cocina era lo que necesitaban mis huesos entumecidos. Noté cómo mi cuerpo empezaba a relajarse. Cerré los ojos con lentitud mientras absorbía con premeditación las olas de calor y el olor que llenaban la estancia. Sabía, sin duda alguna, que Dani me estaba observando y que se burlaría. Pude notar el calor de su mirada y empecé a ruborizarme, pero me dio igual. Seguí con los ojos cerrados, la boca entreabierta, inspirando el calor de la habitación.

Dani eructó.

Le dediqué una mirada de reproche.

—Perdón —enunció con satisfacción—. No me digas que he interrumpido tu meditación.

Entorné los ojos. Los hombres a veces son tan infantiles.

Iba a contestarle con un comentario maduro e inteligente, pero de pronto apareció el marido (el denominado sospechoso número dos que no había salido de la cochera), embutido en un mono de trabajo color azul, botas de goma hasta las rodillas y una boina en la cabeza. Le envolvía un olor rancio: una mezcla de sudor, pelo sucio, tabaco negro y piel caducada. Arrugué la nariz antes de darme cuenta de que lo hacía.



El hombre se quedó unos segundos estudiando nuestros rostros. El suyo era tosco y desagradable.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Os habéis perdido?

Y sin dejarnos contestar añadió:

—Ahora viene mi hijo y os llevará hasta Guardo. Ahí hay autobuses.

—¿Le importaría que usemos su teléfono? —preguntó Dani (yo me había quedado muda)—. Me gustaría llamar a la policía... sin duda nos estarán buscando. Hay mucha gente preocupada por nosotros...

El hombre frunció el ceño a la vez que gruñó:

—No hay teléfono.

Nos quedamos en un incómodo silencio mientras el hombre nos retaba con la mirada a contradecirle o a sugerir alguna otra idea. Vi que Dani abría la boca para protestar y me interpuse.

—¿Podría usar el baño, por favor? —pregunté a la mujer. Evité mirar al hombre. El cuerpo de la mujer se relajó con alivio al poder desviar la atención de su desagradable marido. Me sacó corriendo de la cocina.

—Por aquí —me indicó, subiendo las escaleras—. Cuidado con la cabeza.

La seguí sin decir palabra mientras esquivaba una viga y subía por unas escaleras de madera oscura, desgastadas y chirriantes. Las cuatro habitaciones del piso de arriba estaban cerradas a cal y canto, impidiendo el paso de la luz en el rellano. Aun así pude distinguir unas puertas de madera pintada de un verde azulado muy desafortunado y unas paredes de color blanco, desprovistas de adornos salvo por la imagen de una virgen con mirada compasiva que parecía sorprendida de vernos. Me introduje en el cuarto de baño. Era muy pequeño y viejo, con algunos azulejos desaparecidos y otros tantos rotos. Olía a limpio.

Cuando al final me miré al espejo solté un lamento muy sentido. Mi pelo estaba casi grasiento, totalmente despeinado, con mechones sueltos en los lugares equivocados. Arrugué el rostro en señal de reproche. ¿Por qué no podía ser esa heroína de mis sueños, elegante y atractiva, segura de sí misma y llena de recursos originales para salir del paso? Me solté la coleta y empecé a sacudir la cabeza con energía: arriba y abajo, arriba y abajo, con ímpetu pero procurando no hacerme daño en el cuello. Cuando el movimiento hubo peinado mis cabellos, los recogí otra vez en una coleta.



Así estaba mejor.

No me resistí a echar un vistazo a las posesiones de la señora. Estaba desesperada por un lápiz de ojos negro. Era lo único que necesitaba. No tardé en encontrar una cajita que contenía algo de maquillaje: un lápiz de labios, polvos para la cara (anaranjados, *puagh*), rímel, sombra de ojos marrón y fucsia, y el lápiz de ojos tan deseado.

Me lavé el rostro con fuerza usando el jabón de manos que había encima del lavabo, y luego me pinté la raya de los ojos: primero el borde del párpado inferior, y luego por encima del párpado superior, ensanchando la línea al llegar al extremo del ojo, para alargarlos un poco más.

Mucho mejor.

Cuando salí del baño mi satisfacción se esfumó con un respingo, pues la mujer estaba plantada frente a la puerta, sin dejarme salir, mirándome con intensidad. Parecía enfadada, pero cuando al fin habló descubrí que lo que estaba era asustada.

—Escúchame —susurró con urgencia—. No sé en qué líos os habéis metido, pero parecéis buenos chicos.

La miré con cara de sorpresa.

—Mi hijo es mala persona, nunca anda en nada bueno. Cuando salgáis de la casa es mejor que os escapéis. No entréis en el coche con él... lleva todo el día de ayer buscándoos.

—¿Qué?! —grité susurrando a la vez que el hombre gritaba amenazas desde abajo para que bajáramos. Parecía enfadado.

La mujer negó con la cabeza advirtiéndome con gestos exagerados que no dijera nada y bajó las escaleras apresuradamente.

—¿Pero se puede saber qué te pasa? —vociferó ella mientras bajaba. Sentí lástima por ella. Casada con un hombre malo y madre de un individuo de la misma calaña. Pobrecita.

Su marido gruñó palabras que no pude entender. Mientras bajaba las escaleras, intenté controlar mi miedo, ralentizar el alocado latir de mi corazón y dejar a un lado el sentimiento de pesimismo e incredulidad que se estaba apoderando de mí. Tenía que urdir un plan para sacarnos de allí en ese mismo instante, antes de que el hijo «malo» de la señora apareciera con su coche.



Dani se levantó del banco donde se hallaba sentado al verme bajar las escaleras. No sé de dónde saqué la inspiración y el valor para hacer lo que hice a continuación:

Me acerqué hasta él y le rodeé el cuello con mis brazos mientras me ponía de puntillas y le plantaba un ligero beso en la mejilla. Sonriente y como susurrando palabras de amor le dije:

— *They are the bad guys.*

Son los malos.

Dani hizo gala de sus dotes de actor. La sorpresa apenas se traslució en su rostro un segundo y siguió mi juego con naturalidad. Me rodeó la cintura y me atrajo hacia sí con un apretón. Por un instante sospeché que le agradaba (el agrado que yo *sí* sentí al sentirme apretada contra su cálido y musculoso cuerpo se debía, seguramente, a mi lamentable falta de experiencia en ese tipo de contactos.)

— ¿Por qué no vamos a por nuestras cosas ahora? Así no haremos esperar a su hijo, cuando venga — dije, apoyándome otra vez (¿y por qué no?) en su cuerpo cálido y fuerte. Sentí una inesperada y agradable oleada de electricidad cuando él no se apartó.

El hombre gruñón intentó no mostrar su nerviosismo.

— ¿Qué cosas? — ladró.

Dani me miró con curiosidad sin saber por dónde iba a salir yo ahora.

— Dejamos nuestras mochilas en la entrada del pueblo, ocultas tras unos matorrales. ¿Vamos a por ellas, Dani? — dije mientras me despegaba de él y salía por la puerta de la casa. Dani me siguió con aire tranquilo. Al llegar al exterior se permitió pararse y estirar los brazos en un fingido estado de serenidad.

— Venga, vamos. Ahora venimos — mintió.

El hombre claramente desconfiaba de nuestras intenciones, pero no sabía qué hacer para retenernos.

— ¡Voy con vosotros! — anunció.

Caminamos a paso ligero por la carretera, los tres claramente nerviosos. De vez en cuando uno de nosotros miraba hacia atrás para ver si venía el coche con el temido hijo malvado. El pueblo terminaba abruptamente, sin más. Las casas de pronto quedaron atrás para dar lugar a la vegetación de la montaña. Una señal



abollada y oxidada indicaba el final de la población.

—¿Dónde están las mochilas? —preguntó el hombre sin saber disimular su enfado.

—Esto... creo que las dejamos tras ese arbusto de allá —dijo Dani, aparentando estar desorientado. Carla, ¿vas a verlo tú?

Comprendí que quería darme ventaja mientras él distraía al hombre. Fui hacia la dirección que me decía, apartándome de la carretera para subir por un pequeño sendero ascendente. Eché a correr.

Dani tardó poco en alcanzarme. Los gritos y las maldiciones del hombre resonaban por detrás de nuestras cabezas (insultos groseros a nuestras madres y a la naturaleza, amenazas contra nuestra salud y cosas por el estilo) pero no era rival para nosotros y en seguida dejamos de oírle.

—Éste no parece que tenga pistola —dije, entre jadeos.

Dani no respondió. Estaba realmente cabreado.

Dejamos de correr y caminamos con paso rápido.

—Estoy teniendo un *dejá vu*...

Tampoco dijo nada.

Pasada una media hora, paramos. Entonces Dani se permitió sacar toda la rabia que llevaba dentro.

—¡Pero qué mierda... qué cojones ...! ¡No me puedo creer que nos haya pasado otra vez! —se movía de un lado a otro dando puñetazos al aire—. ¡Estábamos tan cerca de ser rescatados! ¡Y qué cojones vamos a hacer ahora! ¡Qué hijos de puta! ¡Joder...!

De repente se paró en seco y me echó una mirada furibunda.

—¿Estás segura de que eran de los malos?

—La mujer me dijo que su hijo era mala persona y que llevaba todo el día de ayer buscándonos y que no subiéramos al coche con él y que escapáramos. No le dio tiempo a explicarme nada más, pero me pareció suficiente.

Dani resopló.

—Sí... hicimos bien en salir pitando. El viejo ese era un hijo de puta.



—No me parece bien que uses ese vocabulario. Las madres de esos hombres son mujeres de verdad con sentimientos de verdad... y las prostitutas son mujeres de verdad con sentimientos de verdad... y con muy mala suerte.

Me taladró con la mirada.

—Está bien. No volveré a decir *eso*. Esos cabrones me están jodiendo vivo. ¡Ahora qué cojones vamos a hacer!

—Dani, me incomoda tu vocabulario.

—Te jodes. No seas tan cursi.

Sacudí la cabeza. Dani era un completo idiota.

—No deberías usar esas palabras —insistí—. No te quedan nada bien y lo sabes.

Y con expresión de derrota, me dejé caer al suelo, para descansar.

—Esa gente va en serio. Van a por nosotros...—dije, asombrada, tras un breve silencio, con la cabeza entre las rodillas.

—¡No me digas!— explotó él con violencia. Me pareció que se tiraba de los pelos aunque no puedo asegurarlo porque en ese momento cerré los ojos mientras me desplomaba sobre un espacio verde relativamente ausente de pinchos y rocas afiladas.

—No quiero pasar otra noche en la montaña —gemí.

Dani se volvió a mí con un peligroso brillo en la mirada.

—¿No quieres pasar otra noche aquí? ¿Tanto te desagrada? ¡Pero tú, sabioncilla metomentodo, tú te lo buscaste viniendo al hotel para advertirme que no jugara con los sentimientos de tu querida amiga Blancanieves! ¡Tú provocaste todo!

—¿Yo? ¡¿Cómo te atreves a decir eso, cabeza de burro?!—

—¡No tengo ni idea del cómo, pero sólo sé que yo estaba tranquilamente en el hotel, llegaste tú y ahora estoy aquí!

Me quedé muda de rabia ante sus palabras, sobre todo porque una parte de mí se sentía definitivamente culpable. Una vocecilla de vez en cuando me susurraba que con qué derecho había interferido en los asuntos de mi amiga. Como las veces anteriores, descarté ese pensamiento catalogándolo de absurdo y



procedí sin mucha seguridad a seguir sintiéndome injuriada. El cansancio, el miedo y la rabia al verme insultada (y, como dije antes, la sospecha de que de alguna manera extraña me merecía todo lo que me estaba pasando) consiguieron humedecer mis ojos. Me los sequé con rudeza procurando no ser vista y procedí a actuar con madurez e inteligencia. Cerré los ojos para facilitar mi comunicación con Dios, aunque sólo fui capaz de decirle que *sabía* que estaba allí conmigo y que en el fondo (muy en el fondo) sabía que cuidaría de nosotros.

Me levanté del suelo con determinación.

—Vamos.

—¿Adónde? —preguntó Dani sin molestarse en mirarme.

—No pienso pasar otra noche en la intemperie, hace demasiado frío y estoy más que harta de todo esto. Tenemos que continuar con el plan. Creo que tendríamos que ir a la carretera y dejar que alguien nos recoja.

Me preparé mentalmente para una protesta, pero Dani me sorprendió con un indiferente:

—Vale.

—¿Vale? ¿Y si nos recogen los malos?

Dani ahora me miró con burla (cómo no).

—El que no arriesga no gana, supongo.

—Ya... pero el que arriesga a veces pierde y con esta gente quizás perdamos más de lo que imaginamos.

—Quieres decir que igual nos liquidan.

Me ofendí.

—¡No hables a la ligera de nuestras vidas! ¡Tengo mucho por lo que vivir!

Sonrisa socarrona.

—Carla, nuestras vidas están en las manos de Dios, ¿no? Además, los cristianos siempre estamos listos para morir, estamos en paz con el hacedor.

—Vete a la mierda. ¡Yo pienso vivir ciento veinte años en paz con mi hacedor!

Dani se echó a reír con alegría genuina. Su risa me resultó un tanto contagiosa, y consiguió echar fuera la tensión que se había cernido sobre nosotros.



—Vamos —me dijo—. Esta vez iremos a la carretera. Si oímos un coche venir nos escondemos hasta estar seguros de que no son de los malos...

—Si nos escondemos, el coche seguirá de largo.

—Correremos detrás del coche gritando y aullando como salvajes para captar su atención.

Me quedé un rato pensando en nuestras diferentes posibilidades con mi mirada fija en sus ojos, pero con la mente en blanco. Entrecerré los míos fingiendo concentración.

—De acuerdo —dije, con aire pensativo. Me gustaba proyectar una imagen de inteligencia.

Mientras caminamos vi que una sonrisa se dibujaba en su rostro.

—¿Qué piensas? —pregunté con sospecha.

—Pienso que no eres mala actriz. Realmente hiciste una buena representación allí en el pueblo.

Me sentí agradablemente sorprendida por el cumplido, especialmente viniendo de él.

—Gracias...

Me interrumpió:

—Hasta yo empecé a crearme que me querías. Ese besito en la mejilla, ese abrazo...

¡Ay, cómo me sacaba de mis casillas! Solté un gritito ahogado mientras farfullé algún que otro improperio nada propio de una cristiana evangélica madura como yo.

Todo se pega.

Anduvimos una hora más antes de aventurarnos a pisar la carretera. El día se estaba tornando más gris y más frío a medida que avanzaban las horas y una especie de neblina se estaba formando a nuestros pies. Si yo tenía frío (y lo tenía) no quería ni imaginar lo que tenía que estar pasando Dani Carreras, que había



perdido su colcha usada en la casa de la señora.

Lo observé caminar por delante de mí y solté una suave carcajada. Me sorprendía lo mucho que me divertía. En esos momentos estaba caminando con tanta determinación que podía definir sus pasos como violentos. Pisoteaba el suelo con alevosía, a veces incluso deteniéndose a restregar el pie para destruir alguna que otra planta. Tenía los puños cerrados (¿por el enfado?), los brazos pegados al cuerpo (¿por el frío?) y fruncía el ceño en un gesto de perpetuo disgusto, constantemente murmurando para sus adentros.

Me sorprendía, porque a pesar de ser un tipo muy famoso y (suponía) muy rico, a pesar de estar en la cima de su carrera, de ser un tipo de mundo, un hombre al que la gente adulaba constantemente, perseguido por paparazzis y jóvenes desvergonzadas y, sí, a pesar de poseer un cuerpo y rostro muy atractivo, todavía conservaba una gran cantidad de inocencia y vulnerabilidad. Tenía un carácter explosivo que no se molestaba en controlar, pero que a mí me resultaba extrañamente entrañable, un tanto infantil, quizás. Pero a la vez percibía que era un ser complejo. Todavía no había podido adivinar el enigma de quién o cómo era Dani Carreras en realidad. Era difícil llegar a conocerle de verdad, conocer al auténtico Dani Carreras. Podía adivinar que todo ese carácter complicado era un escudo para ahuyentar a las personas, para mantener las distancias. Quizás porque fuera tímido, quizás porque le habían hecho daño. Me descubrí intentando adivinar el motivo, intrigada más de lo que debería.

—Dime, Dani... —pregunté con tiento—. ¿A qué viene lo de tener una cita con mi amiga Eva?

Se le oscureció la mirada.

—No quiero hablar de *eso*.

—¿De qué?

Suspiró con exageración.

—De *eso*. De la forma humillante en que intentan prostituirme, concertando citas en la televisión, fotos para no sé qué asquerosa revista de las narices. ¡Yo soy actor, por el amor de Dios! ¡Sólo quiero actuar! Pero me obligan a promocionar las películas, y aunque no me haga ni pizca de gracia, al final accedo, porque, ¿qué tiene de malo promocionar la película, digo yo? Pero siempre, *siempre* caigo en la trampa de esos buitres que no están ni mínimamente interesados en la película y lo único que quieren es sacar algún trapo sucio, una historia emocionante, una nota



extravagante puesto que soy ni más ni menos que un «cristiano»... buscan sensación y notición, aunque sean inventadas. ¡Ni te imaginas de lo que son capaces!

—¿Y la cita con Eva se trata de eso? ¿De promocionarte?

—¡Exacto! —movió la cabeza con gesto de incredulidad—. ¡Es vergonzoso! ¿Dónde está mi honor?

Eso último lo dijo más para sí mismo que para mis oídos.

Me miró con desesperación.

—¡Y lo peor es que ni siquiera tengo la malgastada excusa de que es para promocionar una película! ¡Es por mí! ¡Mi mánager piensa que necesito esa pizca más de fama, de estar en boca de todos!

—¿Y accediste?

Hizo un gesto de desamparo. Se encogió de hombros.

—¡Es por las películas! Si estoy en boca de todos, soy deseable para los productores... querrán que esté en sus películas. Llevo unos cuántos años haciendo una porquería de películas que me dan ganas de vomitar del aburrimiento... estoy estancado. Lo que más deseo es estar en la cima para poder escoger *yo* las películas que quiero hacer. Sueño con tener en la mano suficientes guiones como para permitirme descartar los que me venga en gana... y hacer algo que merezca la pena, para variar.

Levanté la ceja con expresión burlona.

—Y eso lo vas a conseguir saliendo con Eva.

—Exacto.

Me lanzó una mirada amenazante, invitándome a desafiarle. Puse la mirada en blanco. Él lanzó una amarga carcajada.

—No te tragarías esa bobada de que por casualidad escuché a tu amiga por la radio y me entraron ganas de conocerla...

—No, pero...

Me interrumpió:

—Mi manager fue el que lo escuchó todo por casualidad, y puesto que posee una mente malvada y maquinadora, decidió sacar provecho. Necesitamos la



atención, según él.

—Te estás metiendo en terreno peligroso —dije en voz demasiado baja, aunque de todas formas me escuchó.

—¿Por qué lo dices?

Le dediqué una sonrisa socarrona.

—¿Estás preparado para un sermón?

—¿Vas a sermonearme?

—Sí, si me das permiso.

Una sonrisa deliciosamente perversa se dibujó en su rostro. Dani pasaba del enfado a la alegría en un instante. De repente me di cuenta de que se parecía demasiado a Eva.

—Adelante.

Inspiré aire, para rodearme del aire de seriedad que necesitaba:

—Vamos a ver, sabes perfectamente que Dios está en control de tu vida, al menos si tú le dejas, ¿no?

—Estoy de acuerdo.

—Tienes un sueño que debemos suponer que es también el sueño que tiene Dios para tu vida, ¿me equivoco?

—No te equivocas. Prosigue.

—Pues intentar conseguir algo que deseas con métodos deshonorosos, con artimañas que te avergüenzan y que te denigran, es jugar con fuego. Si Dios quiere que consigas tu sueño, Él lo hará posible de manera que te haga feliz, no miserable. No debes entrar en ese juego, no te conviene.

Dani me miró con inesperada seriedad.

—Vale. Tienes razón.

—¿Sí?

—Por supuesto. No hay que ser un genio para llegar a esa conclusión.

Puse los ojos en blanco otra vez. A mí me gustaba sentir que tenía algo de genio.

—Por supuesto —repetí.



—Bien, cuando llegemos a la civilización cancelaré mi cita con Eva.

Eva me mataría. Me sacaría el corazón y se lo comería crudo.

—¡Ni se te ocurra hacer eso!

—¡Pero si estamos de acuerdo en que es denigrante y deshonroso!

—Sí, pero Eva lleva toda su vida esperando para poder conocerte, recuerda que cree estar enamorada de ti.

—¿Cree estarlo?

Le saqué la lengua.

—Cuando te conozca se dará cuenta de que todo ha sido una equivocación.

Dani me sonrió con fingida dulzura.

—Así que según tú, debo continuar con la dichosa cita. Pues no pienso hacerlo. Le dije que sí a mi malvado manager en un momento de aturdimiento y debilidad... desde luego no sé en qué estaba pensando... cuando llegaste a mi habitación estaba rumiando acerca de cómo librarme de esa cita. No pienso hacerlo.

—Bien. No lo hagas en público, eso sería horrible incluso para Eva. Pero debes quedar con ella. Dedícale una tarde para que pueda conocerte.

—¿Con una tarde tendrá suficiente para darse cuenta de que no me ama?

Se estaba burlando de mí.

—Yo creo que será más que suficiente.

—Pues no sé... igual congeniamos. Quedaré con ella, pero lo haré en secreto, no pienso formar parte del circo mediático. Tu amiga estaba ridícula en ese pijama, al igual que tú, pero tiene un rostro muy bonito.

Procuré no sentirme celosa. ¿A qué venía eso?

—Eva es preciosa.

—Un poco rellenita...

—¡No! ¡De eso nada! ¡Solamente es curvilínea! ¡Y es muy guapa! Y te aconsejo que nunca, nunca, hagas ese tipo de comentario delante de ella. Ni delante de ninguna mujer, a decir verdad.

Dani levantó las manos en señal de rendición.



—De acuerdo... estoy seguro de que es preciosa.

Seguimos caminando un rato en silencio, la vista enfocada en el terreno, concentrados en no pisar esas rocas sueltas que amenazaban con torcer nuestros delicados tobillos, pero yo no hacía más que repasar nuestra conversación.

—Espero que Eva no me odie por decirte esto, pero creo que nunca podréis llegar a nada serio porque os parecéis demasiado. ¡Sois prácticamente iguales!

—¿Tu mejor amiga y yo somos iguales?

—Exacto. Los dos sois muy temperamentales, dados al dramatismo y a la exageración. Chocaríais constantemente.

—Así que, según tú, con ella no podría tener una relación, pero sí contigo.

Puse cara de susto.

—Yo nunca he dicho eso.

—Soy igual que tu mejor amiga, ergo...

—¿Ergo?

—Ergo, me llevaría bien contigo.

Dani me estaba tomando el pelo. Me enfurecí conmigo misma por haber sentido, aunque fuera solo por un segundo, una inesperada euforia. ¿Estábamos flirteando?

—Cuando los cerdos vuelen.

—Para Dios no hay nada imposible.

—No metas a Dios en esto.

—Los evangélicos metemos a Dios en todo, ¿no?

Se me escapó una risita.

Por fin dimos con la carretera. Era una de esas carreteras estrechas por las que en teoría caben dos coches en dirección opuesta, pero por alguna razón no cabe una línea de separación en el medio. El gris blanquecino del pavimento delataba sus años, aunque no se le veían demasiados baches. Los bordes de la



carretera estaban primorosamente cortados. Habrían desbrozado al final del verano. Tuvimos que dar un salto grande para cruzar la cuneta, y aunque por mi parte no resultó muy elegante, mis tobillos agradecieron de inmediato el terreno llano.

Nuestros cuerpos se relajaron al llegar a la carretera, pero nuestras mentes se pusieron en alerta. Tanto Dani como yo nos tensamos inmediatamente al sentirnos un blanco fácil. Y como siempre que siento una emoción fuerte (en este caso era una fuerte dosis de nerviosismo), me puse a canturrear.

Dani meneó la cabeza, divertido.

—¿También tocas algún instrumento?

—Bueno... —repuse con cierta vergüenza—, tengo un magnífico piano que no merezco. No soy muy buena tocando música clásica. Acompaño mis canciones tocando de oído.

—¿De oído? Eso es que tocas lo que te sale, ¿no?

Sonreí.

—Toco por intuición, aunque en realidad más que intuitivo es matemático, al final siempre es lo mismo. La gente se suele olvidar de lo matemática y estructurada que es la música.

—Explícate.

Su interés me resultó gratificante. Era un tema del que me gustaba hablar, pero no solía conseguir audiencia.

—Puedes pensar que hay infinitos sonidos (o tonos), pero en realidad solamente hay doce. Doce semitonos. Supongo que entre cada semitono hay un cuarto de tono, y entre cada cuarto de tono hay una octava de tono pero son diferencias muy sutiles que no llevan a ninguna parte. Así pues, solo tenemos doce semitonos, o sonidos... o notas. La misma nota la puedes cantar más aguda o más grave, pero es lo mismo.

Dani me miraba sin entender demasiado, pero todavía con interés.

—Yo creí que había siete notas: do re mi fa sol la si.

—¡Exacto! Pero entre el do y el re tienes otro sonido que está entre los dos y por eso se llama semitono, y es do sostenido (o re bemol, que es lo mismo...), y entre re y mi también tienes otro sonido, otro semitono. En total hay doce.



—Vale, si tú lo dices. Me estás liando.

—Bueno, lo que tienes que entender es que una canción no tiene tantas posibilidades: o bien está fundamentada en un do, o lo está en un re, o lo está en un mi, etc...

—¿Sólo tiene siete posibilidades?

—Doce más bien. Podría estar fundamentada en un do sostenido, en un mi bemol,... pero al final solo hay doce opciones, aunque luego eso se duplica porque podría ser do menor o do mayor, pero eso es demasiado complicado para explicarlo sin tener el piano en frente.

—Vale, ¿a dónde quieres ir a parar?

—A que la música, o por lo menos la armonía, es matemática... solamente tienes limitadas maneras de combinar esas notas, al menos si quieres que suene bien. Las canciones occidentales son muy predecibles, porque una canción solamente está fundamentada en una nota y esa nota solamente suena bien combinada de una forma muy específica, y además siempre suele recurrir a tres combinaciones, lo que llaman acorde de tónica, dominante y subdominante.

—Me he perdido...

—Sí, me imagino, pero es muy fácil. Lo más sencillo es verlo frente a un piano.

—¿Y por qué no frente a una guitarra?

—No... un piano es más visual. Cada tecla es un sonido. No hay mejor instrumento para aprender los entresijos de la música.

Dani me dedicó una amplia sonrisa.

—Si tú lo dices...

Iba a continuar con mi explicación porque me parecía que no había resultado demasiado ilustrativa, cuando de repente escuchamos el sonido de un motor. ¡Mi corazón dio un vuelco! ¡Por un momento había olvidado que estábamos en una situación peligrosa, luchando por salvar nuestras vidas! Tras unos segundos de estúpido bloqueo mental, saltamos de nuevo la cuneta y corrimos a escondernos tras unos arbustos. El corazón me golpeaba el pecho, las manos me empezaron a temblar y mi cerebro se partió en dos, incapaz de asimilar nada con normalidad. Una parte de mí estaba atenta a lo que podía suceder, la otra sólo podía repetir un absurdo «*oh, Dios mío*».



Dani, cómo no, me había agarrado del brazo, como para impedir que saliera corriendo en el momento equivocado. En algún momento tendría que hablar de *ese* tema con él.

El coche nos pasó a gran velocidad.

Era un coche de la Guardia Civil.

El alivio que sentí me desbordó. No me lo podía creer. Una parte de mi cerebro (o corazón, podría decir) no tardó en dar gracias a Dios por el milagro. Otra parte de mi cerebro luchaba contra el pánico que me causaba la posibilidad de que desaparecieran antes de vernos.

Tanto Dani como yo salimos de los arbustos gritando y moviendo los brazos como posesos, saltando (otra vez) la cuneta (sin elegancia), y corriendo detrás del coche como si fuera nuestra vida en ello (¡ja!).

Durante unos breves instantes sentí auténtico pavor. Desesperación. El coche no iba a detenerse. Observé (como a cámara lenta) cómo el coche iba alejándose de nosotros, sin poder hacer nada para evitarlo. Se iban. No nos habían visto. No iba a haber milagro.

Pero tras unos terribles instantes, cuando ya casi lo habíamos perdido de vista, las luces rojas de freno resplandecieron frente a nosotros. ¡Estaban frenando! ¡Se detenían!

—¡Aleluya! —grité entre risas. ¡No me lo podía creer!

Corrimos como locos hacia nuestros rescatadores.

Dos guardias salieron del coche mirándonos con recelo. Los dos eran altos y morenos, parecidos en casi todo, salvo que uno era de constitución más gruesa que el otro. Sus uniformes me infundieron cierto respeto, pero a diferencia de otros encuentros que había tenido con ellos, esta vez la alegría ahogaba al respeto.

No estoy del todo segura, porque se me nublan los recuerdos, pero para ser sincera creo que debería decir que mientras corría no estaba pensando cuándo parar. Creo que mi intención (no meditada) era correr hasta aferrarme a los brazos fuertes y autoritarios de uno de ellos. Me pararon en seco con una orden transmitida con ferocidad. Por lo visto no acostumbran a abrazar a las mujeres que salen corriendo tras ellos después de haber estado escondidas entre los arbustos.

No permitieron que nos aproximáramos a ellos sino que nos indicaron que



permaneciéramos de pie a cierta distancia del automóvil mientras uno de ellos regresaba al coche y el otro nos observaba con parsimonia. Transcurrido un minuto (o diez segundos, qué sé yo), el guardia salió del coche y los dos se acercaron a nosotros. Nos preguntaron si estábamos solos y si teníamos problemas. Dani y yo intentamos explicarles toda nuestra aventura de forma clara y concisa, pero debimos hacerlo bastante mal porque tuvimos que explicarles toda la historia unas cuatro veces antes de que por fin sacaran algo en claro. Se mostraron inmediatamente interesados en cuanto oyeron lo de los objetos de arte robados y nuestro secuestro. Para cuando conseguimos hacerles entender que nos habían disparado y que ahora nos estaban persiguiendo, eran dos guardias completamente diferentes. Su aparente indiferencia se convirtió en emoción. Me dio la impresión que sus rondas por esa zona no solían ser tan interesantes.

La situación mejoró todavía más cuando reconocieron a Dani Carreras. ¡Habían rescatado a un famoso! Supongo que ya se imaginaban dando ruedas de prensa y recibiendo el aplauso de sus compañeros. Dar con una red de tráfico de obras de arte y rescatar a un actor sin duda les mejoraría el currículum. Por supuesto, intentaron disimular su entusiasmo, pero a mí no me engañaban.

Nos ofrecieron mantas. Dani cogió una y se la enrolló con entusiasmo. Yo, sin embargo, no tenía frío. La carrera y la emoción de verme rescatada me caldearon lo suficiente. Me subí al coche detrás de Dani, me acomodé en el asiento trasero apoyando la cabeza en la ventanilla y disfruté de sentirme totalmente segura por primera vez en dos días. Mientras arrancaban el coche, el guardia que no conducía me preguntó mi nombre y apellidos y mi DNI. Yo me sentí doblemente reconfortada cuando el guardia transmitió esa información a sus compañeros al otro lado de la radio.

Por fin íbamos a casa.

Pero las cosas no siempre salen como uno piensa.

El coche no había recorrido más de cinco kilómetros cuando sufrimos un devastador golpe del lado del conductor. Solamente alcancé a ver el color negro del otro coche estampándose contra nosotros. Sin previo aviso, nuestro coche



empezó a dar vueltas de campana, saliéndose de la carretera y rodando montaña abajo, una caída de unos treinta metros, hasta que por fin chocamos contra un árbol.

Teníamos los cinturones de seguridad puestos, pero cada vuelta resultó ser un golpe duro, una sacudida que hería mi cuerpo con crueldad. El cinturón se me clavaba en el cuerpo con violencia, hasta el punto que me convencí de que me estaba cortando la piel. Chillé durante la primera vuelta, pero tras el primer impacto mi cuerpo perdió la capacidad de hacer nada, ni siquiera chillar. Viví las vueltas de campana como una espectadora, el dolor de mi cuerpo como si no fuera mío. Escuché cristales romperse, el ruido del metal chirriar contra las rocas y gruñir cuando pegaba contra árboles. Los gritos asustados de mis acompañantes sonaban terriblemente distantes, y luego, inesperadamente y más terrible que todo lo demás, se hizo el silencio.

Abrí los ojos y me descubrí cubierta de sangre.

Cerré los ojos.

—¡Carla! ¡Carla!

Era la voz de Dani. Una voz llena de pánico, de prisas. Sentí su mano sobre el brazo, rozándome primero, sacudiéndome después. Creo que intentaba despertarme con delicadeza pero no lo conseguía, estaba demasiado enfadado, demasiado asustado.

Sonreí. Dani me hacía sonreír. Sonreí todavía con los ojos cerrados, todavía oliendo la sangre, al acero arañado y a los troncos lastimados.

—¡Abre los ojos, Carla!

Los abrí. Dani estaba cubierto de sangre. Se había quitado el cinturón y estaba luchando contra el mío.

—¡Tenemos que salir de aquí!

—¿Qué? —murmuré, confusa. ¿Cómo íbamos a salir de allí? ¡Estábamos heridos! ¡Teníamos que esperar a que viniera una ambulancia!

—¡Vienen a por nosotros, tonta!

¿Cómo que tonta? ¿Quién venía a por nosotros? No conseguía comprender



qué había sucedido. Habíamos encontrado a la Guardia Civil, nos habían metido en el coche, yo me había sentido a salvo, y de repente estábamos dando vueltas por los aires.

—¿Quién viene?

—¡Nos estaban esperando! ¡Fue intencionado! ¡Tenemos que salir de aquí pitando! ¡Esta gente no se anda con minucias!

Mientras intentaba hacerme comprender el peligro que corríamos, me había liberado del cinturón de seguridad y me había sacado por su puerta. La mía estaba bloqueada por el tronco que nos había frenado.

—¿Y los guardias?

—¡No lo sé! ¡No se mueven!

La parte delantera del coche estaba cubierta por zarzas, ramas rotas, cristales rotos y chatarra. Era imposible ayudarles o tan siquiera ver cómo estaban. Y no se movían. Me estremecí.

Dani intentó apartar las ramas para ver si podíamos ayudarlos de alguna manera, pero resultó una tarea imposible. Entonces escuchamos voces que se acercaban desde arriba, y supimos que teníamos que huir.

—¿Y les dejamos aquí sin más? —pregunté con desazón.

—A los guardias no los podemos ayudar —replicó Dani, pálido y con voz temblorosa—. Ven, vamos. ¡Tenemos que salir de aquí! ¡Esta gente quiere matarnos!

—¡Pero...!

Me agarró la mano y echamos a correr. Dani tiraba de mí mientras corríamos como locos, montaña abajo. Tropecé y rodé varios metros. Sofoqué un sollozo. Había caído contra unas rocas sueltas y me había abierto una herida en la pierna. El dolor era punzante y me tomó por sorpresa. Empecé a creer que la sangre que me cubría no podía ser mía, después de todo. De lo contrario, el dolor de esta nueva herida no me habría sorprendido tanto.

Oímos disparos.

Nos iban a matar.



Sentí el pánico apoderarse de cada uno de mis sentidos, pero a la vez una oleada de adrenalina disipó toda la confusión y relegó mi dolor a un segundo plano. Fui capaz de ver las cosas con nitidez. Mientras corríamos supe que simplemente no podíamos dejarnos atrapar.

—¡Necesitamos un escondite! —gritó Dani en voz baja.

Yo asentí con la cabeza. Gracias a Dios, estábamos rodeados de árboles, matorrales y helechos. Si hubiéramos estado en una zona más alta donde apenas había vegetación, estaríamos perdidos. Agradecí el detalle.

—¡Allí! —señalé un conjunto de arbustos grandes y frondosos. Estaban rodeados de hierbas altas, zarzas y helechos. Si conseguíamos meternos entre ellos, no podrían vernos.

Corrimos hacia los arbustos y nos arrastramos por el suelo para introducirnos en el interior. Las espinas se enganchaban en la ropa y arañaban nuestros rostros y manos, pero apenas lo notamos. En el interior del arbusto había un círculo como de un metro de diámetro que estaba hueco, pelado de vegetación. Nos tumbamos y permanecimos en silencio, esperando no ser vistos.

Llegaron pocos minutos después.

Primero escuchamos sus pasos desde lejos. Se movían colina abajo con sigilo, sin hablar. Me pareció que debían de ser tres o cuatro. Cerré los ojos cuando al fin los sentí cerca, sus pasos rítmicos, firmes y decididos acercándose a nosotros, amenazadores. El peligro se palpaba en el aire y a mí me costó respirar. Entonces, dos de ellos se detuvieron a cada lado de nuestro escondrijo. Uno por la derecha, un tanto alejado, y el otro, el de la izquierda, bastante más cerca.

Contuve la respiración. Dani me rodeó la cintura con su brazo, para tranquilizarme. Estábamos acostados uno pegado al otro, con las rodillas flexionadas, apretados. Sentí su cuerpo en tensión, su respiración apenas perceptible. De repente empecé a visualizar el desastre. Me entrarían ganas de estornudar o de toser, un bicho caminaría sobre mi rostro y yo me movería y nos descubrirían. Nos dispararían y nos dejarían allí donde estábamos y nadie nos encontraría jamás. Seríamos dos cadáveres descomponiéndose entre la maleza,



alimento fértil para los árboles. Empecé a respirar entrecortadamente, con angustia, sin poder llenarme los pulmones de aire. Me ahogaba.

Dani notó mi pánico.

—Ni se te ocurra —me susurró al oído. Su brazo me rodeó con más fuerza. Mi trasero se acomodó entre su bajo vientre, mi espalda contra su pecho. Esta posición tenía un nombre, pensé con una nota de humor. Aún mantenía los ojos cerrados y decidí concentrarme en Dani, pues la proximidad de su cuerpo me estaba haciendo olvidar que tenía problemas para respirar. Descubrí que me gustaba su calidez y su aroma, por raro que eso fuera (dadas las circunstancias). Me gustaba sentir el contacto de su cuerpo duro y fuerte apretado contra mí. Qué extraño y qué inesperado. Me gustaba. Noté con alivio que volvía a tener aire en los pulmones.

Entonces el hombre reanudó sus pasos. ¡Se estaba alejando! Tras unos instantes empecé a relajarme. ¡No nos habían descubierto! ¡Seguían de largo! Dani también se relajó, sentí su brazo perder fuerza. Después separó ligeramente su cuerpo del mío.

—Debemos permanecer quietos por más tiempo —me susurró—. Quizás haya alguno más, o regresen por el mismo camino...

No contesté. Estaba intentando analizar todas las emociones sentidas en los últimos quince minutos. Me llevaría bastante rato tratar con cada una de ellas.

—¿Estás bien?

No contesté.

—Carla, ¿estás herida?

Me encogí de hombros, pero eso provocó una punzada de dolor por toda mi columna. Cerré los ojos para contener las lágrimas.

—Me duele todo. ¿Y tú?

—No lo sé... estoy cubierto de sangre, pero no estoy seguro de que sea mía.

Me estremecí.

—Los guardias...

—No lo sabemos.

—¿Los habrán matado?



Dani no contestó.

—Estás sangrando —me dijo, preocupado.

Me miré la pierna. Tenía un arañazo de quince centímetros de largo en el muslo. La pierna estaba cubierta de sangre, aunque me parecía que ya no sangraba. Eso sí, dolía horrores. Dani estiró su brazo para tocarme. Sus manos estaban llenas de arañazos y tenía una herida en el brazo que todavía sangraba. La cara también la tenía cubierta de sangre, de alguna herida que había recibido en la cabeza. Su ropa estaba hecha jirones.

—Estás sangrando —le dije. Se me escapó una risita tonta. Dani me miró con chispas de diversión en los ojos.

—Sobreviviré.

Nos mantuvimos quietos y en silencio durante un tiempo indefinido. Estábamos protegidos del viento pero no del frío. No tardamos en acurrucarnos uno junto al otro, pegados al suelo y con mi abrigo cubriéndonos a ambos. El cansancio, el frío, el dolor y el agotamiento enturbiaron mis sentidos. De vez en cuando me sorprendía despertándome sin saber si había dormido mucho o poco. Debimos permanecer así durante horas. Una, dos, tres... cuatro y cinco.

Oscureció.



Jueves
«Un secreto y una misión»

Abrí los ojos al escuchar el jaleo. Arrugué la nariz al sentir los aromas de la tierra mezclados con mi sangre y sudor. No era agradable. Intenté erguirme, pero la cabeza me daba vueltas de manera que tuve que quedarme quieta durante unos instantes, todo mi cuerpo en tensión mientras esperaba a que el mareo y las rítmicas punzadas de dolor en mi cabeza se calmaran. En cuanto logré aliviar esos síntomas, empecé a notar los terribles dolores que maltrataban al resto de mi cuerpo. Mi brazo derecho, la pierna izquierda, el cuello, la zona lumbar... apenas podía moverme sin sentir que me moría. Sofoqué un sollozo, pues de nada me servía dejarme llevar por la angustia. Sentí a Dani detrás de mí, totalmente inmóvil, acurrucado junto a mí... demasiado quieto. Quise girar la cabeza para echarle un vistazo, pero eso provocó más dolor. No sabía cuánto tiempo llevábamos así, dormidos, quietos, dolidos.

Las voces se estaban acercando.

—¡Dani! —susurré.

Dani no despertaba. Conseguí sentarme y afinar el oído. Definitivamente había gente merodeando por la zona.

—¡Dani, despierta!

Todavía era de noche, pero la oscuridad ya no era tan densa. Escuché lo que parecía ser un grupo relativamente grande de personas. Vi, a lo lejos, la luz de sus



linternas y los faros de sus coches. Escuché unos cuántos ladridos. ¿Nos estaban buscando? ¿Sería un equipo de rescate?

—¡Dani, por favor, despierta! —imploré. Me asustaba que no reaccionara. ¿Qué debía hacer? ¿Dejarme ver? ¿Pedir ayuda? ¿Y si era una trampa?

Me sentí absolutamente incapaz de pensar con claridad. El dolor había tomado control de todos mis sentidos, entorpeciendo mis ideas. ¿Qué era lo que tenía que decidir? ¿Qué significaba todo ese jaleo? ¿Qué hacíamos allí? Unos instantes de confusión precedieron a mi primer (y espero que último) desmayo.

No sé cuánto tiempo permanecí así, envuelta en la oscuridad, pero no reaccioné hasta que tuve encima a unos perros, con sus ladridos excitados devolviéndome al mundo real mientras una linterna me alumbraba el rostro sin muchos miramientos y un tipo repetía a voz en cuello que nos habían encontrado.

Resultó ser un equipo de rescate. La Guardia Civil había dado parte de nuestra aventura antes de que ocurriera el accidente, así que cuando, después de varias horas, encontraron el coche con los dos guardias dentro y nosotros ausentes, mandaron un equipo a buscarnos. Temían que nos hubiesen secuestrado, pero aun así habían decidido peinar la zona. Llevaban toda la noche buscando. Habíamos hecho bien en no irnos demasiado lejos del lugar del accidente, nos dijeron. Yo asentí, aturdida. Ni que hubiéramos tenido otra opción.

De alguna manera, y es que los recuerdos se vuelven confusos en este punto, acabé en una cama de hospital. Sólo recuerdo la luz verdosa y el tacto áspero de las sábanas.

Desperté en una habitación desconocida. Era pequeña, de suelos de un pálido mármol desgastado y paredes pintadas de blanco. A mi derecha, una ventana enmarcada con madera pintada de un turquesa descolorido.



En la calle, el sol resplandecía. El reloj de la pared marcaba las cinco.

Giré la cabeza. Quizás no estaba sola, después de todo. La habitación estaba separada por una cortina que seguramente escondía a otra paciente. Me esforcé por escuchar la respiración de una posible compañera. Sí. Había alguien.

Cerré los ojos. Estaba muy cansada. Los volví a abrir, con la intención de examinarme: tenía la pierna vendada, así como las dos muñecas. Las manos estaban llenas de rasguños. Dolían demasiado. Intenté levantarme, pero un dolor insoportable en el cuello y hombros me lo impidió. Gemí.

—Buenos días, princesa —dijo una voz masculina detrás de la cortina.

¡Dani!

—¿Qué haces tú aquí? —pregunté, entre preocupada y sorprendida, aunque también con cierta (inesperada) alegría.

—No consigo librarme de ti, por lo visto.

Percibí una nota de humor en su declaración.

Me quedé callada unos instantes. No me parecía normal que nos hubieran metido en la misma habitación.

—¿Esto es un hospital? —pregunté por fin.

Dani soltó una ligera carcajada.

—Debe ser el consultorio de un pequeño pueblucho. Solamente disponen de estas dos camas.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué no nos han llevado a un hospital de verdad?

—Eso es lo que me gustaría saber a mí. La enfermera no ha querido contarme nada. Dice que espere a que venga el médico o la Guardia Civil.

Estábamos conversando a través de la cortina. Me pareció estúpido y decidí remediarlo. No sin grandes esfuerzos conseguí levantarme de la cama, pero al enderezarme sentí mi pierna herida arder. Levantarme no había sido buena idea, así que giré la cabeza para contemplar la cama, con la intención de volver a ella. Pero como también soy muy bruta y el mal ya estaba hecho... con valentía y determinación pegué un brinco hasta llegar a la cortina que nos separaba y la descorrí.



Me sobresalté.

Dani tenía muy mala pinta. Su cabeza estaba vendada y tenía los ojos amoratados y el labio hinchado. También tenía el brazo izquierdo vendado.

—¡Estás hecho un asco! —grité conmovida.

Los ojos de Dani danzaron de alegría.

—¡Tú no te has visto!

Solté una carcajada mientras cojeaba hasta mi cama. Todo me daba vueltas y sentí náuseas.

Dani esperó a que me acomodara.

—¿Estás bien? —preguntó con la voz ronca, cargada de preocupación.

Me estremecí. Cerré los ojos y me llevé la mano a la cabeza, masajeándome la sien.

—He estado mejor, pero... sí, estoy bien. Gracias a Dios estoy bien.

Lo dije así, porque fue lo que sentí. Dani asintió en silencio. Gracias a Dios estábamos vivos.

El médico no tardó en llegar.

Muy amablemente nos informó de todos los daños que habíamos recibido: laceración del cuero cabelludo, rostro, manos y piernas, hematomas y cortes en tronco y extremidades, y en mi caso, sospechaban, un leve traumatismo cervical... pero lo tendrían que confirmar ahora que yo estaba despierta. Nos aseguró que habíamos tenido mucha suerte, pues apenas habíamos sufrido daños graves (¡ni un solo hueso roto!, nos dijo con alegría). En un par de días estaríamos como nuevos. Dijo que nuestro mayor enemigo había sido el frío. Habíamos ingresado con hipotermia moderada, casi grave. Nuestra temperatura corporal estaba por debajo de los 33°, afirmó con aire de gravedad. Nos encontraron semiinconscientes, murmurando incoherencias, y nuestro pulso y respiración habían disminuido notablemente. Pero no habíamos presentado temblores ni escalofríos, cosa que habría sido muy peligrosa. Eso sí, tuvieron que recurrir a técnicas de calentamiento urgente, como bolsas de agua caliente en inglés (¡¡!!), axilas y pelvis.

—¿Por qué no nos habéis llevado a ningún hospital? —quiso saber Dani.



—En primer lugar porque no era necesario, puesto que aquí tenemos todos los medios para tratarles y además había que tratar la hipotermia con urgencia. Aunque al principio temíamos que vuestro diagnóstico fuera más grave, resultasteis estar en bastante buen estado. En segundo lugar, porque su mánager llamó y exigió que le retuviéramos aquí, amenazándonos con demandas en caso de no hacerlo. Dijo que no quería que la prensa se enterara de su aventura. Y en tercer lugar porque la Guardia Civil nos lo exigió.

—¿La Guardia Civil? ¿Qué les importa a ellos dónde estemos?

El doctor se encogió de hombros.

—Pregúnteselo a ellos. Están afuera, esperando. ¿Les digo que pasen a hablar con ustedes?

Nos miramos extrañados.

—Diles que pasen —dije, curiosa.

Dos horas más tarde Dani y yo éramos dos jóvenes con un secreto y con una misión.

Sentí el corazón pesado.

Mi corazón se llenó de tristeza al pensar en los dos guardias que iban con nosotros en el coche. Los dos estaban gravemente heridos y se temía por sus vidas. Estaban literalmente entre la vida y la muerte. Ambos estaban en coma y decían que las próximas cuarenta y ocho horas eran cruciales, pero el pronóstico era malo. Me entretuve imaginando (y compartiendo) el dolor de sus familias. ¿Estaban casados? ¿Tendrían hijos? ¿Sus padres vivían? ¿Si morían, dejarían a sus familias perdidas, rotas, sin rumbo...? Sentí la muerte como la profanación más violenta de la voluntad de Dios. Profana. Dios nos había creado para ser eternos.

Por favor, que no mueran, grité en silencio.

Pensé en ellos con un dolor físico, unas brasas que me quemaban la base del estómago. Jamás me había sentido tan preocupada. Mis ojos se llenaron de lágrimas cargadas de rabia y culpabilidad. Me resultó insoportable ser (en parte) responsable de su situación actual. Si no hubiéramos subido a su coche, si no



hubiéramos caminado por esa carretera en ese preciso momento... Si no me hubiese comportado como una sabionda metomentodo yendo al hotel, inmiscuyéndome donde no me concernía, queriendo solucionar la vida de otros, creyéndome más lista que nadie...

Yo tenía la culpa.

Oh, sabía que objetivamente eso no era verdad... pero nadie podía negar que si esa noche del lunes yo me hubiese ido a casa como debía, nada de esto habría pasado.

La culpabilidad me mordió sin compasión. Deseé con todas mis fuerzas poder cambiar el pasado. Deseé que todo fuera un sueño, una pesadilla que se desvanecería al rallar el alba. ¿Qué es lo que había hecho? Ni siquiera pude dirigirme a Dios en busca de consuelo... me sentí completamente bloqueada.

Silencio.

Y de repente, para mi vergüenza, cierta parte de mí, esa parte egoísta, imperturbable, fría e indiferente sintió emoción. ¡Emoción!

Me di asco.

Sentí emoción por formar parte de una aventura que aún no ha hecho más que empezar:

Los guardias habían pedido nuestra colaboración (¿no era increíble?) para ayudarles con un caso que llevaban casi dos años investigando: el tráfico de obras de arte religiosas robadas en diferentes iglesias de Castilla y León. Creían estar a punto de pillarlos a todos. Todavía necesitaban averiguar la identidad de un hombre que era clave en toda la trama. Creían que trabajaba en el hotel en Burgos.

Teníamos un secreto: no debíamos contar a nadie lo que nos había pasado hasta que se resolviera el caso. Cualquier filtración de lo sucedido podría desatar el caos y arruinar los meses de investigación del *Grupo de Patrimonio de la Unidad Central Operativa del Servicio de Policía Judicial de la Guardia Civil*. Sí. Ni más ni menos.

Teníamos una misión: contactar con *ellos* (el nombre me resulta demasiado grande, así que de ahora en adelante me limitaré a llamarle por el diminutivo «Guardia Civil» o el impreciso «policía») si descubriéramos o recordáramos algo. Pidieron a Dani que regresara a Burgos y se quedara en el hotel... quizás él podría



reconocer al hombre clave, quizás intentarían contactar con él...

—¿No será peligroso? —había preguntado yo, dubitativa.

—No. Os aseguramos completa protección.

Dani estaba más que dispuesto. Había un brillo acerado en su mirada. Estaba cabreado.

Decidimos que al día siguiente ambos regresaríamos a Burgos como si nada hubiese pasado. Dani seguiría hospedándose en el hotel y continuaría con sus programas (entrevistas, citas y demás) como había tenido previsto. Su mánager se encargaría de todo, pues les había dicho a todos que estaba enfermo y ya había pospuesto sus citas para la siguiente semana. Yo intenté hacerles comprender que debía contarle lo sucedido a mis amigos más cercanos (y quizás a mis padres, pues suponía que les habrían hecho llegar la noticia de mi alarmante desaparición). Una parte de mí había estado continuamente angustiada al imaginar el sufrimiento que debían de estar soportando ellos, imaginándome malparada en alguna parte.

Los guardias me miraron con incomodidad.

—No digas nada. Nosotros ya hemos hablado con tu amiga... Tu familia no sabe nada.

Me incorporé de golpe.

—¿Cómo que habéis hablado con ella? ¿Cuándo?

Los guardias intercambiaron miradas. Parecían estar sopesando cuánto contarme.

Al final, uno de ellos suspiró.

—Está bien. Os contaremos todo: a las diez de la noche del lunes, recibimos una llamada proveniente del hotel. Se trataba de una empleada que estaba al borde de la histeria: decía que Dani Carreras y «la chica» habían desaparecido. Puesto que teníamos vigilancia en el hotel, y todo cuanto ocurría ahí era considerado de carácter especial, no tardamos en llegar a ella. Eso sí, aprovechando que llamaba desde su móvil y que, según ella, nadie más se había enterado de lo ocurrido, le advertimos que no revelase nada a nadie, ni a sus jefes. Cuando llegamos, de incógnito, la mujer tenía una historia interesante que contar: te consideraba a ti — me señaló con la mirada— culpable de acoso a su querido Dani Carreras, y, palabras textuales, se dejó llevar por un impulso protector y metió un fuerte



somnífero en el champán.

Los dos guardias cruzaron una mirada cargada de humor.

—A saber qué quería conseguir con eso...

—Se suponía que «la chica» se dormiría, y entonces se la llevarían a su casa.

Dani me miró con burla.

—No habría estado mal.

Secretamente pensé lo mismo. Me habría ahorrado todo lo demás.

—Pero algo salió mal: tú terminaste bebiéndola también, ¿no es cierto?

Ahora fui yo quien le miré con satisfacción.

—Eso te pasa por glotón.

—No era glotonería, pequeña arpía. Estaba enfadado.

Le dediqué una sonrisa inocente.

—Pues eso te pasa por dar rienda suelta a tu mal carácter.

Los guardias nos interrumpieron.

—Dice que cuando entró en la habitación, os halló a los dos dormidos. Le entró el pánico y os metió en los carritos de la ropa sucia.

—Es una mujer muy fuerte —comentó Dani, flemático, como si nada.

—Lo que no entiendo es cómo pensó que *eso* podía considerarse una solución...—dije, sin poder creerme lo absurdo que me resultaba todo.

—Ella llegó a la misma conclusión diez minutos después, cuando se hubo calmado. Se dio cuenta —carcajada— de que meteros en los carritos no había sido una solución inteligente.

—¡Ni drogarnos!

—No es una mujer con muchas luces, que digamos...

—¿Pero entonces, qué hizo? ¿Por qué terminamos en un camión camino a no-sé-dónde?

—Decidió que la única forma de que nadie notara lo que había hecho era desnudaros y meteros en la cama. Despertaríais a la mañana siguiente sin recordar nada, pero supondríais que os habías dejado llevar por la pasión y el alcohol.



Solté un grito indignado.

—¡Yo NUNCA haría eso!

Los guardias alzaron las cejas, dedicándome una mirada cargada de escepticismo. Debían de haber llegado a la conclusión de que *yo* había ido al hotel con ese preciso propósito: meterme en la cama de Dani.

Me sonrojé, avergonzada. Dani me dedicó una sonrisa de júbilo. El muy desgraciado confirmó las sospechas de los guardias con una sonrisa traicionera.

—Habría colado —dijo con descaro. Sentí ganas de arañarle la cara y marcar su rostro con mi furia.

Mi rubor, sin embargo, divirtió a los guardias, que fueron incapaces de disimular una media sonrisa, y yo me sentí transgredida, rodeada de machos estúpidos.

—Regresó a la habitación con la intención de llevar a cabo este último (y más inteligente) plan, pero habíais desaparecido. Alguien se había llevado los carritos.

—Después de buscaros como loca durante media hora, se derrumbó. Ahí fue cuando nos llamó.

—Nosotros nos hicimos cargo de la situación. Le contamos a la señora que estaban ocurriendo cosas ilegales en el hotel y que por su culpa vosotros os habíais visto envueltos en el asunto. Le dijimos, para tranquilizarla, que estabais bien, pero que ella debía guardar silencio y vigilar. Si descubría algo, nos tenía que llamar de inmediato.

Los miré estupefacta. Los guardias se justificaron:

—Era una oportunidad para darle un giro a la investigación. Llevamos meses investigando el lugar, porque sabíamos que las obras de arte eran introducidas al hotel. No habíamos descubierto cómo las sacaban ni dónde las llevaban. Cuando la mujer nos dijo que los carritos habían desaparecido, fue como una revelación. Hemos avanzado mucho en la investigación en tan sólo tres días.

Me sentí molesta por su satisfacción. ¿Es que habían olvidado a sus compañeros moribundos? ¿Y lo mal que lo habíamos pasado nosotros?

—Me alegro de que os haya servido para algo —murmuró Dani, también molesto.

—Además, gracias a este inesperado giro, hemos descubierto su «guardida»



aquí en los Picos. Podríamos arrestarlos a todos en cualquier momento, pero no queremos hacer nada hasta descubrir al hombre clave en el hotel: la persona encargada de recibir y enviar el cargamento, que, creemos, además es el cerebro detrás de la operación. Pensamos que puede estar compinchado con alguna de las chicas de la limpieza, o uno de los «botones», pero no tenemos nada seguro.

—Por eso —añadió el otro guardia, con tono serio— no queremos que nadie se entere de lo sucedido. Sobre todo nadie en el hotel.

Miraron a Dani como para cerciorarse de que había entendido la gravedad del asunto y de que obtendrían su cooperación. Dani les devolvió una mirada cargada de recelo.

—¿Y qué pasa con la loca que nos drogó? ¿La habrán arrestado, no? ¡La despedirán!

—Nadie debe saber nada —enfaticó—. No podemos delatarla, pues quizás la persona clave trabaje en la dirección del hotel. Ha sido necesario dejar las cosas como estaban.

Ahora me tocó a mí mirarles con espanto:

—¿Queréis decir que esa mujer anda suelta, como si nada?

—No podemos poner la investigación en peligro.

—¡Pero esa mujer está loca! ¡Ponéis en peligro a los inocentes que se hospedan en el hotel!

Los guardias intercambiaron miradas.

—La mujer ha trabajado 10 años en el hotel sin dar ningún problema. Estamos más que dispuestos a creer que fue un lapsus que no volverá a repetirse.

—¿Un lapsus?! ¿Llamáis lapsus a drogar a dos inocentes y luego tirarles al carro de la ropa sucia?

Admito que mi tono ya no era contenido ni elegante. Esto ya era demasiado.

Intercambiamos miradas tensas durante unos instantes. Al final, el guardia más joven habló:

—En cualquier otra circunstancia la habríamos arrestado, se habría quedado sin trabajo y sin perspectiva de trabajo, lo cual tampoco es motivo de celebración. Pero llevamos dos jodidos años trabajando en un caso que estamos a punto de cerrar. Dos de nuestros compañeros están entre la vida y la muerte. Acabo de



hablar con sus familias, y creedme, no ha sido nada agradable. Queremos, por encima de todo, atrapar a los criminales.

Eso me silenció.

Dani y yo cruzamos miradas.

—Haremos lo que haga falta —dijo Dani.

Y así, nos quedamos los dos rumiando las novedades. El dolor y el cansancio no ayudaban a mejorar nuestro estado de ánimo.

—¿No tienes una canción para acompañar esta escena? —me dijo Dani, después de un rato. No supe si lo decía en serio o con burla, aunque supongo que lo último.

Tardé en contestar. Me dolía el cuerpo y me sentía derrotada. Culpable. Dos hombres estaban en coma, a punto de morir. Estaba asustada y asqueada.

No había música.

—No. No hay música —dije, con voz temblorosa. Cerré los ojos.

Por lo visto, Eva ni siquiera había tenido que llamar a la policía. No necesitaron investigar demasiado para saber quién era «la chica» que había ido a la habitación de Dani y que había desaparecido junto con él, pues la empleada del hotel me había reconocido por la foto del periódico (aunque ella había pensado que *yo* era la que había conseguido la cita con su querido Dani Carreras). Me puedo imaginar el susto que se debió de llevar mi querida amiga al abrir la puerta y encontrarse con un par de guardias contemplándola con aire de suficiencia. Y encima para darle la extraña noticia de que yo estaba «bien», pero que no aparecería por casa en unos días porque me había visto envuelta en un caso que requería mi presencia. ¡Menuda situación! Eva tuvo que haber puesto pegas, tuvo que haber sospechado que algo turbio se cocía... Su salvaje imaginación debía de estar entretejiendo una historia fantasiosa en la que yo padecía mil vicisitudes. Sonreí a medias. Tenía algo de gracia. Me alegré también de que mis padres no supieran nada de mi desaparición. Creo que pocas cosas pueden ser peores que no saber dónde está la persona que amas.



Volví a pensar en Eva. Me sorprendió reconocer que me daba miedo hablar con ella. Se suponía que no debía decirle nada de lo ocurrido, ni siquiera que había estado con Dani Carreras... ¡Pero cómo iba a poder guardarme algo así para mí! ¡Yo no sabía guardar secretos, y mucho menos de ese calibre! Además, Dani y yo ahora éramos algo así como «amigos» y nos mantendríamos en contacto, suponía. ¡Me caía bien! ¡Me gustaría mantener el contacto con él!, me dije con sorpresa. Entreabrí los ojos para observarle. Estaba durmiendo con aire de inocencia, sus rasgos suavizados y acunados por el vaivén de su respiración. Solté una risilla. Esa calma desaparecería en cuanto se despertara.

Volviendo al tema de Eva, suponía que algún día (y no muy lejano) ella se enteraría de lo ocurrido, y... ¿Y qué? ¿Me odiaría? ¡Pero si yo solamente había querido ayudarla! ¡Protegerla! Pero, conociéndola, retorcería todas mis motivaciones hasta hacerme quedar como una mujer maquinadora y controladora.

Y yo no lo era.

Escuché alboroto por detrás de la puerta. Voces acaloradas mientras se abría la puerta de golpe.

—¡Por el amor de Dios, Dani! ¿Qué te ha pasado? —exclamó un hombre de unos treinta y cinco años con pinta de estrella de rock. Llevaba el pelo teñido de rubio platino, gafas de sol y una camisa estampada demasiado desabotonada. Sin duda era su mánager. Solté un bufido. Todo un clásico.

Dani le recibió con una sonrisa en la boca que se borró de inmediato al ver a la despampanante mujer que lo acompañaba.

—¿Qué hace *ella* aquí? —quiso saber.

Ella empujó obstáculos (médico, enfermera y mánager) hasta quedar frente a él. Soltó una lágrima bastante convincente mientras le dedicaba una de las más valientes y encantadoras sonrisas. Era una de esas mujeres que te hacen odiar cada parte de tu insípido cuerpo: metro ochenta, cintura diminuta, pechos generosos, piernas estilizadas, cabello largo y ondulado con diferentes tonos de rubio, ojos negros y seductores, labios carnosos, piel bronceada, perfume sutil pero presente...

—Dani... me enteré que habías sufrido un accidente, y nada ni nadie pudo



evitar que viniera a verte con mis propios ojos. ¡Dime que estás bien!

Voz grave y seductora. Qué asco de mujer.

Dani la miró con ojos entrecerrados y con el ceño fruncido.

—Te dije que no quería volver a verte, Selena.

—Dani, no te pongas nervioso... Ha prometido portarse bien, ¿verdad Selena?

Selena hizo un puchero con sus labios seductores.

Dani miró a su mánager con resignación.

—¿Es que nunca sabes decir que no, Diego?

—Nunca cuando se trata de mujeres bellas.

Bufido.

—¿Cómo te encuentras, Dani? Hemos estado muy preocupados...

—¿No me ves? ¡Estoy perfectamente bien! ¡No sé a qué viene tanto jaleo! ¡Mañana mismo íbamos a ir a Burgos, no hacía falta que vinierais hasta aquí!

—Pero Dani... —interrumpió Selena—. ¡Tienes una pinta terrible! ¡No puedo imaginar qué te ha pasado! ¿Y qué es lo que hacías por aquí? ¡No entiendo nada! ¡Diego no me ha querido contar nada! ¡Está de lo más enigmático!

Yo me había empezado a divertir. Dani, sin embargo, estaba a punto de estallar.

—Selena —dijo entre dientes, armándose de paciencia—, nadie te debe ninguna explicación.

—¿Estabas con alguien?

Dani la miró con furia.

—¿Dónde está tu novio, Selena?

Selena se retorció, nerviosa.

—Se ha quedado en el coche. Dice que no le gusta el olor de los hospitales —dijo Diego, como si nada.

Selena lo miró con rabia. Volviéndose a Dani, su expresión se suavizó.

—Sólo quería saber que estabas bien.



Dani le devolvió una sonrisa, falsa donde las haya.

—Estoy muy bien, ya lo ves.

Después de unos segundos, añadió:

—Quiero presentaros a mi compañera de aventura... mi amiga Carla.

Hasta ahora me habían ignorado, una plebeya entre la realeza, pero en un segundo todos los ojos se fijaron en mí. Diego me observó con cierta curiosidad, pero Selena me dedicó una mirada cargada de desprecio.

—Hola Carla, encantada de conocerte. No sabía que Dani tenía una amiga...

Abrí los ojos con sorpresa. ¡Ciertamente Dani no había querido dar a entender *eso!* Pero me bastó un breve vistazo a su expresión satisfecha para confirmar que lo había hecho a propósito. Le iba a estrangular.

—Esto... hola —dije, mientras intentaba enderezarme en la cama. El dolor debió de manifestarse en mi rostro, porque Diego dijo:

—¡No! ¡No te muevas! ¡Te vas a hacer daño!

Le dediqué una de mis mejores sonrisas mientras intentaba pensar qué narices se suponía que tenía que decir ahora.

—Sí, la verdad es que no es uno de mis mejores momentos... pero ambos estamos bien. Solamente un poco magullados —farfullé.

—Carla tiene razón. El accidente nos ha dejado un tanto doloridos, pero nada de gravedad... sin embargo, sufrimos una hipotermia bastante severa. El frío es muy peligroso.

Dani sí que parecía peligroso. Parecía un tigre a punto de comerse un ratoncito. ¿Qué estaría tramando?

—Pasamos la noche en la intemperie, apretándonos con desesperación el uno contra el otro, intentando mantener el poco calor que teníamos... fue una experiencia dura. Inolvidable.

¿¡Quééééééééééééé!?

Selena me miró con desprecio.

—Debió de ser horrible.

Pronunció «horrible» con ganas, mirándome fijamente.



¡Esa mujer me acababa de insultar! ¡Pero qué se creía! No pude contenerme:

—En realidad hemos pasado un fin de semana de lo más divertido, ¿a qué sí, Dani? Es verdad que ha terminado mal, pero no nos dimos cuenta de que habíamos estado en verdadero peligro hasta que llegamos aquí y nos lo contaron. A mí no me pareció que hacía tanto frío...

¡Chúpate esa!

Selena entrecerró los ojos. Se giró para darme la espalda y mirar a Dani.

—Bueno, me alegro de que estés bien.

—Estoy muy bien, Selena. Muy bien... —exhibía una sonrisa triunfal. Estaba tumbado con los brazos recogidos por detrás de la cabeza, todo chulería.

Selena, sin reconocer ninguna derrota, le agarró la mano y se la llevó dramáticamente al pecho.

—Me tenías preocupada, Dani. Te tomaste muy a la tremenda mi nueva relación y temo que has estado haciendo locuras desde entonces. Eres tan temperamental... No puedo perdonarme el hecho de que estés sufriendo por mi culpa.

¡Ja!

Dani no perdió baza.

—Reconozco que no me sentó nada bien, pero tenías razón que era para mejor. Como muy bien pronosticaste, los dos seremos mejores personas por separado.

Retiró su mano no sin antes darle un par de palmaditas paternalistas.

—¿Por qué no vas a ver a tu novio? No queremos que tu querido Pablo se impaciente.

—Pau, Dani. Se llama Pau.

—Ya... lo que sea. No es que me importe. Necesito hablar a solas con mi mánager, Selena.

—¿A solas? —me echó un vistazo.

—Carla es de confianza.

Tengo que reconocer que Selena estaba hecha de algo más que belleza, porque no se dejó achantar. Incluso consiguió forjar una sonrisa benevolente.



—Me voy con Pau, pues. Se estará impacientando. Diego, me voy a comer con él. Llámame cuando estés listo para regresar.

—No voy a regresar... me quedo con Dani —contestó el mánager. Selena entrecerró los ojos, fastidiada.

Dani fingía no prestarles atención, pero me di cuenta de que estaba tenso, pendiente de cada palabra intercambiada.

—Bueno, pues te llamaré luego para ver qué tal —dijo Selena mientras caminaba hacia la puerta con un andar sensual y lleno de gracia.

En cuanto hubo salido por la puerta, el ambiente se relajó. Yo me enterré en mi almohada y Dani soltó un largo suspiro.

—Dani, lo siento —dijo Diego—. Ya sabes cómo es cuando quiere algo.

Dani tardó en responder.

—Confieso que he sentido ganas de estrangularte, Diego, pero creo que esto va a ser bueno...

Yo carraspeé intentando disimular una sonrisa.

—Diego es mi mánager, Carla. No te dejes engañar por su disfraz. Es un tío aburrido, respetable y confiable. Un gran estratega, también. Cuadrulado, calculador y controlador.

Diego le pegó una pequeña colleja (fingida, pues Dani llevaba la cabeza vendada) antes de volverse a mí.

—Hola, Diego. Encantada —le dije.

Diego me dirigió una sonrisa afable.

—Lo mismo digo. Habéis pasado por toda una aventura, ¿eh? Necesito que me contéis todo lo que ha pasado para cerciorarme de que no queda ningún cable suelto.

—¿Selena sabe algo? —pregunté.

—¡Dios Santo, no! —exclamó—. Piensa que Dani ha hecho una escapada de fin de semana. Lo que no se esperaba era que estuviera acompañado, ¡ja ja...! Ella se había hecho la idea de que Dani estaría por aquí solo, desesperándose por ella.

Solté una risilla. Selena no me había caído nada bien.

—Cuidado con lo que decís de ella. Es mi futura mujer.



Lo miré con sorpresa. ¿Esa mujer era *su* sirena?

—¿Quééé? ¡Pero si parecía que no querías saber nada de ella!

Dani me guiñó el ojo.

—La estoy volviendo loca. Dentro de unos días se deshará de su perrito Pablo y me suplicará que le perdone.

—¿Y lo harás? —pregunté, inesperadamente enojada.

—Se lo haré pasar mal, por supuesto, pero... ella es la dueña de mi corazón.

Puse los ojos en blanco.

—No me parece muy digno.

Mis palabras le ofendieron. Me fulminó con la mirada.

—En el amor, querida Carla, no hay dignidad. Uno se arrastra, se rinde, se expone, se entrega.

Levanté una ceja, expresando mi cinismo.

—¿Eso es de algún guión?

Diego estalló en carcajadas.

—Por cierto —añadí, antes de que se me olvidara—, no me ha gustado para nada eso que has insinuado, Dani. Selena se ha ido con la impresión de que tú y yo...

Dani sonrió con malicia, retándome a terminar la frase.

—Que tú y yo...

Levantó una ceja, fingiendo no comprender.

¡Ese hombre me exasperaba! Solté un suspiro violento y cerré los ojos. De todas formas, jamás volvería a ver a esa mujer.

Diego se quedó una hora más, charlando con nosotros, haciendo preguntas y planes para los siguientes días en Burgos. La Guardia Civil ya le había puesto un poco al corriente de lo que se cocía en realidad, y la conversación giró en torno a



las obras de arte robadas y sus malvados traficantes.

Decidimos que aunque teníamos rasguños y hematomas por todo el cuerpo, lo mejor sería regresar a Burgos al día siguiente. Cuanto antes mejor, era la opinión unánime. Dani todavía tenía cosas que hacer allí, y con gafas de sol y maquillaje, nadie se percataría de lo que había sucedido.

Yo, por mi parte, no estaba muy segura de lo que quería. La vuelta a Burgos, intuía, no iba a resultarme fácil.



Viernes
«No puedo contar nada»

Hice el viaje de vuelta en silencio, con una mezcla de impaciencia y aprehensión. Una parte de mí no podía esperar para llegar a mi piso, ¡mi cuarto!, ...mi territorio. Ese lugar de reposo donde nunca hacía frío ni la comida escaseaba. Añoraba mi cuarto de baño con mis geles, cremas, champús y maquillaje... Cosas triviales, cierto, pero reconfortantes. Quería llegar a casa. Pero por otra parte, me resistía a poner fin a mi pequeña aventura. Ya, ya... sabía que no se había terminado del todo, pues la investigación seguía abierta y todo eso, pero... yo regresaba sana y salva a mi hogar, y mi parte en la aventura se cerraba como si fuera un libro terminado. Y aunque la mayor parte del tiempo no lo había pasado nada bien (y eso es quedarme corta), lo cierto es que... me había sentido más viva que nunca.

Echaría *eso* de menos.

Eran las once y media cuando llegamos. Me dejaron justo en frente del portal, delante de un «prohibido estacionar». Suspiré con nostalgia. Dani se había mantenido en silencio durante todo el viaje, sentado delante con Diego, con aire ausente, como si llegar a la civilización nos convirtiera en extraños y las experiencias vividas (la camaradería, las bromas y los miedos compartidos... la amistad nacida) fueran solamente fruto de mi imaginación. No se dirigió a mí en ningún momento, y eso que el viaje duró unas tres horas. Me hizo sentir insegura,



ingenua, inexperta... hasta el punto en que en el momento de la despedida solamente pude pronunciar un insípido:

—Bueno, pues... hasta luego.

¿*Hasta luego?*, pensé con exasperación. Parecía que estaba sugiriendo que quería verle *luego*. Con toda certeza, él no estaría pensando en verme ni luego ni nunca.

Dani, sin embargo, levantó la vista perezosamente y me sonrió a medias, la mirada cargada de humor.

—Hasta pronto, Carla.

¿*Hasta pronto?* ¿Era eso una promesa? Sentí que un peso se me quitaba de encima. *Tonta, tonta, tonta*. Era toda una sentimental.

Le sonreí.

—*Ciao*.

No volví la vista atrás, pero escuché cómo el coche se alejaba.

Entré al portal con desgana. Me parecía mentira que todo siguiera igual. Cuando has pasado una experiencia de esas que marcan tu vida, piensas que «algo» en el ambiente debería cambiar contigo: un color, un aroma, el tacto del pomo de la puerta del portal, la forma en que la vecina del segundo te mira... pero todo permanecía tercamente igual, contrastando descaradamente conmigo. Me sentí extraña en mi propia piel, demasiado consciente de mí misma.

Llamé al timbre. Escuché a Eva literalmente correr hasta la puerta y luchar con la llave para abrir.

—¡Carla! ¡Aaaaa-ha-ha-ha-haaaaa! ¡Qué ganas tenía de verte! —gritó con emoción descontrolada.

Reí de buena gana.

—Shhhh.... ¡Calla! ¡Te van a oír todos los vecinos! —dije entre risas.

Eva ignoró por completo mi petición mientras me abrazaba dando saltitos (asunto complicado, así sin practicar, pues cuando ella subía, yo sentía la



necesidad de subir también, pero ella ya había bajado).

—¿Pero estás bien? —me preguntó poco después, mientras estudiaba mi deteriorada imagen.

Sonreí.

—He estado mejor, pero gracias a Dios, estoy bien.

—¡Vamos a tomarnos un té mientras me lo cuentas todo! ¿Dónde has estado? La Guardia Civil vino aquí a contarme no sé qué rollo de que te habías visto envuelta en una importante investigación y no quisieron soltar prenda. ¡Ni siquiera quisieron decirme dónde estabas ni cuándo llegarías! He estado todos estos días sin poder comer ni dormir de la preocupación. ¡Un verdadero martirio! Puedes preguntárselo a Josué, que, en ausencia tuya, ha tenido que ejercer de mentor, mejor amigo y consolador, ¡todo en uno!

—¿Le has dicho algo a mis padres? —aunque la Guardia Civil me había asegurado que no les habían dicho nada, todavía me preocupaba.

La seguí hasta la cocina.

—No... espero que no te importe. La Guardia Civil me pidió que no dijera nada, para no preocuparlos. ¡Pero hoy me había levantado con la intención de llamarlos y remover Roma con Santiago si nadie me decía nada de ti!

Me sentí aliviada.

—Me alegro de que no les dijeras nada... se habrían preocupado mucho.

Eva me miró con intensa seriedad, las dos tazas de té en la mano.

—Cuéntame todo.

Y eso era una orden. Me sentí terriblemente incómoda. ¿Qué podía decir? ¿Qué había pasado tres días con Dani Carreras? ¿Con el amor de su vida? ¿Con su futuro marido? ¿Los dos solitos? ¿Y todo porque me había entrometido en su vida? No creo que viviera para contarlo.

—En realidad tengo órdenes precisas de no contar nada...

Eva me miro pasmada.

—¿No me vas a contar nada?

—Bueno...yo...

Y estalló la tormenta.



—¿Quieres decir que llevo tres días de intensa agonía sin saber qué te había ocurrido, y tú... tú... ¡tú no me vas a contar nada!?

Nos quedamos heladas en nuestro sitio, cada una con nuestra taza de té en la mano, ella mirándome con los ojos abiertos como platos en un estado de completa estupefacción e incredulidad (combinada con una buena dosis de indignación y sensación de haber sido odiosamente ultrajada) y yo sintiéndome la persona más vil y cobarde del mundo. ¡Algo tenía que decir!

—Se trata de obras de arte robadas.

Eva rompió el contacto visual, aplacada al verme decidida a contarle *algo*. Yo tuve que seguir hablando:

—Son artículos religiosos, de iglesias católicas... ladrones que irrumpen en las iglesias de los pueblos, normalmente..., o monasterios abandonados. Y se lo llevan todo. Había trozos de retablos, bustos, figuras de santos, ángeles, etc...

—Leí un artículo sobre eso una vez. Creí que esas cosas ya no ocurrían... Exfolio, creo que lo llaman.

—Expolio —dije yo, mientras me levantaba a por una cucharilla.

—¡Lo que sea! —dijo con impaciencia, pero me di cuenta de que estaba aceptando mi explicación. Había conseguido apaciguarla, aunque no del todo. Sabía que tenía que seguir contando cosas...

—La investigación sigue en pie. Les falta por encontrar a un hombre en concreto, el cabecilla de toda la trama.

—¿Y tú qué tienes que ver en todo esto?

—Soy testigo presencial.

Eva me miró con desconfianza.

—Me topé con ellos...

Mi amiga siguió mirándome con incredulidad. Sus ojos me instaban a seguir.

Aparté la mirada. Decidí recurrir al drama.

—Eva, tal vez dentro de unos días sea capaz de contártelo todo, pero... ¡esto me supera! Dame tiempo, por favor. Confía en mí. Es algo muy grande y me da miedo involucrarte.



¿Demasiado teatral? Parecía sacado de una película de espías. Eva desde luego no parecía nada convencida y con frialdad colocó el té sin beber en la encimera, gesticulando exageradamente durante todo el proceso.

—De acuerdo. No más preguntas.

Guardé silencio. Eva seguía de espaldas a mí, toqueteando las cosas en el fregadero. Al final se dio la vuelta. A ninguna de las dos nos gustaba pelear.

—Me alegro de que estés bien —me dijo, perdonándome.

—¡No me has preguntado por mi gran cita!

Eva me sobresaltó con su típica efusividad. Yo acababa de salir de una ducha de media hora de duración y me sentía comprensivamente adormecida. Sentí un respingo en la base del estómago. ¿Por qué me lo decía? ¿Sabría ella algo? ¡Pero cómo iba a saberlo! Mentir se me daba fatal. Empecé a sentirme miserable.

—¡Perdóname, Eva! ¡No te he preguntado nada! ¿Cómo fue?

¡Mentirosa!, me recliné con asco.

—La cancelaron...

—¡Pero qué me dices! —exclamé con pena.

—Bueno, mejor dicho: la postergaron.

—¡Eso está mejor! ¿Pero por qué? ¿Y para cuándo es la cita?

—La cita, querida amiga, es para mañana a las nueve, y no me dieron muchas explicaciones. Solamente dijeron que Dani Carreras no iba a estar disponible antes, y que además la prensa cree que no va a haber cita, pero que aun así existirá, solo que Dani se citará conmigo a escondidas, sin todo el alboroto mediático.

—Bueno, pues...

Eva me miró con un brillo emocionado en los ojos, desbordando ilusión y energía por todos los poros de su piel.

—¡Me alegra tanto que estés de vuelta! ¡No podía imaginarme disfrutando



del hombre de mis sueños y a la vez sufriendo por no saber nada de ti! ¡Ahora todo será perfecto!

—¡Podrás centrarte en dejarle pasmado!

Eva sonrió con picardía.

—Eso haré, querida amiga... eso haré. ¡Necesito que vengas conmigo de compras! ¡Tenemos que encontrarme un vestido adecuado! ¡Voy a cazar a mi marido!

Forcé una sonrisa. Me estaba haciendo sentir incómoda.

—Eva... tienes todas tus expectativas puestas en esta cita, y...

Eva me silenció con un gesto.

—¡No sigas! ¡Josué lleva todos estos días dándome la vara con lo mismo! ¡No pienso oír ningún comentario realista o mejor dicho deprimente! ¡Tendré éxito y punto!

—Pero...

Los ojos verdes de Eva imploraron silencio. Eran unos ojos tan sinceros, tan vulnerables... Sentí un revoltijo en el estómago mientras pensé que, ¡por qué no!, ¡Dani seguramente quedaría prendado de ella y Eva de verdad se lo merecía! Si algo había aprendido en estos días era que Dani no era el insensible y falso actor que yo creía, sino que era un hombre honesto, divertido y accesible. Además, amaba a Dios, que es lo que nos importaba a nosotras.

—¿Cuándo vamos a comprar? —pregunté.

—¡Después de comer, por supuesto!

—¡Pero tenemos que trabajar!

—¡De eso nada! ¡Estamos enfermas, y ya está! Esto es un asunto de máxima gravedad. ¡Mi vida entera depende de esta cita!

La verdad es que nada me apetecía menos que ir a trabajar. Todavía me dolía la herida en la pierna, sentía el cuerpo rígido, estaba cansada, tenía arañazos por todas partes y... ¡mi trabajo! ¿Alguien les habría avisado?

—¡Acabo de caer en la cuenta de que en el trabajo no sabrán nada de mí! — dije con consternación.

—¡De eso nada! ¡Llamé explicándoles lo que me había dicho la Guardia



Civil! Es más, me dijeron que a lo mejor no volvías hasta la semana que viene, así que allí no te esperan.

Alivio.

—Pues no pienso ir hasta la semana que viene.

Eva me miró con aprobación.

—¡Eso es lo que quería oír! Y ahora, comamos y recuperemos fuerzas, ¡porque tengo un marido que conquistar!

Como era de esperar, la tarde resultó agotadora. Ir de compras con Eva era todo un desafío, pues mi amiga estaba convencida de que su cuerpo estaba mal hecho. Y lo cierto es que su cuerpo no estaba hecho para las prendas que ella tercamente insistía en probarse: vestidos demasiado ajustados en lugares indeseados, resaltando las curvas equivocadas y confinando las que debían quedar liberadas. Sus entrenados ojos iban directo a las peores prendas, como si quisiera torturarse a propósito, castigándose por haber cometido el delito de no ser flaca.

Tras unos cuantos intentos fallidos, discusiones acaloradas (¡tuve que vetar varios vestidos absolutamente grotescos!) y algún que otro intento de fuga, decidimos que no queríamos ningún vestido y conseguimos llegar a un feliz acuerdo en forma de pantalones negros que irían fenomenal con sus recientemente adquiridas botas de cuero marrón y una blusa estampada que parecía haber sido hecha precisamente para ella. Lo acompañaría con un cinturón ancho y una chaqueta de color azul celeste que pegaba con el azul de la blusa. Era un conjunto elegante pero sin pasarse, y lo más importante era que Eva se sentía cómoda y segura en él. Mañana iría a la peluquería y estaría perfecta. Le dejaría pasmado.

Mientras regresábamos a casa nos encontramos con Josué. Por lo visto Eva le había mandado un mensaje diciéndole dónde estábamos. Josué me dio un abrazo muy fuerte, y como es natural, intentó sonsacarme información, sobre todo al ver las marcas del accidente en mi cuerpo, pero no se ofendió con mi negativa y tampoco insistió, aunque me hizo jurar solemnemente que cuando llegara el tiempo, le contaría todo lo que me había ocurrido con pelos y señales. Lo dijo mientras me miraba las manos arañadas y los moratones en el rostro, sabiendo sin



duda que había mucho más de lo que les estaba dando a entender.

Decidimos tomar algo en una cafetería, ya que en la calle empezaba a hacer mucho frío. Burgos no te da mucha tregua en ese sentido. Cuando el sol brilla, sientes sus rayos fuertes y calientes haciendo el frío pasable, pero en cuanto se va, las bajas temperaturas te golpean sin misericordia.

Mientras charlábamos al amparo de la cafetería, observé a mis dos amigos hablar y me sorprendió la obviedad de los sentimientos de Josué. Ella estaba hablando sin parar y él la observaba con fascinación y también cierto aire de tristeza. De vez en cuando él se reía y ella le tocaba el brazo o la mano para hacerse entender mejor, y él jamás se apartaba. Pensé que quizás había subestimado sus sentimientos. Hasta ahora había pensado que él sentía una pequeña atracción por ella, pero empecé a convencerme de que se trataba de algo más serio. ¡Menudo lío!, pensé con preocupación. Eva estaba obsesionada con Dani Carreras, pero yo sabía que ella dependía cada vez más de Josué (le llamaba todos los días, por ejemplo), pero si Josué le confesaba sus sentimientos, perderían esa amistad y ella quedaría devastada, al igual que Josué. Algún día de estos explotarían, y se organizaría una buena. Egoístamente pensé que yo quedaría en el centro de la tormenta.

Se había hecho tarde y yo estaba muy cansada, así que les dije que me iba a casa. Eva insistió en venir conmigo aún cuando la conminé a quedarse con Josué un ratito más, pero ella con mucha efusividad dijo que tenía que cuidar de mí, que me había echado tanto de menos que no podría soportar perderme de vista y unas cuantas tonterías más. Esa chica siempre me hacía reír. Pero la sonrisa se me fue de la cara mientras caminábamos y yo me preguntaba qué estaría haciendo Dani en esos momentos. Me parecía mentira que esa misma mañana hubiera compartido mi desayuno con él y su mánager. Eso parecía quedar a años luz de mi vida en Burgos y lo recordaba como algo de un lejano pasado.

Me sentí como si hubiese perdido algo.



Sábado «El gran día»

El sábado fue uno de los peores días de mi vida.

Me desperté con un irritante dolor de cabeza que no se fue hasta media mañana, a pesar de que nada más despertarme me tomé dos paracetamoles. El café del día anterior estaba peor que de costumbre, pero se nos había olvidado comprar café (y uso el plural porque no me gusta hablar mal de mi amiga) y no quedaba el pan de avena que siempre uso para las tostadas. Eva ni siquiera se disculpó, porque consideraba mi desaparición culpa mía, y si yo no había estado para acompañarla a comprar, ¿qué podía hacer ella? (siempre hacíamos la compra de la semana las dos juntas).

De todas maneras, mi amiga estaba intratable. Si de por sí tiene tendencias histriónicas, ese día estaba fuera de control, totalmente sacada de quicio. No era capaz de ver las cosas con perspectiva: cualquier cosa se convertía en un asunto de vida o muerte, desde el día gris que no auguraba nada bueno hasta la uña rota que seguramente sabotearía todos sus esfuerzos por aparentar ser lo que no era (palabras suyas): una mujer elegante y atractiva. El pelo lo tenía demasiado corto y su piel era un asco. La ropa que habíamos comprado ayer era una mierda (perdonad) y como no había llamado a la peluquería, seguramente no habría hueco para ella, porque todo el mundo sabe que un sábado está todo pillado. Y no había manera de hacerle entrar en razón. Mi desarrollado instinto de supervivencia me



instó a salirme de su camino e intentar pasar desapercibida, así que, dada la imperante necesidad de comprar alimentos, decidí que mi misión esa mañana sería hacer una visita a los supermercados.

—¡Pero si siempre hacemos la compra juntas! —protestó Eva, cuando la informé de mis intenciones.

—Sí, Eva, pero hoy debes concentrarte en tu cita —dije con un tono absolutamente paternalista.

—¿Y me vas a dejar sola?

—Solamente mientras vas a la peluquería.

—¡Pero si yo no hice la compra porque tú no estabas!

—No te preocupes por...

—¿Cómo vas a ir a comprar tú sin mí? —me interrumpió—. ¡Así no se hacen las cosas, Carla! ¡Seguramente estás pensando que YO debería haber ido a comprar, pero no puedes ni imaginar lo bloqueada que me sentía sin saber nada de ti... no tenía ningún interés en comprar nada! ¡Me daba igual morirme de hambre!

Yo tenía que salir de allí como fuera.

—¡Eva! —grité—. ¡No quiero que me acompañes, me puedo apañar perfectamente sola...! Y jamás he pensado mal de ti, ya sé que estabas preocupada por mí y no tenías cabeza para nada más. Pero no puedes negar que hay que comprar y tú no puedes venir..., así que yo voy a comprar y tú te vas a ir a la peluquería.

Eva me miró con los ojos desorbitados mientras meditaba esa revolucionaria idea.

—Está bien... por esta vez supongo que no pasará nada. Mientras no pienses que soy una mala persona, una egoísta, una desordenada, una fatal compañera de piso, una...

La interrumpí:

—¡Eva!

Justo entonces sonó el teléfono.

Eva se quedó bloqueada, pálida, a punto de desmayarse.

—Como me digan que se cancela la cita me pego un tiro aquí y ahora —



susurró.

Corrí a coger el teléfono.

—¿Diga? —dije, el corazón martilleándome el pecho.

—Carla, cariño, soy mamá.

—¡Mamá! —exclamé con alegría sincera mientras le hacía señas a Eva para que intentara volver a respirar. Hacía más de una semana que no sabía nada de mi madre y la había echado de menos. Escuchar su voz a través de la distancia me reconfortaba más de lo que imaginaba.

—Cariño, ¿cómo estás?

—Bien, mamá... estoy muy bien.

—¿Nada nuevo?

Comprended que tenía que mentir. ¿Cómo iba a contarle a mi madre que me habían drogado y metido en un furgón junto con el famoso actor Dani Carreras y que luego nos habían disparado y perseguido, y que además habíamos sufrido un accidente que casi nos mata y que, de hecho, dos guardias civiles estaban en coma, con un pronóstico muy malo?

Tragué saliva.

—Nada nuevo... ¿vosotros?

—Todo va fenomenal, como siempre. Los dos niños de los que te hablé la semana pasada están mucho mejor. Ya les han dado el alta del hospital y les estamos cuidando en casa.

—Ah... —me costaba recordar de lo que me estaba hablando. Supuse que había dos niños con malaria, como siempre—. Mejor en casa que en el hospital, ¿verdad?

—Mucho mejor —se rió mi madre.

—¿Y papá está bien?

—Tu padre está feliz. Te echa de menos, como yo, pero aparte de eso, como dice él, no cambiaría su vida ni por todo el oro del mundo.

—¿Consiguió la entrevista con el alcalde?

—Bueno, todavía está en ello. Pero ya le conoces... lo conseguirá.



Sonreí. Mi padre siempre conseguía todo lo que se proponía.

—Hija...— mi madre de repente se puso seria. Me di cuenta de que se estaba preparando para soltarme «algo». ¿Cuál sería el problema?

—¿Qué? —pregunté, nerviosa.

—Mejor te lo digo de sopetón: no vamos a poder ir por Navidades.

Me quedé callada.

—¿Por? —conseguí decir, aunque mi voz sonó sacudida. Vaya, no esperaba sentirme tan desgarrada.

—Al final no va a venir el matrimonio que esperábamos. Ella se ha quedado embarazada y han cancelado todos sus planes... alguien tiene que quedarse con los niños.

¿Pero por qué vosotros?, quise preguntar.

—Pues me da mucha pena, pero lo entiendo.

En realidad no lo entendía. Sentí que mis ojos se llenaban de lágrimas y aproveché un chillido desesperado procedente de Eva (y todo el alboroto que lo acompañó) para despedirme rápidamente de mi madre.

—Mamá, la verdad es que me pillas en mal momento. ¡Eva me necesita! Hablamos luego, ¿de acuerdo?

—Vale, cariño —dijo mi madre con preocupación. Me había notado afectada y me hizo prometer que la llamaría más tarde.

—Vale, vale... —dije.

—Adiós, nena. I love you.

—Bye, mom.

¿En qué pensaban mis padres, si se podía saber? En mí no, desde luego. ¡En los niños! ¡Siempre en los niños! Sentí ganas de montar un berrinche. Objetivamente sabía que estaba exagerando mi reacción... ¡pero si incluso estaba llorando! ¡Y desde luego que no era para tanto! ¿Qué eran las Navidades, de todas maneras? «El cumpleaños de Jesús», como solíamos decir de pequeñas... Pero además de eso, o justamente por eso (y aunque el mundo lo ha convertido en un vergonzoso circo materialista), era un tiempo de dedicarse a la familia. ¡Y mi



familia me acababa de dar plantón!

Eva se me acercó con dos pares de zapatos, uno en cada mano.

—¿No te parece que los rojos causarán mejor sensación?

Me quedé mirando los zapatos con la mente en blanco.

—De acuerdo —dije abstraídamente.

Eva se dio cuenta de que no la estaba prestando la debida atención y estuvo a punto de chillarme, pero se contuvo al ver mis ojos llorosos. Ella tiene un corazón muy sensible y olvidó el asunto de los zapatos en el acto.

—¿Pasa algo? —preguntó preocupada—. ¿Tus padres están bien?

—Sí, están bien... —dije, sin decidirme a contárselo.

—¿Mis padres? —preguntó nerviosa.

—¡Están muy bien! —le aseguré. Decidí que tendría que contárselo, pues de lo contrario la tendría detrás de mí hasta que lo averiguase.

—Mi madre me acaba de informar de que no van a venir para Navidad —dije, con toda la indiferencia que pude.

Eva se quedó en silencio, mirándome con pena.

—¡Vaya putada!

—¡Eva! —grité riendo, fingiéndome escandalizada. Huelga decir que nosotras no solemos decir «putada».

—¿Qué? —se justificó mientras soltaba una de sus contagiosas carcajadas.

—No te pongas los zapatos rojos —le dije, sonriendo y agradecida por haberse llevado la tensión. La risa se llevó el drama—. Los negros son mucho más elegantes.

—*Okay, sister* —me dijo mientras desaparecía por el pasillo.

Como la idea era escapar de mi amiga, prolongué la compra bastante más de lo necesario. Supuse (erróneamente) que cuando llegara a casa, Eva ya habría vuelto de la peluquería, pero me equivoqué, así que después de tirarme diez



minutos colocando cada cosa en su sitio, corrí hacia mi amado piano, y cerrando los ojos a la vez que suspiraba y me recreaba en mi estado de ánimo melancólico, canté una de mis canciones favoritas: «*Great is thy faithfulness!*» (*tu fidelidad es grande*, una «antigualla», como diría Eva, escrita por un tal Thomas Chisolm en 1923). Por lo visto todas las canciones que tocaban mi fibra sensible (y aquí incluyo a las grandes obras del jazz vocal) habían sido compuestas en el siglo pasado. Que un psicoanalista me diga por qué.

Teclé un do-mi-sol (pues prefería tocar la canción en clave de do), y me dejé llevar:

Great is Thy faithfulness! Great is Thy faithfulness! Morning by morning new mercies I see. All I have needed Thy hand hath provided; Great is Thy faithfulness, Lord, unto me!

En mi iglesia la cantamos en español:

«¡Oh, Tu fidelidad!, ¡Oh, tu fidelidad! Cada momento la veo en mí. Nada me falta pues todo provees. ¡Grande, Señor, es tu fidelidad!»

¿Qué puedo decir? A estas alturas ya sabéis que para mí Dios es más que una idea o una fantasía. En un instante todo lo que me había acontecido durante esa semana pasó por mi cabeza y, con los ojos cerrados, percibí con asombrosa claridad el latido de mi corazón y la tibieza de mi cuerpo lleno de vida... y amé al Creador.

El tintineo de las llaves me puso de sobre aviso. ¡Llegaba la marabunta (lo digo con cariño, Eva)! Aun así, estaba disfrutando tanto de mi momento de música que seguí pegada al piano.

Dejé de cantar y dediqué más atención a las teclas: *do-re-la...sol-fa-do*

Puesto que no soy muy buena pianista, toco mejor cuando no canto.

—¡Carlaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa! —berreó Eva con entusiasmo, disipando la magia.

—¡Ya sabes dónde estoy! —protesté.

—¡Vale! —continuó gritando—. ¡Cierra los ojos y cuenta hasta cinco!

Pacientemente cerré los ojos y conté hasta cinco. Cuando los abrí me quedé sin palabras.

Eva es hermosa. ¿Qué más se puede decir? Las peluqueras habían hecho un



trabajo estupendo con su cabellera y mis pensamientos fueron directamente hacia Dani... Dani Carreras. ¿Qué opinaría él? Que era exquisita, indudablemente.

Y a mí eso debería darme mucha alegría.

—Lo vas a dejar «noqueado» —dije.

Eva giró sobre sí misma mientras lanzaba una de sus sensuales carcajadas.

—¿Tú crees?

Perdí la paciencia. ¿Qué pretendía? ¿Que estuviera hora tras hora diciendo lo maravillosa que era? ¡Pues ya se lo había dicho!

—Tendrás que tener cuidado para no estropearte ese maravilloso peinado —dije con malicia—. Todavía te quedan cinco horas.

Eva entrecerró los ojos.

—¡Mira que eres mala!

La miré con picardía.

—Tendrás que quedarte quieta y calladita hasta que den las nueve.

Eva ladeó la cabeza.

—¿Eso significa que cocinarás para mí? ¡Son las tres y media y aún no he probado bocado!

Entorné los ojos. Era una contrincante muy lista.

—Ahora te traigo algo...

Nos preparé algo sencillo para comer: pasta con espinacas, nueces y queso (¡y sí que es sencillo, solamente hay que juntar esos tres ingredientes!), y lo ingerimos con mucho gusto.

—Gracias Padre por habernos creado con papilas gustativas con el único fin de otorgarnos placer mientras nos alimentamos. ¡Eres bueno! —oró Eva, justo antes de devorar el plato. A los cristianos nos gusta «bendecir la mesa», como solemos decir, aunque debo añadir que la oración de Eva fue poco ortodoxa, por no decir extravagante. Normalmente se usa un *gracias, Señor, por estos alimentos,*



amén. O incluso un Señor, te pedimos que bendigas estos alimentos.

Yo me sumé a la gratitud expresada por Eva, puesto que Dios bien podría haber inventado otra forma de alimentarnos que no nos proporcionara placer. Lo que directamente me llevó a pensar en cómo, durante la historia (del cristianismo, sobre todo), se ha intentado refrenar el placer, considerándolo como peligroso y por supuesto, pecaminoso, olvidando que Dios el Creador es quien lo inventó. ¿Por qué, sino, huelen las flores y la lluvia? ¿Por qué existen los granos de cacao? ¿Por qué esa sensación de bienestar cuando alguien te da un masaje? ¿O cuando te sumerges en una piscina climatizada? Dios es el inventor del placer. Y no quiero meterme en el terreno sexual, pues ya es entrar en la obiedad. Está claro que a Dios le place complacernos.

Terminada la comida y después de prepararnos dos enormes tazas de té, decidimos ver una película, sobre todo para distraer a Eva y evitar que destrozara su peinado y mi paciencia.

Eva quería ver *Lo que el viento se llevó* (con una carcajada afirmó que duraría lo suficiente), pero su sugerencia despertó en mí un impulso maligno que no sabía que poseía, e insistí en que viera conmigo *Cumbres Borrascosas*. Le expliqué que se trataba de una historia de apasionado amor, cuyo protagonista era el odio. Eva me miró con extrañeza ante semejante descripción, pero se dejó convencer y yo encontré una inquietante satisfacción al ser espectadora de esas historias de amores frustrados. Desde luego, el libro es mucho mejor. A mitad de la película pensé que quizás lo que tenía que haber sugerido era leerlo.

Cuando la película terminó, ella me miró con fastidio por el final no feliz, y yo me apresuré en aclararle las diferencias con el libro y las partes que habían olvidado, haciendo énfasis en el odio que corroyó a Heathcliff puesto que no pudo tener a la única persona que jamás amó.

—¡Una bonita historia para prepararme para la cita, Carla! ¡Desde luego, no sé en qué estabas pensando!

—Perdona — me disculpé con una sonrisa —, pero cuando sugeriste *Lo que el viento se llevó*, que tampoco termina bien, inmediatamente pensé en ésta...

—¿Cómo que no termina bien? ¡Scarlett al final se queda con Rhett, después de ir a Irlanda y todo eso!

—En realidad eso no está en el libro, Eva.



Soy una asquerosa sabelotodo.

—¿Cómo que no está en el libro? ¡Pero si lo he leído!

—Bueno, leíste una novela que no es El Libro.

Eva entrecerró los ojos y me miró con enfado.

—Scarlett termina con Rhett.

Levanté una ceja. Es un gesto que verdaderamente molesta a mi compañera de piso.

—Carla, no es momento para contradecirme —me amenazó.

—*Whatever* —dije, mientras recogía los cojines que habíamos desperdigado por el suelo.

Eva sacudió la cabeza enérgicamente y salió del salón murmurando algo así como que el amor siempre gana.

Su enfado no duró ni tres minutos, como era de esperar. En seguida convocó mi ayuda para convertir a la cenicienta en una princesa.

—Josué no contesta mis llamadas —me dijo, como si nada, mientras yo le pintaba las uñas.

Levanté los ojos para ver «señales» en su rostro.

—¿Y eso?

Eva se defendió.

—¿Por qué dices «y eso»? ¡Yo qué sé!

Eso último lo dijo gritando.

—¿No le has notado raro últimamente? —a veces la sutileza no lleva a ninguna parte.

—¿A qué te refieres, Carlita?

Odio que me llame Carlita.

—¿No le has notado molesto, ni nada?

—¡Pues no! —dijo rotundamente—. Resulta que Josué es mi mejor amigo después de ti, y nos llevamos estupendamente bien, y no tiene absolutamente ninguna razón para sentirse molesto conmigo!



—Entonces no estará molesto... —dije desapasionadamente.

—Pues claro que no —masculló mi amiga.

Yo seguí pintando sus uñas como si nada, pero la conversación me estaba resultando reveladora. Eva estaba a la defensiva.

—Me pregunto qué estará haciendo ahora —dije. ¡Me estaba convirtiendo en un personaje totalmente maquiavélico!

Eva retiró su mano con gesto ofendido.

—Carla, estoy preparándome para La Cita con mi Gran Amor, mi futuro marido, mi media naranja, y tú no haces más que mencionar a otro hombre que no tiene nada que ver. ¡Me parece de muy mal gusto!

Ladeé la cabeza y la miré con inocencia.

—¿Entonces qué hacemos? ¿Hablar de Dani Carreras?

Eva me miró desafiante.

—¡Por supuesto!

Asentí con la cabeza.

—De acuerdo. ¿Por dónde empezamos? ¿Por ese rostro que parece esculpido por los ángeles? ¿Por su cuerpo atlético y lleno de energía?

—Eso estaría muy bien. Pero deja la ironía a un lado. Estás hablando de mi futuro marido.

—De acuerdo —dije con chulería—. Hablemos de su apabullante personalidad, tan propensa a estallidos de furia y cambios de humor que una nunca sabe por dónde va a salir, de su uso de lenguaje malsonante cuando está enfadado, de su desmedido sentido de superioridad, de su risa espontánea...

Eva me calló con una risotada.

—¡Qué poco le conoces! —dijo—. Que sepas que mi querido Dani tiene una personalidad muy equilibrada y madura a causa de todas las cosas que ha vivido y los sitios y personas interesantes que ha conocido.

Sofiqué un bufido.

—Ya me contarás.

Eva no captó mi sarcasmo. Se quedó pensativa, con los ojos brillantes de



emoción, desbordando ilusión e ingenuidad.

—No puedo creer que por fin haya llegado mi momento —dijo con suavidad, como una caricia.

Yo sentí ganas de llorar.

Mi amiga se levantó de la cama donde estábamos sentadas. Estaba hermosa, brillando como las princesas de los cuentos... y sintiéndose como tal.

—¡Pon una de tus canciones, Carla! ¡Necesito música!

Me detuve un momento para contemplarla en el centro del dormitorio, con ese aire de ensueño que la envolvía, girando sobre sí misma. Al instante supe qué canción debía acompañar ese momento.

Frank Sinatra, tenía que ser él. Y tenía que ser «*The way you look tonight*».

Me apoyé en el marco de la puerta mientras la melancólica voz de Sinatra acariciaba mis oídos. Mi amiga se estaba mirando en el espejo de cuerpo entero con los ojos entrecerrados, como si quisiera averiguar quién era la mujer que la devolvía la mirada, y parecía haber olvidado mi presencia. Comenzó a mecerse de un lado a otro, al ritmo de *La Voz*, e imaginándose la protagonista de otro mundo cargado de esperanzas e ilusiones... un mundo donde todo era posible, donde una chica cualquiera podía convertirse en una princesa y conseguir al hombre de sus sueños. Sonreí con dulzura. Juraría que podía ver diminutas hadas revoloteando a su alrededor lanzando chispas de luz sobre su rostro.

Eva se acercó a la ventana.

—Mira, Carla... el cielo está estrellado.

Me quedé sentada en el sofá sin saber muy bien qué hacer. El coche que vino a recoger a Eva había llegado escrupulosamente puntual, y nos causó tanto



nerviosismo que apenas pude despedirme de ella como era debido y desearle toda la suerte del mundo. Estoy segura de que Eva ni siquiera me oyó. Estaba cien por cien concentrada en lo que se le venía encima. ¡Dani Carreras! Suspiré con nerviosismo. Ojalá todo saliera bien...

A la media hora sonó el timbre del portero automático. Me hizo pegar un brinco y el libro que tenía entre las manos y que no estaba leyendo se me cayó al suelo. Presioné el botón sin preguntar quién era, y luego me comí la cabeza tratando de imaginar quién podría ser. ¿Habría ocurrido algo catastrófico? ¿Por qué razón, sino, regresaría mi amiga tan pronto? ¿O se habría olvidado de algo? No... repasé mentalmente todos los «accesorios» que habíamos planificado concienzudamente, y recordaba perfectamente bien que los llevaba todos. Tampoco eran tantos: abrigo, pañuelo (chal) y bolso. Y habíamos comprobado cien veces que el bolso tuviera todo lo necesario: móvil, llaves, lápiz de labios, perfilador de ojos y chicles.

El ding-dong de la puerta me arrebató el aire, pero conseguí acercarme a la puerta sin tropezar.

—¿Quién es? —pregunté mientras abría.

Era Josué.

Josué envuelto en un halo de miseria. Abrí los ojos con exageración tras comprobar los efectos del amor no correspondido sobre su cuerpo mortal.

—Macho, estás fatal.

Me miró sorprendido.

—¿Por?

Decidí que era hora de hacerle confesar.

—Conozco tu secreto, Josué.

Arrugó la cara.

—No soy gay...

Me hizo reír, y sus ojos también brillaron con malicia, pero no iba a dejar que me despistara.

—Amas a Eva —afirmé mientras le invitaba a pasar al salón.



—Os amo a las dos. Amo a todo el mundo... soy cristiano.

—Querido mío, no seas ridículo. Sabes a lo que me refiero, y no vas a conseguir hacerme cambiar de idea. Hace mucho que te estudio.

—¿Me estudias? Qué interesante.

Pero me di cuenta de que no estaba molesto. Seguramente se alegraba de poder hablar con alguien. Mantener un gran amor en estricto secreto debía de ser una tarea ardua.

Nos sentamos en los sofás. Josué apartó los cojines, como siempre, y los tiró al suelo. Decidí no protestar. Al fin y al cabo, era un hombre castigado.

—Amar es morir —me dijo, al fin.

Se me saltó una carcajada silenciosa mientras recordaba unas palabras igualmente dramáticas pronunciadas por Dani. ¡Menuda muestra de sentimentalismo! ¿Qué les pasaba a los hombres de mi generación?

—No seas tonto, y cuéntame desde cuándo la amas.

Josué me miró con fastidio. Yo le sonreía ampliamente.

—Carla, no te pases... no tengo ni idea desde cuándo. De repente empezó a molestarme esa obsesión suya por Dani Carreras. Eso es todo.

Lo dijo con aire derrotado.

—Ahh... —dije con mofa—. ¡La vieja historia de siempre...! ¡Los celos le hacen darse cuenta de lo mucho que la quiere! ¡Qué predecible, Josué!

Mi sonrisa resultó ser contagiosa. Josué me la devolvió.

—No tiene nada de original, ¿verdad?

Sacudí la cabeza.

—Estaba sentada en el sofá sin saber qué hacer. Me alegro que hayas venido. Así no resultará tan tediosa la espera.

—Bueno, quizás termines arrepintiéndote. No soy buena compañía.

—Cualquier compañía es buena, créeme —dije.

Una hora después no estaba tan segura. Josué apenas pronunció palabra y no hacía más que caminar en círculos, crispándome los nervios.



—Siéntate —le ordené por quincuagésima vez.

Josué se limitó a detenerse un instante y a cerrar los puños en actitud amenazadora.

—Como se propase con ella, yo... yo lo...

Levanté una ceja en señal de aburrimento.

—Lo más probable es que sea ella quien se propase.

Josué me taladró con la mirada.

—No juegues con los sentimientos de un animal malherido.

—¡Puah! —exclamé, sin una pizca de misericordia.

—¡No entiendo qué ha visto en él! ¡No lo entiendo!

A estas alturas me había quedado sin compasión.

—Ya lo has dicho mil veces... y ya que insistes tanto, te diré lo que ve: carisma, talento, virilidad, glamour, y otros tantos *bla-bla-blás*... la chica está deslumbrada. Pero no te preocupes, no se entenderán. Son demasiado parecidos.

Josué me miró con extrañeza.

—Lo dices como si le conocieras.

Estuve tentada a contarle la verdad. Francamente, me resultaba terrible guardarme «el secreto» para mí sola, pero luego me imaginé teniendo que dar explicaciones a la Guardia Civil y un sudor frío se apoderó de mi cuerpo.

Y de repente escuchamos las llaves girar al otro lado de la puerta.

—¿Tan pronto? —dijo Josué, esperanzado.

Yo tuve un mal presentimiento.

La puerta se abrió de golpe chocándose contra la pared, y una Eva malévolamente me miró con desprecio. Detrás de ella estaba mi nuevo amigo Dani Carreras, con cara de inocente.

—Hola, Carla —dijo Dani, como si nada.

Josué me miró estupefacto.



—¿Qué? ¿Os conocéis?

Eva me sonrió con crueldad.

—Sí, yo también me quedé a cuadros, por llamarlo de alguna manera. Resulta que Carla y Dani pasaron el fin de semana juntos y ella nos lo había ocultado.

En ese momento sentí el cielo estrellarse sobre mi cabeza.

—¿Qué? —conseguí decir, poniéndome a la defensiva—. ¡Dani! ¡Se suponía que teníamos que guardar el secreto! ¡Órdenes de la Guardia Civil!

Dani descartó mi queja con una carcajada.

—¡No debemos promulgarlo a los cuatro vientos, pero no imaginé que Eva no sabría nada! Es tu mejor amiga, ¿no? ¿Cómo iba a saber que no se lo habías dicho a ella?

Observé el disgusto de Eva con consternación. Nunca la había visto así.

—Y... —tanteé—, ¿exactamente qué le has contado?

Dani, que disfrutaba enormemente del enredo, abrió la boca para contarme hasta dónde había metido la pata, pero Eva se le adelantó.

—Me lo ha contado todo, Carla. Que fuiste al hotel para hacer de mi niñera y terminasteis enredados en un asunto de obras de arte robadas.

—Entonces entenderás que no podía decírtelo. La Guardia Civil...

—¡Al diablo con la Guardia Civil! —gritó—. ¿Quién te crees que eres, Carla? ¿Y qué pasa conmigo? ¿Qué concepto tienes de mí?

Me quedé con la boca abierta y el cerebro en blanco ante tal arrebató. Eva nunca (¡NUNCA!) me había gritado (de esa manera). Jamás.

—No puedo creer que me hayas hecho esto —me dijo. De repente se dio cuenta de que Josué estaba allí.

—¿Puedo ir a tu casa a dormir? —le preguntó.

Josué abrió los ojos sin saber qué contestar. En retrospectiva creo que fue una situación muy cómica: su sueño hecho realidad, más o menos. Pero en ese



momento nadie apreció el humor. Supongo que lo único que Josué pensó era que, por supuesto, lo mejor sería llevársela lejos de mí.

—Claro que sí...

Eva desapareció a su habitación, dejándonos a los tres solos en un incómodo silencio.

Josué carraspeó.

—¿Nos presentas? —me dijo.

Yo me sacudí (literalmente) la cabeza para intentar volver a la realidad.

—Josué, Dani. Dani, Josué.

Ambos se dedicaron unos segundos de examen exhaustivo (¡ja!) como dos machos con territorio que defender. No sé qué ondas intuitivas u olfativas se transmitieron en ese breve intervalo, pero juro que percibí el instante en que (al unísono) llegaron a la conclusión de que no representaban ninguna amenaza para la proliferación de su especie.

Josué dio un pasó ofreciéndole la mano y Dani la agarró con entusiasmo.

—¡Encantado! ¡Carla me ha hablado mucho de ti!

Josué me miró con satisfacción y yo puse los ojos en blanco, pues la verdad es que no recordaba si le había mencionado o no, y si lo había hecho, dudaba que Dani se acordara.

No hubo tiempo de decirnos nada más porque Eva de repente salió de su habitación con una bolsa al hombro y (sin mirarme y con la mano ya en el pomo de la puerta de la entrada) dijo:

—Josué.

Josué se disculpó con la mirada y salió de la casa tras ella.

En cuanto cerraron la puerta tras de sí me giré, brazos en jarra, para fulminar a mi destructor de amistades. Jamás había estado tan furiosa.

—¿Se puede saber por qué has hecho esto?

A Dani se le borró la sonrisa boba que tenía en la cara e intentó ponerse serio.

—Carla, te prometo que no pensé que esto sucedería...



—¡Nos habían dicho que no dijéramos nada a nadie! —grité con rabia.

—¡Te prometo que pensé que ella lo sabía!

—¡No podía decirle nada!

—¿Por qué? ¡Tampoco te iban a arrestar! ¡Es tu mejor amiga! ¿Ni siquiera a ella le ibas a contar dónde te habías metido durante tantos días?

—¿Y qué se suponía que iba a decirle? ¿No ves que lo que peor la ha sentado es que me haya inmiscuido en su vida? ¡Que fui al hotel a verte para ...! —en esos momentos ni me acordaba qué buena intención me había motivado a ir al hotel. Gruñí con fastidio.

—¿Para qué? —me dijo él, para fastidiarme aún más.

—¡Porque no quería que la hicieras daño!

Él abrió los brazos a modo de rendición.

—Yo qué culpa tengo...

Me eché las manos a la cabeza y le di la espalda. Caminé hasta la ventana y apoyé la frente en ella. Estaba helada. Josué y Eva caminaban lentamente por la calle en dirección al apartamento de él. Algo se dijeron, él la rodeó con un brazo y ella se reclinó contra él. Se me escapó una lágrima al ver desaparecer tras una esquina a mis amigos más queridos en todo el mundo. Me sentía fatal.

Despegué la frente de la ventana y encaré a Dani Carreras, que me observaba con una seriedad poco característica.

—¿Qué? —le dije casi en un susurro, a la defensiva.

Me sonrió con afecto, cosa que me desarmó por completo.

—No te preocupes tanto. Todos la fastidiamos en algún momento. A veces la cosa es más grave, a veces menos... pero no importa. Eva te quiere. Te perdonará.

Se me saltaron más lágrimas.

—Nunca la había visto tan enfadada.

Dani se encogió de hombros.

—Eso da igual.

Me cogió de sorpresa, con la guardia baja, y dejé que viera en mis ojos toda la inseguridad que sentía. Él me devolvió la mirada sin dejarse nada y de alguna



manera conecté con él como no había conectado jamás con nadie. Luego dio un paso hacia mí y me envolvió en sus brazos y yo me dejé llevar por la maravillosa sensación de estar rodeada por un hombre de carne y hueso que olía a perfección y que, de alguna manera, me hacía sentir segura.

Me dio un beso en la mejilla antes de deshacer el abrazo.

—¿Estarás bien?

Yo me recompuse enseguida.

—Sí, claro... tienes razón. No pasará nada.

—No la llares ni nada de eso. Deja que se tome su tiempo.

—¿Seguro?

—Pues claro. Deja que lloriquee sobre el hombro de Josué durante unos días. Seguro que algo bueno sale de toda esta locura.

Sonreí. Había subestimado la intuición de mi amigo.

—¿Qué tal te encuentras? —dije para cambiar de tema y porque me había fijado que apenas se le notaban los arañazos en el rostro.

—Bien. Sigo con los músculos un poco doloridos, pero estoy bastante bien. ¿Tú?

—Bien, supongo. La herida en la pierna es la que más me duele, pero está mucho mejor que ayer.

—¡Me alegro! Yo tengo muchas cosas que hacer este fin de semana y tengo que estar al cien por cien. Ahora me tendría que ir al hotel a descansar... ¿Tú estarás bien? ¿Quieres que me quede? —dijo, medio en broma aunque supe que lo decía en serio.

Le sonreí con timidez, un poco sorprendida por su preocupación.

—Estoy bien.

Dani tenía la mano en el pomo de la puerta y estaba diciendo algo de llamarme al día siguiente cuando recordé preguntarle algo:

—¿Y qué te ha parecido mi amiga?

Dani se volvió a mí y sonrió con amplitud.

—Es hermosa, divertida, inteligente... —me guiñó el ojo con picardía—. Nos



lo pasamos muy bien hasta que le mencioné lo nuestro.

Bufé ante el doble sentido de sus palabras.

—¿Vas a volver a salir con ella?

Me miró indignado.

—¡Jamás le robaría una chica a un amigo!

—Vale. Ahora Josué es tu amigo.

—Exacto. Compartimos tres segundos muy intensos en los que establecimos las bases para nuestra amistad. Tú estabas presente, no sé por qué te lo tengo que repetir.

Puse los ojos en blanco, al saberme (de nuevo) el blanco de sus burlas.

—Hasta luego, Dani.

—Hasta mañana, preciosa.



Domingo «Vamos a jugar»

Todos los domingos voy a la iglesia. Cuando era pequeña iba porque mis padres me llevaban y jamás se me habría pasado por la cabeza no asistir. Creo que no sabía que existía «otra» opción. En mi familia nadie se planteaba ese día ir o no ir... «planteárselo» habría sido tan absurdo como considerar la opción de ir o no a trabajar un lunes por la mañana. Excepto que la comparación no es buena, porque el noventa por ciento de los habitantes de este mundo no irían a trabajar si no fuera porque sus ingresos dependen de ello, y sin embargo, puedo decir sin temor a equivocarme que mis padres iban porque para ellos era un deleite. El postre tras una semana de trabajos y quehaceres. El domingo por la mañana estaba dedicado a expresar a Dios lo que sentíamos por él, y a la vez escuchar y afirmarnos en lo que él siente y ha hecho por nosotros. Así de claro y así de bonito.

Las reuniones comienzan a veces con la lectura de una porción de la Biblia pero sin mucho preámbulo empiezan las canciones. Lo llamamos el «tiempo de alabanza y adoración» y eso es lo que es... le cantamos a Dios, nos cantamos a nosotros mismos, alzamos las manos en señal de nuestro amor o alegría, nos arrodillamos en señal de nuestra entrega, alzamos los puños en señal de guerra... nos afirmamos en quiénes somos y quién es Dios. La música, como digo siempre, comunica y conecta de una manera más directa que las simples palabras. Acaricia nuestros sentimientos y consigue encendernos, entristecernos, motivarnos, exaltarnos... y sé que a Dios también le gusta porque Él la ha inventado.



No todo el mundo lo entiende. Algunos se aburren y deciden llegar tarde para no tener que soportar la larga hora (al fin y al cabo, dicen, lo importante es escuchar la predicación —que por cierto, es menospreciada por otros). Algunos piensan que se hace demasiado ruido y que demasiados instrumentos mancillan la sencillez de la tarea (¡no hace falta tanta parafernalia para decirle a Dios lo que pensamos!). Otros piensan que las canciones son demasiado sentimentales y que se debería tener más cuidado con lo que se canta. Y también hay un gran número de gente que se irrita ante el pomposo vocabulario bíblico-evangélico que nadie fuera de la cultura «evangelicorra» puede siquiera empezar a comprender.

Los humanos siempre tenemos opiniones para todo.

Yo, como podréis imaginar, siempre la he disfrutado. Podían ser himnos centenarios, gospel afroamericano, o las más modernas canciones pop-rockeras. De pequeña siempre estaba cantándolas a pleno pulmón en primera fila. Por lo que me cuentan, era un espectáculo la mar de «bonito», yo con mis cuatro o cinco añitos y mis siempre presentes trenzas, cantando alabanzas. Luego, con siete años ya me sentaba junto a mis padres, hacia el centro de las filas...

Cuando alcancé la adolescencia dejé de cantar. La escuela dominical dejó de ser tan divertida y las profesoras insistían en que calláramos, atendiéramos y nos aprendiéramos las historias bíblicas, los libros del antiguo testamento, los del nuevo testamento, la historia de la Iglesia a través de los siglos...

Los niños evangélicos saben mucho de la Biblia.

Algo cambió cuando tuve dieciocho años. Volví a cantar con entusiasmo y asistía a las reuniones de los domingos con alegría. No puedo fijar una fecha exacta, ni puedo dar testimonio de un momento de revelación divina o mística donde de repente vi la luz... lo que ocurrió fue que yo sabía que Dios estaba conmigo y por lo tanto le tenía en cuenta. Estaba conectada con mi Creador y me resultaba impensable ignorarle... le amaba. Me bauticé ese año. El agua del río Arlanzón estaba helada.



Ese domingo después del fatídico *sábado-en-que-mi-amiga-me-repudió* me levanté extrañamente descansada y serena. Me hice un café bien cargado y comí una tostada más de lo normal y como me sentía tan fuerte, saqué el exprimidor de la estantería más alta (y olvidada) y me hice un delicioso zumo de naranja. Nunca me hago zumos naturales porque por las mañanas jamás encuentro la energía necesaria y por las tardes se me olvida. Disfruté mucho del sabor ácido de éste.

Me senté frente a la mesa de la cocina con la biblia en la mano y decidí rendirme ante la evidencia de que era incapaz de terminarme el libro de Jeremías. Llevaba más de un año agonizando con él, y no tenía ningún sentido. O se disfruta leyendo o mejor no se lee.

Para contrarrestar mi decisión, leí Efesios de un tirón.

Eran las once y me estaba preparando para ir a la iglesia cuando sonó el teléfono. Supuse que era Eva, dispuesta a hacer las paces.

—¿Hola? —dije.

—No soy Eva —dijo Dani a modo de saludo. (¡Engreído sabelotodo!)

—Pues vale. ¿Qué quieres?

—Necesito que vengas esta mañana al hotel.

Y yo que había pensado que se olvidaría de mí, y adiós muy buenas.

—¿Para?

—¡No puedo explicártelo aquí por teléfono!

Puse los ojos en blanco.

—No puedo. Tengo que ir a la reunión. Es domingo, ¿recuerdas?

—Sé muy bien en qué día vivo, muchas gracias. Aun así, necesito que vengas conmigo. Es urgente.

—Yo tengo prioridades, Dani —aproveché a acusarle con mi tono de voz—. Y podrías venir conmigo. ¿Hace cuánto que no vas a la iglesia?

—Créeme, Carlita, no quieres que te acompañe. La prensa os comería vivos... sacarían las fotos más extrañas y las conclusiones más desfavorables. ¡Por no decir que se tirarían todo el rato sacándome fotos!

Le interrumpí.



—Podrías ir de incógnito.

—Carla. Podría funcionar. Podría fallar. ¿Te arriesgarías?

Tardé un segundo en contestar.

—No. Vale.

—¿Y de verdad quieres ir precisamente *hoy* a la iglesia? ¿Enfrentarte a Eva?
¿Por qué no lo dejas estar?

—¡Pero para qué quieres que vaya al hotel!

—No puedo decírtelo por teléfono —me dijo con tono misterioso.

De acuerdo. Estaba claro que tenía que ver con «El Caso». No tenía más remedio que acudir.

—¿Cuándo quieres que vaya?

—Necesito que vengas ya mismo. Estaré en el restaurante desayunando.
¡Date prisa!

Y colgó.

Puesto que ya me había vestido y arreglado para ir a la reunión, no tardé más de cinco minutos en salir del piso y diez minutos después (cuando quiero, camino rápido) estaba frente a la grandiosa fachada del hotel. Me dio un escalofrío ver el edificio de nuevo. Me dije que debía mantener los ojos abiertos ante cualquier situación-persona sospechosa. Estaba entrando en terreno enemigo, cruzando la línea roja. La Guardia Civil nos había dicho que la banda contaba con un contacto en el hotel...

Esta vez me encaminé directamente a la recepción y en cuanto conseguí hacerme notar, le pedí al remilgado recepcionista que me indicara dónde estaba el restaurante.

—¿Tiene reserva la señorita?

Supuse que la señorita era yo.

—He quedado con un cliente del hotel... —me acerqué a él para poder decir lo siguiente en voz baja—, con Dani Carreras.

El recepcionista entrecerró los ojos y me observó desde los pies hasta la cabeza, aunque en sentido inverso. El muy presuntuoso.



—Debo verificarlo —dijo sin más. La amabilidad al más puro estilo burgalés.

Le observé mientras se dedicaba a verificar mi invitación. Cogió el teléfono y dándome la espalda, cuchicheó con alguien. Giró la cabeza más o menos en mi dirección.

—¿La señorita se llama?

Tardé un segundo en comprender que me había preguntado mi nombre.

—Carla.

Volvió a darme la espalda y tras unos segundos se enfrentó a mí con una sonrisa falsa empastada sobre su agrio rostro.

—En breve vendrá alguien para acompañarla.

—Qué amable.

Un muchacho de unos veinte años, muy uniformado, se me acercó y me indicó que le siguiera. Eso hice. Me condujo por un breve pasillo hasta dar con un comedor que estaba decorado de manera exquisita (floripondios, lámparas de cristal y cosas de esas). Atravesamos la gran sala hasta llegar prácticamente al final, donde, detrás de unas plantas exuberantes, se escondía Dani Carreras, comiendo un desayuno digno de reyes.

Se alegró mucho cuando me vio llegar.

—¡Carla! ¡Perfecto! ¡Temí que llegaras demasiado tarde! ¡Siéntate aquí a mi lado!

Yo le miré con extrañeza pero me dejé guiar.

—¿Café con leche? —me preguntó.

Yo ya había desayunado, pero si me estaba ofreciendo desayunar con él, la respuesta era «sí, por supuesto». Olía demasiado bien.

—Sí.

—¿Te echo un vasito de zumo natural de pomelo? Está buenísimo...

Y yo que pensaba que desayunar zumo de naranja era lo más.

—Pues vale...

—¿Croissants? ¿Rollitos de Canela?

—¿Tienes rollitos de Canela?!



— ¡Sí! ¡Recién hechos, además!

— ¿Pero cómo? Aquí en España no hay rollitos de canela, por lo menos no de éstos...

— Querida, si tienes dinero, hay lo que quieras.

Me le quedé mirando embobada. Me había deslumbrado.

Dani me devolvió la mirada con una de sus más cálidas e inocentes sonrisas. Algo tramaba.

— ¿Para esto me has traído? ¿Para desayunar?

— ¿Te molestaría que así fuera?

— ¿Estás de broma? ¡Rollitos de canela! — me eché a reír mientras hincaba mi tenedor en la suave y esponjosa materia.

Dani me dejó comer tranquila unos escasos minutos antes de ir al grano.

— Necesito que me sigas el juego, ¿de acuerdo?

Le miré con severidad.

— ¿Qué juego?

— El que vamos a jugar tú y yo, *querida*.

Estaba usando un tono sensual muy estudiado y efectivo que seguramente le solía funcionar con descerebradas chiquitas impresionables, pero no conmigo.

— Yo no juego contigo, *cariño*.

— No me hagas suplicar, Carla. Te necesito.

Vale, quizás sí funcionaba conmigo. ¡Qué mirada tan poderosa! El tío era muy bueno en lo que hacía.

— ¿Qué necesitas?

— ¿Te acuerdas de Selena?

— ¡¿Cómo iba a olvidar a la maravillosa Selena?! ¡La hermosa y cautivadora Selena! ¡La dueña de tu corazón!

Me fulminó con la mirada.

— Necesito darle celos.

Me quedé estupefacta.



—¿Y piensas dárselos conmigo?

Dijo que sí moviendo la cabeza con mucha lentitud, analizando mi reacción con sus ojos morenos.

Me quedé sin habla. ¿Cómo iba a sentir celos por mí una mujer como Selena? ¿En qué estaba pensando Dani?

Entonces, como es comprensible, sentí una punzada de algo que podría definirse como vanidad. Dani debía de considerarme *algo* atractiva si pensaba que yo podía darle celos a *esa* mujer. El sentimiento se me subió a la cabeza de manera vertiginosa, rápida, sin avisar. Me sentí poderosa, vencedora, agresiva, sublime... pero sólo por un instante. Tres segundos, como máximo. Tan pronto como subió, bajó. No tardé en sentir aprehensión, pues nada bueno podía salir de una mentira, así que pronuncié las siguientes palabras con aire de suficiencia:

—Yo no miento.

—Habló la santurrona —me dijo con desprecio y un tinte de desafío.

Le miré con rencor.

—No soy una santurrona, pero para que lo sepas, nada bueno sale de una mentira.

Entrecerró los ojos.

—Mojigata.

Y ahora me insultaba.

—Dani Carreras. Escúchame atentamente. Jamás conseguirás que entre en ese jueguito contigo. Mi respuesta es no, y espero que la respetes.

Me congratulé por haberme expresado con claridad.

Y entonces, Dani se encendió. Tengo que reconocer que llevaba varios días sin dar muestras de ese temperamento inmaduro que tanto había visto en las montañas, pero en ese momento volvía a ser el de siempre. Su rostro se contorsionó en una mueca de furia, lanzó el tenedor que sostenía en la mano sobre la mesa causando varios estragos, y con un gran aspaviento abrió la boca para decir algo.

Se atragantó.

Me reí. Un poquito. En su cara. El muy presumido de verdad había creído



que le seguiría el juego. ¿Quién se creía que era? Dani entrecerró los ojos sin dar crédito a mi reacción. ¡Me había reído de él!

Al instante lo lamenté.

—¡Tú...! —comenzó a decir señalándome con el dedo—. ¡Tú...!

Abrí los ojos hipnotizada por los suyos. Nunca le había visto tan furioso. ¿Qué me haría?

Silencio.

Qué ojos.

Me acordé de una historia que alguien me contó acerca de los lobos. El abuelo de una amiga mía era de un pequeño pueblo en los Picos de Europa. La gente del lugar afirmaba con vehemencia que si conectabas tu mirada con la de un lobo, no tenías escapatoria. Los ojos del lobo se clavaban en los tuyos y te provocaban una especie de hipnosis de la que eras incapaz de salir. Te quedabas a su merced, indefenso, atado al lobo por una conexión tan fuerte como invisible.

Y el lobo te devoraba.

Dani era un lobo. Me pregunté cuánto tiempo tardaría en devorarme, y si me dolería mucho.

¡Pero entonces cambió de táctica! Toda su ira apenas contenida se esfumó al instante y en su lugar quedó una lenta sonrisa calculadora que no iluminó sus ojos pero que sí le dio un aire muy peligroso.

Se acercó a mí. Mucho. Tanto, que su calor me sofocó.

—Tú no sabes lo que quieres—, me susurró.

¡Lo sabía! ¡Era un lobo!

Olfateó mi cuello. Lentamente. El calor y la humedad de su aliento me causaron escalofríos que (he de reconocer) eran muy placenteros, y mi cuerpo reaccionó de una manera novedosa (y no voy a dar explicaciones). Empezó a acariciarme el cuello con sus labios. Un roce ligero, casi inexistente. Una caricia lene. Un contacto tan ligero que era apenas perceptible, pero que era, a la vez, lo



más fuerte y poderoso que yo había experimentado jamás.

Y entonces atrapó mi lóbulo con sus dientes y tiró de él. Lentamente.

¡Santo Cielo! ¿Qué puedo decir? Resultó muy agradable.

—Dani, cariño, ¿se puede saber qué estás haciendo? —dijo una mujer con tono impaciente mientras se sentaba a la mesa y hacía señas al camarero para que se acercara. Yo intenté escabullirme a empujones, pero Dani se me resistió, separándose de mí con una parsimonia deliberada. El camarero llegó antes de que yo pudiera recomponerme (y no fue fácil), y ella, como si fuera la dueña de la mesa que acababa de invadir, pidió un café con leche y otra jarrita de zumo de pomelo.

Me quedé mirando a la magnífica Selena con cara de boba mientras Dani, muy satisfecho consigo mismo, terminó de acercar su silla a la mía para poder rodearme los hombros con su brazo con mayor comodidad.

—Buenos días, Selena. Ya conoces a Carla, así que no tengo que presentaros.

Selena ni me miró.

—Dani, no soy quién para decirte que tengas cuidado con lo que haces, pero no me parece que sea un buen momento en tu carrera para andar haciendo el tonto con una niña que no sabe lo que hace.

¡Y otra vez me insultaba!

Dani esbozó una sonrisa glacial:

—Selena, por una vez has dado en el clavo: no eres quién para decirme nada.

—De acuerdo—, capituló con elegancia mientras se echaba una gotita de sacarina en el café—. ¿Piensas traerla a la fiesta? ¿Crees que será bueno para tu imagen? ¿Sabrá comportarse?

Esa mujer era puro veneno.

—Dani —dije con rabia, pero sin mirar a Selena—, esa mujer nos ha vuelto a interrumpir. ¡Me molesta!

Dani me dedicó una de sus más tiernas sonrisas mientras un brillo triunfal relucía en sus ojos. Supe que había conseguido lo que quería, y me imaginé que lo había planeado todo, absolutamente todo, pero... ¡esa mujer quería guerra y la iba



a tener! Y si por un casual Dani tenía que recurrir a tácticas como las anteriormente descritas y yo me veía accidentalmente receptora de su cándida (aunque falsa) demostración de afecto, pues... lo soportaría con estoicismo, y todos tan contentos.

—No te preocupes, Carla, ya se va.

Selena rió con sorna.

—Primero me terminaré el café, gracias.

Y eso hizo, lentamente, mientras nos estudiaba.

Los tres permanecemos en silencio. Yo, con aire retador. Dani, victorioso y disfrutando cada instante. Selena con tranquilidad, elegancia y cierto aire calculador.

Fue ella la que rompió el silencio.

—Esta noche es importante.

—Lo sé —respondió Dani.

—¿Qué ocurre esta noche? —pregunté.

Selena fingió sorprenderse por mi ignorancia. Dani me lo explicó:

—Vinimos a Burgos para un encuentro entre cineastas hispanohablantes. Casi todos se dedican al cine independiente, y entre los asistentes hay tres o cuatro que son una mina de oro. Me encantaría trabajar para ellos.

—No entiendo por qué se hace en Burgos.

—Ni tú ni nadie, querida —dijo Selena entre dientes.

Dani soltó una carcajada suave. Selena lo miró con irritación y continuó hablando:

—Es por hacer un énfasis en lo de «independiente». Buscaron un lugar pequeño sin conexiones con el mundo del cine —esto último lo dijo con desprecio.

—Ah... —dije.

Dani me miró con una sonrisa satisfecha.

—Vendrás.

Yo lo miré con ansiedad. No creía que fuera una buena idea.

Dani continuó sonriéndome. Con confianza. Con seguridad.



Selena se impacientó. No le gustaba ser ignorada.

—Me voy. Nos vemos esta noche. Dani, a pesar de lo que piensas, me preocupo por ti.

Dani hizo una mueca de fastidio.

—Hasta luego, Selena.

Pero la observó con fascinación y reverencia mientras ella atravesaba el gran comedor haciendo sonar sus tacones y moviendo las caderas como si estuviese en un pase de modelos, y supe que ella sabía que él la estaba mirando. Y luego observé a Dani y había algo en sus ojos... Él también sabía que ella sabía que él la estaba mirando.

¿A qué jugaban?

Fruncí el ceño.

—Dani, no me parece que ella sea buena para ti —dije con suavidad.

Se tensó.

—No me importa lo que pienses —gruñó con verdadero desprecio.

Me dolió. Para disimular, me serví lo que quedaba del zumo de pomelo y agarré el último de los rollitos de canela. No tenía hambre.

—¿Vendrás?

Yo seguía dolida por su desprecio y ofendida porque ni siquiera intentara disculparse, pero no pude negarme. Ni siquiera lo haría por hacerle guerra a Selena, sino porque intuía que Dani me necesitaba, y eso, más que ninguna otra cosa, me ataba a él.

—De acuerdo, iré, pero háblame más de la fiesta. ¿Por eso viniste a Burgos?

—Sí, aunque vine una semana antes para aprovecharme de la expectación que eso crearía en una ciudad como Burgos. Tenía entrevistas concertadas, salidas programadas, etc. Lo de la cita con tu amiga fue un *plus* con que no contábamos, pero solamente eso creó más publicidad que todo lo demás junto. Todo eso se fue al carajo gracias a nuestra aventura, pero por lo menos he conseguido llegar a la fiesta. Es cierto lo que dice Selena. Es importante. Quiero hablar con varias personas para conseguir un papel. En realidad, voy detrás de dos papeles protagonistas, pero no creo que consiga ambos —se quedó pensativo—. Quizás no consiga ninguno.



Meneé la cabeza.

—Dani, esa no es forma de afrontar nada. Debes caminar con confianza, creer en tu éxito antes de tenerlo. ¡Nada de inseguridades! ¡Todo es posible para el que cree! ¡Empieza a dar gracias por lo que tienes aunque todavía no veas nada!

Me miró con sorpresa.

—¿Y si Dios no quiere que cumpla mis sueños?

Algo se apoderó de mí. Le contesté con vehemencia:

—¡Dios es el creador de los sueños! ¡Él jamás los aplasta ni destroza! ¡Él sueña con nosotros!

Dani se quedó pensativo durante un instante. Luego me cogió la mano y me dio un apretón.

—Vamos —dijo mientras se levantaba. Hay mucho que preparar.

—¿Qué? —dije, mientras luchaba con la silla.

—Necesitas un vestido y un peluquero.

Me reí.

—¿De verdad? ¿Me vas a hacer un *makeover*?

Y como quien no quiere la cosa, dijo algo maravilloso:

—Tú no necesitas ningún *makeover*...

Abrí los ojos con sorpresa mientras le devolvía (con timidez) la sonrisa. Me acababa de hacer un gran cumplido.

—Pero es domingo. No sé dónde vamos a conseguir un vestido —dije por decir algo.

Me miró con guasa.

—Carlita, todo es posible para el que cree.

Y así fue cómo, para las diez de la noche, me convertí en princesa.

Un estilista exageradamente entusiasmado fue el encargado de la transformación. Aunque sus maneras rozaban la histeria, no le guardo rencor



porque hizo un trabajo excepcional. Me recogió el pelo en un moño clásico que me daba un aire muy elegante, tipo Audrey Hepburn en *Desayuno con diamantes*, y también se encargó de maquillarme. Cuando me miré al espejo no me lo podía creer... estaba fabulosa. Me trajeron un vestido plateado que hacía juego con mis ojos: era corto y ajustado (aunque no apretado), con escote «barco» y mangas cortas. Muy favorecedor, debo decir. Era elegante pero simple, sin odiosos lazos ni fru-frus. Tenía la cintura bien definida y las piernas envueltas en medias de satén... perfecto. Los zapatos negros tenían un tacón de seis centímetros, y cuando los vi me negué rotundamente (jamás había llevado tacones), pero los zapatos caros deben de contener algo de magia, porque resultaron ser cómodos, y tras pasearme con ellos un par de veces por la habitación del hotel, decidimos hacernos amigos.

No llevaba ningún tipo de joyas y, sinceramente, no las necesitaba.

Dani vestía un clásico traje negro, camisa blanca y corbata negra. Ya me diréis qué tenía eso de espectacular. A Diego, sin embargo, le gustaba vestir de manera más llamativa: camisa morada, corbata blanca, pantalón negro y chaqueta plateada, y para terminar, pelo engominado como un puercoespín. Dani no dejaba de meterse con él, diciendo que parecía un payaso. Diego se encogió de hombros diciendo que qué más daba, si a él nadie le había invitado a la fiesta. Me gustó ver lo bien que se llevaban. No sabía si esa era la típica relación entre un mánager y su cliente.

Diego nos acompañó hasta el final del pasillo. Él y Dani habían estado repasando objetivos y estrategias, olvidándose de mí por unos minutos. Cuando se despidió de nosotros, me dedicó una mirada preocupada.

—¿Preparada? —me preguntó con amabilidad.

Yo asentí con la cabeza.

Pero nadie me había preparado para lo que ocurrió a continuación.

Cuando nos metimos al ascensor para bajar al salón donde se celebraría la «cena», yo estaba nerviosa. Iba a conocer a mucha gente famosa y elegante, y quería estar a la altura. ¿Podría mantener conversaciones inteligentes con ellos? ¿Importaría eso? ¿Las mujeres que asistirían me dejarían en ridículo? ¿Los directores me echarían el ojo e insistirían en que protagonizara su próxima película? ¿Cambiaría mi vida para siempre?... me dejé llevar por las más



improbables especulaciones, pero lo que jamás se me había ocurrido era que el mayor de los peligros lo representaban ciudadanos anónimos como yo. Los taimados periodistas.

Salimos del ascensor con tranquilidad, pero en cuanto llegamos al recibidor, se produjo una explosión de flashes, gritos, preguntas y exigencias.

- ¡Dani, colócate ahí!
- ¿Qué llevas puesto?
- ¡Dani! ¡Dani Carreras!
- ¡Una sonrisa, Dani!
- ¿Qué piensas conseguir esta noche, Dani?
- ¿Quién te acompaña?
- ¡Dani!
- ¿Quién es esa chica?
- ¡Quieto! ¡Una sonrisa!
- ¡A la derecha! ¡Mira a la derecha!
- ¡Que suelte a la chica!
- ¡Que se ponga la chica con él!
- ¿Es tu novia?
- ¡Dani Carreras, mira hacia aquí, por favor!
- ¿Qué planes tienes para el futuro?
- ¡Dani carreras, mírame!
- ¿Te darán la película?

Todas las preguntas se hicieron a la vez. Aunque lo más exacto sería escribir una pregunta encima de la otra, no sé cómo se hace eso con el procesador de textos, y además nadie entendería nada.

Para cuando llegamos al salón yo estaba aturdida, asustada y enfadada. ¡No tenía ni idea de que nos iban a fotografiar! ¡Muchos periodistas me habían preguntado mi nombre y el nombre del diseñador de mi vestido! ¡No respondí a ninguna pregunta porque no me acordaba de lo primero y desconocía lo segundo! ¡Me preocupaba enormemente hacer el ridículo! ¿Saldría con cara de boba en las



portadas de las revistas del cotilleo? ¿Me relacionarían con la «perdedora» que había salido la semana anterior con el pelo desmarañado y luciendo un ridículo pijama naranja y verde?

—Dani, ¿cómo no me has avisado? —conseguí pronunciar, una vez dentro.

—No seas ingenua, Carla —me contestó—. ¿Qué te esperabas?

Abrí los ojos con rabia y frustración.

—¿Cómo que ingenua?

Pero él me agarró del brazo con una sonrisa falsa y me dijo:

—Sonríe, Carla. El mundo te observa.

Un camarero inmaculadamente ataviado se nos presentó y nos dirigió a una mesa redonda preparada para ocho comensales. La mesa estaba abarrotada de platos, cubiertos y copas como para cuarenta personas y aun así habían conseguido insertar un exuberante centro de flores rojas.

Había gente conversando y riendo por todos los rincones, algunos ya sentados y muchos otros todavía de pie. Al fondo de la sala había un escenario engalanado con telas rojas, flores y luces, enmarcando una gran pantalla que nos daba la bienvenida al evento con imágenes de películas y series de televisión.

Fue entonces cuando empecé a fijarme en los asistentes. ¡Al instante reconocí a varios actores y actrices! ¡Ahí estaba la chica que protagonizaba la serie que tanto le gustaba a Josué! ¡Ahí estaba el veterano Sergio Ventura! ¡Samantha González! ¡Vivianna LaMonte! ¡El mítico director de cine Alfredo Domínguez! También reconocí a muchas celebridades del cine francés, inglés, y un montón de caras que me resultaban familiares pero que no sabía asociar con un nombre. Había una minoría de asiáticos y africanos. Me asombró que tanta gente hubiera venido a la pequeña ciudad de Burgos.

—Carla, cierra la boca. Te van a entrar moscas.

Le miré sin entender lo que me decía. ¿Cómo iba a haber moscas en este lugar mágico, en pleno noviembre?

Dani puso los ojos en blanco.

Selena no tardó en aparecer y tuve que reconocer que la mujer sabía prepararse para la batalla. Era Afrodita, la diosa de la belleza, del amor, de la



lujuria y de la reproducción. Era una sirena (como siempre decía Dani), peligrosa, cuyo canto embrujador llevaba a los marineros a la perdición. Me acordé de Homero y de su seria advertencia en La Odisea. Las sirenas eran peligrosas. Embrujaban a todos los que se les acercaban, necios mortales que no se daban cuenta de que las aguas estaban llenas de huesos blanqueados y de carne corrompida...

Y entonces volví en sí.

Gracias, Selena, por rescatarme. Fue verte con ese traje dorado que se aferraba (¡apenas!) a tu cuerpo voluptuoso, ver tanta piel morena y reluciente (¿llevabas purpurina?), tu pelo largo, ondulado y juguetón, observar tu manera cautivadora de caminar, escuchar tu risa aterciopelada y admirar el brillo victorioso de tu mirada lo que hizo que yo volviera en sí.

Cuando vi cómo reaccionaba todo macho en la sala, cuando comprobé que sin duda eclipsabas en elegancia y belleza a todas las damas presentes, cuando volví la cabeza para mirar a Dani y le pillé conteniendo el aliento y apretando los puños... en ese momento recordé que yo era una mujer con una misión. Dani se había convertido en mi amigo y yo no dejaría que tú, Selena, le conquistaras para luego dejar cadáver en un pozo sin fondo.

Gracias a Dios no tuvimos que sentarnos en la misma mesa que ella. La vi haciendo pucheros mientras hablaba con su novio Pau y señalaba sin mucho disimulo a nuestra mesa. Nuestras miradas entonces se encontraron y esta vez no me ignoró. Me miró de abajo a arriba con escepticismo (¡la muy bruja!) y luego esbozó una fría sonrisa. Yo la miré con altivez, para que pillara el mensaje: ahora tendría que vérselas conmigo.

Mensaje captado.

La velada (resumiendo de manera un poco tosca) consistía en cenar mientras echaban promos o trailers de películas independientes de un montón de países (aunque sobre todo de España y Latinoamérica). Entre tráiler y tráiler, alguien (el director, el productor o algún actor o actriz) salía al escenario para presentar el trabajo, hacer algún comentario gracioso, narrar una anécdota interesante o dar las gracias a las personas pertinentes. Era una manera de reconocer el trabajo de muchas personas que (supongo) eran bastante ignoradas, por lo general. Para ser sincera, mucho de lo que vi me pareció un bodrio, pero también echaron unos



cuantos trailers que me resultaron muy interesantes y divertidos.

Como Diego no había sido invitado, yo solamente tenía a Dani, que por cierto estaba irreconocible. Mi nuevo amigo estaba exultante, por llamarlo de alguna manera. Un brillo triunfal se había adherido a su mirada en el instante en que comprobó que uno de los directores que tanto admiraba se iba a sentar a su lado, y desde ese momento se transformó en conquistador. Todo lo que desprendía era seguridad, aplomo y desparpajo: hablaba con unos, bromeaba con otros y flirteaba con todas, daba igual si eran jóvenes o ancianas. Sabía en todo momento qué decir y qué responder, cuándo bromear, cuándo hablar en serio y cuándo callar. En cierta manera había monopolizado nuestra mesa. Era, indiscutiblemente, el centro de todas las conversaciones. ¡Pero lo más increíble era que incluso sabía ser el acompañante ideal! No me dejó de lado en ningún momento, incluyéndome en todas sus conversaciones, presentándose (como su amiga) a todas las personas con las que hablaba, y asegurándose de que no me sintiera incómoda ni aburrida.

Qué puedo decir. Aunque el principio me lo podría haber ahorrado, me lo estaba pasando fenomenal. Todo estaba resultando ser muchísimo mejor de lo que había esperado.

Al final de la cena tuve una sensación extraña, como si alguien me estuviera observando. En seguida pensé en Selena, y me giré hasta poder verla sentada en su mesa, pero la sirena estaba dirigiendo su magia sobre otro pobre mortal, un actor de poca monta que la miraba embelesado mientras ella reía con esa voz aterciopelada suya, su cuerpo en una calculada pose seductora (incluida, cómo no, una copa de champán en la mano, como quien no quiere la cosa).

Fruncí el ceño. No podía quitarme esa sensación del cuerpo. Fue cuando volví a sentarme recta en mi asiento cuando me topé con la mirada de un camarero. Él enseguida desvió los ojos, pero yo ya le había visto la expresión: me estaba vigilando.

Espeluznante.

Me volví a Dani para comentarle lo ocurrido, pero ahora sí que estaba enfrascado en una conversación con el director que tanto admiraba y no me hizo ni caso.

Eso ya me parecía más normal.



Decidí ser yo quien vigilara al camarero así que le busqué con la mirada. ¡No estaba! Supuse que podría haberse metido en la cocina para coger alguna cosa, así que esperé. Después de diez minutos de intensa vigilancia me convencí de que el camarero había desaparecido.

—¡Dani! —susurré con urgencia.

—Dime, Carla —me dijo con un tono abstraído. A saber en qué estaba pensando.

—¡Uno de los camareros me estaba vigilando, pero cuando le pillé, desapareció! —en cuanto lo dije, me di cuenta de que sonaba muy, muy ridículo.

Dani opinó lo mismo. Levantó una ceja, como diciendo: ¿y bien?

Era ridículo, pero importante, lo presentía.

—Dani, seguramente tenga que ver con nuestro caso.

Dani me dedicó una sonrisa paternalista.

—Carla, deja que los policías sean los que investiguen, ¿quieres? De todas formas tienes demasiada imaginación.

—¡El camarero me estaba vigilando!

—El camarero te estaría mirando, que es diferente —me dijo con humor.

—Vigilando.

—Mirando... ¿y sabes por qué?

—A ver. Por qué.

—Porque estás preciosa.

Entorné los ojos. Dani intentaba distraerme de nuevo.

—No seas tonto, Dani. Tú y yo sabemos que la sala está llena de modelos y actrices... de mujeres perfectas. Si un camarero quisiera «mirar», las miraría a ellas.

Reconozco que lancé ese comentario para ver si por casualidad continuaba con los elogios que tanto me estaban gustando, pero Dani no me siguió el juego. Se encogió de hombros y dijo:

—Lo que tú digas.

Vale, gracias.



Salió una persona anunciando el final de las presentaciones y el comienzo del baile. Como por arte de magia aparecieron los músicos, ataviados con trajes de rojo adornados con lentejuelas fulgurantes, todos a juego, cada uno detrás de su instrumento: un bajo, un piano, una batería, dos trompetas y un saxofón. Una mujer delgada y morena de unos cuarenta años agarró el micro y empezó a entonar con una voz grave y delicada el principio de una de mis canciones favoritas del jazz de los años cuarenta: «*You won't be satisfied until you break my heart*».

Sentí una descarga de placer y alegría. ¿No iban a tocar pachanga y verbena? ¡La velada no podía ir mejor! Al instante olvidé al camarero que me había estado vigilando y mis firmes intenciones de investigarle hasta descubrir toda la verdad del misterio que nos rodeaba, y me sumergí en mi mundo de fantasía musical. Cerré los ojos y me dejé llevar. Desde luego, aunque a mí me gustaba, no sé en qué estaban pensando al elegir esta canción: *No te quedarás satisfecho hasta que rompas mi corazón. No te quedarás satisfecho hasta que empiecen las lágrimas... Es una vergüenza la manera en que maltratas mi corazón, seguro que no te gustaría que yo hiciera lo mismo. Sólo estás contento cuando destrozas todos mis sueños... Hasta que me haces daño y sabes que he llorado... hasta entonces no te quedas satisfecho.*

Puro drama, como a mí me gusta.

Abrí los ojos para descubrir que Dani Carreras me observaba con una media sonrisa.

—¿Te gusta, eh?

—¡Ya lo creo que me gusta!

Y entonces Dani torció la cabeza hasta que sus ojos encontraron a Selena, que había salido al centro de la sala y estaba bailando con un actor mejicano muy famoso. El actor le estaba susurrando algo al oído y ella echó la cabeza hacia atrás mientras reía seductoramente. Pau estaba sentado en la mesa solo, contemplándola con indiferencia.

Dani sacudió la cabeza.

—La muy zorra...

Me hice la sorprendida.

—¡Ese vocabulario, señor!

—La muy zorra...



Dani necesitaba ser rescatado.

— *She won't be satisfied until she breaks your...* —canturreé, a modo de aviso.

Dani me interrumpió.

— ¡Vamos a bailar!

Me agarró de la mano sin darme la oportunidad de protestar. Antes de saber qué ocurría yo ya estaba en la pista de baile, apretada de manera íntima contra el cuerpo fuerte (sí, ya sé que anteriormente había dicho que no era para tanto, pero de cerca las cosas se ven de otra manera) de Dani Carreras.

— Lo que toda mujer quiere, que la saquen a bailar por despecho — murmuré, intentando zafarme de sus garras.

Dani no me lo permitió.

— Sígueme el juego, nena.

— Esa frase ya la has usado antes.

— Carla...

¡Ay! ¿Qué puedo decir? Tengo un corazón tierno y no pude menos que sentirme conmovida por su tono de voz y por esos ojos que suplicaban mi ayuda.

— Vale. ¿Qué quieres hacer?

— Coloca tus brazos alrededor de mi cuello.

— Pero... — protesté mientras él me rodeaba la cintura con sus dos manos y me apretaba más hacia su cuerpo.

— Dani, estamos muy juntos.

— Carla, estás tiesa como un palo. ¿Quieres hacer el favor de relajarte, por favor? ¡Así nadie se va a creer nada!

— ¿Que me relaje? ¡Cómo me voy a relajar contra tu... tu...!

— ¡No seas mojigata! — me dijo enfadado, mientras miraba embobado (y no estoy exagerando, el hombre estaba idiotizado, como en un trance) a Selena.

¡Eso sí que no!

— ¡Dani Carreras! ¡Escúchame ahora mismo! ¡Me niego a hacer el ridículo para ti! ¡Si quieres que aparentemos *algo*, de acuerdo! ¡Pero debes prometerme en este mismo instante que dejarás de echarle miraditas de amor desesperado a tu



querida Selena! ¡A partir de ahora la vas a ignorar y tendrás ojos sólo para mí!

Dani rompió el contacto visual con Selena y respiró hondo. Cuando me miró me dedicó una de sus sonrisas más atractivas.

—De acuerdo, preciosa. Tienes razón. Ahora relájate.

Yo seguía un poco indignada, pero conseguí relajarme contra su cuerpo (¡más fácil decir que hacer!). A estas alturas ya estaban cantando otra canción, esta con una letra un poco más alegre (¡!). Algo acerca de quererse y echarse de menos.

—Dime una cosa, Carlita.

—No me llames Carlita.

—¿Habías bailado así de cerca con un hombre alguna vez en tu vida?

—¿En mi larga y aburrida vida? Pues no... es mi primera vez.

Dani se rió con una carcajada sonora.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Tú. Cuando frunces el ceño estás muy graciosa.

Pues vale, si eso le hacía gracia...

—¿Me estoy portando bien? —me preguntó.

—¿Tú? ¡Qué pregunta! A saber cuándo fue la última vez que te portaste bien... —murmuré.

—Estoy haciendo lo que me dijiste. Ahora sólo tengo ojos para ti.

—Es lo mínimo que podías hacer, ¿no crees?

—Estoy de acuerdo. Es lo mínimo. Podría hacer mucho, mucho más.

Olí el peligro demasiado tarde. El lobo había vuelto y me iba a atacar. Dani dejó de moverse y me aplastó (sí, aún más) contra su cuerpo. Colocó una de sus manos en mi nuca y me atrajo hacia su boca.

Y me besó.

Me he dado cuenta de que es muy difícil definir un beso, porque demasiadas cosas ocurren al mismo tiempo. Quizás debería empezar por la punzada de dolor que sentí en el estómago. Me ardía. Me quemaba. Y supongo que llamarlo dolor no es del todo exacto, porque no tenía nada de desagradable, pero ahí estaba: una



emoción que dolía y también alegraba. El olfato también se agudiza (pero no de manera desagradable como cuando coincides con alguien en el ascensor). Dani olía a calidez, a fuerza, a masculinidad y a aventura. Un beso es, sobretodo, tacto. Sentí con abrumadora claridad la inesperada suavidad de sus labios, la humedad de su boca. Sentí su calor, su fuerza, su insistencia, su peligro contenido. Sentí esa energía caliente que amenazaba con aplastarme. Dani no tardó ni tres segundos (eternos) en lamerme la comisura de los labios, tanteándome, y cuando abrí la boca para protestar (¿o para pedir más?) me regaló su lengua.

Cuando terminamos el beso (y ni siquiera voy a fingir que yo no terminé siendo, tras los tres segundos de sorpresa inicial, una participante entusiasta) enlazamos la mirada y volví a sentir ese dolor que mencioné antes, sólo que para ser sinceros, este dolor no me trajo tanta alegría.

Abrí la boca para hablar, pero Dani me lo impidió.

—No digas nada.

Y no dije nada, porque, ¿qué podía decir? Había sido maravilloso, pero falso. Un beso como el que nos habíamos dado solamente deberían compartirlo dos enamorados. Creo que lo habíamos robado.

Bailamos otra canción más, en silencio.

Me excusé para ir al baño y Dani aprovechó para ir a hablar con otro de sus codiciados cineastas. Mientras caminaba el largo recorrido, sorteando mesas, sillas descolocadas e infinidad de personas en diferentes niveles de embriaguez, me obligué a centrarme en los hechos y a deshacerme de toda la fantasía que amenazaba con hacerme perder la cabeza. Me recordé a mí misma que lo más importante en la vida era ser honesta con una misma, así que, con la madurez que me caracterizaba, admití que Dani Carreras me atraía.

Sí, de acuerdo. Me atraía.

No era nada raro, puesto que le ocurría a casi todas las chicas en edad fértil (y más allá), pero (jironías de la vida!) yo siempre había despotricado contra él, me había burlado de mi querida Eva (¡al pensar en ella me dio un vuelco al corazón!) y había jurado que yo, la Gran Carla, jamás caería en la trampa de enamorarme del típico guaperas.



Y no lo haría.

En primer lugar, no me enamoraría de él porque la sola idea me producía risa. En segundo lugar, porque él estaba enamorado de Selena y solamente una mujer estúpida, estúpida, ¡estúpida! se enamoraría de un hombre enamorado de otra. En tercer lugar, debía recordar que la atracción no era amor, por lo tanto estaba fuera de peligro.

Sólo había sido un beso.

Con eso en mente entré con ánimo al baño de señoras. Para variar, estaba lleno de mujeres. Algunas estaban frente al espejo retocando su imagen. Tres jovencitas se susurraban cosas en un rincón, entre risas emocionadas. Una señora mayor esperaba pacientemente su turno sin decir nada ni mirar a nadie. Dos mujeres cuyo rostro me resultaba muy familiar (¿de alguna serie?) me echaron una mirada cargada de asco, y de repente me sentí poderosa. ¡Me tenían asco! ¡Alucinante!

Tararé alegremente mientras utilizaba el retrete. Qué sorpresas trae la vida.

Al salir del baño volví a tener la sensación de ser observada. Con gran disimulo paseé mi mirada por el gran salón, intentando descubrir algo sospechoso. No tardé en ver a Dani hablando animadamente con un señor obeso y barbudo. Por la cara que tenía, supuse que Dani estaba muy satisfecho consigo mismo. Los camareros iban y venían con actitud reverente y sonrisas amables dibujadas en sus caras, sus bandejas cargadas de bebidas alcohólicas, supliendo fielmente los caprichos de cada asistente. Entraban y salían por una puerta que había a uno de los laterales del salón. Parecía un hormiguero.

No veía nada fuera de lugar. Frustrada, decidí regresar a mi sitio y sentarme un ratito, porque a pesar de la misteriosa magia de unos zapatos caros, los pies empezaban a dolerme, pero mientras caminaba, giré mi cabeza hacia la izquierda y vi al camarero de antes, el hombre espeluznante... mirándome. Por alguna razón, esta vez él no disimuló y siguió estudiándome. Era un hombre de unos cuarenta años, calvo. Era muy alto y un poco desgarrado, con brazos demasiado largos y piernas huesudas. El uniforme de camarero no le quedaba nada bien. Apostaría cualquier cosa a que en realidad no era suyo. ¿Lo habría robado? ¿Habría algún camarero semidesnudo, amordazado y atado de pies y manos encerrado en algún armario? La sola idea me produjo escalofríos. Después de unos segundos de mutua



observación, hizo un gesto con la boca, ¡un beso en el aire!, y se esfumó. Qué asco... ese beso me dio repelús. Me hizo sentir como si el hombre tuviera algo personal contra mí.

Me quedé quieta unos segundos sin decidir qué hacer. ¿Iría tras él? ¿Sería seguro? Recordé a los guardias civiles que continuaban en coma, y una mala sensación se posó sobre mi cuerpo. Las sensaciones a veces son tangibles. Ésta era pesada y ominosa.

Giré la cabeza hacia la derecha, rápidamente, esta vez guiada por instinto. ¡Y entonces abrí los ojos como platos al descubrir, entre las macetas de grandes plantas tropicales, a la señora culpable de todo! ¡La señora que nos había drogado e introducido deliberadamente en los carritos de la ropa sucia!

La señora imitó mi gesto. Sus ojos se quedaron fijos en los míos durante un segundo, tras lo cual, con grandes aspavientos, se santiguó dos veces y salió corriendo.

Corrí detrás de ella. Esto no podía ser una coincidencia.

Primero tuve que cruzar el gran salón, y como es de esperar (y habiendo tanto público), lo hice lo más elegantemente posible, poniendo especial empeño en no atropellar a nada ni a nadie. Caminé rápido, sin llegar a correr (pero casi), y crucé el umbral por el que había desaparecido la señora. Tras la puerta había un pasillo largo, y al fondo del pasillo estaba la mujer. Pegó un brinco cuando me vio aparecer, y salió corriendo hacia la derecha.

Sin pensármelo dos veces, fui tras ella.

La mujer corría rápido, pero a mí me impulsaba un celo justiciero, un espíritu detectivesco y una rabia justificada. ¡No admitiría la derrota! Subimos por unas escaleras hasta el siguiente piso, tras lo cual la mujer cometió su gran equivocación. Abrió una puerta y se metió tras ella. ¡La tenía atrapada!

Antes de darle tiempo a cerrar la puerta con llave (aunque no sabía si la puerta tenía cerrojo), comencé a empujar hacia dentro. Escuché a la mujer gemir desesperada, pero al final mi fuerza la venció.

—¡Ay, ay, ay! —gritó la mujer, sin atreverse a mirarme a los ojos.

—¡Tú, señora, tienes muchas cosas que explicar! —dije con rabia, aunque al verla tan aterrorizada sentí un poco de vergüenza. Yo nunca había asustado a nadie (creo).



—Ay, señorita, lo siento mucho... —comenzó a balbucear.

—¿Por qué lo hiciste? —la pregunté con más dureza de la que sentía, imitando a algún agente del FBI de las pelis de Hollywood.

—No sé qué se me pasó por la cabeza... Escuché decir al señor Dani Carreras que estaba harto de que le acosaran, y yo le quiero muchísimo, y entonces pensé que podría ayudarle.

—¿¡Drogándome!?

—¡Ay, señorita! ¡Me arrepentí al instante!

—Bueno, ¡al instante, al instante no! —contesté con justa indignación.

—¡Señorita, no sé qué se apoderó de mí! ¡El mismísimo demonio, supongo!

Ahí sentí un escalofrío. Los cristianos obviamente sabemos que los demonios existen, aunque no queramos hacerles demasiado caso. La agarré del brazo con fuerza, para que no se me escapara.

—¿Qué hacías vigilándome? ¿Para quién trabajas?

—¡No la estaba vigilando! Como es natural, sentí curiosidad por ver a tantos famosos juntos... verás, a mí me apasionan los famosos —me dijo, como si fuera la cosa más comprensible del mundo—. Solamente estaba echando un vistazo. Dani Carreras está fabuloso, es tan elegante y tan atractivo... y de repente la vi a usted y me quedé como hipnotizada observándola, porque parecía que usted planeaba algo, así quieta, en la mitad de la sala observando a todo el mundo.

—Si no tramas nada, si no me estabas vigilando, ¿por qué te echaste a correr?

La mujer carraspeó y desvió la mirada, pero al final se atrevió a mirarme a los ojos, aunque fuera de reojo.

—Con todo mi respeto, señorita, pero preferiría estar en cualquier parte menos aquí enfrentándome a usted.

Eso podía entenderlo.

—¿No trabajas para ningún criminal? —dije con exasperación. ¡Al cuerno con ser sutil!

—¿Criminal? —me preguntó con voz temblorosa.

—Criminal, señora, criminal —contesté con un tono tipo «Sherlock



Holmes»—. ¡Ladrones, asesinos y traficantes! Ese tipo de actuaciones ilegales.

La mujer se santiguó.

—Señorita, sé que para usted lo que le hice es un crimen, y le pido perdón... pero yo no soy ninguna asesina, ni ladrona... ni traficante de nada.

Fruncí el ceño mientras acercaba mi rostro al suyo para ver mejor algún indicio de falsedad. Después de unos segundos me aparté. Era *posible* que no mintiera.

—¿Qué te dijo la Guardia Civil?

La mujer se sorprendió ante esa pregunta.

—No puedo decir nada —me dijo con tono suplicante.

—Dime qué te dijeron o les cuento a tus jefes lo que hiciste. La Guardia Civil insiste en que es mejor que ni ellos ni nadie del hotel se entere de lo que ocurrió, pero yo no estoy tan convencida. ¡Me lo hiciste pasar muy mal!

—¡Ay, madre!

—¿Qué te dijeron?

La señora lo estaba pasando fatal y yo por dentro me sentía aún peor, aunque creo que lo disimulaba bien. Puedo decir con completa honestidad que jamás había «agredido» así a nadie, y esperaba no tener que hacerlo demasiadas veces en mi vida, pero a veces hay que hacer de tripas corazón y actuar en nombre del «bien mayor».

La mujer cerró los ojos e inspiró hondo para contestarme:

—Me dijeron que estaban ocurriendo cosas ilegales en el hotel y que por mi culpa Dani Carreras y tú os habíais visto envueltos en todo y que os había puesto en peligro. También me pidieron que abriera bien los ojos y los oídos y les informara de cualquier cosa que me resultara sospechosa.

—¿Y qué has visto?

—Nada, señorita, yo no he visto nada.

La solté (sí, todavía la tenía sujeta) y suspiré profundamente. No había conseguido enterarme de nada nuevo y había asustado a una mujer inocente (culpable de todos mis problemas, eso sí).

En cuanto la mujer se vio libre de mi garra se escabulló y tras dedicarme una



mirada cargada de disculpas, desapareció tras la puerta.

Al instante me olvidé de ella porque me fijé en un dato muy interesante. El cuarto en el que estaba era pequeño y oscuro, sin ventanas. Solamente estaba iluminado por las luces de emergencia que había encima de la puerta, pero hubo algo que llamó mi atención. Una de las paredes estaba forrada de estanterías desde el suelo hasta el techo, cargadas de manteles de varios colores pasteles, de servilletas a juego, paños, etc. Fue lo que había en la pared opuesta lo que captó mi atención. Carritos.

Eran los mismos carros de la ropa sucia en los que nos habían «secuestrado». Es verdad que ese no era un dato sorprendente, porque el hotel estaría lleno de carros así, pero una buena detective jamás dejaría pasar la oportunidad de inspeccionar el interior de cada uno de ellos. Busqué el interruptor de la luz para poder «trabajar» con mayor rapidez y me puse manos a la obra.

La inspección la llevé a cabo con rapidez. Solamente había mantelería sucia (¡qué asco y qué malos recuerdos!). Me sentí comprensiblemente decepcionada y estaba a punto de salir por la puerta cuando dos cosas llamaron mi atención de manera simultánea. La primera fue que escuché voces. Dos hombres venían por el pasillo hablando con urgencia y crispación, aunque yo no entendía qué decían. ¿Serían los criminales? Apagué la luz del cuarto para que la luz no se filtrara por debajo de la puerta (¡me estaba convirtiendo en una auténtica profesional!) y me coloqué pegada a la puerta para ver si conseguía entender algo de lo que hablaban. Las voces se acercaban. La segunda cosa que había llamado mi atención era una caja de cartón que había debajo de unos manteles amarillos en la balda inferior de la estantería más alejada de la puerta. ¿Qué hacía una caja escondida ahí?

Después de tres segundos de indecisión, abandoné mi puesto de vigilancia tras la puerta y me acerqué a la caja. ¡Necesitaba averiguar qué contenía! Por alguna razón (evidente), me acordé de los libros de Nancy Drew que leía de pequeña. Sonreí con satisfacción. La quise mover, pero pesaba demasiado, como si estuviera cargada de piedras. Era una caja cuadrada, de unos treinta por treinta centímetros, y estaba cerrada con cinta aislante. Al girarla unos veinte grados pude leer con mucha dificultad (la luz de emergencia apenas alumbraba) una pegatina que decía: «Museo de Arte Románico de...».

¡Ay, madre mía! ¡Había encontrado algo!

Pero entonces las voces se detuvieron tras la puerta y me di cuenta de que me iban a pillar *in fraganti*. Sentí pánico. Coloqué la caja donde estaba lo mejor que



pude y me escondí detrás de uno de los carritos, con el corazón desbocado y la mente en blanco. ¿Qué podía hacer?

No me dio tiempo a pensar en lo que me sucedería, porque la puerta no tardó en abrirse y los dos hombres entraron discutiendo. Encendieron la luz.

—Si tienes algo que decir se lo dices a ella y punto. Estoy harto de que me metáis en estos jaleos.

—Coge diez de los blancos, anda, y déjame tranquilo...

Los dos hombres estaban vestidos con el uniforme blanco y negro de los camareros, pero ninguno de ellos era el que me había estado vigilando. Cada uno empezó a coger manteles, pero se quedaron clavados y con los ojos como platos cuando me descubrieron.

Porque, por supuesto, me descubrieron.

Yo solamente había tenido tiempo para apretarme contra la pared, detrás del último de los carritos, y aunque es verdad que no podía ser vista desde la puerta, solamente hacía falta dar tres pasos hacia el interior del cuarto para poder hacerlo.

Así que hice lo único que podía hacer.

Me levanté de un salto y salí corriendo.

Mientras corría por el pasillo, juré que jamás volvería a llevar tacones. ¡Qué invento más subyugante y absurdo! ¡Las mujeres se someten a esa tortura a diario con el único fin de «sentirse guapas», dicen, cuando lo que en realidad hacen es algo denigrante y ridículo: dificultar sus movimientos, estropear sus pies y su columna, disminuir su fuerza y su efectividad motriz, guiadas como marionetas por un instinto ancestral, el de intentar captar la atención del macho! ¡Agh!

—¡Chica! ¡Espera un momento! —gritó uno de ellos.

Que te crees tú que voy a esperar, pensé mientras aceleraba aún más. Los camareros debieron pensar que no merecía la pena correr detrás de mí, porque no lo hicieron. ¡Qué alivio! Me permití bajar las escaleras con más cuidado del que se esperaría (tacones, prisas y escaleras no son una buena combinación) y no tardé en llegar al pasillo que daba al gran salón. ¡Había escapado por los pelos!

Justo cuando la euforia empezaba a apoderarse de mí, un hombre salió de entre las sombras. ¡El camarero espeluznante! ¡El que me vigilaba!

¡Me iba a dar un ataque al corazón! ¡Justo cuando me creía a salvo! Sentí



literalmente cómo el vello de los brazos se me ponía de punta, el corazón se me paralizaba y mi estómago se revolvía por dentro. Me fijé, entonces, en las cosas más extrañas. En que las paredes estaban pintadas de verde clarito. En que no había ningún cuadro colgado, y que, detrás de la puerta, en el gran salón, cantaban «*Good Rockin' Tonight*» un poco más lento de lo que solía cantarlo Elvis Presley. Como una tonta, empecé a fijarme en los acordes y en el hipnotizante ritmo del bajo dando fundamento a la canción.

Imaginé a los asistentes bailando alegremente mientras yo era asesinada. Con el ruido que había en el salón, supuse que podía gritar todo lo que quería y más, y nadie se enteraría.

Dios mío, ayúdame.

El hombre dio dos pasos hacia mí, con una sonrisa malvada dibujada en su rostro, sus malas intenciones reflejadas en cada poro de su cuerpo. Por instinto, di un paso hacia atrás, pero entonces la puerta se abrió de golpe y aparecieron dos jovencitas riéndose a carcajada limpia. Yo reaccioné al instante, empujada por el Espíritu Santo, estoy segura, y conseguí caminar hacia ellas como si nada. Dos segundos después, ellas parecieron darse cuenta de dónde estaban y debieron pensar que era extraño que un camarero estuviera quieto, en silencio y con una postura agresiva en un pasillo mal alumbrado y que una hermosa joven (!) estuviera paralizada primero, y luego caminara hacia ellas con alivio pintado en el rostro.

Al pasar junto a ellas las saludé. *Hola*. Abrí la puerta del salón y, con la sensación de estar soñando, me cobijé en los brazos protectores de la multitud fiestera. Las chicas no tardaron ni cuatro segundos en seguirme. Seguramente ese hombre también les había resultado espeluznante. No dejé de caminar hasta llegar al centro de la sala, y entonces me llevé las manos a los brazos, abrazándome porque de repente tenía mucho frío. Me sentí mareada.

Alguien se me acercó por detrás.

Pegué un brinco.

—¿Pero dónde te habías metido?

¡Era Dani! Resistí el impulso de abrazarme a él.

—Estoy loca, Dani, estoy loca. He estado a punto de ser asesinada.

Dani frunció el ceño.



—Estás pálida.

Un camarero se nos acercó ofreciéndonos champán y yo estuve a punto de ofrecerle un rotundo ¡sí!, pero Dani lo ahuyentó con la mirada.

—Dime qué has hecho esta vez —me dijo con tono cansado, mientras me agarraba del brazo y me guiaba a nuestra mesa.

Estuve a punto de defenderme, porque acababa de insinuar que yo hacía locuras o que tenía tendencia a meterme en problemas, ¿pero a quién quería engañar? Había sido una insensata al correr detrás de esa mujer. ¡Había sido una insensata ese primer día en que fui a ver a Dani Carreras al hotel! Parecía que últimamente no hacía más que insensateces.

—Dani, es cierto. Estoy actuando como una insensata, pero no suelo serlo. Suelo ser fría y calculadora, suelo tenerlo todo bajo control, suelo saber cómo actuar, suelo sentirme segura de mí misma...

Dani Carreras soltó una de esas risas cálidas y sinceras que calientan el alma. Lo miré desconcertada mientras pensaba en lo mucho que me gustaba. Me acarició la mejilla con ternura y me dijo:

—Dime qué has hecho.

Cerré los ojos para centrarme en mi relato:

—Después de ir al baño descubrí al mismo camarero de antes vigilándome atentamente y esta vez no desvió la mirada, sino que después de un rato me lanzó un beso asqueroso.

Dani explotó:

—¡No me digas que fuiste tras él! ¡No tienes ni una pizca de instinto de supervivencia!

Me indigné.

—¡No soy *tan* tonta! ¡No fui tras él!

—¿Entonces dónde fuiste?

—¡Justo entonces descubrí a la mujer que nos drogó vigilándome también!
—grité entre susurros.

—¿Y fuiste tras ella? —gritó sin percatarse de las miradas que nos estaban dedicando el resto de los asistentes. Yo me fijé en que Selena no nos quitaba el ojo



de encima y me sentí satisfecha por Dani. Ignorarla estaba dando resultados.

Puse cara de sabelotodo.

—Fui tras ella porque no creía que fuera peligrosa...

—¡Porque no creías que era peligrosa! ¿Y si no era peligrosa porqué fuiste tras ella?

Me hice la tonta:

—¡No creí que fuera peligrosa, pero sí que quería intercambiar unas palabras con ella! ¡Nos debía una disculpa, por lo menos...!

—Carla —me dijo, furibundo—, ¡te conozco demasiado bien! ¡Fuiste tras ella porque quieres jugar a ser detective y porque no te sabes estar quieta!

Lo miré estupefacta ante esta revelación. Me derrumbé.

—Sí que es verdad, Dani... ¡Me conoces pero que muy bien! ¿Te has dado cuenta que en sólo una semana nos hemos convertido en amigos? ¿Amigos íntimos? ¿Porque eso es lo que somos, no? —pregunté con vulnerabilidad—. ¿Amigos?

—Sí, me he dado cuenta... y sí, somos amigos —dijo con suavidad y una pizca de humor. Luego en un tono más frío me dijo:

—¡Y por eso mismo me doy cuenta de que ahora intentas despistarme!

—¡No es verdad! —protesté—. ¡Y baja la voz, que nos están mirando todos!

Dani se acercó más a mí para que nadie nos oyera:

—Sí, Carla. Reconozco que «nuestra amistad» es algo que me sorprende, que me ha pillado desprevenido. Y que me gusta.

—¿De verdad? —pregunté, ilusionada. Supongo que había bebido demasiado champán.

—De verdad. La amistad es una cosa buena. No tengo muchos amigos íntimos, pero tú lo eres. Supongo que las experiencias extremas que hemos vivido nos han unido —dijo con voz cargada de misterio.

—Es cierto... —dije, sonriendo.

Dani se me quedó mirando con una media sonrisa, como si supiese algo que yo desconocía. Fruncí el ceño, pero él meneó la cabeza. No le iba a sonsacar nada más.



—¿Por dónde íbamos? —dijo.

—Me ibas a echar la bronca por ser una insensata y yo he desviado el tema.

Dani se echó a reír.

—Eres una descarada.

Selena y Pau se nos acercaron y Dani me rodeó los hombros con su brazo.

—¿Disfrutando de la fiesta? —nos dijo ella, con voz helada.

—Mucho. Está resultando mucho mejor de lo que esperaba —aseguró Dani, con una sonrisa satisfecha en la boca.

—¿Y tú, qué? —me preguntó. Me sorprendió que se dirigiera a mí. Hasta entonces siempre me había ignorado.

—Una velada inolvidable.

Me echó una mirada cargada de desprecio y dijo:

—Eso me lo imagino.

—¿No me presentas a tu acompañante? —dije, no sé muy bien por qué.

—Por supuesto. Pau, querido, ella es Carla. Es el último juguete de Dani.

—Encantada, Pau —dije tras darnos dos besos en la mejilla—. Aunque debo pedirte, Selena, que nunca vuelvas a referirte a mí como juguete de nadie.

Pau sonrió.

—Perdónala, Carla. Selena quiere ser el centro del universo de todos y le fastidia que Dani solamente tenga ojos para ti.

Abrí los ojos sorprendida por la respuesta de Pau. Selena lo miró con frialdad. Estaba enojada.

—Pablo te conoce bien, Selena... —dijo Dani, riéndose.

—Se llama Pau —protestó Selena—. ¡Y lo que acaba de decir no es cierto!

Pau mantuvo su pose indiferente. Parecía que le daba igual que Selena quisiera ser el centro del universo y que Dani quisiera fastidiarle castellanizando su nombre. Me miró y me dijo:

—¿Bailamos?



De repente bailar con él me pareció una muy buena idea. Abandonamos a nuestras «parejas» sin ningún tipo de remordimiento y nos dirigimos al centro de la sala. Dani me lanzó una mirada furiosa, pero decidí ignorarlo.

Después de unos momentos, Pau habló:

— Te preguntarás qué hago con ella...

— Pues... —no sabía qué decir. Me sentí incómoda.

— Soporto todas sus monsergas porque ella me quiere, así de sencillo. Estaría perdida sin mí —dijo.

¿Qué se suponía que tenía que contestar a *eso*? ¿Qué le decía ahora? Opté por quedarme callada, lamentando haber salido a bailar con él.

— ¿Hace mucho que cortó con Dani?

— Hace más de seis meses. Cuando nos conocimos supimos que éramos el uno para el otro. Su relación con Dani, por cierto, siempre fue muy extraña. Más platónica que otra cosa, no sé si me entiendes. Y eso es muy raro. Yo creo que nunca se han querido, ¿sabes?

— ¿Estás seguro? Ella parece que no quiere «soltar» a Dani.

— ¡Le soltó hace seis meses! ¡Le ha estado ignorando hasta que llegaste tú! Y sí es verdad lo que he dicho antes: quiere ser el centro del universo de todos... es una niña malcriada que no lleva nada bien no salirse con la suya. Ahora tiene un berrinche, pero no es porque ella esté loca de amor por Dani, ni mucho menos, sino porque Dani ha dejado de revolotear alrededor de ella. Se siente insegura.

Ladeé la cabeza intentando analizar lo que me decía.

— ¿Por qué me dices esto?

— Pues no lo sé. Me pareces una buena chica. No dejes que ella te afecte.

Me quedé callada.

— Pues, gracias... creo.

Pau se rió. Dimos un par de vueltas más por la pista, y antes de que la música terminara por completo, Dani apareció a mi lado.

— Me la llevo.

Pau levantó las dos manos a modo de rendición.



—Toda tuya...

Dani estaba a punto de olvidarse de ser encantador y popular. Había llegado al límite, por lo visto. Tras examinar brevemente sus ojos oscurecidos, su piel acalorada y su mirada asesina, llegué a la conclusión de que en esos instantes le importaba un carajo que el salón estuviera lleno de periodistas, famosos y de futuros trabajos. ¡Iba a explotar!

—Dani... —intenté decir, pero Dani me tapó la boca con un dedo.

—Tú... tú... —me dijo con rabia.

—¿Pero qué he hecho yo? —pregunté, sorprendida.

—Sabes que no soporto a ese gilipollas de Pau, ¿y sales a bailar con él? ¿En mis narices? ¡Me roba una novia y ahora quiere robarme a otra!

—¡Pero vamos a ver! —le grité medio sonriendo, pues intentaba disimular (la gente nos echaba miraditas)—. ¡A ti qué te importa! ¡Si yo no soy tu novia!

—¡Eso lo sabemos tú y yo, pero no él!

—Dani, creo que la que voy a explotar soy yo. No aguanto más. ¡Me voy!

—No te vas a ninguna parte —me dijo, susurrando.

Ahora fui yo quien le dedicó una mirada asesina. ¡Pedazo de animal! ¡Bruto, egoísta! ¡Por mí que se perdiera para siempre, él y sus dilemas de macho alfa!

—¿Y cómo vas a detenerme? —solté, desafiándolo.

Se le ocurrieron varias ideas.

Para mí era como un libro abierto. Eso era lo que me sorprendía, lo que me vencía... lo que me unía a él. Que hubiéramos conseguido esa conexión tan deprisa, sin desearlo, sin planearlo. Un regalo abrupto, como quien te lanza un paquete desde el aire y, mientras lo miras con sorpresa, te grita a lo lejos: «*¡Para ti! ¡Espero que te guste!*»...

Se le ocurrió colocarme sobre sus espaldas y llevarme, como un bárbaro, a su habitación.

Se le ocurrió agarrarme del brazo, fingiendo que todo iba bien, desafiándome a que montara un numerito.

Se le ocurrió besarme, para callarme, para conseguir tiempo y aplacar mi furia.



Se le ocurrió suplicar.

Si es que no era tan tonto, después de todo. La súplica funcionaría. Lo sabía él, lo sabía yo. Entorné los ojos, porque ni siquiera hizo falta que suplicara. No con la voz, al menos. Sus ojos ya lo hacían, ya me habían vencido.

—De todas formas —dije—, estoy cansada. Me quiero ir a casa.

—No quiero que vayas a tu casa —me contestó con serenidad.

—¿Por?

—No me gusta que estés sola. Eso del camarero me ha dado mala espina. Te están vigilando, te conocen. Vamos a mis habitaciones y llamamos a la policía. Luego decidimos algo, ¿de acuerdo? Además, todavía no me has contado qué te ha pasado ahí fuera. Algo ha ocurrido y quiero que me lo cuentes al detalle sin que nadie nos esté vigilando.

Eché un vistazo por la sala. Muchos de los asistentes se habían marchado, pero la mayoría seguía allí, charlando, bailando, bebiendo y riendo.

—¿Pero no deberías quedarte un rato más?

—Si te digo la verdad, estoy harto. No soporto este tipo de fiestas.

Le miré sorprendida.

—¡Pero si pareces un pez en el agua! ¡En tu salsa! ¡En tu ambiente!

Me miró con indiferencia.

—Lo odio. Sólo soy un buen actor.



Lunes
«¡Las fotos no engañan!»

— ¿Carla, estás despierta?

¡No, no lo estaba! Me eché la almohada sobre la cabeza intentando bloquear los sonidos que procedían del exterior. Me dolía la cabeza. Quizás fuera por el champán... nunca me había emborrachado en toda mi vida, pero tenía que reconocer que la noche anterior había bebido algo más de la cuenta. Cinco copas de champán (a intervalos) más o menos. ¿Eso sería mucho? Uff... no podía pensar, la cabeza de verdad me estaba matando.

Tampoco tenía muy claro la hora que era. ¿Sería muy tarde? ¿Las doce, por ejemplo? Tanteé la extraña mesilla de noche en busca de mi móvil. Cuando no lo encontré no tuve más remedio que levantarme.

— ¡Carla! ¡Venga!

Dani Carreras.

Para variar.

Cogí mi móvil y entorné los ojos cuando vi la hora: las diez. ¿Por qué me había despertado tan temprano?

La noche anterior no nos acostamos hasta las cinco de la madrugada. Dani



me llevó a su suite e insistió en que le detallara con pelos y señales todo lo que hablé, vi y oí. Tuve que repetirle mi historia dos o tres veces porque sus estallidos de furia no permitían que me escuchara con mucha claridad. Al final decidimos (decidió) llamar a la Guardia Civil. Nos habían dado un número de teléfono específico en caso de tener noticias con relación al caso. Llegaron una hora después (¡y eso que era un caso de extrema urgencia!), de incógnito. Los agentes insistieron en que yo me quedara en el hotel, en la suite de Dani (que para eso tenía dos habitaciones) en lugar de regresar a mi casa. Dijeron que podría ser peligroso.

Se suponía que absolutamente nadie sabía que nosotros dos éramos las personas implicadas en el no intencionado «secuestro». Lo sabían muy pocos dentro del cuerpo, y desde luego, se suponía que los ladrones lo desconocían. ¿Habrían reconocido a Dani Carreras en aquel pueblo de las montañas? Dani y yo lo negamos. Nos parecía que no. Es verdad que no podíamos descartar la posibilidad, pero ni la mujer ni su marido dieron muestras en ningún momento de reconocer a Dani. Esas cosas se suelen notar.

¿Alguien del cuerpo médico de la clínica? Ellos sí que conocían nuestra identidad, pero prometieron mantener el suceso en secreto. Que alguno de ellos estuviera compinchado con los ladrones era otra posibilidad, aunque improbable.

Eso planteaba una grave posibilidad: había un espía dentro del cuerpo. Los dos agentes se observaron con consternación, tratando en esos instantes tensos de imaginar quién de los suyos podía cometer semejante traición. Por un lado, dijeron, tenía sentido, porque llevaban dos años detrás de los ladrones y siempre se les escapaban en el último momento.

Cuando les conté lo de la caja, decidieron ir a verlo por ellos mismos. Como iban de incógnito no podían investigarlo abiertamente, pero, a escondidas, se colaron por los pasillos semi-oscuros y encontraron el cuarto. La caja había desaparecido.

Todo eso contribuyó a que nos acostáramos a altas horas de la madrugada. No me parecía ni medio normal que Dani ahora quisiera despertarme.

—¡Venga, Carla!

—¡Pero Dani! ¡Déjame! ¡Apenas he dormido! ¡Ten misericordia!

—¡O sales o entro!



Me levanté de un salto y me metí corriendo en el baño y, por si acaso, eché el cerrojo. No me gustaba que me viera en semejante estado de desaliño. Había dormido con una de sus camisetas (¡el sueño de tantas mujeres hecho realidad!) y tenía los muslos al aire. El pelo, como siempre, lo tenía enmarañado y la cara, pegajosa. Encendí la ducha.

Cinco minutos después salí (vestida con la ropa que había traído el domingo) y me encontré con Dani Carreras sentado sobre mi cama.

—Mira que tardas... —comentó.

Tenía peor cara que yo.

—¿Pero por qué me has despertado? Tendríamos que estar en la cama...

Me di cuenta del lapsus al instante, igual que él. Sus labios dibujaron su sonrisa pícara, pero no dijo nada.

—Mi mánager es un ser inclemente que no tiene sentimientos. Me despertó con esto.

Me lanzó varias revistas. Las ojeé con el corazón en un puño. Todas tenían imágenes de la gala: los actores y sus acompañantes, los directores y las personas famosas... Todas, invariablemente, tenían fotos de nosotros dos posando en la entrada, pero también había varias en las que salíamos bailando. En una, nos estábamos besando.

Cerré los ojos.

—Y así, señoras y señores —dije—, termina mi vida.

Me dejé caer en la cama, de espaldas, con los ojos aún cerrados. Por mi mente no hacían más que salir imágenes de mis padres y de Eva... ¡Qué pensarían de mí! ¡No habría forma humana de esconder *esto* de ellos!

—¡Eva! —lloriqueé.

Creo que Dani no se esperaba tanta devastación. Se inclinó hacia mí y me dijo:

—Eres mejor actriz que yo. Me tienes impresionado.

Abrí los ojos con fastidio y grité:

—¡Mi vida ha terminado! ¡Esto no es una comedia! ¡Hay gente y sentimientos de por medio!



—Por no hablar de los ladrones y asesinos... —me dijo, desde arriba.

—¿Qué voy a hacer?

—¿Por qué siempre piensas que tienes que hacer algo? —me preguntó con humor.

—Porque...

—¡Carla! —rugió una voz femenina que rozaba la histeria.

¿Eva? ¿Eva estaba aquí, en el hotel?

En ese momento me di cuenta de nuestra postura. Yo estaba tumbada en la cama y Dani estaba prácticamente encima de mí. Me levanté de un salto pero Dani se tomó su tiempo. Eva ya había entrado y no perdió detalle.

—Pe-pero... —dije. *¿Cómo había llegado hasta allí?*

Dani pareció comprender mi pregunta.

—Ha llegado hace un rato. Es lo que quería decirte.

Mi cerebro no quiso detenerse en eso de que Eva llevaba allí, detrás de la puerta, un buen rato. ¿No podría haberme avisado antes?

—Eva, yo... ¡No es lo que piensas! —dije.

Pero Eva ya había decidido creer en lo que era obvio para todo el mundo. Que yo estaba liada con Dani.

—Yo mejor me marchó —dijo Dani. El muy cobarde. Eva se le quedó mirando con una expresión confusa en el rostro: con embeleso, con adoración...y también con tristeza. Cuando Dani desapareció de la habitación, me dijo:

—Dime una cosa, Carla. ¿Cuándo lo planeaste? Siempre te reías de mí diciendo que perdía el tiempo soñando con él, y cuando lo tuve al alcance de la mano... ¡Por una cosa buena y maravillosa que me iba a ocurrir! Tenías que quedártelo tú...

No podía dar crédito a mis oídos.

—Yo... eso no es así.

Eva se echó a llorar. Lloró sin contenerse, porque así era ella. Lloró mientras me condenaba con su mirada fija, siempre fija, en mí. Sus ojos reflejaban su miseria, su tristeza, su sueño roto. Estaba destrozada porque su mejor amiga (yo) la había traicionado de la peor manera posible.



Se sentó de golpe sobre la cama. Me senté a su lado. No sabía por dónde empezar. Me sentía terriblemente culpable.

—Eva, Dani y yo no estamos liados.

Me lanzó una mirada oscura.

—¡Carla, por favor! He visto las fotos.

No fue un beso de verdad, quise decirle, pero no pude porque las palabras se me atragantaron.

—Nunca planeé nada de esto, Eva.

Eva entrecerró los ojos.

—Yo... —sollozó de nuevo— ... supongo que eso ya lo sé, pero no por eso me duele menos.

—Nunca quise hacerte daño...

—Ya ...—(pausa)—... pues lo has hecho.

—Pero Eva —dije con vehemencia—, desde el fondo de mi corazón quiero decirte que no creo que él sea el hombre de tu vida. Creo que tu...

Eva me cortó.

—¡Ni se te ocurra seguir! ¿Quién te crees que eres para decir *eso*? —me dijo con rabia—. ¿Y qué? ¿Acaso él es el hombre de *tu* vida?

—¡No! —dije rotundamente, mientras negaba con la cabeza.

Eva me miró de reojo. Debió de captar parte de la confusión que yo empezaba a sentir respecto a Dani.

—No sabes dónde te has metido...—me dijo, como dándome una sentencia.

—¡Pero si yo no me he metido en ninguna parte! —protesté débilmente.

—¿Ah, no? ¿Y qué haces aquí?

—¡Me llamó ayer! Me dijo que necesitaba mi ayuda y yo supuse que se refería a la investigación.

Eva me miró sin comprender.

—¿Qué investigación?

—La Guardia Civil necesita descubrir quién es el cabecilla de los robos.



Están seguros de que se trata de alguien que trabaja en el hotel y le pidieron a Dani que mantuviera los ojos abiertos mientras se hospedaba aquí. En el hotel se supone que nadie sabe que nosotros fuimos «secuestrados».

—¿Y no te llamó para eso?

—No... en realidad, Dani es un poco manipulador. Quería darle celos a su exnovia conmigo. Por eso me invitó a la gala.

—¿Su exnovia? ¡Pero si yo no sabía nada de ninguna novia!

—¿A qué no? ¡Ya se lo dije a Dani! Por lo visto lo tenían en secreto porque ella también es muy famosa, aunque te digo la verdad, yo no la conocía.

—Tú no conoces a nadie —me dijo con desdén—. ¿Quién es?

—Selena no sé qué.

—¿Selena Millán? ¿La modelo y actriz? ¡Tienes que estar de broma!

—Ojalá —murmuré.

Eva se quedó unos instantes rumiando esta nueva información.

—Vaya. No me lo puedo creer... ¡pero si no pegan para nada! —protestó.

—Bueno, han cortado.

Eva entrecerró los ojos.

—¿Y qué haces tú metiéndote en su relación?

—¡Pero que yo no he hecho nada! ¡Debieron de cortar hace unos meses!

—¡No me vengas con que no has hecho nada! ¡Las fotos no engañan, Carla!

Me eché las manos a la cara. Esta situación me superaba... nunca, jamás había discutido con Eva de esta manera tan... ¡tan fea!

—Eva... por favor, perdóname. ¡No puedo explicar lo que pasó!

Pero Eva, mi Eva, no quería perdonar. No esta vez.

Me miró con tristeza mientras me decía «no» con la cabeza. No. Yo había rebasado el límite.

—Te perdoné tu prepotencia cuando creíste que debías protegerme de Dani Carreras. Me costó perdonarte eso, porque ¿quién te crees que eres? ¿O quién crees que soy yo? Tenía un sueño y lo arruinaste. Aun así, aunque me dolió y aunque me sentí extremadamente decepcionada, decidí perdonarte porque en el fondo creí



que me querías, pero... te has liado con él. Me has dejado helada.

Vaya. No me había sentido tan sucia en toda mi vida, porque Eva era pureza, alegría e ilusión, y yo le había hecho daño. No quería defenderme porque no creí que mereciera ninguna defensa, y además descubrí que me daba vergüenza pelearme con ella. Era extraño, pero me sentía incómoda. Como si no tuviera la confianza suficiente para hacerlo. Quería cerrar los ojos y dejar que la tormenta pasara. No estaba preparada para una confrontación de este calibre. Me asustaba. Desde un rincón de mi mente busqué a Dios para aferrarme a alguien sólido, y debo decir que Él seguía allí, a mi lado. Dios nunca me abandona, aunque todo sea mi culpa.

Me mantuve callada sin decir nada más. No podía mirarle a la cara ni decirle nada. Estuvimos en silencio un minuto en el que pude sentir sus ojos constantemente clavados en mi rostro. Estaba esperando a que dijera algo, pero yo estaba completamente bloqueada. Ni siquiera podía decirme nada a mí misma. No había nada que decir.

La escuché salir de la habitación.

Minutos después entró Dani.

—Tiene razón. Te crees mejor que ella.

Descargué mi rabia contra él. Es gracioso, pero con él sí que podía hacerlo.

—¡No tienes idea de qué estás hablando! ¿Pero por qué iba a sentirme mejor que ella? —ahora tenía lágrimas en los ojos. Me las limpié con impaciencia.

—Porque crees que debes protegerla. ¿Por qué no le has dicho la verdad? Que no hay nada entre nosotros y sobre todo que no hay (ni va a haber) nada entre ella y yo, así que ¿a qué viene eso de que le has arruinado la vida? ¡Las dos estáis jugando a drama barato!

—¡Pero si se lo he dicho! —dije con impotencia. *Se lo había dicho, ¿no?*

—Le has dicho que no hay nada entre nosotros de una manera tan culpable que me has hecho creer que sí que hay algo. ¿No te estarás enamorando de mí, no? Te avisé de que no lo hicieras.

Me miró con insolencia y con algo de desprecio. El muy canalla.

—¿Tienes miedo de que me enamore de ti? ¿Y qué más te da? ¡Medio mundo está enamorado de ti! Mañana te vas de Burgos y si te he visto no me acuerdo.



¿Y ahora por qué estaba llorando?

Diego apareció por el umbral de la puerta. Al verme llorosa evitó mirarme, cosa que agradecí. Yo no sabía dónde meterme.

—Dani, lo siento, pero tenemos que irnos. Tienes una entrevista en media hora.

—Un minuto y bajo.

—Vale. Hasta luego, Carla —dijo Diego antes de desaparecer.

—Carla —me dijo Dani con una serenidad forzada—. Me preocupas. Te metes de lleno en la boca del lobo. Jamás he visto una chica más propensa al peligro que tú. Debes aprender a protegerte.

—No sé de qué me hablas —dije con terquedad.

—Y no me voy a olvidar de ti —dijo, pero lo hizo sonar como un insulto.

—Pues qué bien, muchas gracias.

—Puedes quedarte en el hotel todo el día. No se te ocurra ir a trabajar, la prensa te comerá viva.

—¡Tengo que trabajar! ¡Llevo una semana sin aparecer! ¡Me despedirán!

—Pues que te despidan, pero me da mala espina que te dejes ver. Quédate, por favor. A ver si la Guardia Civil averigua algo hoy. Tengo la sensación de que ya los tienen acorralados. Si te despiden y necesitas dinero, te puedo prestar lo que sea. Te aseguro que eso no es problema.

El dinero no es problema, me dije con retintín. Pero no prometí nada. Es más, mi cara reflejaba la rebeldía que sentía. Dani se lo tomó muy mal (supongo que porque está acostumbrado a que las chicas hagan todo lo que él les pide) y (cómo no) terminó lanzando un suspiro impaciente a la vez que exclamaba:

—¡Me estás volviendo loco!

Y salió de la habitación dando un portazo violento.

Decidí regresar a mi casa, así que recogí mis pertenencias y salí del hotel. Me sentía como una estatua de hielo, con los sentimientos entumecidos y con el corazón acorazado, así que me armé de indiferencia y me dije que no me importaba lo que sucediera a continuación. Eva tendría que sobreponerse a la



pérdida de su amor eterno y yo continuaría con mi vida como si la última semana jamás hubiese ocurrido.

Caminé dando grandes zancadas sin percibir el viento frío del noviembre burgalés. No tardé en llegar a casa.

Pero cuando abrí la puerta me di cuenta de que esa ya no era mi casa. Eva estaba sentada en el sofá con una taza de té en la mano y no se dignó a saludarme. Me miraba como si yo fuera una intrusa. No era bienvenida. Avancé por el pasillo hasta llegar a mi habitación y me cambié de ropa. Me puse vaqueros, zapatillas, una camiseta interior de tirantes, una camiseta y un jersey. Me recogí el pelo en una cola de caballo y me retoqué el maquillaje. No sé por qué de repente me parecía tan importante estar guapa. Guapa y cómoda.

Me tumbé en mi cama con la intención de relajarme y pensar en todo lo que me había sucedido, pero mi estómago empezó a rugir. Fruncí el ceño con extrañeza. ¿Pero qué hora era? Tras incorporarme me sorprendió descubrir que eran las tres y cuarto de la tarde. ¡No podía ser! ¿Cómo había transcurrido tanto tiempo? Me levanté de un salto y fui a la cocina a prepararme algo de comer. Aunque mi estómago había rugido, me costó encontrar algo que me apeteciera comer, y cuando lo hice no fui capaz de ingerir mucho. Eva ya había comido y había dejado los platos sucios en el fregadero. Me fijé que había muchos platos sucios. ¡Qué chica! ¡No sabía vivir sin mí!

Salí de la cocina y entré al salón. Quizás, con suerte, Eva estaría de mejor humor y podríamos hablar, pero cuando me vio entrar, lanzó un suspiro escandalizado y no tardó en levantarse del sofá y meterse en su habitación. Ese gesto me dolió. Observé el salón y me sentí como una extraña, pero mis ojos se fueron al piano. El piano seguía siendo mío, mi fiel compañero. Me senté en el taburete sintiendo el cuerpo pesado y teclé unas notas. Solamente unas pocas, sin ganas. Un re, un fa sostenido, un la, un mi y otra vez el re... la mano izquierda se fue a un re más grave, tres veces, rítmicamente. El acorde de re mayor me salió de manera instintiva, y entonces cerré los ojos y supe que mi corazón de hielo se estaba derritiendo. Sonreí. La coraza no me había durado mucho tiempo. Aún con los ojos cerrados toqué lo único que me vino a la cabeza: «*The way you look tonight*»,



la misma canción que le había cantado a Eva la noche en la que fue a cenar con Dani Carreras. Me imaginé que Eva se lo estaría tomando como un insulto, pero me dio igual. Sólo me acordaba de esa canción. Recordé la sonrisa ilusionada de Eva mientras giraba sobre sí misma y sonreí. Ese día había cantado bajo un cielo estrellado. Irónicamente, el cielo se había estrellado sobre nosotras, pero tuve que reconocer que ese instante había rozado la perfección.

Mientras cantaba también pensé en mí misma en la noche anterior, vestida con ese hermoso vestido gris, bailando ni más ni menos que con Dani Carreras. Y es que Dani no era un hombre corriente. Era conocido en el mundo entero, codiciado y admirado, aplaudido y envidiado... había co-protagonizado siete éxitos de cartelera en los Estados Unidos, además de un sinnúmero de producciones españolas y latinoamericanas... suspiré. ¡Y me había besado! Me permití unos minutos de absoluta sinceridad: me había gustado. Me había sentido halagada porque aunque todo había sido una artimaña para darle celos a Selena, no creí que Dani se dedicara a besar a cualquier chica así como así... yo le gustaba. Me hizo sentir especial y valiosa.

¡Y entonces me llevé las manos a la cabeza! ¿Pero en qué estaba pensando? ¿Especial por qué? ¿Valiosa en función de qué? Gruñí. No me gustaba lo que estaba descubriendo sobre mí misma. ¿Quién era yo: una mujer vanidosa, superficial y prepotente? ¿Y desde cuándo?

Continué tocando, pero solamente porque no sabía qué hacer conmigo misma. Toqué «*The Entertainer*» de Scott Joplin, primero como se debe hacer, con su cuadriculado ritmo *ragtime*, pero luego (como siempre) me terminó aburriendo y le di un toque más *jazz*, regalándole a las negras y corcheas algún que otro puntillo y añadiendo semicorcheas aquí y allá. Tocando así también había sitio para la improvisación y las variaciones. Me dejé llevar.

Alguien había tocado el timbre y escuché a Eva abrir la puerta. Josué entró hecho una furia, exigiendo hablar hasta que todo se solucionara. Eso lo dijo a gran voz mientras avanzaba desde la entrada al salón. Yo supuse que se refería a lo mío con Eva, así que dejé de tocar y me incorporé del taburete, pero cuando me vio en el salón, se sobresaltó y se quedó avergonzado. Tenía la cara roja de rabia, pero estaba claro que la cosa no iba conmigo. No hace falta decir que me sentí muy aliviada, porque me parecía que ya había tenido suficientes encontronazos en un día, así que salí del salón tan rápido como pude para darles la intimidad que necesitaban. Antes de salir del salón eché un vistazo a Eva, que se negaba a mirar a ninguno de los dos. Cerré la puerta.



Me quedé quieta durante unos segundos sin saber qué hacer. De repente no quería estar en casa. Agarré mi abrigo y mi bolso y, sin más, salí del piso. Cómo no (y hay que vivirlo para saber a qué me refiero), el frío me dio una ingrata bienvenida, pero no me achanté. Tenía que despejarme. Caminé a paso ligero por la orilla del río Arlanzón hasta que sin más, de nuevo, estaba frente al hotel. ¿Pero por qué estaba allí otra vez? ¿Es que no había tenido suficiente? ¿Es que no tenía otros amigos a los que recurrir? Sí, los tenía. Tenía muchos amigos que me querían y que con mucho gusto me darían un abrazo fuerte y me dirían que me querían mucho y que todo iba a salir bien. Pero por alguna razón, ahora mismo no quería estar con ellos.

Entré al lujoso recibidor. El recepcionista me echó un vistazo y entrecerró los ojos. Luego forzó una sonrisa hipócrita sobre su desinteresado rostro y me comunicó que Dani Carreras había salido. ¿Quería subir a la suite?

—No, le esperaré aquí —dije, incómoda.

El recepcionista no creyó que fuera una buena idea.

—Es posible que tarde en regresar. ¿Por qué no le espera en el comedor? Puedo pedir que le traigan algo.

—No —insistí por pura cabezonería—. No se preocupe.

El teléfono sonó en ese instante y el recepcionista decidió que no merecía la pena hablar con un insignificante insecto como yo. Sin ningún gesto de despedida, me ignoró y continuó a lo suyo. Abrí mi bolso y saqué mi móvil para ver qué hora era. Las cuatro y media. ¿Volverían después de comer? Dani me había dicho que me quedara en el hotel y aunque yo no había prometido nada (más bien había dado a entender que prefería morirme antes de hacerle caso), él estaba moralmente obligado a acercarse para ver si yo lo estaba esperando. Me senté en el incómodo sofá de diseño de cuero negro.

Minutos después, me quité el abrigo y volví a sacar el móvil para jugar con él. La espera podría ser larga y tediosa. Mientras jugueteaba con mi móvil, eché disimulados vistazos a mi alrededor. Algunos de los clientes del hotel eran de aúpa. Gente acostumbrada a todo tipo de lujos que exigían ridiculeces como si fueran asuntos de vida o muerte. Una mujer había bajado porque por lo visto no encontraba a ninguna persona competente que fuera capaz de traerle las sábanas de color rosa palo que ella había especificado a la hora de hacer su reserva. Un matrimonio exigía un cambio de suite porque la que le habían adjudicado no era



Fen-Shui. Meneé la cabeza con benevolencia. ¡Pobres ricos!

Después de varias partidas perdidas, decidí que no me apetecía jugar con el móvil. Eran las cinco y tenía mucha hambre. ¡Si es que apenas había comido! Me recliné en el sofá y cerré los ojos durante unos segundos. Los abrí enseguida porque me sentía ridícula, así que me fijé en un joven trabajador del hotel que se estaba acercando al recepcionista con muchas prisas. Traía una nota en la mano y su rostro estaba marcado por la preocupación. *Otro huésped malcriado*, pensé. Pero cuando entregó la nota al recepcionista, éste también quedó visiblemente alterado, y eso me llamó la atención porque me había percatado de que el recepcionista se enfrentaba a todos los altercados del hotel con estudiada indiferencia. Le observé garabatear algo en el papel.

Se lo dio al joven.

—Dáselo de inmediato.

—¿Al Flecós? —dijo el joven, estupefacto.

El recepcionista asintió levemente con la cabeza.

Todo sucedió muy deprisa.

En el mismo instante que él se percató de que yo los estaba observando, yo caí en la cuenta de que ya había oído ese mote con anterioridad. *El flecos*. ¡Era el nombre que uno de nuestros «secuestradores» había pronunciado cuando hablaba por el móvil allá en las montañas! El recepcionista abrió los ojos con sorpresa durante medio segundo tras lo cual consiguió disfrazar su inquietud. Yo no sé si fui tan buena enmascarando mis sentimientos. Rápidamente me di la vuelta e intenté disimular ajustando los cordones de mis zapatillas (¡sé que no es muy original, pero fue lo único que se me ocurrió!). Me volví a recostar sobre el sofá y puse cara de aburrimiento, pero mi corazón palpitaba con fuerza. Ese medio segundo de miradas cruzadas había bastado.

Yo lo había descubierto y él lo sabía.

No me atreví a volver a mirarlo, pero desde donde yo estaba sentada, podía ver su silueta reflejada en los grandes ventanales sin que se me notara. Estaba clavado en su sitio, tenso, observándome. Intenté mantener mi postura relajada para que mi lenguaje corporal no me delatara, pero sabía que daba igual.

Mi cerebro hacía cálculos a cien por hora. Debía llamar a la policía de



inmediato, pero no estaba segura de que el recepcionista me lo permitiera. Percibí su agresividad desde los cinco metros que nos separaban. Tenía la impresión de que si me movía, y sobre todo, si agarraba el móvil, él sería capaz de cualquier cosa. Pensé en llamar de todos modos, pero algo me detuvo. Visualicé su reacción: daría tres zancadas hacia mí, me agarraría del brazo (quizás amenazándome con una pistola que seguramente guardaba escondida debajo del mostrador) y me obligaría a subir a su coche. Me secuestraría y a saber qué haría luego antes de huir del país y desaparecer para siempre.

Permanecimos así durante un minuto. Solamente un minuto, pero ahora sé que un minuto puede ser eterno.

De repente, sin más, dio dos zancadas hacia atrás, agarró algo y salió corriendo del hotel. ¡Estaba huyendo!

Me quedé clavada en el sofá durante unos cinco segundos. ¿Qué podía hacer? Podía llamar a la Guardia Civil de inmediato y ellos inevitablemente tardarían más de diez minutos en llegar. El hombre se habría marchado y ya nunca lo encontraríamos. Recordé a los guardias civiles que todavía estaban en coma, y me dije que no tenía más opción que correr detrás de él mientras hacía la llamada.

Me llevaba cinco segundos de ventaja. Salí disparada del hotel agradeciendo haberme vestido con vaqueros y zapatillas. ¿Dónde podía estar? —me pregunté, desesperada. Miré hacia la izquierda pero no vi a nadie. A la derecha... ¡Ahí estaba! ¡Corriendo hacia los aparcamientos! Lo vi detenerse frente a un coche negro. Un mercedes nuevo, ni más ni menos. Se introdujo en el coche y arrancó casi antes de cerrar la puerta. Agarré mi bolso para llamar a la Guardia Civil, pero como siempre sucede cuando tienes prisa, el móvil no se dignaba a aparecer.

En ese mismo instante escuché la bocina de un coche. Giré el rostro hacia el origen del sonido y me encontré cara a cara con el coche de Diego.

—¿Qué haces, Carla? —preguntó Dani, sacando la cabeza por la ventanilla.

En lugar de responder, corrí hacia ellos y me metí en el coche.

—¡Diego! ¿Ves el Mercedes? ¡Síguelo mientras llamamos a la policía! ¡Los he descubierto!

Los dos hombres se miraron entre ellos con cara de sorpresa y un poco de incredulidad, pero Dani se encogió de hombros y asintió levemente con la cabeza.

—¡Persecución, entonces! —gritó Diego, con guasa.



—Mientras lo seguimos, ¿quieres contarnos a qué viene todo esto? — preguntó Dani. Percibí que se estaba poniendo tenso por momentos.

—¡Dani, te prometo que no he hecho nada insensato! —protesté. *¿Por qué siempre tenía que pensar lo peor de mí?*

—Perdona, pero eso lo decidiré yo —replicó con tono de sabelotodo.

—¡Estaba sentada en la recepción esperándoos pacientemente cuando un joven le trajo una nota! El recepcionista escribió algo, se lo devolvió al joven y le dijo «dáselo», y el joven dijo «¿al Flecós?»

—¿Al Flecós? —dijo Dani, como queriendo recordar algo.

—¡Exactamente! ¡El nombre que usaron cuando hablaban por el móvil, arriba en las montañas! ¿Recuerdas?

Dani asintió lentamente.

El coche iba a desaparecer de nuestra vista.

—¡Sáltate el semáforo, Diego! —dijo con urgencia. Diego dudó durante medio segundo y luego aceleró. Dejamos atrás un montón de conductores cabreados.

—¿Le encaraste? —me preguntó con recelo.

—¡Por supuesto que no! Pero se dio cuenta de que lo había oído y cinco segundos después lo dejó todo y salió corriendo.

—Y tú le seguiste porque creíste que podrías alcanzarlo, quizás derribarlo...

—¡No creí nada de eso, pedazo de bruto! ¡Pero quería ver a dónde iba!

—¡Son peligrosos, Carla! Parece que no se te mete en la cabeza. ¡Peligrosos!

Me pareció tan inoportuno que me criticara en momentos como esos que una ola de furia se apoderó de mí. Creo que gruñí para poder sacármela de alguna manera, tras lo cual pude decir con aire de superioridad:

—Hay que llamar a la Guardia Civil.

Aunque el coche iba muy deprisa, no me dio la impresión de que conducía para despistarnos. Estábamos saliendo de la ciudad, en dirección al Polígono de Villalonquéjar, una zona de fábricas.

Dani sacó el móvil de su bolsillo y marcó. Después de unos segundos tuvo que colgar porque le saltó el contestador. Gruñó con exasperación. Volvió a



marcar.

Para cuando por fin contestaron, Dani estaba tan furioso con toda la institución de la Guardia Civil y la madre que los parió (perdón, pero cito textualmente), que apenas consiguió explicar que estábamos persiguiendo a un sospechoso, por qué razón lo considerábamos sospechoso (la anécdota del Flecós tuvo que ser repetida varias veces, porque así, fuera de contexto, no había quién entendiera nada) y que acabábamos de pasar un pueblo llamado Quintanadueñas. Ah, y que necesitábamos refuerzos.

Las instrucciones de la Guardia Civil fueron precisas: dejarlo todo en sus manos y regresar al hotel donde habría guardias esperándonos para protegernos de posibles peligros.

Dani colgó y nos contó lo que habían dicho.

—¿Y qué pasa con el recepcionista? ¡Lo perderán! ¡Se escapará! —protesté con indignación. Dani me observó con diversión, pero debió de pensar lo mismo que yo, porque dijo:

—No creo que ocurra nada por seguirle manteniendo las distancias. Si se detiene, nos detenemos un poco antes y ya está.

Le sonreí con entusiasmo. ¡Así se hablaba!

Diego sacudió la cabeza con resignación, pero conducía con maestría y se estaba divirtiendo.

—De acuerdo, pero como nos ocurra algo, os vais a enterar... Y como me quede sin puntos en el carné, a ver qué hacemos...

Después de pasar Quintanadueñas llegamos a un pueblo que se llama Arroyal. Me alegré de no ver a ningún peatón en la calle porque habrían corrido peligro. Las casas se amontonaban cerca de la estrecha carretera, y los montículos en la carretera que pretendían frenar a los coches no aminoraron ni un ápice nuestra marcha. No bajamos de ochenta kilómetros por hora. Peligroso. Me pareció que el recepcionista conducía cada vez más rápido.

Al salir del pueblo, avanzó más deprisa aún. Las curvas las tomaba como podía, y nosotros casi nos «comemos» a un coche que venía en la dirección contraria. Me dio la impresión de que esa carretera había hecho volcar a más de un coche. Creo que grité pero nadie hizo ningún comentario. Estábamos todos atentos



al coche. Apenas percibí los amplios campos quemados por el duro invierno que estaban salpicados de árboles desnudos. Tampoco me fijé en los modernos molinos de viento que se veían a lo lejos, ni en que el cielo se estaba oscureciendo. Sólo tenía ojos para el coche. A veces lo perdíamos de vista. Estábamos subiendo un puerto, con curvas cada cinco metros. Hubo un momento en que dudamos dónde ir, porque había una carretera a la izquierda que llevaba a uno de los Marmellares, y no veíamos el coche por ningún lado. Justo cuando íbamos a girar a la izquierda, apareció el coche tras una curva, en la misma carretera en la que estábamos, sólo que mucho más lejos.

—¡Ahí está! —grité.

Continuamos hasta llegar a Mansilla. Tras cruzar el pueblo, nos quedamos sin saber qué hacer porque no veíamos el coche. Aminoramos la marcha sin llegar a detenernos, cuando lo vimos. ¡Se había metido en un sendero de tierra hacia los campos de cultivo!

—¿Qué extraño, no te parece? —dijo Diego mientras frenaba. Tuvo que detener el coche y dar marcha atrás porque se había pasado la entrada al sendero. Mientras nosotros maniobrábamos, el coche, que ahora estaba a una distancia de quinientos metros más o menos, se detuvo.

Como ya estaba oscureciendo y el coche estaba lejos, no vimos a nadie salir. Nos miramos extrañados, porque ¿a quién se le ocurría detenerse en un sitio así? Nos rodeaban los campos de cultivo. Había aparcado el coche tras unos árboles, dejándolo medio escondido, y lo único distintivo a nuestro alrededor era el típico y gigantesco bloque de balas de heno que se ve a menudo en paisajes como éste.

—Llama a la Guardia Civil —dije en susurros, no sé por qué.

—Eso iba a hacer.

Dani llamó y esta vez contestaron al momento. Dani les contó que lo habíamos seguido, les indicó dónde estábamos y prometió (tras una buena bronca de los guardias) que no saldríamos del coche. Estaban de camino.

Nos quedamos quietos en el coche durante un minuto. Empezábamos a notar el frío, ahora que nos habíamos tranquilizado y la noche había caído.

—¿Dónde se habrá metido? —me pregunté por enésima vez.

—No lo puedo entender —dijo Diego—. ¿Para qué salió huyendo? ¿Para escapar? ¿Y luego se queda en el medio de un campo? ¡No tiene sentido!



—A mí algo no me cuadra —murmuró Dani, pero no dijo más. Noté que su humor había oscurecido como el día.

—¿Y si salimos a ver? —pregunté, aunque ya conocía la respuesta.

—¡De verdad que esta chica me va a matar! —gruño Dani sin mirarme.

Permanecemos otros dos minutos en silencio cuando un estruendo resonó por los aires, quitándonos la respiración del susto. Un disparo.

—¿Qué ha sido eso? —comentó Diego, tenso.

Sonó otro disparo muy cerca del coche.

—¿Nos está disparando? —dije, sin poder dar crédito.

—¡Agachaos! —gritó Dani con urgencia, pero para nuestro horror, el disparo rompió la luna y Diego gritó.

—Me han dado... —dijo con incredulidad.

—¿Dónde? —pregunté al borde de las lágrimas. ¡Diego estaba herido!

—En el brazo.

—¿Te duele? —menuda pregunta más estúpida.

—No... no sé... —pero le temblaba la voz.

—¡Somos un blanco demasiado fácil! ¡Tenemos que escondernos!

—No sé si podré moverme... esto comienza a doler de verdad —dijo Diego con un hilo de voz.

—Te ayudaremos —conseguí decir.

Dani ya estaba saliendo del coche por la parte derecha. Nos habían disparado desde la izquierda, desde el lado del conductor, y no nos atrevimos a salir por ahí. El pobre Diego tuvo que hacer unos movimientos bruscos para conseguir salir por la puerta del copiloto, pero lo hicimos en menos de treinta segundos, y corrimos hacia un par de árboles rodeados de arbustos que había a menos de diez metros de nosotros.

Nos recostamos sobre el suelo sin atrevernos a hablar. Cerré los ojos y pedí a Dios que ayudara a la Guardia Civil a encontrarnos cuanto antes.

Entonces escuchamos ruidos de pisadas. ¡No era solamente uno, aquí había varias personas! ¡Se acercaban a nosotros!



Miré a Dani con el rostro marcado por el miedo y él me sonrió. No puedo decir que fuera una sonrisa muy cálida, pero ahí está. Me sonrió.

—Dios cuida de nosotros —dijo con convencimiento.

Asentí con la cabeza, pero sus palabras me dieron ganas de llorar.

Los ruidos se acercaban. Los hombres (porque aunque supongo que es una suposición machista, no creí que hubiera mujeres) habían llegado al coche. Nosotros estábamos a tan sólo diez metros y pronto nos encontrarían.

—¡Tenemos que despistarlos! ¡Alejarlos de Diego! —dije, de repente. Lo lamenté al instante. ¿Cómo se me habría ocurrido una cosa tan tonta?

Pero tras un segundo, Dani asintió. Diego estaba encogido sobre sí mismo, con los ojos cerrados, intentando contener el dolor. Él no podría moverse ni protegerse. ¡Teníamos que alejarlos de él!

—Tú y yo vamos a correr hacia ese montón de heno de ahí —me dijo, señalando el inmenso bloque de paja sucio y grisáceo que se erguía a treinta metros de nosotros—. Con suerte nos perseguirán y Diego no será descubierto. Tan sólo necesitamos tiempo. Quizás sea cosa de un par de minutos. La policía estará por llegar.

—Tú aguanta, Diego —le susurró Dani al oído—. Quédate quieto, que vendrán en seguida.

Diego asintió con la cabeza, todavía sin abrir los ojos.

—Tened mucho cuidado —consiguió decir.

Dani me miró sin expresión alguna en el rostro.

—¿Vamos? —me dijo.

Asentí. Dani tomó mi mano y echamos a correr. Escuchamos gritos y otro disparo en nuestra dirección, pero seguimos corriendo hacia el bloque de heno. Llegamos en seguida, aunque con la respiración entrecortada y el corazón desbocado. Miré hacia arriba, impresionada por la altura. Debía medir más de cuatro metros de alto y unos siete metros de largo.

—Este no es un buen sitio para esconderse —dijo Dani.

No lo era. El bloque de heno estaba entre los ladrones y nosotros, pero nada les impediría llegar hasta nosotros.



—Bueno, hemos ganado un minuto —dije.

—Sí, y todavía no han encontrado a Diego —añadió Dani.

Nos miramos sin saber qué hacer a continuación. Dani se acercó a mí y me rodeó los hombros con su brazo izquierdo. Entonces, sin más, escuchamos un ruido que provenía del montón de heno (¿cómo podía ser eso?) y escuché un golpe seco sobre Dani y lo vi derrumbarse. Giré la cabeza para ver qué había ocurrido, pero antes de comprender qué sucedía, me golpearon y mi mundo se tornó oscuro.

Cuando desperté, no sabía dónde estaba y necesité unos segundos para darme cuenta de que me habían atado a una silla. Intenté liberarme, pero tras varios forcejeos infructuosos y muy dolorosos, me calmé. Estaba en una estancia oscura, iluminada muy levemente por una bombilla que no podía tener más de 25 vatios. Miré a mi alrededor con sorpresa: estábamos dentro de un cubículo... una caseta, quizás. La única ventana de la pequeña estancia estaba «tapiada» desde fuera por unas balas de heno, lo que me hizo pensar que quizás estuviéramos dentro del bloque, escondidos. El olor a paja era fuerte, casi insoportable, un aroma maduro, rancio, punzante. Jamás volvería a pensar que la paja tenía un olor delicioso.

Entonces me di cuenta de que me dolía la cabeza. Empezó a martillearme sin piedad, tanto que me asusté. ¿Qué me habían hecho? ¿Cuánto tiempo llevaba inconsciente? ¿Dónde estaban los demás? El dolor empezó a aumentar, como si hubiese estado dormido también y se acabara de despertar. Gemí.

—Carla, ¿eres tú?

La voz provenía de mi espalda. Giré la cabeza rápidamente sin recordar que tenía una herida en la cabeza y solté un sollozo. Nunca había sentido tanto dolor.

—Dani...

¿Pero qué pasaba con nosotros? ¿Por qué de repente nos metíamos en tantos líos? ¿En qué estaba pensando cuando fuimos tras los ladrones? ¿Merecía la pena? Un sentimiento triste y arrepentido me cubrió de la cabeza a los pies, como si fuera un cubo de agua. Me caló hasta el corazón y me desbordó.

—Lo siento, Dani. Todo es mi culpa.



No pude continuar. La emoción se me agarró al cuello y supe que sin duda me pondría a berrear si continuaba por ese camino.

—Carla, ¿te han hecho daño?

Tardé en responder. No quería que mi voz se volviera a romper.

—Me duele mucho la cabeza...

—Nos han golpeado. Estos golpes en la cabeza son muy peligrosos.

—¿Estás bien? —conseguí preguntar.

Dani también debía de estar luchando con sus sentimientos porque tardó en contestar, pero no tengo ni idea de qué pasaba por su mente. ¿Estaría terriblemente enfadado conmigo por meterle en tantos líos? ¿Estaría aterrorizado como yo? ¿Me odiaría? ¿O quizás, como los caballeros de mis novelas románticas, se sentiría responsable como «macho» que era y se recriminaba por haber quedado impotente, a merced de nuestros enemigos?

—Saldremos de ésta, Carla.

—Vale... —dije a media voz. ¿Qué otra cosa podía decir? Me esforcé en controlar mi miedo y pensar de manera positiva. Cualquiera sabe que es la única manera de salir adelante.

—¿Dónde crees que estamos? —dijo mi amigo.

Volví a observar el lugar. Del techo de madera colgaba un solitario cable con su casquillo y huérfana bombilla. Dani y yo estábamos sentados espalda contra espalda en dos maltrechas sillas de aluminio y madera, de esas que todos teníamos en las cocinas en los años ochenta. Una pequeña mesa cuadrada se apoyaba en la pared que estaba a mi derecha, y sobre ella había papeles y carpetas. En frente de mí, bajo la ventana, había varias cajas apiladas desordenadamente.

—¿En la cueva de Ali Babá? ¿Crees que guardan sus tesoros en esta caseta?

—Quizás lo hacían. Tiene pinta de haber sido «saqueado». Se han debido llevar todo con mucha urgencia.

—¿Te has dado cuenta de que estamos dentro del bloque de heno? —dije.

—¿Cómo que dentro? ¿Por qué lo dices?

—En frente de mí hay una ventana que está tapiada con las balas esas de paja.



—Eso explicaría el olor... ¡Y también quiere decir que no tiene por qué haber pasado mucho tiempo! Yo pensaba que nos habían transportado a algún otro lugar, pero seguramente estamos en el mismo sitio donde nos golpearon... ¡Es posible que sólo hayan transcurrido unos minutos! ¡Y puede que Diego esté a escasos metros de nosotros!

—¡Ay, Diego...! —exclamé con verdadera preocupación—. Espero que se encuentre bien. Que no le hayan encontrado...

Dani tardó en contestar.

—Menudo escondrijo es éste, ¿no? Jamás lo habría imaginado.

Como le tenía a mi espalda y puesto que sentí la imperiosa necesidad hacerlo, eché mi cabeza hacia atrás, a pesar del dolor, hasta tocar la cabeza de Dani. Cuando lo conseguí, cerré los ojos. Noté cómo él se sobresaltó pero no me dijo nada, y tampoco se retiró.

Después de unos segundos se irguió.

—Vámonos.

—De acuerdo —dije con humor—. ¿Tienes un plan?

—Estamos atados con una misma cuerda, ¿te has fijado?

—Pues claro... —no soy ninguna tonta.

—¿Y si intentamos levantarnos a la vez?

—¿Ponernos de pie en la silla?

—Sí.

—Vale, intentémoslo.

Forcejamos durante un minuto pero no conseguimos nada a excepción de apretarnos contra las cuerdas y causarnos rozaduras. Cada vez que nos levantábamos, las sillas se levantaban con nosotros, por lo tanto no podíamos «escapar» de ellas.

—Espera, Dani —dije. Tenía un plan mejor.

—¿Qué se te ocurre? —preguntó él con impaciencia. Tuve la impresión de que Dani estaba dispuesto a luchar contra las cuerdas hasta que éstas (o nuestros cuerpos) se despellejaran.

—Tú quédate quieto, e intenta comprimir tu cuerpo.



Ahí Dani soltó una risotada.

—¿Comprimir mi cuerpo? ¿Eso se hace?

Se me escapó una sonrisa, pero seguí hablando:

—Yo voy a intentar deslizarme hacia arriba, pero lo que haré será salir de mi abrigo. Me escurriré del abrigo.

—Te escurrirás del abrigo... —musitó con diversión—. ¡Pues ale! ¡Escúrrrete!

La mejor manera de explicar lo que hice es traer a vuestra mente cómo uno se saca un anillo de un dedo demasiado grande. Mueves el dedo hacia la derecha y hacia la izquierda, lo contoneas, lo giras, lo mueves milímetro a milímetro hasta que por fin encuentras un punto donde ya sale sin ningún esfuerzo. Bueno, pues el anillo era la cuerda y yo era ese dedo que se giraba, contoneaba (¡contorsionaba!) y se movía de un lado a otro. Tardé unos diez minutos en salir, y sí, fue necesario salirme del abrigo, pero lo conseguí.

Me había puesto de pie en la silla y estaba sacando un pie del abrigo y de entre las cuerdas, cuando percibí un nuevo olor.

—¿Hueles eso? —dije.

—¿El qué? —dijo Dani, pero se quedó callado y supe que lo estaba oliendo.

—Huele a quemado —dije con gravedad. Esto me daba mala espina.

—¡Date prisa, Carla! —dijo Dani con una nueva urgencia.

Intenté darme prisa pero estaba nerviosa y el pie derecho se me quedó enganchado en el abrigo o en las cuerdas y caí de bruces contra el suelo. Como Dani todavía seguía atado (aunque ahora con las cuerdas colgando holgadamente detrás de él), él también cayó al suelo, sin poder frenar la caída con nada excepto con su hombro.

—¡Lo siento, lo siento! —dije al instante, después de recuperarme del dolor que me había provocado la caída.

Dani se escapó de las cuerdas con impaciencia, con movimientos agresivos, haciendo sus típicos aspavientos que tanto me solían divertir, solamente que esta vez pude observar su rostro conteniendo el dolor y no me hizo ninguna gracia.

—No digas lo siento, preciosa... ¡Nos has liberado! —dijo intentando sonreír. La sonrisa se le atascó y se llevó una mano al hombro que había recibido el golpe.



Yo recogí mi abrigo del suelo y me lo volví a poner, aunque a decir verdad, la estancia era cálida, a pesar del frío que hacía en el exterior.

—No sería mala idea forrar las casas con bloques de heno, ¿eh? —dije—. Lo último en aislamientos.

—Ya te digo... Intenta abrir la puerta —dijo Dani mientras se acercaba a la mesa para investigar el contenido de las carpetas y las hojas.

Me acerqué a la puerta, pero estaba cerrada con llave.

—Cerrada —dije lacónicamente.

Dani se acercó rápidamente e intentó forzar la puerta.

—¡Ábrete! —gritó con rabia, mientras la sacudía, golpeaba y daba patadas. La puerta no colaboró.

Yo miré a mi alrededor intentando pensar en otra manera de salir de allí. ¿La ventana? Di tres zancadas hasta llegar a ella y comprobé que se abría hacia dentro.

—¿Y si conseguimos mover estos bloques de heno? —dije, esperanzada.

Dani se quitó el abrigo y lo dejó sobre la mesa.

—Déjame ver... —dijo, mientras palpaba la pared de heno. Forzó sus dedos a entrar en la bala central para poder agarrarla. La paja estaba muy comprimida y resultó un tanto difícil conseguirlo, pero cuando ya tenía los dedos literalmente «hincados» en el bloque, empezó a tirar hacia dentro.

—Esto... no... se... quiere... mo...ver... —dijo entre jadeos y gruñidos, apoyando sus pies sobre la pared para poder hacer de palanca.

—A saber cuántos bloques hay por encima —dije—. ¿Cuánto pesará cada bloque?

—¡Yo qué sé! ¡Entre veinte y cincuenta kilos, supongo!

—¿Quieres que te ayude?

—¡Espera! Creo que se está moviendo...

Dani siguió tirando de la bala de heno con todas sus fuerzas. Sabía que le estaba resultando sumamente doloroso, porque había dejado de fingir y tenía el rostro contorsionado por el dolor, pero no dejó de intentarlo. Poco a poco estaba consiguiendo sacar la bala de heno. O sea, introducirla dentro de la caseta. Quise ayudarle pero no había espacio suficiente para mí.



De repente escuchamos al fuego. Antes solamente habíamos oído el humo, pero ahora pudimos escuchar las llamas engullir la paja. Esto ya era demasiado peligroso. ¡Estábamos atrapados! ¡Si no conseguíamos salir inmediatamente, moriríamos asfixiados o quemados! ¡Yo no quería morir! Me quité el abrigo porque había empezado a sudar y caí de rodillas para hablar con Dios. Tenía la mente en blanco y no supe qué decir, pero entonces me vino a la mente un versículo de la Biblia que teníamos enmarcado en el salón, encima de mi piano, y me aferré a esa promesa. Se trataba de Jeremías 29, verso 11. «*Yo sé los planes que tengo para ti. Planes de bien y no de mal, para darte el futuro que esperas.*»

Yo había leído ese versículo mil veces y siempre me había reconfortado. Dios planeaba cosas buenas para mí, jamás malas. Mis padres me lo habían regalado cuando se fueron a Benín: las letras sencillas, de color marrón sobre un papel crema, y el marco de madera oscura. Me lo dieron en el aeropuerto, antes de marchar, después de abrazarme y decirme que me amaban y que estaban orgullosos de mí. En cuanto llegué a casa, lo coloqué en el lugar más especial que se me ocurrió, sobre mi piano.

Ahora tenía la mente en blanco y las palabras se me atragantaban, pero recordé esas palabras y me aferré a ellas. Me encantaría decir que consiguieron tranquilizarme y que pude conservar la calma, pero no fue del todo así. Yo seguía aterrorizada porque no quería morir. Sí, sabía que si moría iría con Dios y que sería más feliz de lo que jamás hubiera imaginado, pero... no quería. Todavía no.

Levanté la cabeza y abrí los ojos. Me puse de pie. No habían transcurrido ni cuarenta segundos y Dani seguía luchando con la bala de heno, pero ya estaba casi dentro. Como había conseguido meter la mayor parte del bloque, decidí ayudarle, pues ahora ya no le estorbaría. Dimos un fuerte tirón y lo conseguimos. La bala de heno cayó dentro del habitáculo, y los bloques que se apoyaban sobre ésta, por fuera, cayeron desequilibrados. Dani cogió una de las sillas y la introdujo por la ventana, intentando empujar hacia fuera los bloques de heno que ahora yacían en desorden. Consiguió atrapar otro bloque de heno y lo introdujo por la ventana sin complicaciones. Al hacerlo, más bloques de heno se desestabilizaron.

—¡Veo el exterior! —gritó Dani, entusiasmado. Había un hueco de unos diez centímetros.

—¡Gracias, Dios! —grité yo. Dani me giró la cabeza para mirarme y me guiñó un ojo.

—Ayúdame a coger más balas de heno. Cuantas más introduzcamos, mejor.



Íbamos ya por la tercera bala de heno cuando escuchamos las sirenas.

—¡Es la Guardia Civil! —gritó Dani, el alivio en su voz evidente.

—¡¡EEEHHH!! —grité a pleno pulmón—. ¡ESTAMOS AQUÍ!

Dani sacudió la cabeza.

—Las llamas hacen demasiado ruido. ¡Tenemos que encontrar algo para llamar su atención!

Volví a inspeccionar la caseta, desesperada. El calor se había vuelto insoportable y por algún sitio estaba entrando humo. Teníamos muy poco tiempo.

De repente vi una escoba que se me había pasado por alto. Estaba en un rincón, como si nada. Como si no fuese a salvar nuestras vidas. Di dos zancadas hasta llegar al rincón, agarré la escoba, y se la di a Dani.

—¡Sácalo por el hueco! ¡Llamará su atención!

Dani lo cogió, pero antes de sacarla por el hueco se quitó la sudadera y luego la camiseta blanca que tenía debajo.

—No creo que *eso* haga falta... —dije, atontada, sin poder quitar mis ojos de su pecho desnudo. Aunque Dani era menos musculoso de lo que aparentaba en las películas, tenía un pecho y una espalda muy bien definidos.

—Luego te doy un autógrafo, si quieres —bromeó Dani, porque mi reacción fue obvia.

Solté un bufido e intenté disimular mis sentimientos ayudándole a atar la camiseta al palo de la escoba. Supuse que el blanco de la camiseta sí ayudaría.

Dani sacó el palo por el hueco y empezó a moverlo con energía.

—¡ESTAMOS AQUÍ! —gritó.

—¡ESTAMOS AQUÍ! —grité yo, aunque mi voz se perdía en la noche.

Gritamos durante un minuto, siempre moviendo el palo de la escoba y negándonos a creer que no nos descubrirían. En la escuela te enseñan que un minuto se compone de sesenta segundos, pero deben ser muchos más cuando tu vida está en juego.

—¿Hay alguien ahí? —dijo una voz desde el exterior.

A mí se me saltaron las lágrimas al instante.



—¡Sí! ¡Somos dos! ¡Carla Fernández y Dani Carreras!

De inmediato procedieron a nuestro rescate. Tardaron poco en despejar los bloques de heno que nosotros ya habíamos desmoronado, y una vez limpiado el terreno, nos ayudaron a salir por la ventana. Todo fue hecho con mucha prisa y mucho peligro porque las llamas estaban engullendo el heno y los bomberos aún no habían llegado. Cuando conseguí salir por la ventana y respiré el aire limpio, creí que me desmayaba.

Escuché un estruendo y levanté la cabeza justo a tiempo para ver la montaña de heno colapsarse y arder con rabia.

—¡Dani! —grité, asustada. ¿Habría conseguido salir?

Dos guardias civiles salieron corriendo de entre las llamas, arrastrando a un tercer hombre. Me levanté de un salto y fui hacia ellos.

—¿Estáis bien? —conseguí decir.

—¡Por los pelos! —dijo uno de los guardias, aturdido y conmocionado por haber estado tan cerca del desastre.

Dani gimió y contuvo una mueca de dolor, pero consiguió levantar la cabeza y dedicarme una sonrisa.

—¡Lo hemos conseguido! —dijo, antes de desmayarse.

La zona no tardó en llenarse de policías, bomberos, ambulancias, periodistas y curiosos. La noche quedó iluminada por los faros de los coches y los flashes de las cámaras. Intentaron llevarme en ambulancia sin ofrecerme explicación alguna, pero me negué a ir con ellos hasta que me dijeran qué había ocurrido con Diego, y si habían conseguido atrapar a los ladrones. Al final me dijeron que Diego estaba fuera de peligro, rumbo al hospital. Era una herida de bala limpia que no daría complicaciones. Los ladrones no le habían descubierto. Y sí, habían detenido a cinco hombres esa noche, entre otros, al jefe de la banda, que resultó ser el recepcionista del hotel. Los resultados habían sido satisfactorios.

Tras recibir esa información, me relajé y permití que me llevaran al hospital.



Cielo estrellado

Rebeca Byler

Creo que me administraron algún sedante porque me quedé dormida de inmediato.



Martes
«Que te vaya bien»

Desperté en la cama del hospital con un sobresalto. No sabía qué hora era, pero el sol que entraba por las rajadas de la persiana mal cerrada brillaba con fuerza. Supuse que sería uno de esos días maravillosos de invierno en Burgos en los que el cielo está absolutamente azul y limpio, y la luz es tan fuerte que, si quieres, te olvidas del frío que en realidad sabes que hace. Me enderecé en la cama y comprobé que ya me habían traído el desayuno. Sonreí. Era mi segunda vez en un hospital en tan sólo dos semanas. No podía continuar con este ritmo.

Alargué el brazo para alcanzar el carrito del desayuno, levanté la tapa e hice una mueca. Hoy desayunaría café de «sobre», galletas María y un pedazo de pan blanco con mermelada de... ¿melocotón? Bueno, no estaba tan mal, supuse.

Estaba preparándome el café cuando entró una enfermera.

—¿Cómo se encuentra? —me dijo mientras subía las persianas con energía.

—Bien, bien... —dije, pues en realidad no me había ocurrido nada—. Ni siquiera sé por qué me ingresaron.

—Por precaución, supongo —me respondió ella mientras volvía hacia la puerta—. Le darán el alta esta mañana, no se preocupe, pero deberá esperar a que pase el médico. Mientras tanto, relájese y disfrute.

Que disfrute, repetí con sarcasmo mientras volvía a contemplar mi escaso desayuno. En lo tocante a desayunos soy más inglesa que española. Siempre me alucina cómo un español puede pasar seis horas de la mañana con un simple café y



(quizás) una galletita.

Después de terminar el desayuno y tras esperar media hora, decidí que estaba aburrida y que necesitaba algo de entretenimiento. Me debatí entre vestirme o no, pero opté por no hacer nada hasta recibir las órdenes del médico (me constaba que eran muy estrictos con esa clase de cosas y a esas alturas de mi vida prefería evitar altercados, por muy insignificantes que fueran). Llevaba puesto un camión rosa pálido que se abotonaba por delante, tan desgastado que era prácticamente transparente (pero sin ningún atractivo). Recordé vagamente que al llegar al hospital necesité ayuda para quitarme toda la ropa y ponerme lo que ahora llevaba puesto. Supuse que mis cosas estarían en la única estrecha taquilla de metal que había en la habitación, y así fue. Saqué mi bolso y lo coloqué encima de la cama. Cogí mi móvil y me sentí decepcionada al descubrir que no tenía ninguna llamada perdida. Mis pensamientos directamente fueron a mi amiga Eva, mi compañera de piso, mi casi hermana. ¡No me había llamado! ¿Qué se creería que estaba haciendo yo? ¿Se pensaba de verdad que estaba teniendo un romance (o peor, ¡una aventura!) con Dani Carreras y que por eso no había regresado a casa para dormir? Porque, que yo supiera, hasta sólo hacía una semana ella sabía perfectamente bien que yo era una chica con principios bien arraigados (principios retrógrados para muchos, pero *mis* principios, en cualquier caso). ¿Cómo se le ocurría pensar *eso* de mí? Me sentí enfurecida por su falta de atención, por su manera de juzgarme y de hacer que me sintiera mal. Empecé a darme cuenta de que necesitaba separarme de ella, porque de alguna manera, sin que yo me diera cuenta, me había estado manipulando y consiguiendo todo lo que quería de mí. Me absorbía. Dudaba mucho que ella jamás aceptara que yo encontrara un hombre antes que ella (y esto era un «supuesto» porque yo, huelga decir, aún no había encontrado a ningún hombre). Pero no se lo tomaría nada bien, eso estaba claro. Ella pondría el grito en el cielo, me haría sentir como una traidora, una desertora, y yo terminaría creyéndomelo y fastidiando mi oportunidad de encontrar amor y satisfacción en esta vida. Moriría vieja, soltera y amargada, y todo por su culpa. Por mi amiga absorbente y manipuladora. Por una amiga que ni siquiera llamaba para comprobar que estaba bien cuando descubría que no había regresado a casa para dormir.

Me sentí indignada y triste, y volví a recostarme en la cama. Puesto que estaba sola y no tenía nada que hacer, cerré los ojos y me volví a dormir.

Desperté con el ruido de varios médicos entrando en la habitación. Yo abrí los ojos con pereza y me entró la risa tonta al ver la absurda seriedad que traían



todos consigo. Intenté que no se me notara mientras me enderezaba y me sentaba en la cama.

—¿Qué tal se encuentra, Carla?

—Estoy muy bien, gracias...

—¿Dificultades para respirar? ¿Picor en la garganta? Nos preocupaba que hubiese inhalado demasiado humo —dijo mientras se acercaba a mí y me palpaba el cuello con sus delicados dedos.

—No, estoy bien —aseguré.

—Abre la boca.

Lo hice. Después me auscultó, y tras preguntarme varias cosas y recibir respuestas satisfactorias, me dijo que me daban el alta. Tendría que esperar una hora para recibirla, suponía.

—¿Cómo está Diego? ¿Puedo ir a verle? ¿Y Dani Carreras? ¿Dónde están?

—Lo siento pero no podemos decirle nada sobre otros pacientes.

—¿Ni si quiera dónde están?

Los médicos se miraron entre ellos y uno de ellos se encogió de hombros.

—Deben de estar en una clínica privada —dijo.

Abrí los ojos con sorpresa y tragué saliva. ¿Así que yo estaba aquí, sola?

Los médicos salieron por la puerta y yo me quedé en habitación con una de las peores sensaciones que había tenido nunca. Me sentí abandonada. Me sentí sola y desamparada, y aunque intenté no llorar, no pude evitar derramar unas cuántas lágrimas. Fruto del cansancio, suponía.

Decidí que ya podía vestirme y lo hice en menos de tres minutos. Pero en cuanto lo hice, decidí ducharme, para matar el tiempo, así que volví a desvestirme. Me introduje en la vieja ducha del hospital público donde los famosos nunca irían pero donde acababan todos los plebeyos como yo. Había una botella grande de champú/gel del baño todo-en-uno, que por cierto, olía muy bien, y dejé que el agua caliente se llevara todas mis penas. No se llevó mis penas, pero las acarició y convirtió en más llevaderas. Poco después, me vestí y me senté en el maltrecho sillón de cuero que custodiaba mi cama.

Mi carta con el informe médico y el alta no tardó en llegar. Puesto que estaba



sola y desamparada, salí del hospital sin pena ni gloria, sin un adiós ni un te quiero. Pero cuando cruzaba la puerta del hospital y el viento frío me volvió a la realidad, escuché un susurro en el fondo de mi espíritu que me decía: «*Planes de bien y no de mal*».

Eso, y sólo eso, consiguió sacarme una sonrisa.

Eva no estaba en el piso. Decidí que ya era hora de llamar a mi madre y contarle todo lo que me había ocurrido, así que lo hice y estuve una hora hablando con ella. Se puso muy nerviosa cuando escuchó todo lo que me había pasado, tanto que dijo que iba a coger el primer avión que volara a Madrid. La noté muy afectada. Yo le dije que eso no era necesario, que ya se había terminado todo y que ya no corría ningún peligro, pero ella me dijo que no fuera tonta, que no había que ser un genio para saber que la necesitaba. Cuando volví a decir que no era necesario, me dijo:

—Niña, llevo dos meses echándote tanto de menos, que me duele. No pienso dejar pasar esta oportunidad. ¡Y cuando le cuente todo a tu padre, no quiero ni pensar en lo que hará!

—¿Pero y qué pasa con los niños?

—¡Se las arreglarán perfectamente bien sin mí! ¡Para eso tenemos un equipo! Además, odio no poder verte en Navidad, así que no se hable más. Llegaré en cuanto me sea posible, ya sabes que estos viajes son una odisea.

Yo sonreí mientras el sentimiento de abandono se evaporaba y un calorcillo agradable se instalaba en mi corazón.

—Vale, mamá. Ya me dirás la fecha exacta y todo eso...

—¿De verdad has salido en las revistas del corazón? —me dijo con una risilla sorprendida antes de colgar.

—Sí, mamá. Varias veces... y todavía no he visto la prensa de hoy, pero estoy segura de que he vuelto a salir. Es alucinante.

Colgué con la carcajada de mi madre resonando en mi cabeza.

Escuché la llave girar detrás de la puerta y Eva no tardó en asomarse.



Cuando me vio, se quedó parada en la entrada, sin saber qué hacer ni qué decir, y eso ya era un espectáculo de por sí. Me hizo gracia y se me escapó una sonrisa, y me di cuenta de que no le guardaba rencor. Hablar con mi madre me había quitado la auto-compasión y todos los malos sentimientos.

Entonces Eva tiró al suelo su bolso y todo lo demás que llevaba (¿unas revistas?) y se me lanzó al cuello.

—¿Estás bien? —dijo entre sollozos mientras me abrazaba con fuerza.

Le devolví el abrazo.

—Sí, gracias a Dios estoy bien. Por los pelos, pero estoy bien.

Soltó mi cuello y me miró con gravedad.

—Carla, necesito pedirte perdón. Llevo toda la tarde y toda la noche enfadada contigo, sintiéndome ultrajada y traicionada, pensando lo peor de ti... —(sollozo)— y cuando he ido a comprar el pan y he pasado por el kiosco y he visto los titulares casi me desmayo y me he dado cuenta de que no he sido justa contigo, de que estaba celosa y confundida por todo lo que está ocurriendo, y que casi te pierdo, y no sabía dónde estabas, si estabas bien o no, porque aquí no pone nada de tu paradero, solamente dice que alguien había recibido una herida de bala y que todos estabais en el hospital, y que había habido un fuego, pero no especifican nada, y entonces empecé a temerme lo peor y pensé que quizás nunca volvería a verte, que te habías quemado, y además ayer cuando te fuiste casi corro detrás de ti para decirte que en realidad no estaba tan enfadada contigo —(sollozo fuerte y descontrolado)— sino conmigo misma porque mi vida es muy extraña y me ocurren cosas que no estaban previstas y no sé muy bien qué hacer con lo que está ocurriendo, pero...

Conseguí callarla poniendo mi mano en su boca.

—Estoy bien, Eva. Tranquilízate.

Eva se calló de golpe y entonces empezó a reírse a carcajadas.

—¡Estoy loca! ¡No paro de hablar porque estoy nerviosa!

¡Carcajadas! La verdad es que su risa siempre ha sido muy contagiosa. Eva es de esas que cuando se ríe, el mundo entero ríe con ella.

Recogí las cinco revistas del suelo y torcí el gesto. Ocupábamos la portada de tres de las revistas más populares del cotilleo, y aparecíamos como titular secundario en las portadas de las otras dos.



—Me he gastado un dineral en las revistas, no te creas —dijo Eva.

Volvimos a estallar en carcajadas.

—¡Esto es horrible! —dije, con asombro, cuando conseguí dejar de reír. La foto que había conseguido ser portada de las tres revistas era una que recogía el momento en que los policías medio arrastraban a Dani fuera de peligro y yo corría a él para asegurarme de que estaba bien.

«DANI CARRERAS DESAFÍA A LA MUERTE. El famoso actor español es pieza clave en el desmantelamiento de una peligrosa red de tráfico de obras de arte», decía uno de los titulares. Otro decía: «CARRERAS CONTRA MAFIA. El actor y su novia tuvieron que ser hospitalizados tras protagonizar una historia real sin efectos especiales, donde no faltaron los tiroteos ni los intentos de asesinato.»

—¡La mafia! ¡Qué cutres! —murmuré entre dientes mientras iba a por el siguiente, ignorando a propósito el título de «novia» que me habían conferido.

«DANI CARRERAS EN EL HOSPITAL TRAS UN ENCUENTRO CON MALHECHORES. A la espera de recibir noticias, se sabe que varios de sus acompañantes recibieron heridas de bala y quemaduras graves.»

—¡Uy! ¡Pero si nadie resultó quemado! —dije, ofuscada.

—¿De verdad? Fue cuando leí ese titular que me derrumbé.

—En realidad no sé cómo están ni Diego ni Dani —la voz me tembló al decirlo y a Eva no se le escapó.

—¿Y eso?

—A ellos les han llevado a una clínica privada. Ni siquiera me han dicho dónde.

—¡Pues qué canallada! ¿Casi mueres por su culpa y te destierran al hospital de los pobres? ¿Es eso justo?

—Lo de «por su culpa» habría que matizarlo... —dije en voz baja y con tono inexpresivo—. Se podría decir que yo he tenido mucho que ver con todo.

Eva sacudió la cabeza sin creérselo.

—De eso nada. Te conozco demasiado bien y eres la persona más sensata del mundo. Jamás te habrías involucrado en esto si no hubieses sido forzada a ello.

—Ya. Esa *era* yo —dije, aún con tono inexpresivo—. Por lo visto ya no soy



así.

Eva me miró con guasa.

—¿Que por lo visto ya no eres así? Lo que tú digas...

—Espero que estén bien... —dije, realmente preocupada. La última vez que los había visto estaban fatal: Diego estaba herido de bala, retorciéndose de dolor, pálido y asustado, y Dani se acababa de desmayar por haber inhalado demasiado humo.

—Pero bueno, no puedo creerme que no te hayan dicho nada, que no te hayan llamado, que no se aseguren de que estés viva... ¡Podrías estar agonizando en el hospital y ellos sin inmutarse!

Me encogí de hombros. No quería volver por el camino de la auto-compasión. Acababa de salir de él.

—¿No les vas a llamar?

—No lo sé. Acabo de llegar a casa y lo que realmente quiero es sentarme en el sofá y no hacer nada ni pensar en nadie...

Eva me miró con aire de sospecha.

—A ti te ocurre algo... —dijo, entrecerrando los ojos.

Intenté sonreír.

—Me ocurren demasiadas cosas.

Me senté en el sofá y cerré los ojos. Me ocurrían demasiadas cosas... o mejor dicho, me *habían ocurrido* demasiadas cosas. Tenía las emociones a flor de piel y no sabía cómo tratar con ellas. Normalmente las tenía mucho más enterradas, cómodamente instaladas en el fondo de mi alma, sin tener que lidiar con ellas. Ahora mismo sentía demasiadas cosas y no sabía qué se suponía que debía hacer. Continué con los ojos cerrados, aunque sólo fuera para disimular las lágrimas que intentaban asomarse. Ni siquiera sabía por qué tenía ganas de llorar. Estaba demasiado cansada...

Eva decidió ser una buena compañera y mantuvo la boca cerrada, seguramente intentando darme un respiro. La sentí sentarse junto a mí y ojear una de las revistas. Al poco rato empezó a resoplar y a hacer delicadas exclamaciones que denotaban a veces asombro y otras, espanto. Lo hizo tantas veces y tan seguidas que decidí que se lo contaría todo, aunque solamente fuera para hacerla



callar. ¡A saber qué es lo que decían las revistas! Se lo contaría todo, y así, quizás, yo me sentiría mejor.

Dos horas después, ella permanecía sentada en el sofá con los ojos clavados en mí. Tenía en sus manos una taza de té hirviendo y permanecía callada, sentada con rigidez sobre el sillón, con las piernas elegantemente entrelazadas. Se había quedado sin habla. Era absurdo, pero tan divertido... verla callada, sin nada que decir.... quieta, mirándome fijamente.

—Estás en shock —dije, al fin, para romper el silencio.

Al principio de mi narración, Eva no había hecho más que interrumpirme: *¿Pero qué te dijo exactamente? ¿Y cómo era? ¡No me digas! ¿Me lo estás diciendo en serio? ¿Tú dijiste eso? ¿Qué? ¿Cuándo fue eso? ¡No me lo puedo creer!*, y un largo etc. Pero a partir de la segunda mitad de mi relato, empezó a quedarse sin habla. Solamente me miraba con los ojos agrandados, asintiendo, negando o meneando la cabeza, según se diera el caso.

Le conté cómo me secuestraron, dónde fuimos a parar, dónde dormimos, qué comimos, cómo llegamos al pueblo y lo que nos ocurrió allí, cómo dimos con los guardias civiles y lo que ocurrió a continuación. Le hablé de cómo era Dani, con sus cambios de humor, la vulnerabilidad que intentaba esconder pero que yo claramente percibía... Le conté que luego fue él quien me llamó para pedirme ayuda en la fiesta, lo que hice allí, lo que vi y descubrí... y le conté todo lo que había ocurrido el día anterior, desde cómo descubrí que el recepcionista estaba implicado, hasta el momento en que por fin Dani y yo conseguimos escapar de la caseta en llamas. Lo único que no fui capaz de contarle fue lo de los besos, porque ese era un tema demasiado complicado.

—Estás en shock y me estoy empezando a preocupar — volví a decir.

Eva ladeó la cabeza y me miró con interés.

—No te conozco —sentenció.

Pues vale, pensé con resignación.

—La Carla que creía conocer jamás se habría metido en tantos problemas.



Sonreí con descaro.

—Los problemas vinieron a mí, yo no fui corriendo hacia ellos. ¿Qué querías que hiciera? No tuve más opción que desenmascarar a los malos.

Ahí ella me dio la razón:

—¡Y lo has hecho, querida! ¿Te dedicarás a la investigación criminal a partir de ahora?

Solté una carcajada.

—Quita, quita... con una aventura me vale.

Eva dio un sorbo a su té caliente, y luego me dijo con tono seductor:

—Te pagarían una pasta por ese relato.

No contesté. Eva tenía razón y seguramente alguien acabaría llamándome para ofrecerme dinero por contar la historia más increíble jamás vivida.

—¿Cuánto crees que estarían dispuestos a pagar?

Eva se hizo la sorprendida.

—¿Te vas a vender?

Me reí con aire travieso mientras me levantaba del sofá para dirigirme a la cocina. Me había entrado hambre.

No fue hasta las seis que recibí su llamada.

—¿Quién es? —preguntó Eva.

La vi ponerse pálida y cerrar los ojos con teatralidad.

—Un momento, Dani Carreras —susurró al teléfono—. Ahora mismo se pone.

—Es Dani Carreras —me dijo, como si no la hubiese oído.

Agarré el teléfono fingiendo indiferencia.

—Hola, Dani —dije con el corazón retumbándome en el pecho.

—¿Cómo estás? —me preguntó con tono cuidadoso.



—Estoy bien. Me dieron el alta a eso de la una y media, y regresé directamente a casa. ¿Vosotros qué tal estáis?

—Diego está bien. La bala le atravesó el antebrazo, pero gracias a Dios no tocó ningún tendón. Tampoco perdió demasiada sangre, así que todo bien. Dicen que dentro de unas semanas estará como nuevo.

—¡Qué alivio! —dije con sinceridad. Había estado muy preocupada por él. Si le llegara a pasar algo grave (algo *peor*, quiero decir), me sentiría completamente culpable. Bueno, en realidad yo *ya* me sentía culpable. Todo había sido culpa mía.

—¿Tú qué tal? —dije, tanteándole.

—Estoy perfecto.

—Te desmayaste —dije.

—Bueno, bueno... realmente no me desmayé. Me mareé un poco, eso es todo. Había respirado mucho humo.

Sonreí.

—¿Y ya estás bien?

—Sí, sí... no fue nada.

—Pues menos mal...

—Escucha —me dijo con evidente malestar—, he estado dormido hasta hace un par de horas. No sabía que no estabas en esta clínica, con nosotros.

¿Se estaba disculpando?

—Ya...

—Me he enfadado muchísimo al enterarme.

—Bueno, no pasa nada. Si ni siquiera sé por qué me ingresaron. Por si acaso, supongo.

—¡Pero tú estabas sola! ¿O había alguien contigo?

—No... —dije con un hilo de voz—. Estaba sola.

Noté su mal humor a través de la línea de teléfono.

—¿Ahora qué haces?

—Estoy descansando, con Eva.



— ¿Ya habéis hecho las paces?

Sonreí débilmente.

— Sí... estamos bien.

— ¡Me alegro! Tu amiga es una buena chica... aunque me parece muy cruel que te haya dejado sola en el hospital todo el rato...

— Ella no sabía nada — dije en voz baja, pues no quería que Eva supiera que Dani hablaba de ella.

— ¿No? ¡Pues debería haberlo sabido!

Escuché voces y entonces Dani dijo con aire resignado:

— Selenita te manda recuerdos.

— ¡Ah! ¿Tu sirena está contigo? ¡Qué suerte tienes! ¿No me habrás llamado solamente para seguir haciéndole creer que hay algo entre nosotros?

— Por supuesto que no, cariño. Estaba muy preocupado por ti.

¿Cariño? Eso lo había dicho porque Selenita estaba con él. Me preguntaba cuánto duraría su engaño. Nadie se creería por mucho tiempo que había algo entre nosotros dos.

— Claro, por eso has tardado tanto en llamarme.

— ¡Te repito que acabo de despertarme!

— Hace un par de horas. Me lo has dicho antes. ¿Y si yo estaba moribunda? ¡Ya veo lo que te preocupas!

— Ay, muñeca, eres insaciable. Yo también tengo ganas de verte.

¿Qué?

— ¿Por qué dices eso? ¿Todavía sigue Selenita por ahí? ¡Dile que se vaya! ¡Quiero hablar contigo sin tener que soportar todas esas gilipolleces!

— ¡Carla! — dijo Eva, espantada por mi vocabulario. Me había olvidado de que estaba allí, agazapada, intentando no perderse la conversación. La pobre no daba crédito a lo que yo acababa de decir.

Dani, por el contrario, soltó una carcajada.

— Nena, creo que soy mala influencia para ti.

— No hay que ser muy inteligente para darse cuenta de eso — murmuré.



—Me alegra saber que estás bien, que estás en casa y que has hecho las paces con Eva. De ese modo podré irme sin sentirme culpable.

¿Irse? ¿Tan pronto?

—¿Te vas? ¿Y qué pasa con Diego? ¿Lo vas a dejar solo?

—Diego tiene a su novia. Ha venido para quedarse con él hasta que le den el alta, lo cual podría ser mañana, porque todo está bien. Yo me voy esta tarde para Madrid. Mañana por la mañana tengo una entrevista importante.

—¿Pero y la investigación?

—¿Qué pasa con la investigación?

—Habrá que ir a declarar, ¿no?

Dani soltó una risotada que me resultó irritante.

—También hay comisarías en Madrid. Si me necesitan, ya sabrán encontrarme.

—De acuerdo, pues adiós. Que te vaya bien.

Dani guardó silencio.

—Te llamaré dentro de un par de días, ¿de acuerdo? Para asegurarme de que estás bien.

—Dani, estaré perfectamente bien. ¿Por qué no iba a estarlo?

¿Y por qué me dolía el corazón?

—No conozco a nadie capaz de meterse en tantos líos.

—Pues eso no es verdad...

Dani tardó unos segundos en contestar:

—Lo que tú digas. De todas maneras, te llamaré.

—Pues vale. Adiós.

—Hasta luego.

Me quedé un rato con el teléfono en la mano. Dani se marchaba y yo me sentía abandonada. ¡Pero eso no tenía sentido! Eva esperaba pacientemente a que yo reaccionara y le contara la conversación. Al final intervino:

—¿Pero qué quería?



—Asegurarse de que estaba bien.

—Pues qué atento... —dijo Eva, con reverencia.

—¡De atento nada! ¡Llevaba dos horas despierto!

Eva entrecerró los ojos y me miró con suspicacia.

—Te noto rara.

Puse los ojos en blanco y decidí esconderme en mi dormitorio.

No salí de mi habitación hasta las ocho. Fui primero a la cocina y cogí una manzana, y luego asomé la cabeza en el salón. Y fue en ese momento cuando descubrí a Eva sentada en el sofá, llorando, con una almohada en el regazo.

Como no me había oído, me retiré de inmediato, sintiéndome terriblemente culpable. ¡Eva estaba llorando! ¡En silencio! ¡Sola! ¿Por qué lloraría?

En realidad yo ya sabía por qué lloraba. Lloraba por mi culpa. Porque había comprendido que Dani Carreras no iba a enamorarse de ella, porque su sueño se había estrellado contra el suelo, quedando roto en mil pedazos. Porque su mejor amiga, o sea yo, la había traicionado (de manera no intencionada). ¿Lloraría por algo más? ¿Habría notado mi confusión con respecto a Dani? Porque, tenía que reconocerlo, yo me sentía confusa. ¿Cómo no iba a sentirme confusa? ¡Era un hombre muy atractivo! ¡Era una estrella de cine! ¡Era divertido y agradable! ¡Sabía ser amable y hacerme sentir especial! ¡Me sentía muy cómoda con él! ¡Y me había besado (ya, ya... aunque solamente fuera para darle celos a su sirena)! ¡Me había besado y yo había sentido fuego en la base del estómago! ¡Había sentido su cuerpo caliente muy cerca del mío y me había gustado! ¿Cómo no iba a sentirme confusa? Dani Carreras me gustaba...

Y ahora Eva lloraba. ¡Claro que lloraba! Eva no era tonta y había intuido que mis sentimientos la traicionaban. Sentí una llamarada de ira contra mí misma, una furia explosiva dirigida a esos sentimientos triviales y falsificados que estaba empezando a sentir. ¡Pues no iba a continuar traicionándola! ¡Dejaría a un lado esos indeseables sentimientos! ¡Me olvidaría de Dani por completo! De todas formas, él, irremediablemente, se olvidaría de mí. Había dicho que me llamaría, pero lo dudaba.



Con esa nueva resolución en mente, regresé al salón haciendo ruido para darle tiempo a mi amiga a recomponerse. Cuando entré, ella había encendido la tele, se había acurrucado en una manta y evitaba mirarme con sus ojos enrojecidos.

—¿Te apetece ver una peli? —me dijo.

—Vale... —respondí, ansiosa por seguirle el juego—. ¿Qué te apetece ver? ¿Una romántica?

—¡Una romántica no, por favor! ¡No lo soportaría! —explotó.

Desde luego, mi amiga no sabía disimular ni aun queriendo.

—¡Pero si sólo tenemos románticas! —dije, fingiendo que no sabía que ella acababa de tener una grave decepción en el área del amor.

—¡De eso nada, por ahí abajo hay algunas de mi padre! Vamos a ver una de peleas y de tiros.

—De acuerdo, aunque te recuerdo que yo acabo de vivir una experiencia traumática que incluye peleas y tiros... Pero bueno, si insistes...

Eva se rió.

—No seas exagerada.

Levanté una ceja y sonreí con guasa.

—Me encantaría ver cómo reaccionarías tú si alguien te disparase con un arma. Habría que verte.

Eva soltó un bufido.

—Habría estado a la altura, no lo dudes.

Vimos una película de tiros y peleas, una de esas en las que no salen chicas ni en un segundo o tercer plano. Cuando estábamos por la mitad, durante una aburrida escena de tiroteos interminables, giré la cabeza hacia mi piano, y me fijé en el cuadro con el versículo que me habían regalado mis padres. *Planes de bien y no de mal.*

—Por cierto, viene mi madre a verme.



Una semana después «La vida normal»

Los cinco días que mi madre estuvo conmigo, disimulé. Fingí no sentirme aburrida y apática, desmotivada y ligeramente desarraigada. Supongo que se debía a la gran aventura que acababa de vivir: la vida normal resultaba tediosa en comparación.

Ella llegó diez días después de hablar conmigo por teléfono. No perdió el tiempo. Por lo visto hablaba en serio cuando decía que me echaba de menos, y ni un viaje tan complicado y duro como es viajar desde Benín la detuvo. En cierta manera me sorprendió que viniera porque siempre hemos sido muy independientes la una de la otra. Ella a sus cosas y yo a las mías, con llamadas de teléfono intermitentes y siempre sabiendo que nos queremos a rabiar, pero sin abusar. Pero mira por dónde, yo había tenido una semana desastrosa: me habían secuestrado, había recibido disparos, había salido en todas las revistas del corazón... oh, y me habían ingresado en dos ocasiones. Y mi madre vino a verme.

Me acompañó a comisaría las tres veces que tuve que ir: las mañanas del miércoles, jueves y viernes, desde las diez hasta prácticamente la hora de comer. Tuve que declarar, entrevistarme con varios inspectores, contar mi «testimonio» desde el principio hasta el final infinitas veces, reconocer fotos, etc. Lo típico, vamos. Lo normal del día a día (sarcasmo).

Me contaron que, en efecto, había habido un traidor entre ellos. Un chivato



que se había estado llevando un porcentaje de las ganancias a cambio de protección. Los guardias civiles estaban claramente incómodos hablando del tema y me dio la impresión de que eso les afectaba de manera personal. Se respiraba un aire de tristeza y derrota en lugar de la esperada euforia tras un caso cerrado.

Un día me encontré cara a cara con la señora de la limpieza del hotel. Yo estaba esperando en el pasillo a que me llamaran a declarar y de repente la señora salió por la puerta, y las dos nos sentimos incómodas y un poco asustadas. Ella era la culpable de todo lo que me había ocurrido (en cierta manera) pero yo me sentía culpable cuando recordaba cómo había actuado con ella durante la fiesta... ¿Cómo se me habría ocurrido correr detrás de ella y obligarla a confesar? Sacudí la cabeza mientras, asombrada, recordaba mi comportamiento. Ahora que había vuelto al mundo real, me resultaba inverosímil. Yo, verdaderamente, no era así. No entendía qué se había apoderado de mí.

Un chute de adrenalina, o algo así.

No tuve más remedio que ir a trabajar por las tardes. Hacía tres semanas que no trabajaba y volver a hacerlo me producía una pereza extrema. Pereza agravada por haber tenido que acudir a esas tediosas sesiones en comisaría, por las mañanas. Empecé a plantearme seriamente cambiar de profesión, sobre todo porque yo estaba más acostumbrada a trabajar por las mañanas, con adultos, pero las tardes las acaparaban los niños, y cualquiera puede imaginar que no es lo mismo.

Además, dondequiera que fuera, la gente se paraba a mirarme, me señalaba con el dedo, cuchicheaba y especulaba sobre mi relación con Dani Carreras. En el trabajo me aburrí de tener que desmentir nuestro romance. La foto del beso colgaba siempre del tablón de anuncios aunque yo siempre la retiraba, y un día me encontré con una fotocopia muy ampliada de la foto pegada en la puerta de la entrada, y en rotulador negro (y por encima, subrayado con rotulador fluorescente) una nota aparte que ponía: *She teaches here!* (¡Ella enseña aquí!).

—¿Qué? —se defendió mi jefa cuando protesté—. ¡Ni te imaginas la de publicidad que nos has creado!

—¿Y me subirás el sueldo, entonces? —murmuré mientras me dirigía a una de mis clases.

Ese día tuve que luchar con un grupo de niñas que habían aprendido mal la pronunciación de chocolate (debería ser algo como «*cho-clet*», pero ellas decían



«cho-co-le-it»). Habían mal aprendido la palabra en una serie de dibujos animados que supuestamente tenía como objetivo enseñar inglés a los niños.

Con los alumnos de la E.S.O me lo pasaba mejor, aunque no puedo decir que fuera capaz de introducir alguna idea novedosa en sus cabecitas. Ellos asistían a clase porque sus padres les obligaban, hacían los ejercicios sin pensar y me miraban con asombro si insistía en que me hablasen en inglés. Pero aun con todo, eran divertidos. Al final tuve que reducir mis expectativas para con ellos, y les dije que si aprendían a pronunciar la «y» (griega) como una «i» (latina) en lugar de una «ll», me daría con un canto en los dientes. Aprovecho para dar una pequeña disertación: *yellow* se dice «ielou» (no «lleiou»), *you* se dice «iu» (¡y no «llu»!), *yours* se pronuncia «iors» (no «llours»), y un largo etcétera. Algo tan simple se les escapa al noventa y ocho por ciento de los españoles, estropeando irremediabilmente el resultado de su conversación. Aprender a pronunciar la «y» (¡solamente eso!) tiene resultados extraordinarios en el habla de esta sencilla lengua.

Volvía a casa cansada y hecha polvo. Mi madre aprovechaba las tardes para quedar con amigas y amigos, para hacer algunos papeleos y para prepararnos a Eva y a mí deliciosas cenas que, supuse, recordaríamos con añoranza cuando ella se hubiese marchado.

Eva también llevaba a cabo su propia campaña de disimulo. Se reía y hablaba por los codos como siempre, pero yo intuía cierta tristeza en su mirada cuando ella no estaba alerta. Se iba a la cama temprano (quizás quería dejarme tiempo a solas con mi madre), se quedaba más tiempo en su habitación, y de vez en cuando la descubría en el salón mirando por la ventana sin fijarse en nada. Cada vez que lo hacía, yo sentía un pinchazo de tristeza (por ella), de rabia (por mí) pero también, y cada día que pasaba más, de rebeldía, porque no me parecía justo que yo tuviera que sentirme como una traidora por tener sentimientos.

El jueves de repente me di cuenta de que no había sabido nada de Josué en toda la semana. Se lo comenté a Eva con extrañeza, y ella se encogió los hombros y dijo que estaba muy ocupado con asuntos del trabajo.

—¡Pero ni siquiera ha venido a ver a mi madre! —comenté extrañada, porque él adora a mi madre.

—Bueno, la verá el domingo en la iglesia, ¿no? —dijo intentando mostrarse indiferente.



Yo entonces me puse alerta. Aquí pasaba algo.

—Supongo que sí... ¿pero por qué no viene a comer el sábado?

—¡Ya te he dicho que está ocupado! —explotó Eva, saliendo de la habitación.

Estuve tentada a llamarle para ver qué es lo que ocurría realmente, pero había aprendido una valiosa lección estas últimas semanas, y era a no inmiscuirme en la vida de mi amiga. Algo ocurría entre ellos dos, pero yo no tenía derecho a ir por delante intentando solucionar sus vidas, como si supiera lo que les conviene.

Me di cuenta de que mi madre también tenía unos deseos terribles de meterse en mi vida amorosa, pero es una mujer sabia que sabe cuándo callar. De todas formas, yo no tenía una vida amorosa, ¿pero qué podía pensar ella? Ella suponía que sí. Eva le había enseñado todas (¡todas!) las revistas en las que salíamos Dani y yo. Las casi veinte revistas estaban colocadas con reverencia, una encima de otra, sobre la mesa de centro del salón. Durante los primeros días intenté cambiarlos de sitio (debajo del sofá o al fondo del armario, por ejemplo), pero siempre terminaban regresando a la infame mesa de centro. Después de cinco veces, me rendí. Eva, con reverencia y con mucho más humor del que yo podía esperar (puesto que en las revistas quedaban registrados los acontecimientos que rompieron su corazón), enseñó a mi madre, por orden cronológico, cada foto y artículo donde salíamos Dani y yo. No sé qué pensaría mi madre de las fotos en las que Dani salía besándome en el centro de la sala de baile, pero yo me ruborizaba cada vez que las veía. Mi madre, después de ver esas fotos, estuvo toda la tarde mirándome con un brillo especial en los ojos.

Yo podría haber explicado todo: que no me besaba por placer sino para darle celos a su fabulosa Selenia, pero eso me hacía quedar tan mal, tan patética, ¡tan triste!, que decidí callar y que pensarán lo que quisieran. Decir que me había dejado utilizar de esa manera y que además me había gustado era inconfesable. También callé por Dani, porque por alguna razón no quería que pensarán que era un cretino que utilizaba a chicas como yo para conseguir lo que quería. ¿Por qué le encubría si en realidad me había utilizado? No lo sabía y prefería no ahondar en ello.

En cuanto a las demás fotos, las que nos hicieron después del fuego... sólo puedo decir que a una leona nadie toca sus cachorros, y que menos mal que los criminales ya estaban entre rejas.



Cada vez que veía las revistas colocadas en la mesita, recordaba que él aún no me había llamado. Habían pasado ya unos cuantos días y no había sabido nada de él. Nada.

Yo tenía su número y podía llamarle, pero todavía conservaba algo de orgullo. Si él no quería saber nada de mí, yo no iba a suplicar.

El domingo fuimos a la iglesia y mi madre predicó. Siempre ha sido una excelente predicadora, y yo me sentí muy orgullosa de ella. Al terminar la reunión la gente se agolpó a su alrededor, ansiosos por intercambiar alguna palabra con ella, darle un abrazo o decirle que les había encantado lo que había compartido.

El lunes por la mañana cogió un autobús que la llevó a Madrid, y de allí voló a Benín. Me produjo mucha tristeza saber que no la vería en Navidad, pero ya no me sentía tan abandonada. Pasaría las Navidades con Eva y su familia, y todo saldría bien.

Suponía.

Cielo estrellado



Rebeca Byler

DICIEMBRE



Un mes más tarde
«Beso de amor verdadero»

¿Eva estaba llorando?

Entreabrí los ojos mientras buscaba a tientas el interruptor de mi lámpara de noche. Gemí interiormente sabiendo que me esperaba una larga noche, porque si Eva estaba llorando, yo debía ir en su busca. Pero eran las cinco de la mañana y lo único que yo quería era dormir como cualquier persona. ¿Acaso era pedir demasiado? ¿Dormir ocho horas seguidas? ¿O siete? Últimamente me costaba quedarme dormida, y ese día había estado despierta leyendo *Cumbres Borrascosas* hasta las dos de la mañana. ¡La cabeza me estaba matando! Atrapé mis sienes entre mis manos mientras inspiraba hondo. Eva me necesitaba. Suspiré mientras me dejaba llevar por la tentación de fingir no haberla escuchado.

La escuché sollozar un poco más alto y supuse que lo estaba haciendo a propósito. ¡Quería que yo la escuchara! ¡Exhibía su tristeza con desvergüenza para torturarme! Su corazón sí que era *borrascoso*, musité con un poco de resentimiento. Pero como sobre mi alma caía el peso de la culpa, habiendo sido yo quien había echado a rodar las fichas que acabaron destruyendo sus sueños, hice acopio de valor y salí del calor de mi cama para enfrentarme a las frías penas de mi amiga. Lo hice a desgana, sin saber cuánto más podría aguantar. Eva había hecho un hábito de hacerme sentir mal. Pasaba los días suspirando con tristeza, mirando por la ventana con los ojos llorosos e incluso dando paseos por los parques de la ciudad en completa soledad. ¡Sola! Eso no era típico de Eva. ¡Ella nunca había paseado sola antes! Últimamente comía menos y me preocupaba que estuviera perdiendo peso. Me preocupaba pero también me enfurecía. Yo también me sentía



rota por dentro, y sin embargo me veía en la necesidad de enmascarar mis sentimientos y fingir que todo iba bien.

Gruñí, pero fui a ella. *Para eso están las amigas...*

—Eva, ¿puedo pasar? —dije con tiento detrás de la puerta de su habitación.

Después del sollozo más alto que puede emitir una mujer humana, contestó:

—Pasa, pasa...

Entré en su habitación con recelo. ¿Qué me haría? Estaba desquiciada. Su habitación estaba iluminada con la luz de numerosas velas esparcidas por cualquier sitio y la débil luz bailarina le confería un aire macabro. El desorden que reinaba en su cuarto era monumental y perdí la poca paciencia que me quedaba.

—¿Sabes que podrías provocar un incendio con tanta vela? —dije sin ocultar mi irritación.

Encendí la luz de su habitación, lo que provocó que ella diera un chillido y se cubriera la cara con la almohada.

—¡Apaga esa luz! ¡Me da dolor de cabeza! —protestó con voz moribunda.

Yo ignoré esa petición y empecé a apagar todas las velas.

—¡Hay demasiado humo! ¡Me voy a ahogar! —dijo entre llantos.

—Ah, de acuerdo —dije con fingida deferencia mientras abría las ventanas de par en par.

—¡Pero estás loca! —gritó, esta vez sin rastro de teatralidad. Por fin empezaba a reaccionar.

—Como has dicho que te ahogabas... —dije con inocencia, pero cerré las ventanas rápidamente porque el aire helado de una noche de diciembre en Burgos no es apto para hogares habitados.

Nos quedamos un instante mirándonos la una a la otra. Yo, sin intentar ocultar mi irritación, y Eva, por fin, con un rastro de arrepentimiento.

—¿Te he despertado? —dijo con un hilo de voz, toda inocencia.

—Sí, lo has hecho... —dije. Debería haber continuado tratándola con dureza, supuse, pero la culpabilidad me carcomía—. ¿Estás bien?

—¡Estoy fatal! ¡Nada en el mundo me había preparado para este dolor! —me dijo clavando sus ojos en los míos y con la voz rota por la emoción.



—¿Y qué quieres que te diga? —protesté con rabia mientras me cruzaba de brazos.

Eva se enderezó en la cama y extendió los brazos con exageración.

—¡Quiero que seas mi amiga! ¿Es que no te importa lo que me está sucediendo? ¿No quieres saber qué es lo que me pasa? ¡Estoy pasando por el momento más crítico de mi existencia y tú no tienes ni idea de lo que me ocurre! ¿Te das cuenta? ¡Cuando más falta me has hecho, no has estado!

¿Qué? ¡¿Quééééé?! Una ola de furia ciega se apoderó de mí: una emoción caliente, un temblor. ¡Qué falta de vergüenza! ¡Qué egoísmo! ¡Qué valor! Me la quedé mirando con indignación pero sin atreverme a abrir la boca. Lo que tenía en la punta de la lengua la iba a herir.

Respiré hondo recordando que yo sí que era una persona equilibrada, y luego la encaré:

—Yo también lo estoy pasando muy mal y a menos que me haya perdido algo, tú no te has interesado lo más mínimo.

—¿Pero qué me estás contando? —gritó con impaciencia—. ¿De qué me hablas?

Desde luego así no podía abrir mi corazón y expresar esos sentimientos que se habían apoderado de mí desde que había conocido a Dani Carreras. Así no.

—Nada... —susurré.

Como Eva no entiende las sutilezas ni sabe leer entre líneas, se creyó que yo no tenía *nada*. Descartó mis sentimientos como algo trivial y sin importancia y retomó el asunto de su vida, que era mucho más importante.

—Estoy hecha un lío. Creía tener toda mi vida diseñada a la perfección, y nada está saliendo según el plan.

—*Welcome to the world, girl* —dije. Bienvenida al mundo.

—Todo iba a ser perfecto: Dani Carreras me conocería, se enamoraría de mí y rápidamente pediría mi mano en matrimonio y nos casaríamos y seríamos felices con nuestros seis hijitos.

—¿Seis? No creo que puedas ni con uno... —murmuré entre dientes.

—Y ahora...



Ahora vendría la parte en la que su mejor amiga la traiciona y de alguna manera (aunque me preguntaba cómo) consigue que Dani Carreras no se enamore de ella.

Sin embargo Eva no dijo nada de eso, sino que me miró con especulación.

— Él me besó, ¿sabes?

Puse los ojos como platos. ¿La había besado? El corazón me dolió y me fijé que era un dolor físico, tangible. Cuando la gente dice «me duele el corazón» no es una metáfora. Es real.

— ¿Te besó? — conseguí decir, pero la voz se me estaba atragantando.

Eva se puso en pie sobre la cama y ahora yo tenía que levantar el cuello para observarla, como si hubiese llegado tarde a la sesión de cine y sólo quedaran las butacas de la primera fila.

— Me besó con posesión. Me acorraló con sus dos brazos fuertes, aplastándome contra la pared dominándome, poseyéndome...

— ¿Te poseyó? — dije con horror.

— ¡Es una manera de hablar! ¡Un beso de posesión! Pero nunca le había visto así: me miraba como si yo fuese la mujer más hermosa de la tierra, me hizo sentir deseada, sensual, atractiva... valiosa.

— Bueno, si te crees que eres valiosa porque alguien te de un beso, estás peor de lo que imaginaba — conseguí mascullar entre dientes.

— Me dijo que llevaba demasiado tiempo deseándome y que ya era hora de dejarme de tonterías. ¡Fue tan romántico! ¡Tan macho y yo tan femenina! ¡Y qué bien olía! ¡Qué fuerte que era! ¡Qué dureza bajo toda esa ropa! ¡Carla! — de repente se acordó de mí y me observó con asombro en la mirada—. ¡Yo no sabía que los besos podían cambiarle la vida a una persona!

Ahí yo me quedé sin habla.

— Carla — continuó diciendo con reverencia—. Me besó... y me gustó.

— Ya bueno...

— Me besó y me enamoró.

Los ojos de Eva brillaron con alegría.

— Pues...



—No hace más que llamarme e insistir en hablar conmigo, dice que no puede vivir sin mí, dice que me ama.

¿Qué?

Me la quedé mirando sin saber qué hacer ni qué decir, porque de repente tenía ganas de vomitar. Literalmente. Mi amiga estaba componiendo versos de amor delante de mí, subida a su cama como si fuera un escenario, y cada palabra formulada era un dardo envenenado que me enfermaba. Empecé a notar el sabor de la bilis en la lengua y un sudor frío se apoderó de mi cuerpo. Iba a vomitar en cualquier momento.

—El problema es que ahora que sé que él es el amor de mi vida, tengo miedo. Tengo miedo a perderlo, a echarlo todo a perder... ¡No me atrevo a enfrentarme a él!... ¿Carla? ¿Estás bien?

Yo negué con la cabeza mientras me llevaba la mano a la boca. Contuve una arcada y salí corriendo al baño. Llegué justo a tiempo para vomitar todo el contenido de mi cena en el retrete.

Eva me tocó la espalda desde atrás, apartándome el pelo de la cara mientras me observaba con preocupación.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó.

—Ahora mejor —contesté, mientras apartaba los lagrimones que surcaban mi cara—. Habrá sido algo que he cenado.

Eva me sonrió con humor, ternura y un poco de ensoñación.

—Anda, que desde ahora siempre que nos acordemos de cómo te conté mi amor por Josué, nos reiremos de tu reacción: te pusiste enferma.

La miré con estupefacción.

—¿Tan mal te parece? —me preguntó Eva con nerviosismo.

¿Qué había dicho?

—¿Has dicho Josué?

Eva me miró sin comprender. Debí de pensar que me faltaba un tornillo.

—¿Estabas hablando de Josué? —insistí con urgencia. *¿Josué?*

—¡Por supuesto que te hablo de Josué! ¿De quién si no?

Abrí la boca para contestar algo, pero no conseguí sacar ningún sonido



coherente. Eva estaba hablando de Josué. Yo acababa de vomitar mi cena (y por cierto, continuaba aferrada al retrete) y ella había estado hablando de Josué.

Conseguí levantarme y tras lavarme la cara con agua fría y enjuagarme la boca, dije:

—Eva, te voy a matar.

Eva me miró sin comprender.

—¿Qué he hecho ahora?

—¡Que qué has hecho! ¿Que qué has hecho? ¡Llevo un mes torturándome cada día, cada hora, cada minuto! ¡Literalmente torturándome por haber destruido tu «casi» relación con Dani Carreras, por haber roto tu corazón!... ¡Porque era obvio que tenías el corazón roto! Y... y... ¡y no has tenido la decencia de decirme que no sufrías por mi culpa! ¿Tú sabes lo mal que lo he pasado? ¡Sufriendo porque mi corazón parece haberse quedado sin motivación para vivir, y a la vez sufriendo porque te había hecho daño!

—¿Qué es eso de que te has quedado sin motivación para vivir? ¡Carla, me estás preocupando!

—No es nada... —dije, al instante lamentando haberlo dicho.

—¿Cómo que no es nada? ¡Ahora mismo vas a contarme qué te pasa! ¡Vamos a prepararnos un té!

—¿No deberíamos dormir? —dije, sabiéndome derrotada.

—Mañana es sábado y no trabajamos.

Asunto zanjado. Tomaríamos un té y hablaríamos.

La seguí a la cocina en un estado de estupefacción, intentando asimilar lo que acababa de descubrir.

—Espera un momento... ¿me acabas de decir que Josué te ha besado con ganas y que te has enamorado de él?

Eva giró la cabeza para lanzarme una mirada cargada de impaciencia.

—¿Pero no acabas de escuchar todo lo que te he dicho?

—Creí que te referías a Dani Carreras... —confesé.

Eva abrió los ojos con exageración y me señaló con el dedo índice.



—¡Ajáaaa...! ¡Tú...! ¡Tú...! ¡Ahhh! ¡Jajajajaja! —empezó a reírse de mí con descarada hilaridad. Yo hice una mueca de exasperación, pero no pude contener una sonrisa.

—No sé qué te divierte tanto... —dije fingiendo una dignidad que no sentía.

—¡Creías que Dani Carreras y yo...!

—¡Pero bueno! ¿Qué creías que creyera? ¿Cómo iba a imaginarme que hablabas de Josué?

Eva me entregó una taza de té y me guió al salón a empujones. Cuando estábamos sentadas en el sofá me miró con una expresión de sabelotodo, y dijo:

—Carla, yo jamás me metería entre tu chico y tú. *Sisters before misters.*

—No sé de qué me estás hablando —repuse secamente.

—Estoy hablando de que te gusta Dani Carreras. ¡No lo puedes negar! ¡Jajajajaja! —empezó a dar palmaditas mientras saltaba (sentada) sobre el sofá—. ¡Te gusta! ¡Te gusta! ¡Te gusta!

—Eva... no sé si me gusta o no...

—¡Te gusta y eso es definitivo! Vomitaste porque creíste que me había poseído.

—Puff... qué exagerada eres —dije, apartando la vista de ella para disimular el rubor que cubría mi rostro.

—Carla, es normal que te guste. Es un hombre de lo más atractivo. Lo encuentro deliciosamente divertido porque llevas toda tu vida metiéndote conmigo por ese enamoramiento juvenil que tuve hacia él, y ahora tú...

¿Enamoramiento juvenil? ¿Y hablaba en un pretérito perfecto como si de un pasado lejano se tratase? ¡Qué valor!

—Eva, no es para tanto... —dije sin fuerzas. En realidad no sabía si era para tanto o no. ¿Cómo se sabía eso? No había ningún manual que explicara cómo descifrar las emociones ambiguas que últimamente experimentaba. Sinceramente, no sabía qué era lo que sentía.

—Siento no haberme dado cuenta antes —me dijo en tono afectuoso, como si fuese mi abuela.

—No sé de qué me hablas... —dije con humor. La verdad es que la situación



era cómica. Se me escapó una risita divertida, de esas que comienzan por lo bajito y terminan en carcajada.

Eva no tardó en acompañarme, ella con esa risa seductora y cálida, esa risa que hace vibrar al mundo.

— Ahora cuéntame otra vez cómo es eso de que Josué te ha besado y te has enamorado.

Eva dejó de reír al instante y recuperó el drama. Se echó las dos manos a la cara, e inclinándose hacia delante me dijo:

— Estoy aterrorizada. ¿Y si no le gusto?

— ¿Estamos hablando de Josué, no es cierto?

— Exacto. ¿Y si la fastidio? ¿Y si él no quiere nada más?

— Eva, Josué lleva mucho tiempo sintiendo «algo» por ti...

— ¿«Algo»? ¡Yo necesito que se muera de amor por mí, no que sienta «algo»! ¡Algo y nada son prácticamente lo mismo!

Esta chica me iba a sacar de mis casillas.

— ¡Está bien! ¡Te quiere! Yo ya lo he hablado con él, y el tío está hasta los huesos por ti. ¡Te ama! ¡Está loco de amor!

Eva me miró con vulnerabilidad.

— ¿Seguro?

— Segurísimo. Te lo prometo.

— Llevo tres semanas sin contestar sus llamadas, sin hablar con él... — empezó a sollozar —, sin atreverme a enfrentarme a él. ¿Y si ahora se ha buscado a otra? ¿Y si se ha dado cuenta de que no merezco la pena?

— Eva —dije con ternura porque la ocasión lo merecía—, tú sí mereces la pena.

Eva se secó las lágrimas con unos pañuelos que tenía en la mesita de noche y se sonó la nariz con rabia. Luego se quedó un rato en silencio con los ojos fijos sobre el suelo de madera desgastada, aunque supuse que sus pensamientos habían volado mucho más lejos. Yo aproveché esos instantes para intentar asimilarlo todo. ¿Eva por fin se había enamorado de Josué? ¿Yo llevaba semanas atormentada por algo que no era real? ¡Sorprendente!



—Llorabas por Josué... —dije con asombro, más para mí que para ella.

Ella por fin desconectó la mirada del suelo y me observó con resolución en los ojos.

—Le voy a llamar ahora mismo.

—Eva, son casi las seis de la mañana. Déjale dormir—. *Por lo menos que alguien pueda dormir en paz*, me dije masajeándome las sienes.

—¡No seas cruel! ¡Seguro que no puede dormir porque su amor por mí lo está carcomiendo! ¿Cómo puedes proponerme que prolongue su sufrimiento? ¡Es casi inhumano!

—Josué está durmiendo y si de verdad le amas, le dejarás tranquilo. A las ocho de la mañana le llamas y ya está. No seas egoísta.

Eva se llevó la mano al corazón consumida por la indignación, pero yo no me dejé achantar y la desafié a negarlo.

—¡Está bien! ¡Esperaré dos horas! ¡No soy nada egoísta! Total, yo llevo sufriendo *tanto* tiempo que un poco más...

Entorné los ojos y me recosté en el sofá. En cuanto mi cabeza se hubo recostado sobre el cojín relleno de plumas, empecé a quedarme dormida. Escuché que Eva hacía lo mismo en la otra punta del sofá y me sonreí. Estaríamos más cómodas en nuestras camas, pero yo no tenía fuerzas ni para levantarme.

Creo que ya me había quedado dormida cuando mi amiga dijo:

—Un beso de amor verdadero lo cambia todo, ¿a qué sí?

Tardé en contestar.

—Si tú lo dices...

Escuché que Eva se enderezaba pero yo continué recostada y con los ojos cerrados.

—¿No es eso lo que te ha ocurrido a ti? He visto las fotos del apasionado beso que te dio en la fiesta.

—Ya sé que lo has visto —dije con impaciencia—. Sale en todas esas revistas que no me dejas tirar.

—Quién nos iba a decir que un beso lo cambiaría todo, ¿verdad?

No supe qué contestar. Ya le había dicho a Eva que ese beso no había sido



real, que había sido una farsa. Se lo dije el día después, cuando se presentó en el hotel hecha una furia. Pero no se lo iba a repetir. No quería volver a decirlo nunca más, porque me resultaba humillante. No lo iba a decir, tampoco, porque cuando nos estábamos besando, si no recordaba mal, me dio la impresión de que me estaba besando *a mí*. Yo lo sentí muy real. Recordé la manera en que me saboreó, la manera en que me acercó a su cuerpo y me sostuvo dentro de su abrazo. Recordé el calor. *¿Un beso de amor verdadero?* No lo sabía. Pero estoy segura de que mientras me besaba, olvidó a Selenia.

Eva no tardó en llamar a Josué. A las ocho menos tres minutos agarró el teléfono y se encerró en su habitación. Continué durmiendo un rato más hasta que, media hora después, ella reapareció por el umbral de la puerta y con los ojos brillantes de emoción y más serena de lo que jamás la había visto, me dijo:

—Carla, tengo novio.

La Navidad se nos estaba echando encima y yo no me sentía preparada. Antes de darnos cuenta, ya habían terminado de instalar todas las luces decorativas y las estaban encendiendo. Nuestra calle fue una de las primeras en recibir el adorno anual, esta vez minúsculas bombillas de bajo consumo que formaban estrellas y corazones rodeados de circulitos grandes y pequeños. De todos los colores, las luces coloreaban la noche. Las calles olían a frío y a castañas, a churros recién sacados del aceite y a prisas. La gente se chocaba sin pedir disculpas, intentando hacer en un día lo que normalmente harían en dos. Los escaparates se decoraban con ostentación y entusiasmo (y no siempre con buen gusto), intentando cautivar de cualquier manera al inocente transeúnte. Los burgaleses se dividían claramente en dos bandos: por un lado, los entusiastas de la Navidad, cuyos ojos relucían con expectación y aire de aventura. Esos que caminaban con vigor y determinación, como los antiguos españoles que exploraron el nuevo mundo. Por otro lado, los «irritados», como me gustaba llamarlos. Los irritados eran aquellos que paseaban por la calle con la boca apretada y los puños cerrados, aquellos que jamás se paraban a admirar los escaparates y se quejaban del gasto disparatado de las luces. Los irritados sentían cómo se les venía encima,



un año más, la cena de Nochebuena con la familia y las inevitables discusiones con sus suegros, padres, hermanos y cuñados, y les sabía mal (¡les carcomía!) invertir su dinero tan duramente ganado en regalos que, sin duda, serían recibidos con indiferencia.

Los irritados caminaban más despacio que los demás, y miraban con desaprobación a los entusiastas. Por lo general, los entusiastas negaban la existencia de tales criaturas.

Ese año estuve a punto de convertirme en una «irritada». Era difícil conservar una actitud de ilusión y alegría cuando mi mejor amiga y compañera de piso no hacía más que señalar lo feliz que era porque por fin tenía novio. Porque tenía un hombre que la atesoraba y veneraba.

Eva tenía novio y yo no. ¿Qué importaba eso? Algún día tenía que ocurrir, ¿no? A todas las amigas les sucede, en algún momento. No siempre se puede conseguir novio a la vez... y supongo que era pedir demasiado que la amiga afortunada esperase un poquito a que la desafortunada encontrase el amor de su vida... (Sí, eso era pedir demasiado, no sé en qué estaba pensando). ¡Alguien tenía que ser la primera y la otra sería la segunda! Podría ser yo la que tuviera novio y no ella, ¿no es cierto? Tampoco era un gran drama. Esta vez me había tocado a mí. ¡No era para tanto!

Pero de vez en cuando me sorprendía a mí misma sintiendo ramalazos de rabia, o quizás de envidia, aunque eso fuera innombrable. Podía estar tomándome un té en la cocina, tranquilamente, y de repente verme golpeada por un sentimiento feo que me entraba por el vientre y se instalaba en el corazón. Empezaba a desear que todo fuera diferente, que mi realidad fuera otra. Deseaba ser *yo* la que hubiera encontrado a un hombre que me amara con todo su corazón. De repente, sin avisar, ya no me sentía satisfecha. ¡Tenía 25 años, por el amor de Dios! ¿Qué estaba haciendo con mi vida? ¡Era una fracasada!

Cuando me descubría pensando de esta manera, me horrorizaba. Intentaba sacudirme la rabia como si fuera polvo. Me asqueaba como si hubiese tocado basura, lo cual, en un sentido figurativo, era verdad.

Hubo una noche en que ese sentimiento feo casi me devora. Yo acababa de regresar del trabajo, agotada tras cuatro clases seguidas de inglés para principiantes. Llegué a casa helada, esquivando la nieve que empezaba a caer,



tiritando a causa de los vientos gélidos que nos visitaban, según los expertos, desde Siberia. Me costó trabajo quitarme el abrigo porque tenía el cuerpo entumecido, y en cuanto conseguí arrancarme los guantes, corrí al salón para sonarme la nariz. Estaba tan enfrascada en mi miseria que no vi a Eva y Josué felizmente sentados (y entrelazados) en el sofá, pero cuando levanté los ojos me topé con ellos, ambos mirándome con culpabilidad e incomodidad. Había interrumpido un momento de pasión, me dije con sarcasmo mientras les miraba con fastidio.

—Siento interrumpir —dije con sorna.

Josué se acomodó en el sofá como pudo (¡ja!) y Eva me miró con total inocencia. Era tan feliz que nada podía incomodarla.

—No te preocupes, te estábamos esperando —me dijo con absoluta alegría. Me fijé en que tenía los labios hinchados.

—Eso lo dudo...—murmuré para mis adentros, pero sonreí a Josué con humor. El chico estaba ofuscado y me enterneció el corazón. Por lo menos él sí que se sentía afectado.

—Queríamos contarte algo... —siguió diciendo Eva con un brillo incandescente en los ojos.

Yo levanté las cejas fingiendo expectación, pero deseando estar en cualquier otro lugar.

—De acuerdo... —dije intentando quitarme un mal presentimiento de encima. ¿Qué otra cosa podía decir? Me senté en el sofá—. Soy toda oídos.

—¡Nos casamos en dos semanas! —gritó Eva, sin poder contener la noticia ni un segundo más.

Me quedé en silencio.

—¡Que nos casamos en dos semanas! —volvió a gritar, esta vez con un timbre más agudo. Empezó a sacudir su mano, y tardé varios segundos en darme cuenta de lo que se esperaba de mí: debía mirar el anillo que ahora relucía en su anular izquierdo. *Vaya.*

Josué se echó las manos en la cara y empezó a reírse a carcajadas.

—Eva, se suponía que ibas a decírselo con tiento...

Eva se le unió en la risa. Carcajadas gigantes y descontroladas, ojos llorosos.



Y esa sería una imagen que me perseguiría durante mucho tiempo, un retrato siniestro que contagiaría mis dulces sueños: yo sentada en el sillón, tiesa, quieta, agarrotada. Mi amiga y su prometido riéndose a carcajadas mientras me informaban de que eran felices y se iban a casar en dos semanas. Ni más ni menos. Dos semanas.

Para cuando volví en sí, conseguí decir:

—¿No es un poco precipitado? ¡Lleváis una semana saliendo!

Eva comenzó a reírse otra vez.

—¡Lo sé! ¡Es una locura! ¡Yuppiieeeeeee! ¡Me caso!

Josué intentó explicarse.

—Llevamos una semana saliendo, pero no nos resulta precipitado. ¿Para qué es el noviazgo, de todas formas? Yo ya sé que me quiero casar con ella. No necesito más tiempo.

—Pero Eva, tú... bueno, Josué, no te ofendas. Ella acaba de darse cuenta de que te quiere. ¿No quieres asegurarte de que sus sentimientos son definitivos?

Eva dejó de reír y me fulminó con la mirada.

—¡Pero cómo puedes decir eso! —dijo, ofendida.

—Pues...

Ambos me miraron dolidos, como si hubiese profanado su relación. Meneé la cabeza.

—Lo siento... ¿Pero no preferís esperar varios meses?

Eva me dirigió una de sus miradas más decididas y autoritarias.

—Yo no me casaré en otro día que no sea el 1 de enero. Empezaré el año siendo la mujer de este hombre que tengo a mi derecha. 1 de enero. Año nuevo, vida nueva.

1 de enero... lo había olvidado. Eva siempre había jurado que se casaría el 1 de enero. Por lo visto eso era algo que no estaba dispuesta a renunciar.

—¿Lo dices en serio? —dije, sin poder dar crédito a cómo se estaba desarrollando su vida.

—Absolutamente, querida amiga.



—¿Y al año que viene? —insistí sabiendo que no conseguiría nada.

Eva se enderezó y tras echar una mirada pícaro a su prometido, me dijo:

—Carla, como sabes, soy virgen.

—¡Eva! —dijo Josué, echándose las manos a la cara. Por lo visto ya sabía qué venía a continuación.

—Sí, lo sé —dije, sin entender.

—Si no me caso pronto, dejaré de serlo.

—¡Eva! —protestó Josué, horrorizado —¡Eso no es verdad! ¡Yo te respetaría el tiempo que fuese necesario!

Eva soltó una carcajada y le dio unas palmaditas en el hombro.

—Josué, es de lo más natural, no te preocupes. Carla y yo no tenemos secretos...

—Quizás deberíamos empezar a tenerlos —mascullé en tono de *tierra trágame*.

—He esperado muchos años para poder unirme a mi hombre. He esperado porque estoy convencida de que es algo místico, espiritual... la unión de dos cuerpos opuestos, fusionados para formar el «uno» humano. ¡Como en el origen de los tiempos! Como Adán y Eva, dos personas que habían sido divididas de una sola persona, y que cada vez que se unían conseguían ser el «uno» que antes fueron... ¡Es tan romántico! ¡Es tan sagrado! ¡Es tan sublime!

—Será todo lo sublime que quieras, pero me estás avergonzando —dijo Josué con una risa avergonzada, levantándose del sofá—. Y te repito que yo te respetaría el tiempo que fuera necesario.

Le dio un casto beso en los labios y me dedicó unas palabras de despedida. Salió del piso más rápido que nunca.

—¡Le has asustado! —dije con humor.

—¡Ay, Carla! ¡Es que estoy tan emocionada!

—Ya veo... —dije con sarcasmo—. A ver, enseñame tu anillo otra vez, que antes no podía ver nada a causa de los mareos que estaba sufriendo.

Eva accedió a enseñarme su anillo de nuevo. Era de oro blanco, muy fino, coronado por un pequeño diamante.



—Es una belleza —dije con reverencia.

—¿Te alegras por mí? —me dijo con una pizca de vulnerabilidad asomándose por entre tanta felicidad.

La sonreí con ternura y dije con plena certeza:

—Me alegro muchísimo por ti. Sé que seréis muy felices juntos.

—¡Menos mal! ¡Si tú no me apoyas no sé cómo conseguiré hacerlo!

—Eva... —dije con terror—. Dos semanas no es tiempo suficiente para organizar una boda.

—¡Lo sé! —gritó Eva, contagiándose de mi miedo—. ¿Qué vamos a hacer?

—¿Vamos? —dije para torturarla—. ¡Yo no voy a hacer nada!

Eva abrió los ojos con exageración y me señaló con gestos exagerados.

—¡Tú tienes que organizarme la boda!

Y eso era una sentencia firme.

Fue después, cuando ya nos habíamos tranquilizado, cuando nos habíamos hartado de hablar, apuntar y planificar todas las tareas que se nos podía ocurrir, cuando por fin nos acostamos, que el «sentimiento innombrable» se volvió a apoderar de mí.

Me recosté en mi cama y esperé varios segundos a que las sábanas se caldeasen con el calor de mi cuerpo. Tirité mientras me apretujaba contra el colchón y cerré los ojos.

Eva se casaba dentro de dos semanas.

¿Qué haría yo? ¿Dónde viviría? ¿Con quién? ¿Sola? ¿Aquí, en el piso de los padres de Eva? No... ella se quedaría con el piso. No habíamos hablado de eso, pero era lo más lógico. Yo tendría que buscarme un piso. Esperaba que no tuviera que hacerlo en dos semanas, porque si iba a organizar su boda, no podría llevar a cabo una mudanza.

Primero, mis padres. Era normal y no les guardaba ningún rencor. Ellos se habían marchado porque yo ya era mayor y debía vivir sola, y ahora sabía que aunque ellos regresaran a Burgos, yo no volvería a vivir con ellos, pero... se habían



marchado. Ahora, Eva. Eva y yo nos habíamos aferrado la una a la otra y habíamos encontrado consuelo y fuerza, motivación y propósito en vivir juntas, compartiendo experiencias y asumiendo las mismas responsabilidades. Ahora Eva me dejaba.

Se me escaparon las lágrimas.

Me dejaba sola. A saber cuándo encontraría yo a *mi* hombre... ¿Y si nunca lo encontraba? ¿Y si dentro de cinco años yo seguía sola? ¿Y si envejecía sola? Qué lástima sentía... mi futuro se veía lúgubre y triste, y eso me asustaba. Yo había vivido alegre hasta ahora: una infancia y adolescencia feliz, una juventud llena de risas junto con mi amiga Eva... y ahora me sobrevenía una madurez solitaria y deprimente, sin nadie que me hiciese reír, nadie que me motivara a sacar lo máximo de cada día. Y por encima de todas mis penas, me acordaba de Dani Carreras con demasiada frecuencia. ¿Por qué no me llamaba? Nos habíamos entendido muy bien, habíamos conectado... pero me había dicho que llamaría y no lo había hecho. Me había dicho que me consideraba su amiga. Que se preocupaba por mí. Pero no había llamado. Ni siquiera una vez.

Más lágrimas.

Después de sentir tanta lástima por mí misma, comencé a alimentar la envidia. Eva lo tenía todo. Había conseguido todo lo que quería en tiempo récord y a mí me había dejado las sobras... o sea, nada. Ella todo, yo nada.

Entonces me sentí culpable y me incorporé de un salto de mi cama. ¡Basta ya! ¿Pero cómo había cambiado todo tan deprisa? Hacía un mes yo creía saberlo todo acerca de mí: era madura y muy segura de mí misma, era alegre y optimista, comedida, un poco cautelosa, algo seria pero divertida... era una persona satisfecha, feliz con la vida, conectada con el Creador ... ¿Y qué había descubierto? Que en realidad, bajo esa fachada, era prepotente, sabelotodo, envidiosa, infeliz... ¿Así era yo? Se me escapó un sollozo. No... yo no era así. Eso no podía ser cierto. ¡Pero el cielo se había estrellado sobre mi cabeza y había vuelto las cosas del revés! ¡Todo estaba patas arriba! Sólo tenía que aguantar un poco más, hasta que todo volviese a su sitio. Todo lo que sube, baja, o por lo menos eso decía mi abuelo.

Cogí un cd de Bettye Swann a propósito de la primera canción, que también era el título del álbum: «*Don't you ever get tired of hurting me?*» (¿nunca te cansas de hacerme daño?) Ya sé que estaba sobreactuando, porque, ¿quién me estaba haciendo daño?, pero encajaba con mi estado de ánimo. Mientras cerraba los ojos me dejé mecer por su voz fluida, aterciopelada y dulce aunque rota por los bordes, sus



melodías cargadas de melancolía, fuerza y determinación. Me dormí tarareando la canción número cinco: «*Just because you can't be mine*» (*solamente porque no puedas ser mío*)... Pero una parte de mi cerebro debió permanecer alerta, porque soñé que tenía unos vecinos llamados Willie y Laura Mae Jones, que me decían, sentados desde su porche en un cálido atardecer de Louisiana, que podía contar con ellos... en una época y un lugar diferente, donde el algodón y el maíz se erguían altos y confiados.

Organizar una boda en dos semanas es cosa de locos. Organizar una boda en dos semanas en Navidad es de perturbados mentales. Intentar organizar cualquier cosa para Eva es cosa de dementes. Pero una boda *en* dos semanas *para* Eva *en* la época de Navidad es... es un intento de suicidio en toda regla.

Asuntos urgentes:

—~~Hablar con el Pastor (convencerle de casarles en la iglesia, delante de Dios y de los hombres, aunque los papeles «legales» tarden un mes o más en estar preparados).~~ (Hecho, aunque a regañadientes)

—Ir al Registro Civil para empezar a preparar los papeles.

—~~Hablar con los padres (convencerles de que no están locos y de que jamás han estado más seguros de algo en su vida).~~ (Hecho)

—Olvidarnos de la Navidad durante una semana (habrá que ir improvisando la Navidad en la misma semana de Navidad).

—Decidir cuándo hacer la boda: ~~mañana~~ o tarde (por la tarde, sin duda. Año Nuevo no está hecho para madrugar).

—Buscar vestido de novia (¿se podrá pedir uno por internet? ¿Un pedido extra rápido?)

—~~Comprar un traje para Josué (tiene a su madre para eso).~~

—Hacer una lista de invitados (descartar invitación por correo tradicional. Habrá que usar el teléfono y el email).

—~~Comida en un restaurante.~~ (descartado)

—Contactar cáterin para tarta nupcial y champán (usaremos el



salón de la iglesia para brindar por ellos y comer tarta en su honor, después de la ceremonia.)

—Coca colas y Fantas para los niños.

—Elegir arreglos florales y decoración para la iglesia y las mesas.

—~~Bengalas individuales para despedir a los novios (demasiado humo).~~

—Elegir música y Dj para después de la ceremonia, junto con la tarta y el champán.

—Preparar el programa de la ceremonia.

—Llamar a la peluquería para el peinado de la novia y su madre (y su mejor amiga).

—Comprar alianzas.

—Comprar zapatos (aunque será mejor dejarlo hasta tener el vestido).

—~~Decidir dónde pasar la luna de miel. Reservar hotel (se encarga Josué).~~

—Comprar un recuerdo para los invitados (¿será realmente necesario?)

—Elegir fotógrafos «oficiales» entre los muchos amigos con cámaras decentes.

—Elegir encargado de grabar en vídeo.

Asuntos No Urgentes:

—Todo es urgente.

Programa de la Ceremonia:

ENTRADA:

—Los invitados deben estar ~~de pie~~ sentados, esperando a los novios.

—Suena la música («At Last») y entran los novios a paso lento, muy lento.

—Entrará primero Josué con su madre, luego la dama de honor Carla (o sea yo) acompañada del hermano de Josué (puesto que no tengo novio).

—Finalmente entra Eva, acompañada de su padre.



INTRODUCCIÓN:

El pastor introduce la ceremonia. Da la bienvenida a los invitados y hace una oración. Explica que las canciones y las lecturas son las más significativas para los novios.

CANCIÓN 1: Oh, tu fidelidad

LECTURA: Salmo 23

CANCIÓN 2: No lo han decidido todavía

LECTURA: Isaías no sé qué.

ENLACE:

—El pastor habla (máximo 15 minutos, por favor) acerca del matrimonio y Dios, o lo que crea conveniente.

—Los novios pronuncian sus votos.

—Se intercambian los anillos.

—El pastor les «declara marido y mujer» o como lo quiera expresar.

—Los novios se besan.

—Los padres de ambos, junto con algunos amigos especiales, el pastor y su mujer salen para orar por los novios, bendecirles y declarar amor y felicidad sobre sus vidas.

FIRMAS:

Si los papeles legales estuviesen preparados (no creo), sería el momento en que los novios y los testigos firmaran.

FINAL:

—Suena la canción «.....». mientras el pastor declara finalizada la ceremonia.

—Los invitados pueden ir a saludar a los novios, hacerse fotos con ellos y demás.

—¿Te gusta la ceremonia? —dije, el boli enganchado entre mis labios, mientras leía y releía el programa en busca de posibles fallos.

—¡Me encanta! —dijo Eva—. ¡Tiene que salir perfecto!



Levanté una ceja.

— Eso espero.

— ¿Seguro que no quieres cantarme una canción? — me preguntó por quincuagésima vez.

— ¡No! ¡Ni loca! ¡No pienso cantar ni tocar delante de toda esa gente!

— ¡Pero si a veces lo haces en la iglesia!

— ¡No es lo mismo! ¡En las reuniones nadie se fija en mí!

— ¿Cómo qué no?

— La gente está adorando a Dios... yo soy una figura difuminada para ellos...

Eva negó con vehemencia.

— ¡De eso nada! ¡Todo el mundo se fija en ti!

— ¡Pues entonces peor me lo pones! ¡No cantaré en tu boda, y es definitivo! ¡Y nunca volveré a cantar en las reuniones de la iglesia, tampoco!

— Por fi... — suplicó.

— Una boda no es un concierto — dije sin convencimiento, porque muchos de nuestros amigos habían tenido «actuaciones» de amigos especiales en sus bodas, y siempre había sido algo muy emotivo.

Eva elevó los brazos al cielo con impaciencia.

— ¡De acuerdo! ¡Me olvidaré de tu aterciopelada voz cantándome una canción de amor en el día más importante de mi vida!

— Si lo que quieres es que te canten una canción de amor, pídeselo a Josué... — dije, burlándome de ella pero sin ablandarme ni un poquito.

— Tranquila, se lo pediré. Pero después de la ceremonia, tú ya me entiendes — dijo con picardía.

Solté un bufido.

— No sé si avisarle...

— No harás nada por el estilo — dijo con autoridad.

Nos sentamos en la mesa del comedor, cada una con su portátil, en busca del perfecto vestido de novia. Había miles de sitios donde buscar y muchos prometían una entrega inmediata.



—Este me encanta —me dijo, girando su pantalla para que pudiera verlo—.
Me recuerda al de mi madre.

—¡Eva, es precioso! ¡Pero vale una pasta y no lo van a tener en una semana!

—Una semana y media, dirás.

—Una semana. No querrás pagarlo y no tenerlo a tiempo.

—¡Lo devolvería!

—Sí, pero no tendrías vestido.

—¡Aguafiestas!

—Céntrate en los que ponen «entrega inmediata»

—O sea los feos que nadie ha querido y por eso siguen en el almacén.

—Exacto.

—Qué asco.

—¿Qué te parece este?

—¿A ver?

Eva se acercó a mí con entusiasmo pero cuando vio el vestido (precioso) que le sugería, se echó las manos a la cara, con aire de derrota.

—Estoy demasiado gorda. No voy a quedar bien en ningún vestido.

—¡Tienes curvas! ¡Eso no es estar gorda!

—¿Tú ves que las modelos tengan curvas?

—¿Y tú ves que sean felices y estén a punto de casarse? ¡Los hombres quieren curvas, querida Eva!

—De acuerdo, no vamos a volver a discutir por eso. Pero yo en ese vestido que sugieres... ¡sería humillante!

Me volví a fijar en el infame vestido y no vi ningún indicio de que terminaría humillándola, pero ya había aprendido hacía mucho (mucho) tiempo que no merecía la pena discutir con ella. Sobre todo ahora que debíamos elegir un vestido en menos de cinco horas. Por mucha entrega inmediata que prometiesen, los paquetes tardan días en llegar a su destino.

—¿Y éste?



No se molestó en mirar. Se levantó de su silla y se tiró (podría decir «se sentó», pero faltaría a la verdad) al sofá.

—No puedo soportarlo ni un segundo más.

—Pero tienes que encontrar un vestido hoy.

Eva cerró los ojos, fingiendo estar desmayada.

—No voy a poder elegir un vestido hoy. Es demasiado.

Típico. Ahora tiraba la toalla, ¿y qué se suponía que debía hacer yo? ¿Elegir un vestido por ella? ¡Me crucificaría! Sin embargo, no podía permitir que no eligiese un vestido en lo que quedaba de día, porque ella se iba a casar en una semana y media y necesitaba un vestido. Me dolía la cabeza. Recurrí a la manipulación.

—¿Sabes? —dije con aire cansado—. Creo que debemos pasar de lo de los regalitos para los invitados. No sirven para nada, no son necesarios y luego nadie sabe qué hacer con ellos.

Eva se levantó del sofá y me miró con espanto.

—A veces dices cosas de lo más inhumanas.

—¿Y ahora qué he dicho?

—Cuando tú te cases, querrás que todo el mundo tenga un recuerdo de tu boda. ¿Por qué quieres robarme eso?

La manipulación estaba funcionando.

—Si no puedes elegir un vestido porque es «demasiado», no creo que puedas elegir un insignificante regalo.

—¿Insignificante? ¡Me insultas! ¡Ahora mismo voy a llamar a Josué y contarle lo mal que me estás tratando!

Esto último lo dijo con humor, pero yo no le seguí el juego. Había que buscar un vestido, y lo encontraría. Seguí navegando por la red en busca del vestido perfecto para mi amiga mientras ésta perdía el tiempo charlando (otra vez) con su novio.

Después de quince minutos, Eva regresó a mi lado, con aire triunfal.

—Ya tengo el recuerdo perfecto para mis invitados.

—¿De verdad? ¿Y qué es?



—El hermano de Josué tiene una polaroid en perfectas condiciones, ¿te lo puedes creer? Vamos a hacernos fotos con cada invitado y les regalaremos la foto. Necesitaremos sobres elegantes para meter cada foto, y ya está.

Era una buena idea, pero no iba a dejar que me despistara.

—¡Genial! ¿Te gusta este vestido? —dije con crueldad. Había que encontrar un vestido *ya*.

Eva gruñó pero fijó su atención en el vestido, más dispuesta a cooperar esta vez.

Llevábamos tres horas frente a los ordenadores, cuando sonó el teléfono. Habíamos elegido diez vestidos, y ahora solamente teníamos que reducirlos a uno.

—Lo cojo yo —dijo Eva mientras se dirigía al teléfono. Supongo que pensaba que sería Josué—. ¿Diga?

Tras unos segundos soltó un emocionado «¡mamá!» y yo decidí que me merecía un descanso. Me dirigí a la cocina y me preparé un sándwich de queso y mayonesa, y lo acompañe con una cerveza. Me fijé en que estaba nevando. Escuché unos gritos emocionados procedentes de Eva y me entró la risa. Qué mujer. Cuando terminé el sándwich y la cerveza, regresé al salón, a tiempo para escuchar a Eva despedirse de su madre. De todas maneras, la vería en tres días. Sus padres llegaban el 23 de diciembre.

Eva colocó el teléfono en la mesa y se giró hacia mí con energía.

—¡Tengo el vestido!

—¿Qué? —dije sin comprender.

—¡El vestido de mi madre! ¡Está aquí!

Eva casi me derribó en su afán por salir del salón, correr por el pasillo y entrar en el dormitorio de sus padres. Era una habitación extra que nunca usábamos y que estaba repleta de cajas y maletas.

—¿Qué dices?

—¡El vestido de bodas de mi madre! —dijo, de rodillas mientras buscaba



bajo la cama.

—¿Pero no me habías dicho que lo había perdido?

—¡Ja! ¡Eso me había dicho ella a mí! Dice que como cada tarde me lo ponía mientras me imaginaba que me casaba con Zack Morris de *Salvados por la Campana*, tuvo que decirme que se había perdido. ¿Te lo puedes creer?

Se levantó de un salto y abrió el armario.

—Necesito una silla.

—¿Me estás diciendo que hubo un tiempo en que pensabas casarte con Zack Morris?

—Exacto. Aunque su nombre real es Mark-Paul Gosselaar. Y me ponía el vestido de mi madre a escondidas, siempre que podía. O sea, casi todos los días.

—No me extraña que escondiera el vestido.

—Llevo años lamentando la pérdida de ese vestido... ¡y ha estado aquí todo este tiempo! ¡Necesito una silla!

Salió corriendo por el pasillo, entró a la cocina, agarró un taburete, y esquivando las estrechas paredes del pasillo, regresó corriendo, taburete en mano. Se chocó con el marco de la puerta al entrar, pero no paró hasta colocar el taburete frente a las puertas abiertas del armario.

—¡Yo te paso las cajas y tú las pones en la cama!

—Ok.

Después de cinco cajas, soltó una exclamación.

—¡Debe de ser ésta! ¡Me dijo que era una caja roja!

—Dámela —le dije, con los brazos extendidos.

—Ni hablar —dijo ella, y dando un saltito, bajó del taburete. Se abrazó a la caja con fuerza y me dedicó una mirada de embeleso.

—Mi vestido...

Solté una carcajada y la insté a enseñármelo.

—De eso nada. Quiero sorprenderte. Vete, que me lo voy a poner.

—¿Pero te valdrá bien? —dije con preocupación.

—¡No seas aguafiestas! ¡Mi madre era igual que yo a mi edad!



—De acuerdo, de acuerdo... —dije, mientras salía de la habitación.

Cinco minutos después, Eva entró al salón con el vestido de novia de su madre. Yo abrí los ojos con sorpresa.

—Tendremos que llevarlo a una tintorería para me lo laven, pero por lo demás...

—Es perfecto —dije.

A Eva le refulgían los ojos.

—Ya tengo vestido.

El día que fuimos a la peluquería para hablar y concretar los peinados que queríamos lucir, vi un artículo de Dani Carreras en una de las revistas del corazón. Lo cogí con disimulo y leí el artículo con ansias descontroladas. Salía una foto de él rodeado de tres chicas, todos riéndose por algo. «Dani Carreras Enamorado», decía el titular. Me dio un vuelco al corazón y el sentimiento innombrable me volvió a visitar. No, peor... sentí dolor. Fruncí el ceño mientras leía. Dani Carreras era extremadamente feliz, decían. ¡Estaba enamorado y además le habían cogido para dos de las tres películas que él quería! Supuse que se sentiría victorioso, ya que eso era lo que más le importaba. No decían quién era la afortunada mujer. En la foto se le veía muy satisfecho y seguro de sí mismo, pero yo sentí preocupación. ¿Estaría bien? ¿Qué habría ocurrido con Selena? Yo sabía que ella no era buena para él, pero él no tenía ni idea de qué era lo que le convenía. Entorné los ojos. Un día de éstos llamaría solamente para asegurarme de que estaba bien, para preguntar por Diego y para... ¿para qué más? ¿Para decirle que le quería?

¿Qué? ¿Cómo que le quería? Eso era absurdo...

Intenté controlar una lágrima y disimulé fingiendo un estornudo. Solté la revista pero Eva me había estado estudiando y me dedicó una mirada cargada de preocupación. Yo le sonreí para que no se preocupara, pero ella debió de haberlo visto todo en mi rostro. Supuse que de nada me servía fingir, así que asentí con tristeza y cerré los ojos para contener una nueva ola de lágrimas. Ella frunció el ceño y me instó a aguantar, y así lo hice. Fue una conversación silenciosa, pero de las más profundas que jamás he tenido.



Cuando llegué a casa me senté frente al piano y canté una canción que no había querido cantar hasta entonces, porque no había sabido que le quería. «*Something stupid*» (*Algo estúpido*).

—¿No se lo puedes decir? —fue lo único que Eva preguntó.

Negué con la cabeza.

—Se lo dicen todas, todos los días.

—Pues cantemos, entonces —dijo mi amiga, sabiendo perfectamente que íbamos a cantar. Ella se unió a mi voz, entonando los graves mientras yo susurraba los agudos. Una historia de un amor no correspondido. Una chica enamorada de una estrella, un hombre que escucha «te quiero» todos los días, que está aburrido de oír siempre lo mismo.

—...and then I go and spoil it all by saying something stupid like «I love you». Y voy yo, y lo arruino todo diciendo algo tan estúpido como que te quiero.

Lo habíamos cantado tantas veces que nos salía a la perfección. Eva siempre lo había cantado con melancolía, con dramatismo (pero, la verdad, sin tristeza) y yo siempre lo cantaba con humor y quizás con una pizca de anhelo, deseando sentir algo de ese romántico sentimiento para hacer justicia a una canción tan bella. Pero esta vez lo canté con tristeza. Ahora comprendía.

Cuando terminamos, Eva me dio un apretón en el hombro y un beso en la mejilla antes de salir. Yo me quedé sentada frente al piano, sin saber qué hacer.

Llegó la Nochebuena y la Navidad, y me resultó imposible no contagiarme de la alegría, la energía y la absoluta locura de los festejos. Los padres de Eva eran personajes joviales y llenos de vitalidad, llenos de chistes, abrazos y buenos sentimientos. Eva era una calca de su madre, aunque ésta era más madura y algo más contenida.

Celebramos la cena de Nochebuena en casa de los padres de Josué. Las dos madres eran grandes amigas y estaban entusiasmadas con que sus hijos (por fin) se fueran a casar. Resultó que a nadie le había sorprendido la revelación de que Josué y Eva se amaban. *Las madres lo sabemos todo*, decían.



Entre las dos confeccionaron una cena de dimensiones espectaculares. Éramos veintitrés personas en total, entre padres, hermanos, primos, tíos, abuelos y yo. Creí que me sentiría fuera de lugar, pero no fue así, y supongo que era lo más natural. Nos habíamos criado todos juntos, en la iglesia, al fin y al cabo. Entre tanto ruido, histeria y jolgorio, no tuve tiempo de echar de menos a mis padres, sobre todo porque hablé con ambos al mediodía y charlamos largo y tendido de cómo iban a celebrar ellos la Navidad allí, con los niños de la misión. Estaban emocionados, pero creo que les resultaba más extraño que a mí no estar en Burgos en Navidad. También hablamos (cómo no) de la inminente boda y de dónde iría a vivir yo. A mis padres les preocupaba ese tema, pero yo les dije que no pensaba ni meditar en ese asunto hasta que pasara la boda.

—¡Pero ellos volverán una semana después y querrán ocupar el piso! — insistió mi padre.

—Ya, pero lo haremos poco a poco. Josué tiene todas sus cosas en su piso, y Eva se quedará a dormir allí mientras hacemos nuestras mudanzas. Josué no tiene que salir de su piso hasta febrero.

El día de Navidad fue mucho más relajado. En el piso estábamos Eva, sus padres y yo. Después de un tardío desayuno al que se nos unió Josué, nos sentamos en el salón con nuestras biblias en mano. Leímos, por turnos, los textos que relataban el nacimiento de Jesús, y a mí se me hizo un nudo en la garganta cuando leí los primeros versos del capítulo 9 de Isaías. *El pueblo que andaba en la oscuridad ha visto una gran luz; sobre los que vivían en densas tinieblas la luz ha resplandecido.*

Oramos con gratitud y con alguna que otra lágrima en los ojos. Nos tomamos la Navidad muy en serio, los cristianos evangélicos. Significa mucho para nosotros recordar que Dios se hizo Hombre para establecer una nueva manera de relacionarse con nosotros, un nuevo pacto basado en la gracia y no en nuestras propias obras.

Las risas y exclamaciones no tardaron en regresar, por supuesto, mientras intercambiábamos regalos y abrazos.

—¡Para la mejor amiga que una persona puede tener! —dijo Eva, después de



regalarme una espectacular perla solitaria que colgaba de una cadena de oro blanco.

—¡Pero...! ¡Te has pasado! —dije, asombrada. No solíamos hacernos regalos tan caros. Lo estudié con embeleso. Era una preciosidad y me quedaría perfecto con el vestido que había comprado para la boda.

—Quería darte algo especial —me dijo con los ojos brillantes—. Has sido (y eres) imprescindible para mí. Yo no habría podido sobrevivir estos años sin ti, y ahora nos vemos obligadas a separarnos...

Sonreí con sarcasmo.

—¡Nadie te obliga!

—¡El amor verdadero me obliga! —dijo con convencimiento y risa, aunque con una nota de tristeza.

—Ha sido un placer acompañarte durante estos años —susurré, porque se me atragantaron las palabras. Quería haberle dicho que la que no habría sobrevivido era yo, y que no sabía qué iba a hacer de ahora en adelante, pero temí echarme a llorar e incomodar a todo el mundo, así que con disimulo estornudé y fingí tener que ir al baño.

Entré a mi habitación y cerré la puerta con suavidad. Apoyada sobre la puerta, sin prisas, contemplé el colgante. Era precioso. Eché un melancólico vistazo al dormitorio: mi cama, mis baldas llenas de libros, los cuadros, la silla... tendría que decir adiós a todo lo que me era familiar. Empezar de nuevo otra vez, pero esta vez sin ilusión y sin compañera. Lo que más rabia me daba era que otra vez el cambio venía «forzado». No era yo la que había decidido cambiar. No había sido yo la que había tomado una decisión para fijar el rumbo de mi destino, no. Una vez más, mi vida daba un giro sin pedirme permiso, sin preguntarme qué opinaba sobre el asunto.

Me recosté sobre la cama, intentando hallar algo de alegría para poder encarar la comida de Navidad. Los olores provenientes de la cocina se colaban por debajo de la puerta, perturbándome. Olía a cordero asado, a patatas, a mariscos, a piña y a chocolate, a alegría y a entusiasmo.

Y yo había perdido el apetito.

Pero el sol se colaba por mi ventana y tenía un toque cálido, así que me dejé acariciar por la luz durante unos minutos, mi vista clavada en el techo. Ya que



estaba, le conté a Dios todo lo que sentía y tras hacerlo me sentí mucho más optimista. El olor a cordero me empezó a tentar y supuse que comer bien no estaría de más, sobre todo porque me tocaba «encarar» la semana más complicada jamás vivida. Puse los ojos en blanco. Quedaban siete días para la boda y todo por organizar.

—¡Carlaaaaaa! —gritó Eva, desde el otro lado del pasillo.

Me levanté de un salto y salí a ver qué ocurría.

Eva estaba frenética, dando saltitos frente a la puerta de la entrada. Un chico vestido de uniforme la miraba con desconcierto e incomodidad, intentando que ella firmara el papel que le ofrecía.

—¡Carla, es para ti! —gritó Eva, sonriendo de oreja a oreja.

El chico de los repartos, al oír eso, me ofreció el papel a mí, para que por favor firmara. Mientras lo hacía, ladeé la cabeza para ver qué había traído, y me sorprendió ver un enorme ramo de flores apoyado en el suelo.

El chico guardó el papel firmado en una fina carpeta que sujetaba bajo su sobaco, tras lo cual agarró el ramo y me lo estampó en la cara.

—Hasta luego —dijo sin ninguna emoción.

—Oh, hasta luego —dijo Eva (yo me había quedado muda)—. ¡Y feliz Navidad, ho ho ho!

—Seré feliz en cuanto termine el turno... —murmuró el chico, bajando por las escaleras.

Eva y yo fijamos nuestros ojos (agrandados) en el enorme ramo que ahora tenía entre mis brazos. La madre de Eva se nos unió, haciendo exclamaciones exageradas. *¿Quién me había mandado las flores? ¡Pero qué hermosas que eran!*

La verdad es que jamás había visto flores tan deliciosas... ¡Peonías y rosas! Las peonías eran de diferentes tonos de rosa, desde un casi blanco hasta el color del algodón de azúcar. Sus centenares de pétalos replegados y apretados formaban bolas del tamaño de mi puño, algunas tan cerradas que parecían lisas y otras con los pétalos arrugados ya asomando. Entre las peonías había diminutos capullos de rosa, de un tono un poco más oscuro. Rodeando las flores, unas hojas de color verde, pequeñas y redondeadas, con bayas de color blanco. Un sobre también de color blanco se escondía por entre el plástico que lo envolvía todo, y lo agarré con nerviosismo. Me habría gustado tener más intimidad, pero Eva y su madre me



observaban con tanta ilusión que fui incapaz de decepcionarlas.

Saqué la tarjeta con manos un poco temblorosas: era de un elegante color blanco por dentro y por fuera, sin ningún dibujo. Una letra enérgica e impaciente rompía el blanco para informarme de lo siguiente:

Prometí que te llamaría. Lo siento, soy un estúpido. Feliz Navidad, Carlita. D.C.

Se lo enseñé a mis espectadoras.

—Oh, ¡madre mía! ¡Qué romántico!

—¿Pero qué tiene esto de romántico? —protesté. Este Dani podía haberse esforzado en decirme algo más. Llevaba prácticamente un mes sin saber nada de él. ¡Desde luego que era un estúpido!

—¿No ves que lo que le pasa es que le gustas?

—¿Pero por qué dices eso? ¿Me manda flores para decirme que es un estúpido? —dije llena de rabia.

—Te ha mandado flores y muérdago.

—¿Muérdago?

—Sí, ya sabes... para poder besarte de nuevo. Es un mensaje subliminal.

Le di un empujón por decir eso delante de su madre y luego miré las bayas de color blanco con escepticismo. ¿Eso era muérdago? ¿Y *eso* significaba que me quería besar?

—Le gustas. No te ha llamado antes porque le gustas demasiado, y eso asusta a cualquier hombre... no ha dejado de pensar en ti y te lo dice con flores.

Observé el ramo con una mezcla de alegría e indiferencia.

—Cuánta imaginación tienes. ¿Tenemos un jarrón?

—¡Tenemos un jarrón pero lo más importante es que tenemos un frigorífico!

—¿Qué? —pregunté, extrañada por semejante observación y por la expresión de absoluta felicidad que se había adueñado del rostro de mi amiga.

—¡Esas flores van a ir al frigorífico!

—¡Pero Eva! —repuso su madre con una risa nerviosa—. ¡Este ramo debe ser lucido en el salón!

—O en mi dormitorio...



— ... no en un frigorífico.

Eva nos dedicó una mirada de infinita paciencia.

—Mamá, Carla... jamás he visto flores más bellas y las quiero para mi ramo de novia. ¡Írán al frigorífico!

—¡Es mi ramo! —solté, a la defensiva.

—¡Por favor, por favor, por favooooor.....!

Solté una carcajada porque no podía dar crédito a mis oídos. Eva se enfurruñó y amenazó con echarse a llorar si no conseguía lo que quería y yo descubrí que iba muy en serio. No teníamos ni idea de si las flores aguantarían una semana entera, pero Eva estaba plenamente convencida de que lo harían, siempre y cuando las guardáramos en el frigorífico. Al final decidimos compartir: Eva escogió las doce peonías que más cerradas estaban y también doce capullos de rosa. Yo me quedé con ocho peonías, una docena de rosas y todo el muérdago.

—No se me ocurriría quitarte el muérdago —dijo, como si eso fuera inmoral.

—Ahora no finjas que tienes principios. Has descuartizado mi ramo sin el menor remordimiento.



Nochevieja

«Una hoja en blanco»

Despedí el año con una copa de champán en una mano y doce uvas en la otra. Me atraganté con la tercera uva y estuve tosiendo hasta la campanada número nueve, así que empecé el año con seis uvas sin tragar y un ataque de risa. Las uvas quedaron descartadas, como tantos asuntos en mi vida pendientes de solucionar, pero brindé por un año nuevo con mucho entusiasmo, llena de alegría simplemente por seguir viva y estar rodeada de tantas personas que quería y que me querían.

Estábamos en el salón de mi iglesia, los treinta jóvenes y/ o solteros que habíamos conseguido escapar de las garras de nuestras familias. Los que no habían podido evitar la cena familiar no tardarían en llegar. Era el quinto año que lo hacíamos así, y aunque Eva había protestado y rogado que no lo hiciéramos este año (se casaba en esa misma iglesia pocas horas después y todo tenía que estar perfecto), todos prometimos portarnos extremadamente bien, recoger y limpiar y ayudar a colocar todo para la boda. En realidad, era la mejor manera juntarnos y conseguir hacer, entre todos, el trabajo.

Al brindis le siguieron risas, abrazos, SMSs, gritos, fotos y jolgorio. La música empezó a sonar con fuerza, en medio de protestas de unos y risas de otros: «*Staying Alive*», de los Bee Gees. Eva intentaba convencer a Josué de que saliera a bailar con ella y yo solté una carcajada ante las negativas de mi amigo, que dijo que no «*permanecería vivo*» si ella lo obligaba a mover sus caderas al ritmo de las voces impostadas de los hermanos británico-australianos.



—¡Vamos a preparar los globos! —gritó alguien, y un coro de voces resonaron en acuerdo. Sacaron tarjetas y rotuladores, y empezaron a repartirlos. Cada año hacíamos lo mismo: escribíamos un deseo, una pequeña oración, una declaración o una frase de gratitud en las tarjetas. Algunos solamente escribían el nombre de una persona, otros dibujaban algo que no sabían expresar con palabras. Había quien escribía cinco frases y muchos, solamente una. Daba igual. Se trataba de «soltar» aquello que más nos importaba, dejarlo volar, entregárselo a Dios... atábamos las tarjetas a unos globos blancos que estaban hinchados con helio, y luego las dejábamos volar en lo alto del Castillo, un emblemático monumento que se erguía sobre la ciudad de Burgos.

—¿Necesitas un rotulador?

Negué con la cabeza mientras pensaba qué escribir. Había cogido un rotulador de color rosa y lo daba vueltas mientras me enfrentaba con aquello que más me importaba. Había muchas cosas que quería, que necesitaba. Elegir mi propio destino, para variar, por ejemplo. Sonreí. Quizás cambiar de trabajo. Amor. Pero lo que más necesitaba era liberar mi alma del peso de la culpa. Necesitaba que los dos guardias civiles despertaran de su coma y regresaran con sus familias. Cada día que pasaba disminuían las posibilidades de que eso ocurriera. Ninguno había despertado, aún. Hasta que eso no ocurriera, yo no hallaría la paz. La culpa, un sentimiento feo y pesado, me carcomía por dentro, y sufría porque sabía que sus familias sufrían. Por mi culpa. Por ir al hotel ese día. Escribí sus nombres en la tarjeta con manos temblorosas: Sergio y Carlos.

Mientras ataba la tarjeta a un enorme globo, noté que mi móvil vibraba. Lo tenía a mano porque estaba recibiendo decenas de mensajes de amigos que me deseaban un feliz año, así que agarré el móvil con mi mano izquierda (con la derecha sujetaba al globo) y me quedé paralizada al ver que era Dani Carreras quien me mandaba un mensaje. Torpemente le di la tecla para abrirlo:

Sal a la calle. Te estoy esperando.

Lo primero que pensé fue que era una broma. Dani no podría estar aquí... estaría en Madrid, en una lujosa y exclusiva fiesta de fin de año. Nada se le había perdido en Burgos. Imposible, negué con la cabeza, pero aun así me dirigí a la ventana y saqué medio cuerpo por ella para echar un vistazo a la calle.

¡Dani estaba apoyado en una de las farolas del otro lado de la calle! Estaba muy elegante con su abrigo negro de cuello cruzado y solapa de pico. Una bufanda gris se asomaba por debajo y me fijé que también llevaba pantalones y zapatos



elegantes. El pelo, sin embargo, lo tenía más revuelto que de costumbre. Levantó los ojos y me dedicó una sonrisa cargada de humor al verme fisgoneando por la ventana.

— Mejor usa las escaleras — vociferó.

Yo hice un gesto con la mano para que esperara y caminé con velocidad a través del salón de la iglesia para no hacerle esperar, a pesar de que no quería correr y sabía que *debería* hacerle esperar.

— ¿Dónde vas con tanta prisa? — dijo Eva, agarrada de la cintura por Josué.

— ¡Ha venido Dani!

— ¿Dani Carreras? — dijo desasiéndose de su novio.

— Eva, creo que deberías dejar de decir su apellido cada vez que le nombras... ¡ya no es un desconocido!

— ¡Espera, espera! — dijo, agarrando mi brazo para asegurarse de que no me escapara.

— ¿Qué? — dije con impaciencia mientras le daba mi globo a Josué. Agarré mi cazadora.

— ¿Me estás diciendo que Dani Carreras está aquí?

— Aquí no, Eva... está *abajo* en la calle, esperándome.

— ¡¡¡AAAAAAAAAAAAAAAAHHHHHHHHHHH!!!

Su chillido atrajo mucha curiosidad, como es natural, y mientras ella intentaba explicar a nuestros amigos la razón de su último ataque de histeria, me escabullí y salí a la calle.

Dani estaba de espaldas pero se giró cuando escuchó mis pasos. Nuestros ojos conectaron y el corazón me dio un vuelco.

Caminó hacia mí sin decirme nada, con determinación en la mirada. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, me atrajo hacia su cuerpo. Me fundió en un fuerte abrazo mientras su boca, sin explicaciones ni ninguna invitación, invadía la mía. Me besó con posesión (como decía Eva) y yo me sentí conquistada. Entre nosotros había fuego. Supe en ese mismo instante que todas mis inseguridades eran infundadas. Había una conexión entre nosotros dos, y, por muy obtuso que Dani fuera, él ya lo sabía.



—Hola, Carla —dijo al fin, cuando terminó de devorarme.

—¿Hola? —dije con nerviosismo. No podía dejar de mirar sus ojos—. ¿Qué haces aquí?

Dani soltó una pequeña carcajada.

—Quería desearte un feliz año, por supuesto —dijo, encogiéndose de hombros—. ¿Te gustaron las flores?

Sonreí a pesar de que no quería hacerlo. Aunque me hubiese dejado besar y aunque mi corazón danzaba de alegría, él no tenía por qué saberlo. Debía hacerle sufrir, y sobre todo, protegerme a mí misma.

—Preciosas. ¡Pero dijiste que me ibas a llamar y no lo hiciste!

—Lo siento. Ya te dije que soy un idiota.

—¡Menuda disculpa! ¡Estaba preocupada por ti y por Diego! ¿Cómo está, por cierto?

—Está perfecto. Como si nada.

—¿Me lo prometes? ¿De verdad está bien?

—Sí, te lo prometo. ¿Y a qué viene tanta preocupación por Diego? —dijo, con el ceño fruncido y un atisbo de irritación—. Tiene novia, ¿sabes?

Le propiné un golpe en el brazo.

—¡Ya sé que tiene novia, pedazo de bruto! ¡Pero es normal que me preocupe...! Al fin y al cabo me siento responsable por su herida. Si yo no hubiese ido detrás de los delincuentes, él no habría sido herido.

Dani se limitó a sonreírme con picardía.

—Nos metiste en un buen lío...

Entorné los ojos.

—¡Ya lo sé! ¡Lo siento!

Dani se rió.

—En general lo pasé muy bien. No he podido dejar de pensar en esa semana.

Nuestras miradas volvieron a rozarse y sentí que me llenaba de alegría. Me pareció que lo que quería decir era que no había podido dejar de pensar en mí.



¡Dani Carreras no había podido dejar de pensar en mí!

—Yo tampoco. Valdría como material para una de tus películas, ¿no crees?

—¡Desde luego! —dijo con entusiasmo. Noté que estaba algo tenso. ¿Nervioso, quizás? Tenía las manos dentro de los bolsillos de su abrigo, escondiendo los puños apretados.

—¿De dónde vienes? —pregunté, entonces.

Dani me volvió a acariciar con la mirada antes de contestar:

—Estaba en una fiesta en Madrid. La organizaba Selena, así que te puedes imaginar cómo era —dijo con desagrado.

—¿Y por qué y cómo has venido? —pregunté, intentando no sonar celosa. ¡No quería volver a oír el nombre de esa mujer!

—Jet privado hasta vuestro aeropuertito y luego un taxi.

—¿Cómo sabías dónde encontrarme?

—Josué.

Abrí los ojos con sorpresa.

—¿Cómo sabías su teléfono?

Dani soltó una risotada.

—¿Y a ti quién te ha nombrado detective, señorita?

—Vale, vale...

—Y en cuanto al porqué, no me haré de rogar. La fiesta acababa de empezar. Estaba sentado en una mesa rodeado de energúmenos y pensé que era muy triste terminar el año rodeado de personas que no me querían y a los que yo no quería.

—¿Y así sin más viniste a verme? ¿No tienes familia? ¿Amigos verdaderos? —estaba siendo un poco cruel, lo sé, pero dije lo primero que se me ocurrió porque tenía el cerebro ligeramente embotado.

—Mi madre está contenta porque pasé las Navidades con la familia que sí tengo, y sí, también tengo muchos amigos que me quieren, pero a ninguno de ellos tenía que enseñarle *esto*.

Sacó el móvil de su bolsillo como si fuera un espectáculo de magia y me lo estampó en la cara.



—¿Has venido a enseñarme el móvil? —dije torciendo la cabeza para quitármelo de encima.

—¡Exacto!

—¿Qué es? —pregunté con desconcierto. No podía imaginar qué era lo que debía enseñarme en el móvil.

—Recibí este mensaje vía SMS y supe que debía venir en persona a enseñártelo.

Me ofreció el móvil y lo agarré con desconfianza.

Leí en voz alta:

¡Buenas Noticias! ¡Sergio y Carlos han salido de su coma!

Una risa amplia y satisfecha se apoderó de mi boca en cuanto el significado de esas líneas quedó registrado en mi cerebro.

—¿Han despertado? —dije sorprendida por las lágrimas que asomaban por mis ojos.

—¡Despertaron hace unas cuatro horas!

—¿Los dos a la vez? ¿Eso es normal?

—No es normal y por eso las enfermeras dicen que un ángel debió de pasar por su habitación. Sus familias están celebrándolo. Parece ser que están fenomenal.

Me sequé los ojos con impaciencia.

—No te imaginas lo mal que lo he pasado —susurré.

Dani abrió los brazos y yo, con tiento, vergüenza y desesperación, me acerqué a él. Me envolvió en un gigante abrazo de oso y luego me plantó un beso en la mejilla. Se separó de mí aunque mantuvo sus dos manos sobre mis hombros.

—Pues ya ha terminado todo y tenemos final feliz.

Asentí con la cabeza, pero luego fruncí el ceño.

—¿Por eso has venido? Podrías haberme llamado, ¿sabes?

—¿Te has perdido eso de que estaba en una fiesta rodeado de energúmenos?

Yo me puse a la defensiva.

—Estabas rodeado de tu Selena. Tu futura mujer, tu sirena... creo que eso contrarresta lo de los energúmenos, ¿no?



—No —dijo, sin más.

¿Cómo qué no?

—¡Antes de que se me olvide! ¡Una foto! —dijo él, supongo que para cambiar de tema.

Me rodeó los hombros con un brazo y alargó el otro para sacar una foto con su móvil. Después se puso a teclear.

—¿Qué haces ahora?

—Mis fans twitteros quieren noticias frescas. «*Empezando el año en buena compañía.*»

—¿Qué has puesto? —dije, mi boca una gran «o».

—Que empiezo el año en buena compañía.

—¿Y no crees que deberías pedirme permiso? ¿Y si no quiero que tus fans vean fotos mías?

—Demasiado tarde. Deberás acostumbrarte, es inevitable.

—¿Sigues con esa bobada de darle celos a Selena? ¿Por eso has venido? ¿Por eso publicas una foto nuestra? ¡No pienso seguir jugando a tu juego! ¿Quién te crees que soy?

—¿Qué dices? —dijo Dani con humor. Me dedicó una mirada de absoluta condescendencia, como si yo no me enterara de nada.

—No pienso seguirte el juego —le dije con voz autoritaria, aunque un poco temblorosa—. Sabes, a mí no me habían besado nunca... ¡jamás!, y me habría encantado que mi primer beso fuera un beso real, no una farsa... ¡Tú arruinaste eso! ¡Quiero que cuando un hombre me bese, sea porque me encuentra irresistible y no porque quiera darle celos a... a otra!

—Eres muy obtusa, Carla. Te voy a confesar una cosa, y a ver si sabes sumar el resto: paso de Selena. No la querría ni con patatas. Esa mujer no es buena para mí.

Yo me quedé a cuadros, la mente en blanco. ¿Qué quería decir eso?

—¿Entonces?

Él se encogió de hombros.

—Cuando te conté lo de Selena, allí en la cabaña, lo decía en serio,



supongo... pero cuando ella vino a vernos al hospital y os tuve a las dos juntas... no había comparación. Tú eras luz y alegría, y ella.. me aplastaba. Decidí hacerla de rabiar, castigarla un poquito, pero lo más importante era seguir teniéndote cerca, hasta que aclarara mis sentimientos.

—¿Y no podías haberme dado alguna pista? Yo percibía esta conexión entre nosotros dos, pero creí que tú no.

—¡Pero si te di muchísimas pistas! ¿Te crees que besaría a cualquier mujer? ¿De la manera en que lo hice? Cuando te besé en la pista del baile... ¡Madre mía!... allí, te aseguro, que todo quedó aclarado.

—¿Y por qué me has ignorado durante un mes entero? ¡Pensé que te habías olvidado de mí!

Dani me dedicó una mirada avergonzada.

—Estaba muerto de miedo, supongo. No creí que quisieras tener nada conmigo... Pensé que si no te llamaba, me olvidaría de ti y mi vida volvería a ser como antes, pero te aseguro que no me olvidé de ti, y mi vida... ¡no quiero que sea como antes! Mi madre fue la que me convenció de que lo intentara, al menos. No le gusta Selena.

Sonreí a medias, encogiéndome de hombros.

—Es que Selena no te conviene...

Dani sonrió conmigo.

—Cuando era pequeño —dijo—, mi hermano menor fue atropellado por un coche. Él solamente tenía tres años, y el coche le rompió el cráneo. Lo llevaron al hospital, pero le dijeron a mi padre que moriría. Mi madre, en lugar de ir al hospital, se quedó en casa, orando a Dios, reclamando la vida de su hijo... y mi hermano, milagrosamente, sobrevivió.

—¿Por qué me cuentas esto ahora?

—Siempre supe que me casaría con una mujer que supiera a quién recurrir en momentos de crisis. Mi hermano estaría muerto si no fuera por la fe de mi madre. Eso es tan cierto como que el sol brilla.

Abrí los ojos con sorpresa y sentí un ramalazo de inseguridad. ¿Estaba sugiriendo que yo podría ser esa mujer? Dani soltó una carcajada porque mi rostro debía de ser un libro abierto.



—Poco a poco... aún no te estoy pidiendo que te cases conmigo... —me guiñó el ojo.

Conseguí sonreírle mientras él me cogía la mano. Se la llevó a los labios y me besó los dedos. Abrí la boca para decirle algo, pero de repente nos vimos arrasados por una multitud eufórica: mis amigos. Todos querían conocerlo, darle dos besos o darle la mano. Temí que Dani se molestara por la intrusión y por el entusiasmo descontrolado de mis amigos, pero cuando nuestras miradas se cruzaron, me guiñó el ojo.

—¿Qué hacéis con tanto globito? —dijo cuando al fin le dejaron espacio para respirar.

—¡Vamos al Castillo a soltarlos! —gritaron todos a la vez.

Brevemente le expliqué nuestra pequeña ceremonia. Josué me entregó mi globo y me quedé mirándolo con sorpresa.

—¿Alguien tiene un rotulador? —grité, llena de alegría.

Me pasaron uno y taché los dos nombres que había escrito. ¡Qué sensación más liberadora! ¡Qué alegría! ¡Sergio y Carlos ya habían despertado!

—¿No vas a escribir nada? —me preguntó Eva. Me fijé que Dani me miraba de soslayo, una media sonrisa en su boca.

Me encogí de hombros.

—No. Lo voy a dejar en blanco, porque así es mi vida. Una hoja en blanco en la que puedo escribir cualquier cosa...

Eva me dio un sonoro beso en la mejilla.

—¡Así se habla! ¡Vámonos! ¡Uy, Dani...! ¿Quieres un globo?

Dani negó con una sonrisa avergonzada.

—No, gracias... me limitaré a observaros, si no os importa.

—¡No nos importa! —me apresuré a decir mientras le agarraba del brazo para indicarle que me siguiera.

Dani y yo subimos al coche de Josué. Durante el corto trayecto, Eva le explicó que en pocas horas se casaban y Dani se tomó la noticia con mucha hilaridad.

—¡Enhorabuena, Josué! —consiguió decir entre carcajadas—. ¡Esto sí que es



bueno! ¡Qué fuerte!

Eva echó la cabeza hacia atrás y le dedicó una mirada pícaro.

—Espero no romperte el corazón...

Dani se echó las manos al corazón y la guiñó el ojo.

—Sobreviviré —dijo con teatralidad.

Llegamos al mirador del Castillo, una plataforma desde donde se veía toda la ciudad. Muchos de nuestros amigos ya habían llegado y nos esperaban con sus globos en la mano. La luz de las farolas hacía resplandecer el blanco de los globos, que a su vez se hacían eco del blanco de la nieve de los tejados. El cielo estaba despejado y el frío se podía saborear. La ciudad se extendía por debajo de nosotros, las luces iluminando los monumentos más bellos, destacando aquí y allá la historia que le había dado forma.

—¿Estamos todos? —preguntó alguien.

La respuesta finalmente fue afirmativa y sostuvimos nuestros globos en alto, los brazos extendidos al cielo. Alguien dijo «¡ya!» y todos a una soltamos nuestros globos, acompañando la hazaña con risas, gritos y mucho entusiasmo. Observamos los globos escalar el cielo, apiñados al principio y separándose de a poquito. Sin previo aviso, una corriente de viento se lanzó sobre los globos, alejándolos a gran velocidad. Los gritos entusiastas de mis amigos me hicieron reír.

—¿No vas a cantar? —me preguntó Dani, la risa en sus ojos.

—¡Eso, eso, Carla! ¿Qué canción sugieres ahora? —mis amigos me conocían demasiado bien.

Eché la cabeza atrás con una espontánea carcajada. ¿Qué canción podía expresar lo que sentía en estos momentos? Un mundo maravilloso, quizás...

Aunque el cielo no estaba azul como en la canción, canturreé los primeros versos de «*What a wonderful world*» con cierta timidez, pero mis amigos enseguida me acompañaron con su inglés de Burgos y algún que otro desafine. Muchos quisieron imitar la inimitable voz de Louis Armstrong y terminamos haciendo más ruido que música, pero así fue cómo empecé el año: cantando bajo un cielo estrellado.



Año nuevo «Promesas»

La oscura voz de Etta James resonaba en el salón de la iglesia conquistando con su belleza hasta el más acorazado de los corazones: «*At last, my love has come along. My lonely days are over..*». (al fin, ha llegado mi amor, mis días de soledad pasaron...).

La iglesia estaba desbordada de personas alborotadas, pero se hizo un silencio reverente cuando la música empezó a sonar y Etta James pronunció su primer «at last». Todos los asientos estaban ocupados y muchos se apretaban contra las paredes. Ya había anochecido (eran las seis de la tarde) y el salón estaba únicamente iluminado por las miles de diminutas luces navideñas (blancas) que surcaban el techo. Parecía un cielo cubierto de estrellas, los rostros de los invitados suavizados por su luz mansa y cálida, como si fuera la luz de las velas. No podía ser más romántico.

En el frente de la sala había un arco blanco de dos metros de altura atiborrado de rosas blancas y muchas más luces. Allí es donde permanecerían los novios durante la ceremonia. El aroma dulzón de las rosas impregnaba el salón y pensé que jamás había visto nada tan bello.

Josué entró acompañado de su madre, vestido con una elegancia exagerada, nervioso, tenso y muy emocionado. Su madre le agarraba el brazo y lo acompañaba con aire de satisfacción mientras avanzaban por el pasillo con paso lento, al ritmo de la música. Llegaron al arco y Josué recibió un abrazo de su madre. Ella se sentó en la primera fila, pero Josué permaneció de pie bajo el arco, a



la vista de todos, esperando a su novia.

Los siguientes en salir éramos Dani y yo. Dani insistió en ser mi acompañante, así que el hermano de Josué fue relevado (con mucho alivio por su parte) de su tarea. Dani vestía, impecable, el mismo traje del día anterior y yo me sentía como en una nube, surcando el pasillo con mi mano en la suya. Un murmullo de sorpresa recorrió el salón cuando fue reconocido, pero él solamente apretó mi mano y continuó caminando como si nada. Nos sentamos en la primera fila, al lado de los padres de Josué.

Cuando Eva apareció, fue como en los cuentos de hadas. Una princesa bajo un mágico haz de luz: hermosa, inocente, femenina. Entusiasta, tímida y sensual. Se me escaparon las primeras lágrimas y Etta James siguió cantando:

Oh sí, cuando sonríes, cuando sonríes... oh... y me cautivaste. Y aquí estamos, en el cielo, pues eres mío... mío, al fin.

Eva llegó hasta donde estaba Josué, que se había quedado paralizado al verla venir. No pudo romper el contacto visual y tomó sus manos con torpeza. Eva sonrió con todas las emociones que llevaba dentro, una caricia íntima.

Dani agarró mi mano y la atrapó entre las suyas. Entrelazamos nuestra mirada, también, cargadas de promesas, y Etta cantó su último «at last».



NOTA DE LA AUTORA:

«Cielo estrellado» es una obra de ficción y cualquier semejanza con la realidad es accidental.

Sin embargo, la misión en Allada, Benín, sí que existe. Se llama «LA CASA GRANDE-BENÍN» y ofrece, en su *Village d'Enfants Fifaten* (=lugar de paz), un hogar, una educación y una formación a muchos niños que, de lo contrario, vivirían en las calles. Podéis conocerlo en: www.casagrandebenin.org



TAMBIÉN POR REBECA BYLER:
«Más Allá de las Montañas del Norte»

Un Reino secreto.
Una guerra entre familias.
Identidades ocultas, destinos cruzados
...y una joven inocente
Que sólo buscaba respuestas.

Tras la muerte de su tío y siguiendo una pista remota, Ara emprende un peligroso viaje a través de las montañas del norte. Ella imagina que encontrará la verdad sobre sus orígenes, aunque ignora cuán cerca la tiene cuando, tras una terrible tormenta, conoce a Rukk, Fen y Uma.

Cuando Ara llega a su destino debe afrontar un pasado cargado de muertes y odio, así como un presente en el que es el centro de todas las sospechas y planes de venganza.

*¿Podrá la atracción que siente hacia Rukk convertirse en algo a pesar de tanta
incomprensión, prejuicios y malos entendidos?*

¿Será capaz de sobrevivir a los planes de venganza?

¿Podrá descubrir la verdad sobre su pasado?



Capítulo 1

MONTAÑAS Y NIEVE

La fría noche parecía interminable. El viento y la lluvia se habían confabulado con rabia, azotando las montañas con un ímpetu y un atrevimiento desacostumbrado. La rítmica lluvia acompañaba los espeluznantes sonidos del viento: a veces un susurro, casi siempre un grito grotesco, repetitivo, fiero y amenazador. La canción del viento chocando contra el mismo viento, contra los pinos, contra las rocas, arrancando de cuajo lo más débil y rasgando sin clemencia lo más fuerte.

Imposible de esquivar, la tormenta se había convertido en una trampa furiosa y letal para los mortales.

Comenzó a nevar.

Dos siluetas borrosas se movían lentamente, cara al viento, sin atreverse a parar.

—¡Fen!— gritó Rukk.

Llevaba en sus brazos a una débil figura arropada en pieles de oso. Se oía desesperación en su voz.

—¡Fen!

El hombre que iba delante se dio la vuelta sin decir nada, pero al ver a la pequeña figura, el temor inundó sus sentidos. Sus rodillas ya no podían más y sus pulmones parecían estar a punto de reventar. Estaba al borde del agotamiento. Se quedó inmóvil. Volvió a oír su nombre. No, no podían rendirse ahora. No cuando



estaban tan cerca de su destino, no cuando por fin habían dejado lo peor de las montañas atrás.

Levantó los ojos hacia las odiadas montañas. Apenas podía ver más de cinco metros por delante de él. Esa noche la luna permanecía escondida, y las tinieblas encubrían a la majestuosa cordillera, con sus cimas afiladas acuchillando al cielo. ¿Alguna vez conseguirían librarse de ellas?

Gruñó, desesperado. Habían ido demasiado lejos como para echarse atrás. Observó el cielo violento y luego cerró los ojos. Tras unos segundos su rostro recuperó algo de color. No se dejaría llevar por el pánico. Miró a su alrededor otra vez, esperando encontrar algo... ¡Si al menos dejara de nevar! Sintió cómo su corazón perdía toda esperanza, ahogado por la inmensidad de la tormenta y percibiendo de nuevo su pequeñez y fragilidad. Pero no podían darse por vencidos. De alguna manera tenían que continuar. Miró a su acompañante, que le indicaba que le siguiera. Tenía que haber un sitio, un refugio... tenía que ocurrir un milagro.

Y el milagro debió de escuchar tal pensamiento, porque se hizo ver de repente: una tenue luz.

Desapareció.

Se volvió a Rukk, pero él no parecía haberla visto. Se le veía tan cansado, cargando con la chica... Miró de nuevo y ¡otra vez! ¡Allí había una luz! ¡Estaba seguro! Hizo señas a Rukk para que mirara en esa dirección y éste, tras breves instantes, asintió. Sabían que la luz no podía estar demasiado lejos, de lo contrario la tormenta se la habría tragado. Aliviados de momento y con nuevas esperanzas, apretaron el paso, ansiosos por hallar protección.

No se lo podía creer. ¡Tenía ganas de bailar, de gritar, de cantar!

Era sencillamente asombroso el hecho de que hubiera encontrado madera seca en esa húmeda y oscura caverna. Justo cuando había pensado que moriría congelada. Miró a su alrededor. De hecho, solamente haber encontrado la caverna era un golpe de suerte, incluso si no hubiera habido madera. Ofrecía un resguardo perfecto contra la tormenta, un lugar donde poder descansar.



El Creador definitivamente debía de estar de su lado.

Tras hacer un fuego de tamaño descomunal, como para expulsar a la tormenta y a todos los monstruos de las montañas, se quitó su abrigo y sus botas y los puso a secar. Sacó también numerosas prendas y objetos de su bolsa y sus bolsillos, y los colocó todos alrededor del fuego. Pronto se secarían. Esbozó una sonrisa perezosa. Por fin empezaba a sentir calor. ¡Por fin! Acercó sus manos estropeadas al fuego y empezó a mover los dedos. Empezaban a desentumecerse. Dos días sin comer era una terrible tortura, pero llevaba meses sintiendo ese implacable frío de manera constante, y haber conseguido secarse y quitarse el frío del cuerpo la hizo sentir feliz. Y de todas formas, se dijo, sin poder evitar un insólito optimismo, ya casi no percibía las náuseas que le daba el hambre. Al día siguiente encontraría comida.

Se sentó al calor de la hoguera, sin pensar en nada en particular. Cuando pensaba se rompía. Cuando vio que su abrigo estaba seco se lo volvió a poner. Se acostó encima de su bolsa, acurrucada, con el fuego acariciando su rostro y sus piernas encogidas. Bostezó.

Hora de dormir. Su arco y flechas estaban a mano, listos para defenderla de cualquier ataque. No podía permitirse bajar la guardia. No le gustaban los animales. Nunca le habían gustado. ¿Dónde estaba el cuchillo? Lo agarró y se tumbó junto al fuego.

Estaba semidormida cuando oyó un ruido. Voces. Rápida como un rayo, agarró su arco y una de las maltratadas flechas, apuntando hacia la entrada de la caverna. Escuchó otro ruido y voces ya muy cercanas. Un escalofrío y una descarga de adrenalina recorrieron su cuerpo al mismo tiempo.

—¡No os mováis u os mato!

Su voz sonaba masculina. Parecía un hombre, con su altura, su pesado abrigo, sus botas y su gorro escondiendo su abundante cabellera. Por supuesto, esa era su intención. Debía parecer un hombre si quería sobrevivir. No contestó nadie, pero vio unas sombras acercarse a ella.

—¡No deis un paso, o moriréis!

Las sombras se detuvieron.

—¡Paz!

Era una voz ronca pero fuerte.



—Por favor, si no entramos, moriremos.

Y si os deajo entrar, ¿moriré yo?

Pero tampoco podía dejarles fuera.

—¡Acércate!

Fen se acercó. Ahora era él quien cargaba con la mujer. Su barba le hacía más viejo de lo que en realidad era, más imponente. A la luz del fuego se veían unos ojos relucientes como estrellas, negros como el carbón. Por desgracia inspiraban confianza y ella dudó. No podía matarlos. Nunca había matado.

—Me llamo Fen. Yo y mis acompañantes te agradeceríamos que nos permitas quedar junto al fuego. Estamos agotados, y la mujer...

Su voz se extinguió, mirando a la débil figura que tenía en brazos. Fen no vio la necesidad de explicarle que se moría de frío.

—No soy idiota— dijo la mujer, todavía con el arco tensado—. La gente honrada no anda por estos parajes. ¿Cómo podré fiarme?

Su voz sonaba dura y ronca. *Muy bien*, se dijo, *parecía convincente*.

—Tendrás que fiarte —interrumpió el acompañante, que hasta ahora había permanecido a la zaga.

Ella le miró por primera vez. Era más joven. Un hombre de ojos oscuros y piel clara. Era muy alto. Dominante. Agresivo. Peligroso. Siguió hablando con tono insolente:

—...porque nosotros de aquí no nos movemos. Y te agradecería que no me apuntaras con ese arco, me pone nervioso.

—Esa es la intención —dijo ella, sin poder contenerse. Su voz sonó demasiado aguda.

El hombre de repente abandonó su agresividad y la miró con interés. Se acercó más a ella mientras escrutaba su rostro. Ella sintió un escalofrío. Fen, mientras tanto, dejó a la mujer junto al fuego con mucha delicadeza, ignorándolos. Sólo tenía ojos para ella. El hombre joven, sin embargo, seguía mirándola. Estudiándola, más bien.

—No tienes muy buen aspecto, muchacho. ¿Hace cuánto que no comes?

—No es de tu incumbencia.



Pero bajó el arco y se sentó junto al fuego. Tendría que arriesgarse.

—¿Tenéis comida?

—¿Cómo te llamas?

—¿Tienes comida? —insistió ella, ignorando su pregunta. El engreimiento del hombre la ponía a la defensiva. Debería mostrarse agradecido, por lo menos.

—Primero dime tu nombre. No acostumbro a compartir mi comida con extraños.

La miraba retadoramente, sin importarle incomodarla, sabiéndose en ventaja. El que se llamaba Fen atendía a la mujer, que parecía estar inconsciente. La había colocado muy cerca del fuego y le estaba frotando las manos. Miró al hombre joven y suspiró cansado.

—Dale al muchacho comida...

—Está bien, está bien.

Sacó de un bolso un trozo de carne ahumada y se lo alcanzó a la mujer, que lo cogió con avidez.

—Gracias. Me llamo Tirok —mintió.

—De nada, yo soy Rukk, él es Fen como ya sabes, y ella... bueno, ella es Uma.

Su voz cambió al pronunciar su nombre. Parecía emocionado. Todos callaron. La mujer que se hacía llamar Tirok no tardó en engullir el trozo de carne ahumada que le habían dado, y luego se levantó a por más leña. Tras echar varias ramas en la hoguera regresó a su sitio, moviéndose con pesadez. Notaba cómo se le cerraban los párpados. Llevaba dos días sin dormir y sin apenas descansar. Buscó el cuchillo y se acostó. Ya hablarían más tarde, pero ahora su cuerpo necesitaba dormir. No estaba muy segura de que hacerlo en presencia de extraños fuera mínimamente sensato, pero su cuerpo no le ofrecía otra opción, y antes de pensar en las consecuencias ya se había dormido.

Los demás pronto la imitaron.



Abrió los ojos de repente. Algo iba mal, pues de lo contrario, no se habría despertado. Su corazón empezó a latirle con fuerza y un escalofrío recorrió su espalda. *No te muevas, escucha*, se dijo. Durante un minuto se quedó quieta, pero no pudo oír nada. Apretó con fuerza el cuchillo y decidió levantar la cabeza. Lentamente... Ah, ahí estaba ese tal Fen y la mujer. ¿Dónde estaba el hombre más joven? Sin hacer ruido caminó hacia la entrada, cuchillo en mano. Estaba amaneciendo, pues desde la cueva se veían ya los primeros rayos del sol. Miró con detenimiento al lugar que había sido su salvación. Le rodeaban paredes desiguales de roca húmeda. Al fondo de la caverna había un agujero oscuro, como una garganta tenebrosa que seguramente conduciría a las entrañas de la montaña o quizás a otras estancias similares a la que se encontraban. No tenía intenciones de explorarlo. Volvió a mirar hacia el exterior. Quién sabía cuánta gente había pasado por allí, pensó, mientras observaba los claros indicios de que otros humanos habían usado ese lugar. La leña apilada en el rincón más alejado, por ejemplo. La cueva era más grande de lo que le había parecido la noche anterior. La hoguera se había apagado casi por completo, pero las ascuas todavía desprendían algo de calor. Continuó caminando cautelosamente hacia la salida, de donde venía la tenue luz del exterior.

De repente sintió que algo tocaba su hombro, sobresaltándola, y a continuación aferrando su brazo. Muerta de miedo pero dispuesta a pelear, se dio la vuelta y abrió la boca para amenazar a su contrincante, pero éste la silenció con una mano, mientras que con la otra inmovilizó el brazo que tenía el cuchillo.

—¡Sshh! ¡calla! ¿Es que quieres despertarlos?

Era el hombre joven. El engreído.

—¡Por lo visto tú no has tenido reparos en despertarme a mí!

Forcejeó hasta librarse de sus manos. ¡Cómo se atrevía a asustarla de esa manera! Estaba temblando, no sabía si por el susto o por el enfado. Rukk la miraba fijamente, con descaro.

—No he sido yo. Es el silencio que nos ha despertado, ¿oyes? El viento ha parado, ya no hay tormenta.

Sonrió, mirándola directamente a los ojos. Ella apartó la mirada. No le gustaba... había algo en él que la ponía nerviosa. Quizás fueran sus ojos, tan entrometidos. No le cabía duda de que no era un hombre honesto.

Pero miró al paisaje y consiguió tranquilizarse. ¡Era tan bello! El sol naciente



bañaba la tierra con sus primeros rayos amarillentos. Toques cálidos para un día aún frío. Contempló las majestuosas montañas y las laderas a sus pies, verdes donde se había derretido la nieve, blancos todavía en algunos puntos. Pero el verde no era verde ni el blanco, blanco... los colores no se habían definido del todo y gozaban de un momento de extraña confusión. Era mágico.

Sonrió satisfecha para sí.

Reino Secreto del Norte... sé que existes, y no puedes estar muy lejos de aquí, se dijo mientras respiraba hondo, llenándose los pulmones de ese aire tan puro, tan nuevo. Era increíblemente hermoso.

Se dio cuenta de que el hombre seguía observándola. Le devolvió la mirada con reproche y éste, sonriendo, dirigió sus ojos a los montes y entonces ella le miró a él.

Tras observarle brevemente no supo qué decir, así que dio media vuelta y se adentró en la cueva.

Tres horas más tarde la nieve había desaparecido casi por completo a causa de las lluvias matinales, pero éstas habían cesado y el sol alumbraba ya con fuerza. Estaban rodeados de un bosque mixto de abeto y pino negro. Ella nunca había visto árboles tan altos. Tiritó al compás de otro escalofrío que le recorría el cuerpo. Hacía mucho frío. Estaba harta de tanto frío.

Observó a Fen, que estaba atendiendo a la mujer enferma. Sus movimientos eran firmes pero tiernos y canturreaba una indefinible tonada mientras acercaba a los labios de la mujer un caldo caliente que había preparado.

Ese hombre me inspira confianza y no sé muy bien por qué, pensó. *Fen... Hay algo en él que me recuerda a mi tío.* Cerró los ojos y su mente divagó hacia recuerdos del pasado, hacia los días felices con su tío, en su enorme casona. Casi podía escucharle reír...

Eran días en que bebía el mejor manjar que existe en la tierra. Lo bebía a diario, sin saberlo entonces: seguridad y amor incondicional. Fueron años de paz y alegría... de risas. ¿Pero cuánto tiempo hacía de eso? ¿Cómo pudo cambiar todo tan deprisa? ¿Y por qué pensaba en ello si sólo conseguía sentirse más débil? Abrió los



ojos y rechazó los recuerdos que seguían llamando a la puerta. Recuerdos de sufrimientos y de dolor, de noches sin dormir, de lágrimas en la soledad. *Oh, dejadme en paz, recuerdos... no os quiero.*

Con el corazón pesado, se levantó. Caminó hacia el exterior y alzó la vista al cielo. Las nubes blancas y majestuosas se burlaban de ella. Su alma lanzó un chillido de protesta. *¿Por qué?* Una lágrima solitaria le brotó del ojo, delatando su fragilidad.

Entonces endureció el rostro. Recordó su meta y con mirada desafiante pensó en lo que sin duda pronto descubriría. Pronto obtendría respuestas.

No se dio cuenta de que la habían estado llamando, hasta que Fen le tocó suavemente el hombro.

—Tirok, muchacho... —sonrió—. Ven aquí, quería decirte algo.

Ella le miró con curiosidad. Luego miró al hombre joven, ese tal Rukk, que estaba ocupado rehaciendo sus bártulos. Éste levantó la cabeza y le dedicó una mirada indiferente.

—No es difícil adivinar que te encaminas hacia el norte. Tampoco es difícil ver que te encuentras en una situación peligrosa: un muchachuelo como tú, solo por estos parajes, no tiene muchas garantías de sobrevivir... Únete a nosotros.

La mujer sintió deseos de indignarse, pero no halló en Fen el tono de burla necesario. Sabía cuidar de sí misma. Llevaba ya más de un año en esta peligrosa aventura y aunque había sufrido cierto número de desgracias y situaciones difíciles, se había mantenido con vida. Había cruzado sola lo más peligroso de las montañas. ¡No necesitaba a nadie! Ése había sido su lema y gracias a eso no había sufrido traiciones ni lamentado demasiadas pérdidas. Al comenzar el viaje se había topado con muchos malhechores y criminales, pues éstos se escondían en las montañas fronterizas. Hacerse pasar por hombre la había salvado, ella lo sabía demasiado bien. Había sido muy peligroso, pero ya hacía más de seis meses que no se había topado con nadie, pues ni los fugitivos más buscados intentaban avanzar tanto hacia el norte, hacia lo peor de las montañas, donde, se creía, no había nada. Era altamente improbable que se encontrara con nadie más. Lo extraño era, a estas alturas, haber dado con este grupo de personas.

—¿Por qué vais al norte? —le preguntó, extrañada.

—¿Me lo dirás tú? —preguntó él.



— Es privado.

Fen rió con suavidad.

— Lo mismo digo.

— Pero ¿creéis que hay algo después de las montañas? — No pudo evitar sonar desesperada.

Fen sonrió.

— Sí, estoy convencido.

¿Cómo podía estar convencido?

— ¿Habéis estado antes?

— No... pero tengo información. Sé que las montañas terminan y que hay gente al otro lado.

Sintió que se llenaba de fuerza e ilusión. ¡Aquí había un hombre que confirmaba su sueño! ¡Era maravilloso! La mujer quiso disimular su entusiasmo. No conocía a esa gente y tenía que andarse con cuidado.

— Me lo pensaré — dijo, sin devolverle la sonrisa —. Hasta ahora he viajado solo, sin ayuda de nadie.

— Me lo imagino. Simplemente queremos ofrecerte nuestra compañía. Te debemos la vida, muchacho, y queremos recompensarte. Veo que vacilas... recuerda que para nosotros también eres un riesgo, pues tampoco te conocemos. El riesgo lo aceptamos porque sabemos que dos son mejor que uno y cuatro mejor que tres... piénsatelo, muchacho. Podemos sernos de utilidad.

Dicho esto salió al exterior a investigar el terreno.

Ella se quedó pensativa. Al dar la vuelta se dio cuenta de que Rukk la estaba observando. Parecía disgustado. De repente caminó hacia ella. ¿Por qué la miraría de esa manera? Incómoda, se dio la vuelta para evitarle, pero él la agarró del brazo y la guió hacia el interior de la cueva. Su garra era firme y su mirada peligrosa.

— Muchacho, muchacho, muchacho... — canturreó. Sus imprevisibles ojos relucían con una intensidad alarmante.

— Tirok te llamas, ¿no? — sonrió —. Reconozco que eres un buen comediante, pero verás...

La atrajo más cerca, hasta que pudo sentir su aliento en la cara.



—Por alguna razón a mí no me parece que seas «Tirok», sino otra persona muy diferente. Fen piensa confiar en ti, pero tú no has sido sincero con nosotros y yo haré que lo seas.

Todo aire burlón había desaparecido y ella sintió vértigo. La tenía agarrada por el brazo, casi aplastada contra la irregular pared, completamente arrinconada. Ella era bastante alta y se consideraba fuerte. Su altura le había proporcionado el disfraz necesario para hacerse pasar por hombre y a ella le parecía que le había salvado de muchas desgracias, pero ahora ese hombre la estaba haciendo sentirse pequeña y frágil. No le gustó sentirse así. Vulnerable. Alzó los ojos para verle mejor y sintió una ráfaga de temor. Intentó moverse, pero Rukk era demasiado fuerte.

—¡Me estás haciendo daño! —gritó con todo el asco que pudo. Le dio una patada con todas sus fuerzas e intentó liberar su brazo, pero lo único que consiguió fue que él le agarrase el otro. Prisionera. Desesperada, lanzó un gemido y le pisó los pies tan fuerte como pudo. El hombre se echó a reír.

Le dijo en voz baja, susurrándole al oído:

—No te preocupes, *señorita* Tirok... sé guardar un secreto.

Ella no supo qué decir. Durante un instante se quedó helada, sin saber qué hacer. La habían descubierto.

—¿Me tomas por una mujer? ¡Eso es absurdo! —dijo desesperada, evitando su mirada.

—¿Lo niegas?

—¡Pues claro que lo niego! ¡Es absurdo!

—Eso ya lo has dicho —dijo él, riéndose.

Y sin previo aviso metió su mano por dentro del abrigo y la posó en su cintura. Una cintura muy fina y estrecha. Bajó un poquito hasta toparse con el ensanchamiento de las caderas. Luego fue subiendo lentamente hasta que sintió el comienzo de su pecho. Retiró la mano rápidamente.

—Una mujer mentirosa —se burló.

—¡Suéltame! —gritó indignada, mientras intentaba desligarse de su garra de acero.

Rukk la soltó. Al verse liberada, ella le miró con desconfianza.



—¿Qué quieres de mí?

—Ya te he dicho que lo único que quiero es la verdad. Y sé guardar un secreto, si así lo deseas, aunque no veo razón para que no se lo digas a Fen, es de fiar. Bastante más que yo, me atrevería a decir.

Ella le miraba rabiosa, pero él continuó hablando:

—Señorita Tirok, veo que me miras con desconfianza, ¿se puede saber en qué estás pensando? Supongo que creíste que me tomaría algunas libertades contigo... ¿es que acaso te he decepcionado?

Todavía estaba demasiado asustada como para hablar. Él sonrió con gesto de superioridad.

—Lo siento, mujer, pero ahora no es el momento ni el lugar adecuado. Quizás en otro momento, pero no sé... —la miró de arriba a abajo— no estoy seguro de que seas mi tipo.

Ella todavía no se sentía capaz de articular palabra, pero en ese instante el miedo dio lugar al enfado. Le dedicó una mirada de profundo asco y desprecio.

Rukk ignoró su enfado.

—Si está todo claro, ahora toca las presentaciones verdaderas: yo me llamo Rukk, aunque eso ya lo sabes, y estoy a tu servicio pues por suerte o por desgracia me has salvado la vida. ¿Acaso puedo tener el honor de saber tu verdadero nombre?

Ella sabía que de nada serviría mentir.

—Ara... eh, bueno... Aráemer.

Pronunció su nombre con torpeza... hacía tanto que no lo escuchaba que resultaba extraño, incluso saliendo de su propia boca.

Al instante, todo aire burlón desapareció de Rukk.

—¿Cómo has dicho? —preguntó amenazadoramente.

—Aráemer.

Rukk la miró detenidamente mientras sus ojos se ensombrecían. Ara frunció el ceño. ¿Por qué la miraba así?

—¿De dónde vienes, Aráemer?

—Llámame Ara. Vengo de las tierras altas del sur.



—¿Estás segura? —preguntó receloso.

—¿Cómo que si estoy segura? ¿Cómo no voy a estar segura del lugar del que procedo?

Qué hombre más desagradable...

—¡Basta ya de juegos! ¿Dónde están los demás?

—¡No sé de qué me estás hablando! Estoy completamente sola.

Se sorprendió del dolor que pronunciar esa terrible verdad le causó. *Completamente sola.*

Rukk se llevó las manos a la cabeza, intentando pensar deprisa. Se quedó un buen rato callado, y entonces, sin razón aparente, rompió a reír amargamente. Clavó sus ojos en los de ella.

—Encantado de conocerte, Aráemer de las tierras altas del sur.

Ara frunció el ceño, pero no le contestó. Se dio la vuelta y salió de la cueva.

—Te estaré vigilando —añadió Rukk, por lo bajo.

Una hora más tarde Ara estaba lista para irse.

—Yo viajo sola —le dijo a Rukk, dignamente—. Y ya me habéis entretenido bastante.

Sin mirarle recogió sus escasas pertenencias, incluyendo trozos de corteza y ramas cortas que sabía que necesitaría después.

—Despídete de tu amigo de mi parte... me da que es mucho mejor que tú. Dale las gracias.

Dicho esto, se marchó sin mirar atrás.

Rukk no dijo nada, pero sus ojos la estaban siguiendo cuando Fen le llamó.

—Rukk, ¿y el muchacho?

—Ya se ha ido.

—¿No viene con nosotros? —preguntó asombrado.



Rukk no contestó.

Fen había estado ocupado construyendo una especie de camilla a base de ramas atadas y algunas mantas. Con ello pensaba transportar a la mujer. Ella ya había recuperado el conocimiento, pero las yerbas que le había hecho beber la devolvieron al mundo de los sueños. No estaba en condiciones para seguir el camino a pie. Fen se maravillaba de lo mucho que había aguantado. Llevaban algo más de diecisiete meses caminando y ella lo había llevado bien, pero el último mes se había debilitado mucho. Lo irónico es que habían dejado la parte difícil atrás: las imponentes montañas que arañaban el cielo y que habían parecido tan imposibles de conquistar quedaban ya a sus espaldas. Dudaba mucho de que lo hubieran conseguido sin la ayuda de Rukk. Éste parecía tener un sexto sentido para encontrar caminos y escondrijos. Hacía como tres semanas que habían dejado lo peor de las montañas atrás y ahora cruzaban un bosque de oscuras coníferas. El bosque era muy diferente al que había en el sur, antes de llegar a las montañas. Los árboles eran diferentes, al igual que la fauna. Todo era diferente, se dijo con pesar. Miró a la camilla. Este sistema les retrasaría bastante, pero lo importante era que Uma llegara viva. El viaje no tendría sentido si ella no llegaba. Rukk le ayudó a atar una cuerda que serviría de correa: ambos tirarían de un extremo. Una vez acabada la camilla, tumbaron en ella a la frágil figura entre mantas y pieles de oso, y a sus pies colocaron el resto del equipaje. En realidad no parecía tan mal sistema después de todo... siempre que las ramas aguantasen y no se partieran.

—Vámonos —dijo Rukk.

Y comenzaron su lenta marcha, dirección norte.

La figura recostada entre pieles de oso era la de una mujer joven. Estaba muy delgada y su estatura era pequeña. Una nariz alargada y fina dividía su rostro en dos. Cejas rectas y delgadas coronaban sus ojos grises. Toda su figura era fina y armoniosa, salvo unos disonantes labios gruesos, el superior aún más que el inferior.

Tiritaba.



Aunque recubierta de mantas y pieles, el frío se clavaba sin clemencia en su piel, atormentándola. No conseguía entrar en calor. Y tenía sed... si al menos encontrara fuerzas para hablar...

—Fen —dijo.

Ni ella misma se oyó.

—Fen...

Esperó. Nada. Tendría que hablar más fuerte.

—¡Fen!

Fen se dio la vuelta. Rukk se detuvo.

—¿Sí, Uma?

—Por favor... tengo sed... —susurró inaudiblemente. Le daba vueltas la cabeza debido al esfuerzo. Quiso decir algo más, preguntar qué estaba pasando. No quería quejarse del frío, pero tiritaba tanto... Fen se apresuró en darle algo de beber, y pronto se vio envuelta en la oscuridad.

Rukk la miró, pero no dijo nada. Llevaba más de una semana con fiebre. Era evidente que se estaba apagando, pero reconocerlo le rompía el corazón. Se había encariñado mucho con ella.

Fen miró al cielo buscando respuestas. Sabía que lo único que se podía hacer era seguir caminando hacia el norte. Se suponía que en algún momento, más pronto que tarde, encontrarían algo.

No se podía llamar camino a la ruta que seguían, pero indudablemente había sido utilizada por más de una persona con anterioridad. Los árboles desnudos que se alzaban a los lados eran enormes, casi todos superando los cincuenta metros de altura. Fen no recordaba haber visto nunca árboles tan grandes. Se sentía pequeño. El suelo estaba cubierto de arbustos y helechos, y caminar entre ellos era complicado, especialmente porque tenían que tirar de la camilla, pero la espesa vegetación les protegía del viento y además ese día no llovía. Miró al cielo y comprobó que las nubes seguían en su puesto, pero resultaban mucho menos amenazadoras que el día anterior, más blancas. Además, el sol resplandecía con fuerza, como satisfecho. De vez en cuando se oía el canto de un extraño ave... canciones que no había oído antes. Supuso que eso era buena señal... que se estaban acercando a la meta.

Rukk caminaba sumido en sus pensamientos. Observó con consternación las



huellas pequeñas que marcaban el barro. Frunció el ceño, pensando en la joven que les había salvado de la tormenta. Se preguntó si había sido demasiado duro con ella.

Ara, mientras tanto, caminaba con paso firme mientras pensaba en la oferta que le habían hecho. Sabía que todavía estaba a tiempo para dar la vuelta y viajar con ellos. Estaba harta de estar sola. La soledad había sido una bendición al principio, pero a estas alturas era un tormento. Y, bueno... tenía que reconocerlo: viajando con más personas se sentiría más segura, aunque le dolía admitirlo. El problema era que apenas los conocía y uno de ellos ya le resultaba insoportable. Era muy arriesgado. Podrían matarla. Aunque, pensó con lógica, si todavía no la habían matado, ya no era probable que lo hicieran.

Pensó en lo poco que había bastado para que Rukk la descubriera y tembló. Le costaba reconocerlo, pero sabía que había tenido suerte con él, porque ésta era una tierra sin dueño ni ley, y cualquier otro hombre no la habría dejado marchar sin más. Por lo menos no habría sido así con los fugitivos con los que se había topado al principio de su viaje. ¡Si al menos tuviera bigote y cejas espesas como algunas mujeres! Sonrió ante su ocurrencia. Qué tontería. De repente hizo una mueca de dolor: su estómago, vacío, protestaba.

Había estado atenta durante todo el camino, por si veía algún animal, planta o raíz comestible, pero el paisaje parecía desierto. Era verdad que había oído el extraño canto de unas aves, pero eran obtusamente invisibles. Pensó en el pedazo de carne ahumada que había cenado la noche anterior y en si tendrían más... pero sabía que ellos tampoco podían tener mucha más comida. Probablemente se había comido lo último que les quedaba.

Siguió caminando, su oído atento a cualquier ruido extraño. Había mirado entre los arbustos y las zarzas, pero no contenían ningún fruto. También había buscado en los enormes árboles, pero las agujas de los pinos no se podían comer. No quería comer bichos. Sabía que si estaba realmente desesperada lo haría. Los insectos la podían alimentar, o al menos eso había oído. Torció el gesto. Sería su último recurso. ¡Tenía que haber alguna clase de animal en esos bosques tan grandes! ¡Algo! Una sobrecogedora soledad se apoderó de ella. ¡No había nada ni



nadie! ¡Sólo existía ella!

Demasiado frío hasta para los animales.

Demasiado frío para la vida.

Y ella seguía avanzando rumbo norte. ¿Tenía algún sentido? ¿Habría algo más allá de ese bosque infernal? Fen había dicho que sí, pero ahora dudaba. Sintió que se ahogaba en sí misma, y pensó de nuevo en el extraño trío que había encontrado la noche anterior...

Pero siguió avanzando.

Sola.

Su oído captó un leve murmullo. ¿Un río? Se dirigió hacia donde el sonido le parecía más fuerte, caminando durante quince minutos más, hasta que llegó a la orilla de un estrecho riachuelo, que justo allí formaba una especie de cascada. Trozos de hielo flotaban por encima, moviéndose a bastante velocidad. Miró dentro del agua: ¡agua pura y cristalina de la montaña! ¡Fresquísima! Pensó irónicamente que de donde ella venía eso sería una exquisitez, pero que en estos momentos lo que menos le apetecía era agua fresca. Tan fresca que ningún ser vivo podía habitarla. Miró detenidamente, buscando, examinando, pero no había ni rastro de peces. Ni rastro de nada. Decepcionada, se dispuso a volver por donde vino, pero entonces su ojo captó algo oscuro que venía flotando, arrastrado por la corriente, hacia ella.

¿Qué sería? Rápidamente soltó sus pertenencias y agarró un palo largo, y cuando la cosa llegó hasta donde estaba ella, lo atrajo hacia sí. Algo peludo y feo... era un animal, de eso no había duda. Lo dio la vuelta. Parecía una rata gigante, o una especie de perro o zorro... nunca había visto nada igual: patas pequeñas y morro puntiagudo, recubierto de una espesa capa de pelo negro, ligeramente moteado. Las orejas grandes y redondas. Estaba muy tieso, parcialmente congelado. Hábilmente lo sacó del agua.

Comprobó que no tenía ninguna herida ni ningún signo de putrefacción y decidió llevárselo. Lo ató cuidadosamente a la bolsa que llevaba en la espalda y prosiguió su marcha. Tenía mucha hambre, pero no podía detenerse en ese momento. Debía darse prisa y encontrar un refugio antes de que cayera la noche. Los días todavía eran muy cortos, aunque por fin empezaban a alargarse. Caminó con nuevas esperanzas, pero al poco rato se paró en seco.



El animal que llevaba encima pesaba demasiado, unos cuarenta kilos, calculó, y se estaba descongelando a pesar del frío que hacía, y ella sabía perfectamente que era demasiado grande como para comérselo ella sola. Si no lo comía se pudriría. Inmediatamente pensó en Fen y en la mujer enferma.

¿Qué hago?, pensó. Estaba segura de que habían seguido el mismo camino que ella, aunque estarían bastante más retrasados, y sabía que no habrían encontrado comida, que su buena suerte era una excepción sorprendente. No era la primera vez que algo así le ocurría. De donde ella venía, mucha gente creía que si tenías presente al Creador, éste, en ocasiones, intervenía en tu vida. Este parecía ser uno de esos momentos.

Recordó que unos cuantos kilómetros atrás había visto un lugar perfecto para pasar la noche, un lugar muy escondido. Lo había descubierto en su afán de buscar frutos silvestres. Ella lo había pasado de largo porque había querido avanzar aún más, pero suponía que ellos todavía no habrían llegado. Si se daba prisa, los encontraría y podrían pasar allí la noche.

Dudó.

Si volvía ahora con ellos se vería tentada a seguir viajando en su compañía. Irían más despacio y ella no era nada paciente.

Pero iría más protegida. Y no estaría sola.

Ya se había fiado de ellos una vez... ¿Podría fiarse de ellos indefinidamente?

Rápidamente se dijo que podía confiar en ese hombre, Fen. Del hombre joven no se fiaba del todo, pero le daba la impresión de que no le haría daño y eso ya era algo. Resueltamente, dio media vuelta y caminó deprisa, intuyendo, no sin cierta expectación, que para ella empezaba una nueva etapa.

Rukk y Fen marchaban lentamente, sin descansar. Ambos estaban fatigados y hambrientos, pero decididos a seguir hasta que algo les hiciera parar. Apenas hablaban. De momento no habían visto ningún lugar para descansar y temían tener que caminar durante toda la noche. No era una perspectiva agradable y sus ojos oteaban constantemente el terreno en busca de un lugar seguro donde poder pernoctar. Rukk alzó los ojos al cielo. El sol ya se estaba despidiendo: sus naranjas,



morados y rosas embellecían el firmamento. Como siempre, Rukk se deleitaba en su hermosura. También como siempre, empezó a sentirse intranquilo. No tardaría en reinar la oscuridad completa.

De repente, a lo lejos, vieron un resplandor.

—¿Puede ser el muchacho? —preguntó Fen.

—No sé... debería estar bastante más lejos. ¿Quieres que me acerque a mirar?

—Ve. Yo te espero aquí. Si en veinte minutos no vuelves, iré a por ti.

Rukk caminó sigilosamente hacia un pequeño claro. Veía la luz procedente del fuego, pero no podía ver el fuego. ¡Qué extraño! Se acercó aún más y descubrió que la luz procedía del suelo, de un pequeño agujero a sus pies, pero era demasiado estrecho para que una persona entrase por él. La luz se movía a ritmo de las llamas y desprendía un olor fuerte, especial... ¿podía ser carne? Frunció el ceño. Tenía que haber una entrada... buscó entre la maleza, pero no encontró nada, estaba demasiado oscuro. Caminó lentamente, hasta llegar a un punto en que volvía a haber árboles. Iba a regresar al agujerillo en el suelo cuando su ojo captó movimiento. Se quedó quieto, expectante, con la mano en su puñal.

—¿Quién anda ahí?

Nada. Se mantuvo quieto, hasta que oyó de nuevo el crujido de las ramas al ser pisadas.

—¿Rukk?

Era voz de mujer «camuflada». Rukk se relajó.

—Ara, sal para que pueda verte.

Ara, a pesar de que no le gustó el tono del mandato, salió.

—¿Estás solo? —inquirió con desconfianza. Pretendía hacer como que lamentaba enormemente encontrarse con ellos.

—Sí, Fen se ha quedado atrás. Vimos una luz y vine a ver quién era.

—Pues era yo.

—Hmmm.

Rukk dijo algo que ella no captó.

Después de un rato de incómodo silencio, Ara preguntó dónde pasarían la noche.



—¿Puedo preguntarte yo dónde la pasarás tú?

—Encontré un sitio...

—Ya.

Más silencio. Ara quería hacerle rogar que les dejara quedarse con ellos, pero el maldito hombre no mostraba ningún interés, lo cual era decepcionante, si no alarmante, porque eso podía decir que no la necesitaban, que había perdido su oportunidad, que también habían encontrado comida... y la pura verdad es que ella ya se había hecho a la idea de viajar con ellos.

—¿Esperas que te diga algo?

Ara se hizo la sorprendida. Era mejor parecer natural:

—No... ¿tú?

—Bueno, es que te quedas ahí parada... Yo solamente vine a ver quién era, por si había peligro. Como veo que no, seguiremos nuestro camino.

—Supongo que... bueno, si queréis podéis quedaros conmigo. Hay sitio, en realidad.

—¿De veras?

Ahora Rukk era quien se hacía el sorprendido, aunque lo había estado esperando. No podía quitarse de la cabeza ese olor a... ¡a carne!

—Bueno, pues... lo consultaré con Fen, aunque supongo que sí.

—Bien. Ve a avisarle.

—¿Qué?... ¡ah, sí!. Oye, una cosa... —Rukk no quiso contenerse.

—¿Sí?

—¿Cómo es que todavía estás por aquí? ¿Tan lenta eres? Ya sé que por ser mujer, pues, bueno... sé que eres mucho más débil y que irás con más cuidado, pero incluso así, creí que habrías avanzado muchísimo más.

Ara le miró con antipatía y sintió ganas de escupirle, pero optó por mostrarse indiferente. Con aire digno le dijo:

—Ve a por Fen y la muchacha. Os espero aquí.

Cruzó los brazos. No comprendía por qué Rukk era tan desagradable con ella, pero se mantendría fría y distante.



—¡Y date prisa! —dijo para rematarlo.

Rukk levantó la ceja y con una divertida sonrisa en la boca, caminó hacia ella. La cogió delicadamente del brazo y la atrajo hacia sí. Al ver la cara de susto de Ara se rió suavemente y luego le susurró al oído:

—Si tienes miedo, puedes venir conmigo.

Ara, confusa por el contacto, dio un paso hacia atrás.

—¡Qué dices! —dijo con vehemencia.

Rukk soltó una carcajada suave.

—Como has dicho que me dé prisa...

Ara abrió los ojos, incrédula.

—¿Y? ¿Eso qué tiene que ver con tener miedo? —dijo casi gritando. Al carajo con su dignidad. Nunca había conocido a un hombre que la exasperara tanto.

—Pues todo, muchacha —dijo Rukk mientras se alejaba.

Ara intentó ignorarle, pero se sintió enfadada consigo misma por no conseguirlo. El hombre conseguía sacarla de sus casillas.

Le insultó mentalmente hasta que se quedó sin adjetivos.

Alzó sus ojos a la luna. Habían pasado ya quince minutos. ¿Y si Fen había decidido no ir? Y ella allí congelándose de frío. ¿O les habría sucedido algo? No es que le preocupara...

Esperó impaciente hasta que oyó ruido de pisadas y de algo arrastrándose.

Se acercó a ellos.

—Seguidme —les dijo sin más, y se dio la vuelta.

Pasaron cerca del agujero en el suelo pero lo siguieron de largo, hasta donde comenzaban de nuevo los árboles y la maleza más frondosa. Había una leve inclinación cubierta de zarzas, y Ara de repente desapareció. Fen y Rukk se miraron. ¿Dónde se había metido?

Volvió a aparecer.

—Por aquí.

Les indicó una especie de escalera natural a base de raíces pisadas, que



llevaba a una entrada a la mismísima tierra. El agujero sólo se podía ver viniendo por el otro lado, por eso Rukk no lo había podido descubrir antes. Con un poco de dificultad arrastraron la camilla hasta la entrada.

Los cuatro dormían, ajenos a la noche y al frío. El fuego se había apagado hacía horas, pero ese hueco bajo metros de tierra poseía la capacidad de guardar muy bien el calor, y sus ocupantes yacían calientes y satisfechos.

La entrada de la guarida había sido cubierta por ramas de arbusto, como medida de seguridad. El lugar no era grande, pero en su punto más alto, lo suficiente como para estar de pie y ancho como para poder moverse los cuatro sin chocarse. Las paredes y el techo estaban tapados en algunas partes por ramas de árboles, impidiendo que la tierra se desprendiera. Las ramas las habían puesto anteriores ocupantes, pero hacía ya mucho tiempo, porque éstas estaban secas y huecas. El agujero en el techo conseguía ventilar la madriguera de manera que el humo no los ahogara y además proporcionaba esa tenue luz a la, si no, oscura estancia, pues la propia entrada estaba sumida en sombras.

Los rayos del sol empezaron a hacerse más fuertes, acariciando furtivamente sus rostros. Fen sintió el calor de su tacto y abrió los ojos. Silenciosamente salió al exterior y se sentó en la entrada. Con sus ojos fijos al suelo, permaneció inmóvil, pero su mirada estaba despierta, su mente activa, recordando. Por una hora permaneció así, mudo pensante.

Ara abrió los ojos y su nariz se llenó del olor a tierra, a carne asada, al fuego apagado... se llenó de aromas conocidos y desconocidos, pero todos eran agradables y tranquilizadores. Se sentía bien y hacía siglos que no podía decir eso. Se estiró perezosamente, bostezando y con una sonrisa satisfecha en la boca. Había sido un acierto quedarse en la madriguera. Incluso tenía calor... demasiado calor, porque estaba sudando. La verdad es que lo que más le apetecía era un buen baño y se sorprendió del tiempo que había pasado desde su última vez. Suponía que



olería a rayos. Y menos mal que llevaba el pelo cubierto, que si no... estuvo a punto de quitarse el gorro, pero se dio cuenta de que tenía público.

—Buenos días —dijo Rukk.

Estaba tumbado, frente a ella. Mirándola. Apoyaba su cabeza sobre un brazo, el pelo despeinado y el rostro ligeramente sonrojado por el calor.

Ara se enderezó, incómoda al saberse observada. Le dedicó una tentativa sonrisa, pero éste no se la devolvió. Se sintió irritada.

—¡Pues buenos días! —dijo con tono ofendido.

Rukk siguió estudiándola.

—No logro descifrarte —dijo él, al fin.

Ara abrió los ojos, sorprendida. Incómoda.

—¿Y qué hay que descifrar?

Rukk se rió sin alegría, levantándose perezosamente del lugar donde había dormido. Estiró un poco los músculos, sin dignarse a contestarla. Cuando salió por la abertura de la madriguera, se giró para mirarla de nuevo, y justo cuando parecía que iba a decirle algo, sacudió la cabeza, como si se lo hubiera pensado dos veces, y abandonó la estancia.

Cuando Ara salió al exterior, Fen se acercó a ella para darle los buenos días. Después de intercambiar trivialidades, le dijo:

—Oigo un río cerca de aquí. ¿Es donde encontraste al animal?

—Sí.

—¿Por qué no vais hacia allí y traéis agua? ¿Rukk? Entre los dos podrías llenar nuestros odres. Los tenemos vacíos.

—El mío está lleno... —dijo Ara.

Rukk se acercó hasta donde estaban ellos.

—Prefiero beber el agua fresca, ya que hoy por lo menos tenemos opción —dijo secamente, mientras iba a por los odres.

Apareció con seis de ellos. Se plantó frente a Ara y la miró retadoramente.

—¿Vienes?



Ara quería gritar su negativa, pero jamás se había achantado ante un desafío.

—Voy —contestó.

Esa mañana no había ni rastro de nubes y el sol resplandecía con fuerza. Aún así soplaban un viento helado, inmisericorde, que se metía entre la ropa. Todavía se veía nieve helada aquí y allá donde el sol no había podido llegar y el camino estaba embarrado. El contraste del frío con el calor de la madriguera hizo que ambos tiritaran.

—¡Este frío me va a matar! —dijo por fin Ara, para romper el silencio.

Rukk giró la cabeza hacia ella y se fijó en su abrigo.

—Tu abrigo está bastante roto —comentó—. Te lo cambiaría por el mío, pero soy mucho más corpulento que tú.

Ara soltó una carcajada seca.

—Ya me había fijado —le contestó con sarcasmo—. De todas formas, no aceptaría tu abrigo.

—Mejor no congeniar con el enemigo, ¿no es cierto? —dijo Rukk con una pizca de maldad.

Ara le miró exasperada.

—¿Qué problema tienes conmigo? —dijo alzando la voz.

Rukk se paró en seco y echó un vistazo alrededor. Detuvo su mirada sobre sus huellas.

—¿Será verdad que viajas sola? —dijo con extrañeza. Clavo sus ojos en los suyos, como intentando desenmarañar un complicado misterio.

Ara entornó los ojos. ¡Eso era lo que le preocupaba! ¿Tan difícil era creer que estaba completamente sola?

—¡Pues claro que estoy sola!

—¿Y por qué? —dijo Rukk, empeñado en resolver el enigma.

Tras una pausa, Ara contestó:

—Porque no tengo a nadie en el mundo, Rukk —dijo, con la voz rota.



Caminaron callados hasta llegar al río. La corriente tenía mucha fuerza, arrastrando ramas y hojas a gran velocidad. El río era más ancho en ese tramo que donde ella había encontrado al animal. A ambos lados de la orilla crecían hierbas altas y un poco más atrás los mismos arbustos de siempre. Era un paisaje bonito y feo a la vez. Bonito porque lo era, porque el agua era cristalina y pura, y porque el sol jugaba a hacer reflejos con él... pero era feo porque carecía de vida, porque incluso la vegetación que lo rodeaba estaba tiesa, quieta, aburrida. Era feo porque a Ara le apetecía darse un baño, pero sólo meter la mano en el agua le hacía daño.

—No te molestes en mirar, no hay peces. El agua está demasiado fría.

Rukk siguió mirando, ignorándola. Después de un rato se quitó el abrigo.

—No quiero mojármelo —explicó al ver que Ara le estaba mirando con espanto—. ¿Me ayudas?

Ara hizo lo que le pidió. Intentó llenar uno de los odres pero enseguida se mojó la manga.

—¡Ay, no!

Ahora nada en el mundo le quitaría el mal humor. Y el día había empezado tan bien...

—Eso te pasa por no quitarte el abrigo. Trae, dámelo. Es mejor pasar un rato de frío a mojártelo. Tardaría días en secarse.

Ara le miró como si él tuviera la culpa de todo, pero se quitó el abrigo. Rukk se quedó mirándola. Sin ese horrible abrigo se podía vislumbrar una bonita figura de mujer.

—¡Pero qué miras!

—Nada. Ten, agarra esto, que lo quiero atar.

Cuando terminaron de llenar los odres, Ara había entrado en calor. Habían hecho todo lo posible para no mojarse, lo cual había retrasado bastante la tarea. Miró al agua y dijo:

—¿Sabes qué es lo que más deseo en estos momentos?

—Ni idea —dijo Rukk, mirándola con curiosidad.

—Un buen baño de agua caliente. Estar horas y horas en agua caliente.

Ara le sonrió y Rukk levantó una ceja.



—No pides nada... Pero estoy considerando la opción de lavarme. Me doy asco.

—Te congelarías.

—No te creas. Sobreviviré.

Y acto seguido metió las manos en el agua y se lavó la cara. Lo hizo tres veces, y luego corrió a secarse con la parte externa de su abrigo.

—¡Ah!, está helada, pero merece la pena.

Rukk estaba tiritando, pero sonreía de pura satisfacción.

—¿No te atreves? Seguro que te hace falta— rió.

Ara le miró dudando. Hacía tanto tiempo... se arrodilló y metió la mano dentro del agua.

—Está helada...

—Cobarde.

—¿Cobarde, dices?

Le miró retadoramente y se quitó el gorro. Quién iba a imaginar que debajo de ese horrible gorro había un cabello largo y rizado de color marrón con toques de fuego. Rukk se la quedó mirando, disimuladamente, pero sin perder detalle. Frunció el ceño. Realmente era una mujer hermosa, aunque eso ya se lo había imaginado. Pero verla con el pelo suelto y sin ese horrible abrigo era como contemplar a otra persona. Una persona que definitivamente no quería tener a su lado. Ara se arrodilló frente al río y en un segundo zambulló toda su cabeza en el agua. No duró ni cinco segundos dentro y sacó la cabeza lanzando un chillido.

—¡Por favor, acércame mi abrigo!

Rukk no tardó en acercarle el suyo y la ayudó a secarse el pelo lo más rápido posible.

—Estás loca.

—Pe-pero me siento de miedo. Hacía demasiado tiempo q-que no me lavaba el pelo, si es que a esto se le p-p-puede llamar lavar... ¿recuerdas que hay a-algo llamado ja-jabón?

Estaba temblando violentamente.

—Ponte el gorro para que no te dé el viento... vas a enfermar.



Rukk agarró cuatro odres y fue andando hacia la madriguera, a paso ligero. No la volvió a mirar en todo el camino de vuelta. Ara se sintió confundida. Habían compartido unos momentos agradables y relajados alrededor del agua, y ella había empezado a pensar que quizás sí que podían terminar llevándose bien... y sin embargo ahora él volvía a mostrarse frío y distante.

Cuando llegaron a la madriguera, Fen los esperaba impacientemente.

—Habéis tardado. ¿Ha ocurrido algo?

—No... nos hemos dado un baño —dijo Ara.

—El muchacho ha metido su cabeza entera en el agua, Fen. ¿Has hecho fuego? Lo digo para que se seque el pelo...

Rukk pronunció la palabra «muchacho» con marcada entonación. Ara le miró sorprendida. Fen todavía no sabía que ella era una mujer y si se quitaba el gorro lo descubriría.

—Claro que he hecho fuego... vamos adentro.

—Ya lo tengo seco.

—Lo dudo, *muchacho*... recuerdo haber visto larguísimos y muy abundantes cabellos ondulados...

Fen los miró con curiosidad, pero no dijo nada. Ara sintió deseos de asesinar a Rukk, pero se sintió mal por ocultarle la verdad a Fen. En realidad ya no quería engañarle, pero no había encontrado la ocasión para revelárselo y ahora Rukk estaba consiguiendo que pareciera todo peor de lo que era. Quería hacerle sentir como que la desenmascaraban. Le fulminó con la mirada. Eso era demasiado para su orgullo.

—Fen... tengo que decirte algo. Os mentí cuando primero nos encontramos porque entonces era necesario para mi seguridad, pero ahora no veo razón para no contártelo. Rukk ya lo sabe —dijo con desprecio— y es que... soy una mujer. Me llamo Ara. Bueno, Aráemer.

Diciendo esto se sonrojó un poquito y le miró tímidamente. Fen ni se inmutó. La sonrió cariñosamente y le dijo:

—Ya me parecía.

Y ante la sorpresa de Ara, sonrió y dijo:

—No te sorprendas, verás... a mi edad, tengo cierta intuición para estas



cosas.

Se rió suavemente.

Ara frunció el ceño.

—Pues no sé qué decir. Se suponía que mi disfraz era bastante bueno... He viajado en compañía de otros y nunca se dieron cuenta.

Rukk soltó un bufido.

—¡Serían unos tontos!

Ara le miró con impaciencia.

—¿Estás diciendo que mi disfraz es malo?

—¿Te ofende?

—¡Pues un poquito!

Ara se sintió un poco desconcertada. ¿Cómo había llegado tan lejos si su disfraz era tan malo? Fen quiso mediar:

—No es malo en absoluto. Al principio te creí.

Ara ladeo la cabeza, apaciguada.

—Gracias.

—Por cierto, tienes un nombre muy bonito. No es muy común, ¿verdad?

Ara sonrió.

—No es nada común. Yo soy la única que conozco con ese nombre.

—¿Y de dónde procede?

Ara encogió los hombros, incómoda.

—Pues no tengo ni idea, la verdad...

Fen asintió, aunque se le notaba que le habría gustado saber más. Rukk, por otro lado, estaba mirando a Ara con los ojos entrecerrados, como si quisiera meterse en su cerebro. Frunció el ceño y salió de la guarida.

Ara, que estaba muy enfadada con él, le siguió fuera.

—¿Se puede saber a qué ha venido eso? —dijo casi en susurros para evitar ser oída por Fen.

Rukk fingió ignorancia.



—¿El qué?

—Lo de la encerrona.

Rukk suspiró.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo que qué pasa? ¿Crees que no iba a contarle a Fen lo de mi identidad? Iba a hacerlo ahora mismo, sin tu intervención... simplemente no había tenido tiempo.

—Pues si se lo ibas a decir, ¿cuál es el problema?

Ara sintió deseos de estrangularle.

—No sé por qué te has propuesto ser tan desagradable conmigo cuando yo no te he hecho nada en absoluto, pero vale. Ya comprendo cómo son las cosas: Tú nunca serás mi amigo y yo debo estar lo más alejada de ti como me sea posible. Hasta luego.

Dio media vuelta y se metió en la madriguera. Rukk se quedó quieto fingiendo indiferencia. La verdad es que no estaba nada orgulloso de la forma en que había actuado con ella hasta ese momento, pero había algo en ella que le empujaba a ser así.

Estaba lo de su nombre.

Y lo de su físico.



PARA CONTINUAR LEYENDO

«MÁS ALLÁ DE LAS MONTAÑAS DEL NORTE»,

POR FAVOR VISITA TU TIENDA AMAZON.

¡MUCHAS GRACIAS!